This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 7568.25.100

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

PÁGINAS SUELTAS

JUAN L. CUESTAS

PÁGINAS SUELTAS

TOMO TERCERO

MONTEVIDEO
DORNALECHE Y REYES, EDITORES
CALLE 18 DE JULIO, NÚMS. 77 Y 79
1901

SAL 7568.25.100

HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
AND
CLARENCE LEONARD HAY
Dec. 11, 1920

PRIMERA PARTE

UNA HEROÍNA MENDOCINA

DE LA ÉPOCA DEL GENERAL D. JOSÉ DE SAN MARTÍN

REFERENCIA HISTÓRICA, FORMADA DE UN MANUSCRITO PERTENECIENTE Á UN VETERANO DE LAS GUERRAS DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA, EN LA ARGENTINA, CHILE Y PERÚ, — DE 1812 Á 1825

Mendoza en 1816. — La familia Herranz. — Florencia Villa-Mayor, la heroína. — Su patriotismo. — Conspiradores. — El ejército de San Martín. — El enamorado Ortiz. — Confidencias peligrosas. — La correspondencia de San Martín á Pueyrredón. — Plan de campaña. — Fray Miguel Ángel, de la orden de San Francisco. — La confesión de una patriota. — San Martín y un fraile revolucionario. — Cambio de frente, engaño á los españoles de Chile. — Aprestos de marcha del ejército de los Andes. — Un voluntario en el regimiento de granaderos de á caballo. — El Capitán Gerardo Villa-Mayor. — Partida del ejército. — El sargento Galván. — La marcha á través de la cordillera. — La carta. — División Las-Heras. — La artillería, el parque. — El Capitán Beltrán. — División Soler. — La guardia vieja. — Territorio chileno. — Santa Rosa. — Combate de vanguardia por Necochea. — El General español Maroto. — El regente Marcó en Santiago. — CHACABUCO. — El General chileno O'Higgins. — Victoria en toda la línea. — Persecución del ejército español por la caballería argentina. — Entrada del ejército Libertador á Santiago. — Entusiasmo en Mendoza al conocerse la noticia del triunfo.

MENDOZA (1

La antigua ciudad de Mendoza en la República Argentina, célebre por sus glorias y por sus desgracias, ha sido por siglos el centinela avanzado al pie de los Andes; es-

(1) Escrito en 1886-87 en Buenos Aires, en la época en que el autor estaba acreditado Ministro Plenipotenciario en la R. Argentina.

taba allí como intermediaria del comercio y de la civilización, entre dos pueblos hermanos en la guerra y en la paz.

Progresista por el trabajo y la industria y por la posición geográfica que ocupaba, trasmisora de las ideas del Pacífico al Plata ó al Atlántico, gozaba de una importancia reconocida desde los primeros tiempos de su fundación.

Destruída por un terremoto en Marzo de 1861, en cuyas ruinas quedaron gran número de sus habitantes, la ciudad muerta fué sustituída por la nueva y floreciente, que, tomando su lugar, es admirada por el viajero.

La vieja ciudad Andina, en 1816, era formada por calles bien delineadas y regulares, extendiéndose de Sur á Norte y de Este á Oeste.

Contaba con muchos edificios públicos: Palacio de Gobierno, templos, conventos, capillas, y un colegio destinado á enseñanza superior, fundado en ese año. Un hermoso paseo de varias cuadras, en el centro de la ciudad, con una linda plaza, bordada de tamarindos cubiertos de hojas siempre verdes, y una fuente bullidora en su centro, de donde brotaba el agua cristalina de los ríos caudalosos que surgen de la montaña Alpestre, formaban las delicias de las bellas mendocinas.

La biblioteca, los clubs, el teatro, vinieron después, como el ferrocarril, mensajero de progreso y de orden, animando con el silbato de la locomotora aquellos lugares solitarios, en su impetuosa marcha, y llevando velozmente de un extremo á otro de la República, los productos del comercio y de la industria.

Las ruinas de la ciudad que no existe, son visitadas constantemente por viajeros distinguidos que, absortos ante la majestad de aquel inmenso desastre, piden á la naturaleza el secreto que no les es dado conocer, interrogando con la vista los altos montes de nieve que, á lo lejos, como gigantes cuyas cabezas blancas hienden el cielo, parecen desafiar la inmensidad. En medio de aquellos pavorosos escombros sólo hay un testigo de tamaña desventura, que, altivo elevándose á las nubes, y contando más de dos siglos de existencia, ha visto pasar primero á la raza de los con-

quistadores, y después ha dado sombra al Gran Capitán Argentino y sus Tenientes, que antes de partir con sus legiones para libertar á Chile y el Perú de la dominación de aquéllos, tomaron una copa de vino generoso, confundiéndose los acentos de los héroes que brindaban por la victoria, con el gemir del viento en la arboladura del Coloso.

Éste es el famoso pino del que fué convento de San Agustín, que permanecía en pie, insensible é inalterable lo mismo ante la tempestad de nieve de los Andes, como en medio del fragor del terremoto.

La relación que se lee á continuación es tomada del manuscrito de un guerrero de la Independencia Americana, actor en los grandes hechos de armas de la Argentina, Chile y Perú, de 1812 á 1825.

El autor de este libro no ha hecho más que dar cohesión á esas páginas, y arreglarlas con claridad, á fin de que al lector le sean más agradables.

La heroína mendocina no puede constituir una sorpresa, pues la historia presenta ejemplos repetidos de mujeres excepcionales que, al frente de huestes guerreras, ó aisladamente como soldados, han obtenido grados militares, siendo dignas por su valor y talento.

Del Plata á Méjico, en la guerra de la Independencia de la América Española, el patriotismo de la mujer ha sido más de una vez evidenciado con su propia sangre. Policarpa Salavarrieta y otras en diversas circunstancias y condiciones, han puesto al servicio de la patria su inteligencia, su entusiasmo, su valor y su vida.

No es en América sólo que la mujer se ha mostrado superior á su propio sexo, que se denomina débil. En Francia, durante la Revolución del 89 y 93, se alistaron en los Ejércitos de la República mujeres de toda condición, al llamado de la patria en peligro.

Entre ellas, refiere Lamartine que dos señoritas de la nobleza, hijas del Conde Jerning, siguieron á su padre y á sus hermanos al ejército de Dumouriez, que operaba en la frontera contra los ejércitos Austriacos y Prusianos.

Formaron en el Estado Mayor del Duque de Chartres

después el Rey Luis Felipe), que mandaba una División á órdenes de Dumouriez, y vestían el uniforme de Ayudantes de campo.

Se encontraron en todas las batallas más notables de la Revolución, y se retiraron emigrando cuando el Duque de Chartres abandonó el ejército Republicano.

Jemmapes, Valmy, y los demás hechos de armas en la frontera, en la campaña del Arjona, hasta la derrota de los Prusianos y Austriacos, fueron testigos del valor de las señoritas de Jerning, que al frente de la caballería ó, desmontándose y marchando en las líneas de la infantería, fueron la admiración del ejército.

Lamartine refiere algunos hechos de valor que llevaron á cabo personalmente, ora destruyendo un batallón con un regimiento de húsares, ora venciendo al enemigo y tomando prisioneros á oficiales superiores.

Teófila y Felicidad fueron sus nombres, formando hogar más tarde en Bélgica, donde terminaron su vida. Lamartine se admira de que la Francia no haya perpetuado en mármol las nobles figuras de aquellas heroínas de la libertad, que tan alto ejemplo dieron de valor y de patriotismo.

* * *

Todavía se escribe sobre la Monja Alférez, soldado aventurero de la conquista de América en el siglo XVII, que combatió en el Perú y fué á morir á Méjico.

Los poetas han cantado sus aventuras, y los historiadores se han ocupado de la famosa doña Catalina, monja escapada de un convento en España á la edad de 18 años, como de un ejemplar raro.

Si no estuvieran comprobadas por documentos irrecusables las aventuras de esta mujer célebre por sus extravíos y crímenes, se creería que sus hechos personales pertenecen solamente á la leyenda.

Soldado que gana el grado de Alférez por su valor, duelista cruel y feliz, jugador infatigable, aventurero en todo sentido, tan pronto se encontraba sometido á la represión

de la ordenanza como á un consejo de guerra que lo condena á muerte y que escapa á la sentencia por actos de audacia que admiran.

Herida en un combate después de años que formaba en el ejército de la conquista, fué descubierto su sexo y enviada á España, pasando luego á Méjico, donde terminó su vida aventurera.

El retrato de la Monja Alférez se encuentra en su pueblo, en Navarra, con el uniforme y la armadura que usaban los aventureros españoles de la época.

Después de estos ejemplares que consigna la historia, la heroína mendocina no puede ser una novedad.

LA HEROÍNA MENDOCINA

PRIMERA PARTE

I

En esa ciudad antigua, existía en aquella época una familia española de cierta distinción, compuesta de un matrimonio sin hijos; rayando el marido en los 60 años de edad y la mujer en los 50, y una hermana del primero casi de la misma edad y soltera.

Don Francisco Herranz y Alaminos se llamaba el viejo español, y doña Mariana Lozada y Torres, su esposa; la hermana soltera doña Fernandà.

Se encontraban en el país hacía ya treinta años; había sido enviado don Francisco desde Cádiz, por la famosa Compañía de Comerciantes españoles, que explotaba con privilegio y fortuna los negocios de América, para que como corresponsal y agente de las casas principales de Buenos Aires, Santiago y Lima, interviniera en los negocios de la Compañía que se relacionaran con aquella parte del territorio Argentino. Su proverbial honradez, y la importancia de los asuntos comerciales en que actuaba, aparte de los conocimientos que poseía, no vulgares en la época, le daban sobre sus convecinos una superioridad é influencia, que hacían de la persona formal de don Francisco, un discreto consultor, generalmente escuchado.

Los esposos Herranz habían criado y educado una joven que á la sazón contaba 18 años, y cuyas cualidades morales, unidas á una belleza correcta y severa, hacían el encanto y satisfacción de aquella familia.

Florencia Villa-Mayor se llamaba la joven, y era hija de un matrimonio español, comerciantes establecidos desde el siglo pasado en Mendoza, personas honradas, que habían muerto sin dejar bienes de fortuna, pues sus negocios habían sufrido reveses, y los acreedores de Buenos Aires tomaron posesión de lo que les pertenecía, en pago de sus acreencias. Florencia tenía un hermano, mayor que ella cuatro años, al que no veía desde 1811; había partido para Buenos Aires de dependiente de un amigo de su padre, y cuando los alistamientos de voluntarios para los ejércitos patriotas que se formaron en Tucumán y Salta, se alistó como soldado de caballería. Escribía de tarde en tarde, y las últimas noticias eran de que se encontraba en Tucumán, haciendo parte de un regimiento veterano que se había hecho notar.

Gerardo Villa-Mayor había conquistado por sus méritos el grado de oficial.

La señora Villa-Mayor, al morir, recomendó encarecidamente su hija Florencia á la señora doña Mariana, y desde aquel momento la niña fué considerada como de la familia.

Fué instruída y educada tanto como era posible en la época; pero don Francisco poseía algunos libros de literatura y de historia, que un hermano suyo, licenciado en letras y ciencias, le había regalado al partir de España; y en aquellos libros fué alimentando su espíritu la joven, á medida que avanzaba en conocimientos y desarrollaba su inteligencia y edad. Escribía con facilidad admirable desde los 12 años, y se extendía sobre un asunto determinado con precisión y acierto: generalmente el motivo obligado de sus pequeños trabajos era la guerra de la Independencia, en que se encontraba empeñada la América contra la España.

El movimiento de los ejércitos patriotas; el entusiasmo de los americanos en favor de la revolución; las proclamas,

el ruido de las armas y de las victorias recientes de los ejércitos patriotas en Tucumán y Salta, electrizaban su alma; y los batallones y escuadrones que disciplinaba á la sazón el General don José de San Martín en Mendoza, preparándose para una próxima campaña; la bandera con los colores nacionales flameando en medio de las columnas, cuando hacían ejercicio, todo aquel cuadro de animación marcial, hacía latir apresuradamente el pecho patriota de la joven, y presentir una victoria decisiva sobre los enemigos y opresores de su patria.

Habían contribuído á despertar en Florencia el patriotismo exaltado que como argentina sentía, las relaciones entusiastas que desde niña oía leer á la familia de Herranz, sobre el entusiasmo del pueblo español de 1808, contra el Gran Capitán del siglo y sus ejércitos. Los triunfos de Bailén y de Vitoria, los hechos más sonados de los guerrilleros, la resistencia heroica de Zaragoza, Tarragona y Tortosa habían sido trasmitidos en continuas y extensas cartas á don Francisco, por un hijo de su hermano, oficial del ejército español á las órdenes de Castaños y de Wéllington.

Sensible á los hechos nobles y generosos, ya tuviesen lugar en España ó en América, el alma delicada de Florencia, á la vez que su espíritu firme, no podían menos de identificarse con los sucesos felices ó adversos de la revolución Argentina.

Cuando el cañón de la fortaleza anunciaba un trjunfo de las armas patriotas, Florencia, feliz y contenta, se esmeraba en su vestir y en su peinado, deseando parecer más bella, si era posible, expresándose con toda discreción por no lastimar las afecciones de la familia que la había amparado en su desventura. Cuando las noticias eran contrarias á la revolución por las derrotas del Alto Perú, la joven, silenciosa y serena, pero afectada, permanecía en su habitación, pretextando el deseo de estar sola.

Entregada por completo á su pensamiento, á aquel amor dulce y ardiente de la patria, vivía sólo para él. De noche, al recogerse, caía de rodillas delante de una imagen del Rosario, que, después de las victorias de Belgrano, todas las

patriotas adoraban, por creer, en su sencillez y en su fe, que por su influencia había sido derrotado y hecho prisionero el ejército español del General Tristán;—allí, orando con fervor, con las manos cruzadas y la cabeza inclinada, pedía á la Virgen el triunfo completo y definitivo de las armas argentinas.

«Si mi sangre, decía; si mi vida fuera útil á la causa nacional, ¡cómo no la había de ofrecer resuelta y feliz!»

Mientras tanto, era ella la única persona que en aquella casa de españoles, de godos (1), como se decía entonces, hacía votos por el triunfo de las armas patriotas. La familia Herranz, y los empleados y sirvientes de la casa, españoles también, mostrábanse airados, lo que era natural, cuando de *insurgentes* se trataba: don Francisco y su esposa guardaban la más absoluta reserva y excusaban todo lo más, el referirse á los sucesos políticos.

Los empleados eran dos jóvenes, como de veinte años el uno y veinticuatro el otro: el primero, Ramón Martínez y Eguía, tenía á su cargo las cuentas y libros y copia de correspondencia, porque don Francisco escribía ésta y corría con la caja. El segundo, Manuel Ortiz y Zamborain, muy inteligente, activo y animoso, era el empleado viajero, que tan luego llegaba á Buenos Aires para la entrega de envíos de frutos, que de Mendoza se hacían, conduciendo á su vuelta sumas de dinero, ó visitaba las provincias andinas en demanda de productos ó de pedidos comerciales, ó cruzaba los Andes por los diversos pasos conocidos y habituales, pasando al territorio chileno ó al Alto Perú.

Era Ortiz el alma y brazo fuerte de don Francisco, porque sin él se hubiera considerado aislado en Mendoza, en medio de la revolución y del vaivén de los acontecimientos. Varios móviles agitaban el espíritu de Ortiz en aquellos momentos.

Por mucho tiempo había seguido con interés los progre-

(1) Para ser exactos en nuestra relación, hacemos uso de esta voz, muy usual en aquel tiempo; así como las de chapetón y maturrango. Los españoles también decían de los americanos: insurgentes, libertos, y algo peor.

sos que hacía Florencia, tanto en lo físico como en lo moral. Con la oportunidad de verse cerca de ella á la hora de la mesa, ó en las cortas veladas de la noche, en familia, había tenido ocasión de cultivar con reserva y gradualmente la amistad de la joven; sentía por ella una afección que crecía, y más de una vez, á la vuelta de un viaje que había durado meses, parecía resuelto á manifestárselo á la joven; pero era ésta tan sencilla, tan igual, tan indiferente á las atenciones de Ortiz, que éste temía ser importuno y exponerse á un desaire.

Así mismo, cumplido un viaje á Santiago de Chile y de vuelta en Mendoza; viaje que, á juzgar por la apariencia de la familia Herranz, había sido de resultados satisfactorios, resolvió Ortiz manifestar á Florencia su afecto y su amor.

II

Por esos días, el reservado y grave don Francisco se encontraba más animado, más comunicativo; y de acuerdo con su esposa, que también participaba de la misma animación, invitaron para una comida de confianza á dos familias de españoles, comerciantes establecidos en Mendoza desde el siglo pasado.

La comida fué severa y casi silenciosa, como correspondía al carácter del anfitrión é invitados; pero luego que las buenas copas de vinos españoles hicieron entrar en calor á los asistentes, manifestándose por más animación en el semblante y mayor vivacidad en la vista, dió lugar á una conversación cordial y amistosa. Al café, cuando se retiraron los sirvientes, Ortiz, á indicación de don Francisco, se levantó y cerró suavemente la puerta.

Los hombres hicieron un círculo á la cabecera de la mesa, y las señoras en el extremo opuesto.

Don Francisco dijo á sus amigos, en voz baja: «El ejército está avisado, y el General Maroto ha tomado sus medidas para destruir los planes de este puñado de insurgentes y de

este loco que los manda, por si acaso pretendiesen pasar los Andes;» y agregó: «En la próxima primavera estarán los nuestros en Mendoza y marcharán sobre Buenos Aires á destruir el germen de la traición hecha á España y al Rey.

«Mi sobrino León de Herranz, Capitán de Estado Mayor en el Ejército del Rey, en Chile, llegado al Callao el año anterior con los famosos lanceros de Fernando VII, ha presentado al general á mi dependiente Ortiz, leyéndole mi sobrino la carta que le dirigí dándole noticias y conocimiento extenso de la situación y espíritu de estas Provincias, que son realistas de corazón, y que no esperan sino que el ejército de *Su Majestad* pase resueltamente los Andes, para concluir con esta multitud de montoneros.

«Que el ejército de San Martín es una sombra de ejército por el número, les decía; pero que es tal la organización que este demonio de hombre les da, sobre la base del Regimiento de granaderos á caballo, que allá en la costa del Paraná, en un paraje que se llama San Lorenzo, se estrenó por primera vez con nuestros soldados, combatiendo con cierta fortuna, que ha llegado á hacer creer, desde el primero al último soldado, que bastará una maniobra que á su tiempo conocerán, y una carga de los famosos granaderos, con sus largos sables, para poner en derrota á los ejércitos españoles, desde Santiago hasta Lima.

«Les he dicho que es necesario prevenirse contra un golpe de mano de San Martín; porque, creedme, cuando veo volver á ese hombre del campo de maniobras, de mañana ó de tarde, seguido de su asistente, al paso de su caballo negro andador, envuelto en su capa militar, abstraído en sus pensamientos, con la vista inclinada, subir lentamente por la calle larga hasta su cuartel general, sin preocuparse de las gentes que pasan, ni de ninguno de los detalles que surgen á su paso, pienso, á mi vez, y me preocupa la idea de que San Martín madura algún plan ó maniobra decisiva sobre los ejércitos del Rey.

«Firme en ese pensamiento, observo todos los movimientos del ejército insurgente, sus progresos en la infantería y artillería, y el arreglo de sus armas y perfeccionamiento de

su material, sobre todo la forma de las cureñas para los cañones en línea ó de marcha. Tengo yo un viejo amigo comprovinciano, empleado en la herrería-maestranza del ejército, y por él obtengo datos preciosos y exactos.

«Para aumentar mis temores y sospechas, entre un contingente ó auxiliares chilenos que tiene San Martín, hay un capitán Beltrán, de conocimientos superiores y de una actividad incansable; es él el que tiene la dirección de los trabajos: funde cañones, hace maniobrar los fusiles descompuestos y abandonados por inútiles en Mendoza, y de los que había gran cantidad; forja lanzas y sables, dando á éstos un temple, una proporción y un filo que me hacen temblar por nuestros hermanos; enriquece el parque con municiones de guerra bastantes á una campaña tenaz y reñida. En fin, nada le queda por hacer al capitán Beltrán, que, según referencias de los mismos auxiliares chilenos, ese maldito es un fraile franciscano, que no siendo su vocación la celda y el breviario, al primer toque de corneta insurgente colgó sus hábitos y abandonó el convento, presentándose á los ejércitos de la revolución.

«Agregad á esto el aumento de plazas que obtiene constantemente la infantería, por el contingente que le proporcionan los voluntarios de Buenos Aires, pardos y morenos, orgullosos con sus triunfos; y los de las otras Provincias que no quieren ser menos, prefiriendo la caballería y la artillería; la dedicación de San Martín en instruir á los oficiales en la táctica, presidiendo con severidad y energía la academia, en que, desde coronel á alférez, todos están atentos y respetuosos á las lecciones del maestro; y tendremos motivos fundados para observar y vigilar la actitud que en adelante manifiesten.

«He creído deber comunicaros, mis amigos, estos datos, agregó don Francisco, porque interesados como yo por patriotismo, en que la causa de España y del Rey triunfe pronto y bien, no debemos omitir sacrificio alguno de personas y de bienes, que *Su Majestad el Rey* nos lo tendrá en cuenta, y habremos merecido bien de la Patria.»

Los convidados del señor de Herranz habían escuchado

con suma atención el relato, aprobando con signos de cabeza y con entusiasmo reprimido las ideas del español, cuando éste aseguraba el triunfo seguro y marcha del ejército realista sobre Buenos Aires; así es que cuando terminó aquél, las manos se extendieron estrechándose, como en un juramento mudo, pero no por eso menos elocuente y verdadero, acordando en pocas palabras comunicarse recíprocamente con la mayor reserva, y volver á reunirse si el caso lo exigía.

Aquella conferencia privada y casi en voz baja, tenía lugar, como hemos dicho, en el grupo aislado de cinco hombres, siendo la pieza un comedor de diez metros de largo; las señoras, reunidas al otro extremo, no podían prestar atención, y aunque así fuese, componían ellas las familias de los españoles conspiradores, tan exaltadas las esposas por la causa realista como los esposos ó más. Sin embargo, Florencia, que había oído vagamente las palabras de don Francisco: *traición á España y al Rey*, dedicó toda su atención desde aquel momento, al relato que hacía el señor de Herranz, y pudo alcanzar lo bastante para saber que se trataba de algo que interesaba á la causa de la Independencia y al ejército que acampaba en Mendoza.

Á ninguna de las personas presentes se le hubiera ocurrido pensar que aquella joven podía tener interés en conocer la conferencia política que tenía lugar; y mucho menos notándola tan atenta, al parecer, á la conversación de las señoras, que recordando noticias de familia y de España, y de objetos de vestir recientemente llegados de Buenos Aires, ocupaban su tiempo en trasmitirse sus impresiones, con la admiración y detalles que acostumbran las gentes sencillas, que conceden un interés capital á cualquier referencia ó asunto sin importancia alguna. Eran ya las ocho de la noche, que en Mendoza, en aquella época, era hora muy razonable de que cada uno se encontrase en su casa, cerrando su puerta; así es que tocando las campanas de la iglesia *las ánimas*, como vulgarmente se decía, los invitados de la familia Herranz se pusieron de pie, requiriendo los hombres sus sombreros y las mujeres sus abri-

gos, despidiéndose con atención y gratitud de sus amigos, y prometiéndose volver á encontrarse brevemente reunidos. Por su parte, los jóvenes Eguía y Ortiz, dependientes del señor de Herranz, permanecieron algunos momentos sentados cerca de su principal; aproximáronse luego á ellos la señora doña Mariana y Florencia, dirigiéndoles la primera algunas palabras de amistad.

Florencia, con los ojos bajos, estaba grave y reflexiva, haciendo girar en su mano derecha la borla de un abanico que tenía cerrado.

Ortiz la contemplaba con un interés manifiesto, absorto á la vez en el semblante y en la actitud de la joven: parecía que anhelaba animar á aquella figura fría é indiferente, llamar su atención é interesarla; pero era en vano, porque Florencia vivía absolutamente para un pensamiento, que se encontraba muy distante de Ortiz.

Continuaba don Francisco sentado en el extremo de la mesa, silencioso, manifestándose en su semblante cierta animación que parecía fuese efecto de ocultos pensamientos que trabajaban su cerebro.

Los jóvenes pidieron permiso para retirarse, el que les fué acordado; despidiéndose con urbanidad.

Tenían éstos sus habitaciones en la misma casa de la familia de Herranz, en el segundo cuerpo del edificio, independiente del primero, pero comunicándose por un corredor.

Tan pronto como se retiraron, la señora doña Mariana, que apreciaba y distinguía á Ortiz por su lealtad y servicios, tan útiles á los negocios que dirigía don Francisco, y que seguramente había notado la simpatía ó afecto que demostraba por Florencia, se expresó intencionalmente de una manera benévola á su respecto, diciendo que era de sentirse no tener una hija para proporcionarse el placer de unirla á un joven de méritos tan relevantes; que día más ó día menos, Ortiz elegiría una esposa en Buenos Aires ó en Santiago, donde sabía cultivaba relaciones de amistad, y se separaría de su casa, formando su hogar fuera de Mendoza.

Don Francisco agregó: «Efectivamente sería una contrariedad para mí, y para los negocios de la Compañía, que Ortiz

nos abandonase; es muy difícil reemplazar á ese joven en las actuales circunstancias. ¿Quién se atrevería á cruzar por este país sublevado conduciendo ó dirigiendo intereses de valor, atravesar la cordillera, cuyos secretos conoce, una vez y otra vez; y sobre todo quién posee el conocimiento de los hombres y de las cosas en estos lugares apartados, con estudio tan prolijo como Ortiz, y ahora que los intereses de España se encuentran tan comprometidos en estas regiones, y que los españoles que no odian y temen al insurgente son mirlos blancos?»

III

Florencia, escuchando aquella especie de confidencia indiscreta, sabía ya lo que tenía que saber: se afirmaba en sus sospechas de que los viajes frecuentes de Ortiz más allá de la cordillera tenían un objeto misterioso: la conferencia tenida de sobremesa entre el señor de Herranz y sus amigos los invitados, cuyos conceptos en parte había alcanzado, revelándole que se vigilaban los actos del ejército patriota en Mendoza; el interés que manifestaba la señora doña Mariana por Ortiz, deplorando no poder unirlo á su familia para asegurar de esa manera su adhesión; la importancia, en fin, que acordaba á los servicios del empleado el señor de Herranz, en los que parecía mezclar ó interesar á la causa que los españoles debatían con las armas en la mano, contra la causa Argentina; todas aquellas circunstancias le parecieron á Florencia que constituían casi una semi-prueba de que en aquella casa de españoles que ella amaba por gratitud y por afecto, se conspiraba contra la libertad Argentina, por la que ansiaba Florencia tener ocasión de derramar la sangre de sus venas, si su servicio así lo requería.

¿Qué hacer en circunstancias tan extraordinarias?

Esa noche no le fué dado cerrar los ojos; cada vez que iba á rendirse al sueño, un temblor nervioso la acometía, y sudorosa y agitada venía á su mente la idea fija que la

preocupaba; le parecía ya que el ejército español sorprendía al ejército patriota, y que después de haberlo destruído, como había dicho el señor de Herranz, marchaba aquél victorioso sobre Buenos Aires.

¿Cómo descubrir la verdad? ¿Debería constituirse en espía de los actos de sus protectores; debería sorprender su confianza arrancándoles el secreto de que dependía tal vez el triunfo ó la derrota de la causa Sudamericana?

Rechazando ese pensamiento por innoble, que su alma sensible y pura no podía alimentar, resolvió esperar y confiar á la fortuna de la Independencia, que aquellos peligros, más ó menos reales, en que confiaba el señor de Herranz, desaparecerían, para dar lugar al triunfo del ejército de San Martín, tal vez no lejano. Con esta esperanza, y puesta su fe en la Virgen del Rosario, oraba con las manos juntas.

Pasados algunos días después del almuerzo, los esposos Herranz resolvieron dar un paseo por la calle principal de la ciudad, hasta una llanura que da salida al campo, y cuya vista es de las más agradables, porque abrazando una grande extensión, se dibujan á lo lejos las montañas de la cordillera.

Los acompañaron Florencia y Ortiz, que marchaban algunos pasos adelante, conversando con franqueza y amistad.

Al llegar á la llanura indicada, el señor de Herranz dijo á Ortiz: —«Ofrezca usted el brazo á Florencia, para evitarle la fatiga del paseo». Así lo hizo éste, aceptando la joven.

Como si respondiese Ortiz al pensamiento de Florencia, empezó á hablar con algún entusiasmo de sus viajes á la Cordillera de los Andes, y á describir la belleza de los lugares que más lo habían impresionado; se extendió sobre las diversas veces que la había atravesado, enumerando los peligros á que se había expuesto en aquellas montañas blancas, trepándolas, aterido de frío, con la muerte á sus pies, por los precipicios que parece no tienen fin.... El ruido de las aguas corriendo y saltando sobre las rocas, hace que se incline la vista para buscar ese ruido subterráneo y misterioso que parece conmover la montaña, hasta los más altos picos de «Los Penitentes» ó del «Campanario», gigantes inmen-

sos de nieve que dominan la majestad de aquel lugar, que asombra y hace enmudecer al viajero.

—Debéis estar acostumbrado á esos peligros, le dijo la joven, desde que con tanta facilidad y frecuencia viajáis á Santiago de Chile.

—Os diré, replicó Ortiz; no creo que nadie se acostumbre al malestar que se siente y al peligro que ofrecen aquellos lugares, pero es necesario. No creáis que por interés particular ni por los intereses de la Compañía me expongo así frecuentemente; hay otros motivos, un objeto de mayor valía, una recompensa moral, una causa sagrada que me impone el deber de arrostrar esos peligros, y otros que pudieran presentarse.

Calló Ortiz, y la joven no interrumpió su silencio.

Momentos después, decía Ortiz á Florencia:

—Tenía deseos de hablaros sin testigos: no sé si habréis notado la simpatía é interés que me inspiráis; mucho tiempo hace que os lo tengo demostrado, no atreviéndome á expresar mis sentimientos por el temor de no ser escuchado favorablemente, pero no puedo silenciarlo más, porque, creedme, me haríais feliz si vuestros sentimientos respondiesen á los míos. ¿Por qué ocultarlo por más tiempo? Os amo con pasión, y á la vez reconozco todas las bellas cualidades que os adornan; si quisierais ser mi esposa labraríais mi felicidad.

La joven permanecía tranquila, aunque en sus ojos pardos, grandes y suaves, había más animación, y en su semblante se notaba un color sonrosado, que realzaba las líneas correctas y puras, si bien un poco firmes, que constituían en primer término la belleza especial de Florencia. De estatura elevada, el cuello en la actitud que denota valor, talle flexible, formas nobles y dulces, parecía una estatua, formando el todo un conjunto simpático, bello y respetable á la vez; su apostura, por lo regular, era reposada; se reía poco, y carecía de aquellos movimientos rápidos y alegres de las jóvenes de su edad.

Pasados algunos instantes, dijo á Ortiz:

—Me sorprende lo que me habéis manifestado, porque hasta ahora no había pensado en que pudierais amarme;

permanecéis por lo regular poco tiempo en Mendoza; vuestras ocupaciones han sido bastante activas, y casi no habéis tenido tiempo de fijar la atención en mí de una manera seria. Agradezco, sin embargo, las palabras de simpatía y amistad con que me favorecéis, y por mi parte os diré que os aprecio también, como generalmente sois apreciado aquí por todas las personas de esta casa; pero en cuanto á otro afecto, os engañaría si dijese que estaba dispuesta á sentirlo; no se me ha ocurrido pensar que pueda amar á un hombre, aunque esto sería lo regular; pero ya sea porque no ha llegado el momento, ó porque no se ha cultivado lo bastante mi amistad, la verdad es que no me he preocupado de interesar especialmente á nadie. He deseado ser franca con vos, por la misma razón de que os aprecio, y porque sentiría un verdadero pesar si permanecierais en error.

—Está bien, replicó Ortiz; creía que no os era tan indiferente; pero ya que no rechazáis mi amistad, permitidme cultivar la vuestra, estrechándola y sosteniéndola en un grado de confianza á que yo me haré acreedor, cada vez más; y concededme el derecho de confiaros mis penas y mis alegrías, mis planes y mis esperanzas para el futuro.

—No sé, repuso vivamente Florencia, si no amándoos, como os lo he dicho, tendría yo derecho á vuestras confidencias, porque bien puede suceder que en vuestra ilusión creáis que la simple amistad tiene deberes que sólo corresponde observar á sentimientos y afectos más delicados y menos vulgares; y por esto desearía reflexionaseis antes de franquearos conmigo, haciéndome sabedora de actos, planes ó esperanzas que no debiera conocer.

—Mirad, Florencia, cuanto me observéis será en vano: estoy empeñado en una partida, en la que he entrado casi insensiblemente y que hará mi felicidad ó mi desgracia. Estamos á 1.º de Noviembre de 1816; antes de fin de año sabré á qué atenerme. Dentro de ocho días parto nuevamente para la cordillera; allí me esperan amigos seguros. No sé si pasaré de Uspallata: eso depende de instrucciones que debo recibir allí de mis hermanos de causa, del otro lado de los Andes, que están en el valle esperando

mis noticias y estudios sobre cuestiones que tienen su base en Mendoza. Si atravieso la cordillera no volveré hasta que los sucesos que se esperan hayan dado su fruto; si no están próximos, volveré á Mendoza para estrecharos la mano y deciros adiós, pues nadie puede saber el destino que me reserva la fortuna.

Al llegar á esta parte de su confidencia Ortiz, advirtieron los paseantes que, sin notarlo, habían dado la vuelta por la alameda, encontrándose cerca de la casa del señor de Herranz, á la que llegaron en breves instantes.

Florencia agradeció á Ortiz las atenciones de que había sido objeto, y le manifestó el deseo de continuar la conversación interrumpida.

Al día siguiente volvieron á encontrarse los jóvenes paseando por la quinta-jardín que de la casa dependía, y aproximándose Ortiz á Florencia, la saludó con fina atención, contestándole la joven con benevolencia. Siguieron marchando juntos por en medio de una calle de naranjos cubiertos de hojas verdes y brillantes, que proporcionaban una sombra agradable. El aire embalsamado por las plantas y árboles que en esa latitud y en aquella estación del año se cubren de flores, hacía más ameno el ejercicio. Ortiz fué el primero que inició la conversación.

—Anoche no he dormido, dijo; multitud de pensamientos, unos agradables, otros funestos, me han tenido en completa agitación; lo que hablamos ayer ha contribuído en mucha parte: precisaba y preciso abrir mi corazón que rebosa, y mi espíritu un tanto preocupado, á personas que puedan apreciar mis sufrimientos.

Florencia le contestó:

—Ya me dijisteis ayer cuáles eran vuestros sentimientos respecto á mí, y creo que después de haberme oído, no debíamos volver más sobre ese asunto.

—Es verdad, expresó tristemente Ortiz; eso es una parte, pero no es todo. Si no recuerdo mal, os comuniqué un próximo viaje que me era indispensable efectuar brevemente: á ese acto me refiero; y sin dar lugar á que la joven observase, continuó diciendo: Los acontecimientos militares que

se preparan por los ejércitos realistas que se encuentran acampados del otro lado de los Andes, en Chile, y también en el Alto Perú, prontamente, antes que el año concluya, ó á más tardar á principios del entrante, se habrán producido, invadiendo éstas desde Salta á Mendoza, y habrán cambiado estas regiones un tanto tranquilas ahora, con todos los horrores de la guerra, porque las órdenes de *Su Majestad* son tremendas al respecto y no admiten modificación: estas provincias sublevadas contra la Madre Patria y su Rey, deben entrar á la obediencia definitivamente en todo el año que va á empezar, aunque para ello se tenga que llevarlo todo á sangre y fuego; no es posible que haya cuartel para el insurgente hasta llegar á Buenos Aires y concluir con la rebelión allí.

El espíritu patriota de la joven la hacía estremecer de indignación; y si Ortiz hubiera estado menos preocupado, habría podido notar que la persona á quien se dirigía, demostraba, por su semblante y su actitud altiva, pertenecer á la raza de los revolucionarios de América que habían jurado ser libres ó morir.

Florencia, reponiéndose, observó:

—Y bien: ¿qué relación puede tener vuestro viaje con el movimiento próximo de los ejércitos españoles?

—¡Ah! veo que no me comprendéis; soy yo el que ha de llevar las últimas notas tomadas sobre la composición del ejército de San Martín en Mendoza, su número determinado, las armas, infantería, caballería y artillería, y hasta el nombre de los jefes que las mandan; el plan probable de su general, que, aunque se ha guardado el mayor secreto sobre él, he podido obtener una correspondencia de San Martín, dirigida á Buenos Aires, al Director Supremo don Juan Martín Pueyrredón, la que no ofrece duda de que intenta invadir á Chile por la cordillera, pasando rápidamente por los pasos que ella ofrece. Esa correspondencia fué perdida por el oficial que la llevaba, antes de llegar á Buenos Aires, en Septiembre, y encontrada por un español, comerciante, que venía con una tropa de carretas, y que al llegar aquí la puso en manos del señor de Herranz; quien, impuesto

de ella, ha dado conocimiento á las personas que deben conocerla, y cerrada y lacrada nuevamente se encuentra en mi poder, para remitirla con los demás documentos indicados que conduciré personalmente á la cordillera, si está allí la persona que debe recibirlos; y si no está, iré hasta Santiago á entregarlos en propia mano al Regente, ó en su defecto al General Maroto.

Ya veis, Florencia, que tengo motivos para estar lleno de ansiedad por el resultado de este viaje; porque, de cierto, tan luego como se conozca en Chile el plan del General San Martín, los ejércitos realistas anticiparán su movimiento, y no podré volver á Mendoza sino con ellos ó después de su triunfo.

—Verdaderamente, comprendo vuestra ansiedad, contestó la joven haciendo esfuerzos por permanecer serena, á fin de que su palidez y su emoción no la traicionasen; dijisteis que os pondríais en viaje dentro de ocho días: ¿tan pronto pensáis partir?

—Sí, el 10 partiré, porque para el 9 sin falta se me ha prometido el complemento de los datos que se hacen indispensables. Por otra parte, estas gentes nada sospechan; y día más, día menos no puede en manera alguna perjudicar nuestros trabajos: poseemos su secreto, y con él es seguro el triunfo de las armas del Rey.

La joven, inclinándose, se dijo entre sí: lo veremos; yo poseo el vuestro, sin pretender saberlo. Aun oponiéndome á vuestras confidencias, habéis insistido. Pues bien: con la conciencia tranquila, cumpliré con mi deber de argentina, ya que vos creéis deber cumplir con el de buen español realista.

Levantó la cabeza indiferente, como observando las hojas de los árboles, é invitó á Ortiz á seguir el camino que conducía al edificio.

IV

Existía por aquella época, en la iglesia matriz de Mendoza, un fraile franciscano que gozaba concepto de gran patriota, y á la vez de hombre recto y justo: se llamaba Fray Miguel Ángel, argentino, natural de Salta, con estudios hechos en la universidad de Córdoba. Cuéntase que en más de una ocasión el General San Martín había recurrido á su experiencia y conocimientos que de aquellas provincias tenía, escuchando sus opiniones con deferencia manifiesta, porque en aquellas regiones, donde aun se encontraban y agitaban intereses españoles, tenía necesidad, el gobernador ó jefe de los ejércitos patriotas, de proceder con tacto político á fin de neutralizar las voluntades hostiles que en el silencio y en la sombra podían perjudicar á la causa americana;—era, pues, aquel fraile un hombre de honor, que inspiraba confianza á todos los que lo conocían y trataban, y aun á los que no se encontraban en ese caso, pero que habían tenido ocasión de oir las referencias de su celo religioso, de su patriotismo y de su virtud.

Por lo general, el clero argentino se había manifestado con ideas formadas ya, cuando la declaración de la independencia, y en el Congreso de Tucumán, las ideas más firmes, los espíritus mejor templados, se encontraron en hombres que vestían el hábito del monje, que, como fray Justo Santa María de Oro, expresaba con palabras suaves, firmes y persuasivas, que después de la revolución de Mayo no era posible retroceder á la dominación de rey ó monarca alguno; que el sistema de gobierno que más convenía á la América, era la república con leyes propias que la sabiduría de los pueblos se diese; que él, por su parte, se retiraría del Congreso si sus colegas se desviaban de la línea recta que la revolución se había trazado, al desconocer las autoridades de España; pues que no en balde se había derramado sangre argentina á torrentes y se habían arro-

jado del territorio á los ejércitos del Rey, vencidos y humillados.

La actitud digna del clero americano tuvo sin duda una gran parte en el triunfo de la causa de la libertad desde Buenos Aires hasta Méjico.

* * *

Florencia, que buscaba en su mente una idea, una inspiración que le proporcionase detener el peligro que amenazaba á la causa de la libertad, cuya confidencia había recibido del indiscreto y enamorado Ortiz, pensó en someter el asunto al juicio y criterio de fray Miguel Ángel, porque al prestar aquel servicio, sacrificándose ella si era necesario, quería á la vez poner á cubierto la vida y tranquilidad de la familia de Herranz, y la del mismo Ortiz, que imprudentemente, en un momento de exaltación, había revelado lo que en aquellas circunstancias especiales y terribles, debió guardar con su vida.

La joven conocía al noble fraile por haberlo visto en las prácticas de su ministerio, por haber escuchado su voz en el púlpito en las grandes solemnidades de la iglesia, y sobre todo por haber oído las referencias de su proceder ejemplar.

Para acercarse á él tenía que ocurrir al confesionario, único medio, y así es que habiendo tomado su resolución, manifestó á la señora de Herranz que deseaba cumplir con la iglesia, al concluir el año, confesándose y comulgando, y quería desde luego ponerse bajo la dirección espiritual de un sacerdote que ella le indicase. La señora doña Mariana, cuya piedad y misticismo le hacían ser fiel observadora de las prácticas de la iglesia católica, desde las primeras palabras de la joven, aprobó sus buenas disposiciones; y al efecto pronunció los nombres de algunos sacerdotes, incluso el de su confesor, un español.

La joven se detuvo en el de fray Miguel Ángel, pidiéndole opinión á la señora de Herranz, y ésta, sin aprobar la elección con calor, se limitó á decir que gozaba de buen concepto como confesor experimentado.

De acuerdo en lo principal, se acordó que al día siguiente, sábado, á la hora del rosario, Florencia se aproximaría al tribunal de la penitencia, acompañándola la señora doña Mariana á la Matriz.

¿Qué hizo Florencia en las horas que faltaban hasta el siguiente día?

Completamente entregada á su pensamiento, buscó la ocasión de encontrarse nuevamente con Ortiz. En Mendoza, después de las 12 del día, hora en que por lo general se acostumbraba en aquellos tiempos sentarse á la mesa, como decían nuestros abuelos, el calor, si no sofocante, es bastante acentuado, en los meses de Noviembre á Enero; el reposo venía después de la comida, de que no prescindían sobre todo las personas mayores; quedaban alguna vez los jóvenes, que ocupaban el tiempo en conversar, leer ó bordar.

Ese momento fué el que aprovechó Florencia para reanudar la conversación de la mañana con Ortiz, manifestándose agradable y comunicativa con él.

Empezó por demostrarle el interés que le inspiraba á causa de los peligros que debía arrostrar en su próximo viaje, expresándole dudas sobre la importancia de los pliegos que debería conducir, pues que tal vez no valían ellos el riesgo que seguramente correría, en medio del país en armas.

Ortiz, halagado por el interés que inspiraba á la joven, dijo:

—Vos misma juzgaréis de la importancia de los pliegos que debo conducir; esta noche los traeré para que os impongáis de ellos al recogeros, y mañana ó pasado me los devolveréis para volver á cerrarlos y sellarlos, conforme están ahora; pero os ruego no cometáis indiscreción que pueda advertir el señor de Herranz.

Florencia inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Hablaron en seguida de asuntos indiferentes, notándose en el semblante de Ortiz cierta tristeza ó melancolía que no le era habitual, y en el de la joven mayor animación que de costumbre, mostrándose muy amable y atenciosa.

A la noche, después de la cena en familia, Ortiz aprovechó un momento en que quedó solo con Florencia, para entregarle con precaución el pliego ofrecido.

Se componía éste de una extensa carta de ocho páginas, escrita de puño y letra de San Martín y dirigida al Director Pueyrredón en Buenos Aires, con detalles interesantes sobre la próxima campaña de Chile, el número de fuerzas y la seguridad de obtener el triunfo sobre *los godos*, como él decía.

V

Fray Miguel Ángel estaba en su confesionario.

—Padre, decía Florencia con voz agitada é insegura al confesor, cubriéndose lo mejor posible con el manto la cabeza y el semblante al inclinarse sobre la rejilla; no vengo á cumplir con el deber que tienen todos los buenos católicos confesando sus culpas: mi objeto es otro.

El fraile, aguzando el oído, le dijo con voz tranquila, aunque un tanto severa:

—¿Y cuál puede ser, hija mía, el motivo que os trae á este lugar santo, sino el de hacer penitencia y pedir perdón á Dios, por vuestros pecados?

—No, padre mío: soy argentina y patriota, y poseo un secreto al que tal vez se vincula el triunfo ó la pérdida de la causa de la Independencia; prestadme atención: conozco vuestras ideas y sé que pongo en buenas manos el importante asunto que me trae.

—Hablad, dijo el fraile con ansiedad.

—Antes, replicó Florencia, necesito una promesa del religioso y del hombre; promesa á la que no faltaréis, padre, por ninguna razón, cualquiera que ella sea, sin deshonrar vuestro doble carácter de religioso y de caballero. No debéis en ningún caso pretender saber quién soy, y si llegarais á saberlo por cualquier circunstancia, deberé permanecer ignorada, no considerándoos autorizado para

revelar mi nombre á nadie. Las personas que resultasen comprometidas, si se conocieran por causas imprevistas, no deberán sufrir en sus personas é intereses el menor perjuicio. Si me aseguráis, padre, que serán cumplidas estas cláusulas sin modificarlas, os comunicaré mi secreto para que lo trasmitáis con urgencia al Gobernador, General San Martín. Si no podéis tomar sobre vuestro honor ese compromiso, trataré de ver personalmente al general, lo que yá será más difícil, peligrando con el tiempo que pierda, los intereses de la patria.

El fraile contestó:

—Podéis hablar con toda libertad, hija mía, que obligo mi doble carácter, como habéis dicho, de religioso y de hombre de honor, en observar los puntos previos que habéis establecido para confiaros á mí.

—Bien, dijo Florencia; estoy tranquila, porque sé cuanto vale vuestra promesa.

Hace como tres meses que un oficial del ejército acampado en Mendoza era conductor de unos pliegos, que su general remitía al Director Pueyrredón en Buenos Aires; pliegos importantes que la mala fortuna del oficial hizo que los perdiese antes de llegar á su destino.

La interrumpió el fraile, diciéndole brevemente:

—Conozco la pérdida de esos pliegos y su importancia; continuad, hija mía, y no omitáis ningún detalle.

—Veo, continuó Florencia, que es cierta la confianza que se dice merecéis al General San Martín, y estoy satisfecha de haberos elegido, padre, para confidente de asunto tan delicado. Escuchad, pues.

Esos pliegos fueron encontrados por un comerciante español, quien impuesto de su contenido, ha determinado remitirlos al Virrey de Chile, ó en su defecto al general de las tropas realistas que ocupan el territorio de Santiago; los tengo en mi poder. En ellos se expresa el plan de campaña, y el cometido que pronto llevarán á cabo el General San Martín y su ejército al otro lado de los Andes. Comprenderéis la importancia de estos pliegos, si hubieran pasado á manos de nuestros enemigos; pero ni

siquiera ha sido trasmitido conocimiento de ellos, porque la persona encargada de hacerlo debe ser quien los conduzca, y pasarán algunos días antes de que se ponga en viaje.

El fraile permanecía silencioso; reflexionaba sin duda sobre la importancia de la revelación, y del hallazgo muy principalmente.

—Decid, hija mía: ¿traéis los pliegos, cuya posesión importa un caudal, más que eso: una victoria sobre los enemigos de la patria?

—Sí, padre. ¿Cómo debo entregarlos?

La iglesia estaba casi desierta. Concluído el rosario, los fieles se habían ido retirando; una que otra persona sentada cerca de los altares, oraba, meditaba, ó se entregaba dulcemente al corto sueño común en las gentes que pasan la mayor parte del tiempo en los templos, y á que son incitadas por la soledad y el misterio de aquel lugar sagrado. El sacristán había disminuído las luces.

—Mirad, dijo el fraile, si no hay personas inmediatas al confesionario; pasad por delante y arrojad adentro el pliego, que yo recogeré.

—Está bien, contestó la joven. Esta noche precisamente entregaréis, padre, al General San Martín su correspondencia, y decidle que una patriota mendocina vela y ora por su suerte y la de nuestras armas; que ella nada solicita ni quiere para sí, porque le basta cumplir con el deber que le imponen los intereses de la patria. Yo volveré á este sitio el lunes, por si mis servicios son necesarios; es tarde ya, y es necesario concluir esta conferencia.

El fraile le dió su bendición, pidiendo para ella la protección divina, y dijo al terminar:

—Hasta el lunes, hija mía.

Florencia se levantó del sitio donde se encontraba de rodillas hacía una hora, procurando no hacer el más leve ruido, y al pasar frente á la pequeña entrada del confesionario, deslizó el pliego adentro, el que cayó suavemente sobre el hábito del fraile.

II

Eran las nueve pasadas de la noche en que tuvo lugar la confidencia hecha á fray Miguel Ángel por Florencia; el General San Martín se encontraba en la habitación que le servía de despacho particular ó escritorio, recorriendo varios pliegos y partes recibidos probablemente esa tarde, cuando un sargento, empujando con cautela la puerta, se cuadró á algunos pasos del general: era su fiel asistente Pedro, única persona que tenía entrada libre en el despacho, en momentos en que el general trabajaba á puerta cerrada.

Pasado un momento, el general dijo: — ¿Qué hay, sargento?

— Mi general, contestó éste, ahí está aquel señor fraile muy serio, que V. E. acostumbra recibir, y que me ha dicho tenía necesidad de hablar con V. E. por asunto urgente. En balde le observé que mi general estaba escribiendo y que había prohibido se le importunara: insistió en que avisara á V. E. porque no podía demorar un momento más.

— Que entre ya prontamente: algún asunto muy importante lo trae; y levantándose impaciente, salió en seguimiento del sargento, diciendo en voz alta:

— Puede usted pasar, padre.

El fraile, que se paseaba nervioso en un corredor inmediato, dió media vuelta, encontrándose con el general, y se dirigieron juntos al despacho.

— ¿Qué ocurre, fray Miguel? dijo el general, mirando fijamente al fraile con sus ojos de águila.

— Cerremos la puerta, señor, respondió éste, que el asunto es grave; pero no hay por qué alarmarse, pues importa un triunfo.

— ¿Cómo así? Explicaos, dijo el general, aproximando una silla á su interlocutor.

Tranquilamente, refirió fray Miguel Ángel todos los detalles de la confidencia de la joven, y sacando de la manga

izquierda de su hábito el pliego, cubierto con un sobre improvisado; ligado con una cinta celeste, en la misma forma que se lo había entregado Florencia, lo puso en manos del general, que con los labios oprimidos y la frente ceñuda, esperaba silencioso el resultado de aquel incidente.

Tomó el papel San Martín, y, desdoblándolo, se levantó del asiento y fué hasta la mesa donde escribía momentos antes. Cuando se hubo aproximado á la luz, que la constituía una vela de sebo en un candelero de bronce, dijo con aire expansivo:

—Efectivamente es mi correspondencia al Director Pueyrredón, perdida en Septiembre, y que aun la busca el oficial que la conducía. ¡Qué fortuna, mi buen amigo! agregó dirigiéndose á fray Miguel.

¡Cuántos insomnios y precauciones inútiles me cuesta la pérdida de esta correspondencia! En mi desesperación y en mi enojo, casi he cedido á la tentación de someter á un consejo de guerra al oficial desgraciado que la perdió, y fusilarlo: consideraba perdida la campaña y el trabajo constante de dos años, aparte de mis esperanzas para la reconquista de Chile y del Perú.

—Sí, la Providencia, siempre la Providencia, que vela por nuestra santa causa, general, dijo con fe fray Miguel; reconoced que sin su intervención el triunfo sería tal vez del español.

—Todo lo que queráis, mi buen amigo, expresó alegremente el general; pero es necesario pensar sobre el partido que podemos obtener de este milagro; dejadme hasta mañana á la hora de «retreta», hora en que volveréis. Es preciso no dar la espalda á la fortuna: veréis qué cambio de frente ejecutamos con tanta precisión y limpieza!

Los godos de Chile son nuestros de esta vez, y para Febrero, ó Marzo á más tardar, estaremos en Santiago.—¿Iremos juntos, verdad? Vuestra cooperación, ya se ve, es prenda segura de buen suceso. Hasta mañana, pues. Y aquellos dos hombres superiores se apretaron la mano con afecto, con fe, con respeto recíproco. El general acompañó hasta la puerta á fray Miguel, inclinándose los dos al despedirse.

Mientras el fraile seguía con la cabeza inclinada, absorto en sus pensamientos, el camino que lo separaba de su celda, el general, con el codo derecho apoyado sobre su mesa de escribir y la cabeza descansando sobre la palma de la mano, permanecía con la vista fija en aquellas páginas, escritas por él con tanto calor, y motivo de una ansiedad indescriptible durante largos días.

Entregado por completo á su pensamiento, no oyó las cornetas del cuartel general que tocaron silencio, ni la voz de alerta del centinela, que se repetía como un eco.

Permaneció algún tiempo en esa abstracción, hasta que como quien resuelve un problema, abrió el cajón del escritorio, tomó papel igual á aquel en que había escrito su correspondencia al Director Pueyrredón, y se puso á escribir sin más descanso que el necesario para meditar.

De vez en cuando consultaba un plano ó carta militar que se encontraba extendido sobre una mesa de pino, colocada á su izquierda; calculaba con el compás las distancias, volviendo á escribir con rapidez.

En esa tarea lo sorprendió el alba, hasta que creyendo terminado su trabajo, leyéndolo y corrigiéndolo, dobló con cuidado los pliegos, cubriéndolos con un sobre que recortó, poniendo en seguida la dirección.

Tenía por delante como diseño ó muestra, el sobre que había servido á la anterior correspondencia, preparando el nuevo en las mismas condiciones en que se encontraba aquél.

Terminada la operación, confrontó los dos sobres, y una sonrisa de satisfacción aclaró su semblante hasta entonces severo.

Guardó en el cajón del escritorio los pliegos objeto de su trabajo, y cerrando con doble vuelta, llamó con la campanilla.—El sargento Pedro se presentó al instante.

—Van á ser las cuatro, pronto se echará diana; no me despertéis: necesito dormir hasta las ocho, dijo San Martín.

—Está bien, mi general, dijo el sargento, retirándose.

El general pasó á la otra habitación; sin desvestirse, se envolvió en su capa, y arrojándose sobre un lecho de campaña que allí había, se durmió profundamente.

VII

El día siguiente, á la misma hora que el anterior, fray Miguel Ángel fué exacto á la cita. El ayudante de servicio, que estaba prevenido por el general, lo hizo pasar al despacho, anunciándolo.

San Martín se paseaba por la habitación, con la cabeza inclinada y las manos á la espalda, como le era habitual; hombre de meditación constante, rara vez admitía ó se prestaba á estar en tertulia con sus oficiales; parecía que el tiempo le era corto para calcular y trabajar, y que la soledad era su mejor consejo.

Recibió á fray Miguel como hombre que está satisfecho de sí mismo y de los demás.

—Mi buen amigo, le dijo, ya sabía que no se haría usted esperar; pensaba en usted ahora mismo cuando fué anunciado, admirando nuevamente el suceso con que nos favorece la fortuna.

El fraile, sentándose á invitación del general, dijo gravemente:

—Yo también he pensado mucho sobre lo mismo, y cada vez admiro más los decretos del *Altísimo*, y me convenzo de que los mortales somos pequeñísimos instrumentos del destino; somos como la humilde y débil hoja, que el viento impulsa ó abate; recibimos el movimiento inicial de los actos necesarios á producirse, porque están en el orden de la marcha de las sociedades ó del mundo; los sucesos se producen porque conviene que así sea, para el bien que se obtiene más pronto ó más tarde; los hombres son impotentes en detener el mal mientras no haya llegado el momento preciso marcado por la Providencia; y cuando ha llegado éste, es inútil que todos los poderes de la tierra se esfuercen en combatir el bien, que necesariamente tiene que triunfar, porque así está decretado por voluntad infinitamente mayor á la nuestra.

La revolución Argentina, señor general, está en el orden de las cosas, como estaba á fines del siglo pasado la supresión del derecho divino de los Reyes. ¿Qué figura hubieran hecho los vencedores de la Bastilla el 89, si, anticipándose á los sucesos, hubieran intentado destruirla un siglo antes, durante el reinado de Luis XIV, ó proclamar entonces los derechos del hombre? Pues bien: el triunfo de la Independencia Americana está decretado por el Ser supremo, y todos los ejércitos del viejo continente serán inútiles para oponerse á la marcha progresiva de la libertad.

Antes de pocos años no habrá pueblo alguno de la tierra que no haya impuesto á sus reyes y emperadores la ley de las leyes, la carta constitucional, encuadrada en los derechos del hombre, ya proclamados.

Con estas convicciones, señor general, no me sorprendería que los ejércitos americanos sufriesen contrastes parciales; pero, año más, año menos, el triunfo definitivo de la libertad sobre el absolutismo no puede ni siquiera ser un problema; los que piensan en reyes y señores para dominar nuevamente á la América, son comparables solamente á los ciegos que, después de haber visto la luz, han vuelto á cegar, y que perdiendo las hermosas facultades con que el Creador dotó al hombre, han declinado de manera que no pueden considerarse en la plenitud de aquéllas.

San Martín, atento y adusto á la vez, escuchaba la lección de firmeza que un humilde fraile daba á los que alguna vez habían desesperado de la causa de la libertad, inclinándose á combinaciones absurdas; como si hubiera sido posible otra forma de gobierno que la república con leyes propias.

Cuando hubo terminado fray Miguel Ángel, el general se expresó así:

—Veo que no sólo sois un religioso digno y sabio, sino que también poseéis en el más alto grado las virtudes, la fe del patriota y las vistas de un hombre de Estado. Por mi parte os estoy doblemente agradecido, porque iluminái mi espíritu y retempláis mi fe, por si en momentos de prueba pudiera faltarme; de hoy más, procuraré escucharos cuando la tempestad de los sucesos contraríe ó dificulte mi marcha.

Ahora, ocupémonos de la manera en que debemos utilizar los medios á nuestro alcance para obtener el resultado en cuya demanda vamos; y levantándose abrió el escritorio, y tomando dos pliegos con sobres enteramente iguales: Leed, amigo mío, dijo á fray Miguel, y conoceréis mi nuevo plan para confundir y mistificar á los godos; y le entregó lo que había escrito la noche anterior.

Leyó atentamente fray Miguel, y aunque su semblante no demostraba en las circunstancias ordinarias de la vida sus emociones, se pintó en él un asombro que no le fué dado disimular. Concluída la lectura, devolvió el pliego al general, que lo observaba con cierta complacencia.

—¿No me decís nada de su contenido?

—Espero, señor general, otros detalles con que pueda formar opinión cierta.

—Bien: tenéis razón. Mi plan es hacer llegar á los españoles en Chile esta comunicación, que dirijo al parecer al Director Pueyrredón, en lugar de la anterior, que demostraba el verdadero plan de campaña que me propongo ejecutar.

Como veis, expreso ahora que mi marcha será hacia el Norte, con el objeto de invadir el Alto Perú, es decir, la repetición de las campañas precedentes, en que los españoles obtuvieron la victoria.

Engañados así, enviarán allá su ejército preferente, y cuando hayan ejecutado ese movimiento, atravieso yo con mis tropas rápidamente la cordillera por diversos puntos, y en 20 días estoy en Santiago, derrotando el ejército español que haya quedado en observación; tendré tiempo de obtener los recursos que Chile pueda proporcionarme, y remontando el ejército y aumentando la artillería y el material, destruiré en seguida en una ó varias batallas campales, el grueso del ejército enemigo, que seguramente enviará el Virrey desde Lima. Triunfando de él, estará afianzada la independencia de Chile, faltando la segunda parte, á ejecutar sobre el Perú, que se hará con más meditación y tiempo.

Así, pues, amigo mío, entregad á la patriota mendocina,

como ella dice, este pliego, para que procediendo con la misma inteligencia y patriotismo que con el anterior, lo haga llegar por el mismo conducto que debió ir el otro, á los españoles de Chile. Como podéis ver, he tratado de escribir en la misma forma, poniendo igual número de líneas y arreglando el sobre en la misma condición que aquél. No es fácil que el *matucho* (1) que debe conducirlo, note la sustitución.

Mis agentes, á su tiempo, me comunicarán los movimientos que noten en el ejército español.

—Está bien, dijo fray Miguel; me parece perfectamente pensado, y casi puedo asegurar que el resultado será el que se desea.

—Esperad, decía el general, tratando de separar una cadena de oro ancha y corta, que llevaba en el reloj, como se usaba en la época. Esta cadena, con el sello y camafeo que á ella se encuentra unido, tiene sin duda mérito artístico, y está hecha de modo que lo mismo sirve para uso y adorno en el reloj, como para brazalete de una dama; me fué ofrecida á mi partida de Buenos Aires para Tucumán, por algunos amigos de la «Logia», y me considero honrado con poder ofrecerla á mi vez á la patriota mendocina, como recuerdo del gran servicio que ha prestado á la patria.—Llevadle estas líneas también.—(Había escrito en un pequeño pliego: «El general San Martín á la patriota mendocina, agradecido;»—firmándolo.)

* * *

Florencia fué exacta á la promesa de volver al confesonario de fray Miguel. Éste esperaba con cierta ansiedad la llegada de la joven; pues consideraba incompleto el servicio que su patriotismo había prestado ya, si no concurría á ejecutar la segunda parte del plan del general; así fué que cuando oyó la voz de Florencia que decía:

(1) *Matucho*, expresión que quiere decir que no sabe montar á caballo.

«Padre, estoy aquí», una satisfacción indecible iluminó el semblante del religioso.

Inmediatamente contestó éste:

—En nombre de la patria y en el mío, os agradezco que hayáis cumplido vuestra promesa; he llenado la comisión que me disteis, y creed que el servicio rendido por vos, es el mayor triunfo que la libertad Argentina ha reportado en estos últimos tiempos sobre sus enemigos. El General San Martín os envía sus felicitaciones y reconocimiento.

Me ha entregado un pliego que ha escrito nuevamente, y que, como veréis, es en apariencia igual al anterior, para que procediendo con toda la inteligencia que habéis demostrado, veáis el modo de que ocupe el lugar que el otro tenía, á fin de que la persona encargada de hacer llegar aquél á nuestros enemigos en Chile, lleve éste, sin que note la diferencia entre uno y otro. De esta manera obtendrá el general que su plan de campaña sea fácilmente ejecutado. Comprenderéis su importancia leyéndolo.

—Está bien, padre; haré lo que decís. Desde el momento que resolví venir á veros, trayendo aquellos pliegos que se me confiaron por un exceso de impremeditación, resolví arrostrar también todos los peligros que pudiera acarrearme. Consulté con mi conciencia si el acto que practicaba podía encontrarse en oposición con los principios de moral, que siempre observé, y que es guía de todos mis pasos; y juzgándome con la mayor severidad, encontré que los enemigos de mi patria iban á utilizar una correspondencia que no les pertenecía, que el azar había puesto en sus manos, y que estando en mi voluntad destruir esa arma, que se volvía amenazante contra la libertad americana, no haciéndolo me hacía cómplice á sabiendas de los españoles, y responsable, como argentina, de los males que pudieran resultar de una debilidad injustificable. Tranquila, descansando en mi conciencia y en la pureza de mis convicciones y de mis actos, complementaré el servicio hecho, contribuyendo al plan del General San Martín con el envío del nuevo pliego á nuestros enemigos en Chile.

Fray Miguel dijo:

—La patria es ante todo, hija mía; por ella tenemos el deber, todos los argentinos, de derramar hasta la última gota de sangre de nuestras venas. Las mujeres de la antigüedad enviaban sus hijos á la guerra, y no lloraban su muerte, siempre que ella hubiera tenido lugar frente al enemigo de su patria; otros pueblos sacrificaban la familia y el hogar; las llamas devorando las ciudades y las aldeas, los palacios y las cabañas, iluminaban el monte y el llano, y mostraban al invasor extranjero la cólera del patriotismo, que es como la cólera celeste.

Florencia, con acento más dulce que el empleado antes, agregó:

—Si aún conservara alguna duda sobre la rectitud de mi proceder, ella habría desaparecido, padre, después de haberos escuchado; habéis dicho bien: la patria es ante todo. Si no tenéis más que decirme, me retiraré, hasta otra ocasión, en que tenga necesidad de importunaros.

—Bien, hija mía, contestó el fraile; recoged el pliego que arrojaré á vuestro paso; tomad precauciones para no ser notada, á pesar de que la iglesia está casi completamente sola.

Florencia se levantó y tomó el pliego que fray Miguel deslizó fuera del confesonario.

VIII

De vuelta en su casa pretextó una ligera indisposición, recogiéndose á su aposento; se encontraba, si no enferma propiamente dicho, emocionada por los sucesos que venían desarrollándose, y en que el destino le acordaba una parte ó intervención en que no pensó.

Desprendió la cinta que ceñía el paquetito que le había entregado fray Miguel, y aparte del pliego de que había hablado, encontró también la joya y el billete que San Martín le dirigía en prueba de reconocimiento. Hubiera de-

seado Florencia que el general limitara su obsequio á las dos líneas escritas por él, sin por esto dejar de apreciar el valor de aquélla.

Meditó en seguida cómo había de proceder para llenar su cometido haciendo que la correspondencia de San Martín llegara al cuartel general español, ó al Regente realista en Chile; pero no halló otro medio que el indicado ya: Ortiz debía salir brevemente para la cordillera, y él sería el conductor.

Aparte de eso, Florencia debía devolver á Ortiz la correspondencia que le había confiado, y como ésta no se encontraba en su poder, tenía necesariamente que seguir al pie de la letra la instrucción del general trasmitida por el fraile. Ortiz debería ignorar la sustitución de una correspondencia por otra y hacer su viaje en la creencia de que llevaba á sus amigos y compatriotas el secreto del plan militar de San Martín. Por más que buscaba en su mente otra solución, la realidad se presentaba nuevamente á imponerle el procedimiento á seguir sin variante alguna. Resuelta ya, habló al día siguiente con Ortiz, diciéndole que se había impuesto del pliego que le había dado á ese objeto, y que, aunque no comprendía toda la importancia que él le atribuía, era de opinión que no debía faltar al compromiso contraído; pero creía que, si tenía otra persona á quien poder confiar su entrega en la cordillera ó en Chile, podía muy bien excusarse del viaje.

—Lo he pensado detenidamente y nadie debe ser el conductor de esa correspondencia sino yo; no procedo inducido por intereses extraños, sino por los míos, pues como español, la causa realista es propia, y no debo ni quiero confiar á un tercero la comisión que me he impuesto.

—Muy bien; decidme cuándo queréis que os devuelva la correspondencia.

—Esta tarde, si gustáis, porque el señor don Francisco y la señora doña Mariana no comen en casa, pues van á cumplir con personas de su amistad que los han invitado á ese objeto. Tengo pronto el lacre y el sello para cerrar inmediatamente ese pliego y colocarlo donde debe encontrarse

—Perfectamente; ya que estaremos solos, traed al comedor el sobre y lo demás, y cerraremos juntos, si queréis, ese importante documento; así también hablaremos de vuestros proyectos.

Aceptó el enamorado Ortiz lo que la joven le proponía, y juntos cerraron la carta de San Martín, sin ocurrírsele á Ortiz volver á leerla, desde que tantas veces lo había hecho con la anterior; se ocupó con preferencia de interrogar á Florencia sobre si, ausente él, pensaría en los momentos que habían pasado juntos en sociedad.

Contestó la joven sonriéndose, diciendo que ya sabía cuánto era apreciado para no notar su falta; y añadió:

—¿No le ponéis la dirección al sobre?

—Sí, la pondré al Capitán don León de Herranz, que es la persona encargada de efectuar la entrega al Regente ó al General Maroto.

—¿Y cuándo partís?

—Pasado mañana; todos los demás documentos estarán esta noche en mi poder. Así, pues, mañana os diré adiós, é interesaos con vuestra Virgen del Rosario para que sea feliz.

—Sí, lo haré, para que seáis personalmente feliz y no os ocurra desgracia alguna. La joven era ingenua expresándose de esta manera.

IX

Concluía el año 1816, y se notaba mayor actividad en Mendoza: movimiento de tropas, ejercitándose en pequeñas marchas á inmediaciones de la ciudad; ejercicios de fuego casi diarios: todo hacía creer que brevemente se pondría en marcha el ejército. ¿Para dónde? Nadie lo sabía. Unos decían que seguiría á incorporarse al de Belgrano en Tucumán para abrir campaña sobre el Alto Perú, porque se anunciaba una invasión de los españoles sobre Salta; otros, que se suponían mejor informados, afirmaban que el

Gobierno de Buenos Aires, temeroso del triunfo de la anarquía con los caudillos provincianos del litoral, había ordenado que el General San Martín tuviese su ejército pronto á marchar donde la guerra civil asomaba. Ésta era la versión que se consideraba como cierta, pero la verdad del plan ó de las operaciones próximas del ejército se ignoraba; nadie pensaba en que pudiera invadir á Chile atravesando la cordillera: se hubiera conceptuado una verdadera locura.

* * *

Entre algunos contingentes que llegaron de otras provincias, á fines de Diciembre, vino de Tucumán un oficial con 55 hombres que enviaba el General Belgrano al General San Martín, para ingresar en los famosos regimientos de granaderos á caballo.

Ese oficial era el Teniente Gerardo Villa-Mayor, hermano de Florencia, que había sido elegido por Belgrano para aquella comisión, precisamente por ser natural de Mendoza y por haber manifestado deseos de volver, después de tanto tiempo, á su ciudad natal.

El General San Martín pedía con instancia á los Gobernadores de provincia nuevos elementos para la caballería, porque sin duda esperaba mucho de esa arma, y como el Director Pueyrredón cooperaba de una manera eficaz á los aprestos de la invasión á Chile, recomendaba á su vez á los Gobernadores enviasen á San Martín con preferencia los mejores soldados de caballería; así es que continuamente recibía pequeños contingentes que disciplinaba como él sabía hacerlo.

El Teniente Villa-Mayor era un joven como de 24 años; de noble presencia y elevada estatura, representaba más edad que la que realmente tenía; se había batido bien y fuerte contra los soldados españoles en el Alto Perú, y había adquirido el temple que en aquellas campañas de constante batallar y de privaciones sin cuento, hicieron legendario el valor de los militares que en ellas tomaron parte; así es que el General San Martín recibió

bien al oficial, y lo destinó con sus hombres al regimiento número 1, que á la sazón formaba parte de la división del General Las-Heras.

Inmediatamente que vió terminada su comisión, y que cumplió las órdenes de su nuevo capitán, el valiente Cajaraville, pidió á éste, que era un cumplido caballero, permiso para ver una hermana que tenía en Mendoza, y de la que estaba separado hacía seis años; permiso que le fué concedido con largueza.

* * *

Era un domingo, y en momentos en que la señora doña Mariana y Florencia volvían de misa de nueve, un oficial de granaderos, con uniforme flamante, descendía de su caballo á la puerta de la casa de la familia de Herranz.

Florencia tembló: ¿si sería mensajero de alguna orden contra el señor don Francisco, ó de alguna mala noticia del incauto Ortiz?

Dominándose esperó que fuese anunciado. Una sirvienta se presentó apresuradamente, diciendo que un oficial preguntaba por la señorita Florencia Villa-Mayor; que deseaba verla, y que venía de Tucumán.

—¿Mi hermano, acaso? dijo la joven, é interrogando con la vista á la señora de Herranz, ¿que pase, no es verdad?

—Sí, diga usted á ese señor oficial que se sirva pasar adelante, expresó la señora de Herranz, adelantándose hasta la puerta para recibirlo.

El Teniente Gerardo Villa-Mayor avanzaba pausadamente, con el morrión en una mano y el sable colgando del brazo izquierdo, ó mejor dicho, apretando la empuñadura con él, para que no arrastrase, como se usaba entonces.

Los militares de la escuela de San Martín y de Belgrano observaban, por lo regular, corrección en su actitud, en su vestir y en su porte.

Un notable escritor argentino y militar de alta graduación á la vez, haciendo notar cierto descuido de forma en el vestir de los militares que sucedieron á aquella gene-

ración, lo atribuía á la guerra civil por que han atravesado estos países desde el triunfo de la Independencia; mas, habiendo desaparecido la causa, la reacción se ha operado ya, viéndose á los militares con la apostura y el vestir correspondientes.

Refiere que el General Lavalle, el primer oficial de caballería de su tiempo, era en la época de la revolución Argentina el más estricto observador del reglamento: jamás se le vió sin el corbatín ó con la casaca desprendida; correctamente uniformado de ordenanza, se encontraba siempre, ya estuviera de servicio ó de paseo. Más tarde, cuando dirigió los ejércitos populares contra Rosas, y recordando tal vez que había sido batido por paisanos indisciplinados, en guerra civil, cambió el corbatín, el uniforme y el sombrero apuntado, por el chaquetón, el poncho y el sombrero de alas anchas de los caudillos de nuestra campaña pastora.

Gerardo se aproximó atentamente hasta donde se encontraba la señora de Herranz, é iba ya á cumplimentarla y dar su nombre, cuando un grito de sorpresa y de placer de su hermana le hizo comprender que se le había reconocido.

En efecto, Florencia salió apresuradamente, exclamando: «Es mi hermano!» El oficial extendió los brazos y recibió en ellos, conmovido y cariñosamente, á su querida hermana.

La señora doña Mariana, admirando el porte y la estatura del joven teniente, al que había visto salir casi niño y humildemente vestido, hacía seis años, para Buenos Aires, no pudo menos de sentir también satisfacción.

Don Francisco acudió á su vez y participó de la sorpresa de encontrar en el niño hijo de su amigo Villa-Mayor, un marcial *insurgente*, cuya musculatura y largo sable acusaban que en más de una ocasión no debió quedar éste inactivo dentro de la vaina.

Prescindiendo del afecto que los esposos de Herranz hubieran sentido por el joven Gerardo, años atrás, no podían ver con semblante placentero entrar en su casa á un enemigo de su causa, mucho menos en aquellos momentos, en que esperaban el triunfo de los realistas en breve tiempo;

así es que la acogida por parte de don Francisco, muy principalmente, fué hasta cierto punto reservada y fría, limitándose á ser atento: nada de ofrecimientos que pudieran ser aceptados.

Florencia, con las manos puestas entre las de su hermano, no cesaba de dirigirle preguntas sobre los trabajos pasados en las campañas del Alto Perú; el joven oficial la dejaba hablar sonriéndose y contestando con reserva y mesura, diciendo: «No han sido tantas las contrariedades como generalmente se cree; el soldado lo pasa mejor en campaña que en guarnición: la actividad y la costumbre lo hace todo; después de eso, cuando se siente placer por la carrera, la causa es noble, una palabra benevolente de su superior jerárquico, y, si es bastante feliz, una cita en la orden del día, basta y sobra para considerarse compensado con exceso de todas las dificultades por que haya tenido que pasar.»

El señor de Herranz, que escuchaba silencioso aquel diálogo, no podía menos de pensar que de seguro todos esos demonios de insurgentes, que tenían tan malparados los intereses españoles en América, participarían de la misma resolución y tenacidad del joven que estaba presente.—«¡Y que no haya un medio seguro de concluir con todos ellos!» se decía el buen español.

Un reloj de sobremesa dió las diez, y Gerardo pidió permiso para retirarse. El señor de Herranz se inclinó. El joven oficial, poniéndose de pie, agradeció en breves palabras las atenciones y finezas que se habían dispensado á su hermana, agregando que desearía tener ocasión de retribuirlas, y, para el efecto, reconociendo, sin embargo, su modesta situación, se ofrecía á los señores de Herranz para lo que se le considerase de utilidad.

Florencia pidió á su hermano que volviese al día siguiente; la señora doña Mariana algo dijo también en ese sentido, y el oficial se despidió de don Francisco y su esposa agradeciendo sus atenciones.

La joven, tomando del brazo á Gerardo, lo acompañó hasta la puerta, diciéndole:

—Es necesario que vengas mañana; pasearemos por la quinta; tengo mucho que decirte.

—Está bien, contestó éste, apretando con cariño las manos de Florencia; y se despidió.

Montó en su caballo y partió lentamente, saludando; mientras la señora de Herranz y Florencia admiraban la apostura del oficial de granaderos.

X

En los primeros días de Enero de 1817 se vió claramente que el ejército acampado en Mendoza activaba sus preparativos; llamaba la atención la cantidad de caballos que se herraban diariamente; la maestranza seguía trabajando con ardor: después de haberse ocupado de las armas de la infantería y artillería, afilaba los sables de la caballería y reparaba el material y arreos de la misma.

El General San Martín se encontraba constantemente en el campamento; al aclarar el día, las tropas estaban sobre las armas; formaban por divisiones la artillería, infantería y caballería, poniéndose en orden de marcha, y ejecutándola en diversas direcciones: volvían generalmente después de cuatro ó cinco horas. Estos simulacros se repetían cada dos días.

El seis de Enero, día de los Santos Reyes, un ayudante del general se desmontó cerca de la iglesia Matriz, y entrando en ella preguntó á un sacristán por fray Miguel Angel.

Transcurrieron algunos minutos, cuando volvió el motilón diciendo que su paternidad vendría en seguida.

En efecto, fray Miguel se presentó, y el oficial le entregó una carta del general, que decía:—«Mi buen amigo, si podéis hacer un paréntesis á vuestras ocupaciones, venid esta tarde al campamento: tengo que hablaros; buenas noticias.—*San Martín.*»

—Decid al general, contestó el fraile, que no faltaré,

y que no contesto esta carta porque con la función del día, me falta el tiempo.

Fué exacto fray Miguel; y esa tarde, casi de noche, llegaba al campamento en la calesa que le proporcionó un vecino.

Al verlo, el general le dijo, tomándole las manos:

—Victoria en toda la línea! Los godos cayeron en el lazo como inocentes pichones.

—¿Cómo así, señor general?

—El movimiento previsto de las tropas españolas hacia el norte se está ejecutando con mucha cautela y sigilo. En todo este mes deben invadir á Salta por la quebrada de Humahuaca y reunirse en Jujuy, los generales españoles Lacerna y Olañeta, con la flor del ejército español, inclusos los famosos Talaveras y otras tropas llegadas recientemente de España. Deberán reunirse en Jujuy y efectuar la invasión inmediatamente, según las órdenes del Virrey Pezuela, que quiere, con una acometida vigorosa sobre Salta y Tucumán, distraer al ejército de Mendoza de lo que pretenda intentar sobre Chile, ó bien desbaratar con su plan, anticipándose, mi marcha anunciada hacia el norte.

Así, pues, amigo mío, estamos con las piezas sobre el tablero, y si yo supiera que las divisiones del ejército español estaban ya reunidas, rompía la marcha dentro de ocho días; pero conviene que no nos precipitemos, á fin de que los realistas se vayan internando más y no puedan retroceder á tiempo.

Cuando estemos en Santiago, que será, Dios mediante, en todo Febrero, los *chapetones* volverán pie atrás con mayor ligereza que la empleada para invadir.

Güemes y los gauchos patriotas de Salta, mientras tanto, los estrecharán en el terreno que pisen; tomarán los españoles la ciudad de Salta, y allí se harán fuertes, pero hostilizados por los bravos salteños y apremiados por la falta de medios de subsistencia, tendrán al fin que ponerse en retirada, convenientemente escoltados y batidos hasta el lugar de partida; y si adelantasen de Salta, está

Belgrano en Tucumán con un ejército retemplado y deseoso de reparar el desastre de Sipe-Sipe, y allí será la tumba de Lacerna, como ya lo fué de Tristán.

Los ejércitos españoles del Alto Perú, en derrota ó retrocediendo á paso acelerado á Cotagayta, habrán perdido una parte de su fuerza y su moral, y sabiendo que nosotros estamos en Santiago dueños de Chile, retrocederán más y más, buscando un apoyo dentro de su propia conquista. Terreno perdido por ellos, es terreno reconquistado por nosotros.

Tenemos á nuestro frente, más allá de la cordillera, en el Aconcagua, un ejército enemigo de dos á tres mil hombres, de las tres armas, mandado por el General Maroto, muy buen oficial; pero está averiguado que no existe buen general cuando éste es sorprendido. Ya verá usted su sorpresa, cuando se vea acometido de frente por una parte del ejército patriota y flanqueado por la otra mitad; aparte de las fuerzas diversas que operarán en varios puntos y á un sólo fin.

Como usted ha de venir con nosotros, mi buen amigo, le explicaré esto sobre el terreno, después de la victoria.

* * *

—¿Y no me dice usted nada de la patriota mendocina? ¿sabe usted que la joven ha procedido como un general? ¡Qué auxiliar eficaz es la mujer cuando se encuentra animada de una pasión noble y es discreta! ¡Qué eminente servicio ha prestado á nuestra causa!

Sin su intervención, necesario es confesar que nuestro plan contaría con mayores dificultades: los españoles nos esperarían reforzados en Chile. ¿No la ha vuelto usted á ver?

—No, señor general; después que le trasmití las instrucciones recibidas de usted y le entregué el pliego que debía hacer llegar á Chile, no he oído más su voz. Crea usted que he pensado sobre el misterio de que se rodeaba, la exactitud de su juicio, la pureza de sus intenciones, la

escrupulosidad con que juzgaba y examinaba sus propios actos, y finalmente su patriotismo acrisolado. Es, sin duda, una alma predestinada por el Señor á cumplir un alto destino en situaciones excepcionales. ¿De qué medios se ha valido esa mujer para hacer llegar á manos de nuestros enemigos lo que así convenía á nuestra causa? ¡Misterio! ¡Que la protección de Dios le sirva de escudo!

—Es también mi opinión, fray Miguel, que la patriota mendocina no es una persona vulgar, y tengo la esperanza de que la volveremos á encontrar; crea usted que desearía conocerla para admirar sus condiciones morales.

Hablando de otra cosa, es necesario, mi buen amigo, que se vaya usted preparando para la campaña; porque concluído este mes, cualquier día desaparece el ejército de aquí y tomamos el camino de la cordillera hacia Chile.

—Estaré pronto, señor general, llegado el momento; bastará que usted me anuncie con dos palabras el día de la partida, para estar aquí á sus órdenes. ¿Qué tengo que preparar? Mi mula está descansada; desde el último viaje que hice á Tucumán no ha vuelto á salir, así es que avisándome de mañana, por la tarde estaré en el campamento. Yo también tengo deseos de admirar las bellezas de la cordillera atravesando sus estrechas sendas por la ladera del monte, de donde parece desprenderse el viajero, como atraído por el ruido de la catarata, hacia el precipicio que se halla á sus pies.

—Pues bien, fray Miguel, hasta el día de la partida, dijo el general tendiéndole la mano; á menos que tengamos algo que comunicarnos antes.

Un momento después, fray Miguel salía para la ciudad, en el carruaje que lo había llevado. Lo acompañaba un oficial de caballería.

XI

Florencia tuvo ocasión de hablar extensamente con su hermano, en las visitas que éste hizo á la casa de Herranz en los días siguientes.

Gerardo, por las confidencias que le hizo su hermana, pudo apreciar el grado de patriotismo y abnegación que encerraba el pecho de la joven; comprendió que permaneciendo con la familia de Herranz, permanecía en campo enemigo, desde que era evidente que en aquella casa se conspiraba contra la libertad, y que continuando en ser testigo de los actos hostiles á la patria de parte de los protectores de Florencia en su orfandad, se incurría en falta de delicadeza; así es que preocupaba á los jóvenes el desligarse de aquella casa en donde Florencia había recibido atenciones inolvidables, que había tratado de compensar con sus servicios y cuidados, pero que no debía continuar recibiendo, desde que separaban á la protegida y á sus protectores ideas tan en oposición y tan difíciles de conciliarse, y mucho más dada la situación de la lucha, en que realistas y patriotas eran naturalmente enemigos, sin excluir á las mujeres y á los niños.

Cuando resuena el cañón y se oye el ruido de la batalla, los espíritus más moderados, más pacíficos, reciben el choque y se enardecen las pasiones, y la frase de orden de unos y otros es la de *no haya cuartel!*

En España, de 1808 á 1813, durante la guerra contra la dominación francesa, desgraciado de aquel que demostrase mediano ardor patriótico: se le consideraba enemigo y afrancesado, y se le perseguía á él y á su familia. A los militares de alguna notoriedad que no se pronunciaban pronto contra el invasor, se les arrastraba por la calle, ó se les colocaba una horca delante de la puerta de su casa, como diciéndoles: «ved lo que hacéis.»

No era regular ni aceptable que una patriota tan entu-

siasta, tan apasionada de la causa de la libertad, — su único amor, su única pasión hasta entonces, — pudiera compartir la vida en familia que le proporcionaban don Francisco y su esposa; el disimulo de todos los instantes violentaba su alma generosa y noble; el ocultar sus afecciones le parecía hasta una traición: así es que, fijo su pensamiento en la conveniencia de separarse de los que la habían hospedado con generosidad y cariño hacía ya siete años, buscaba sólo el medio de hacerlo de una manera decorosa.

¿Qué explicación justificable podría presentar á la señora doña Mariana que no la ofendiera; qué causa alegaría en su favor que no se prestase á suposiciones injuriosas, ó cuando menos á arrojar sobre sí la sombra de una ingratitud evidente?

Después de todo, ¿en qué hogar buscaría amparo? Verdad que contaba con la protección de su hermano; pero éste no se pertenecía, era soldado: pertenecía á su bandera y á su patria en guerra con el opresor extranjero. De un momento á otro el ejército empezaría la campaña; volvería Florencia á quedar en el desamparo y en el aislamiento. ¿Qué hacer, pues?

Una solución encontró, que sólo una alma enérgica como la suya podía alimentar. Al principio pensó vagamente en ella; después fué acentuándose y acostumbrándose á la posibilidad de su ejecución, hasta que concluyó por adoptarla resueltamente.

Un día de Enero, cuando ya se conocía en Mendoza el movimiento de los ejércitos españoles sobre Jujuy, dijo á su hermano:

—Si marchan ustedes, como es probable, porque es opinión de todos que el ejército no permanecerá por más tiempo inactivo, ¿volveré á quedar solitaria y triste, en la ansiedad de los sucesos futuros, y pensando en el destino de la patria, sin tener á quién confiar mis penas y mis alegrías?

Piensa qué sería de mí, si un ejército invasor español llegase hasta aquí; cuál sería el desborde de los *godos* que, mansamente, al parecer, van hoy á misa, envueltos en sus capas coloradas ó color café, á rezar por su causa!

Gerardo, que escuchaba, con la frente inclinada y contraída, las palabras y observaciones de su hermana, dijo, cuando ésta hubo terminado:

—Ciertamente, si el ejército marcha dentro de poco, como creo, no sé qué otra cosa podemos hacer por ahora, como no sea permanecer en casa del señor de Herranz hasta mi vuelta. Comprendo cuál será tu ansiedad y tristeza, pero no temas que los españoles lleguen hasta aquí: demasiado harán con sostenerse en el terreno que pisan en el Perú y en Chile; y como todo induce á creer que iremos á buscarlos allá, ni ese recurso tendrán dentro de poco. Á mi vuelta, con la posición que habré seguramente conquistado, si no caigo como cualquier otro de mis compañeros, fijaré en Mendoza mi residencia y mi casa será la tuya, hasta que te establezcas de una manera conveniente y definitiva.

Florencia objetó:

—Está muy bien todo eso que dices, hermano mío; pero es que yo pienso de otra manera: creo que me es absolutamente imposible continuar por más tiempo en casa del señor de Herranz; cualquier día, en tu ausencia, me veré en la necesidad de dejarla. A dónde iré, yo no lo sé; mi desesperación en ese caso puede llegar al límite, y esto es lo que deseo prever y conjurar; para eso he contado con tu cariño hacia mí y tu buena voluntad. Abordando resueltamente la cuestión, te diré.... Escúchame con calma.... ¿Sería yo la primera mujer joven, que, vistiendo el traje militar, se alistase en los ejércitos de su patria, contra el extranjero, protegida directamente y de cerca por su hermano ó por su padre?

¿Qué me queda una vez que te alejes? ¿tengo yo acaso parientes que deploren mi ausencia, ó que velen por mi bienestar en lo futuro?

No tengo más que á ti. ¿Crees que puedo serte importuna y perjudicial en la campaña? No pienses en eso; al contrario, tendrás un buen camarada que vele cuando duermas; mi físico es fuerte y sano, necesita de la vida activa para adquirir el temple necesario, que en cuanto á

la voluntad y al espíritu, vino templado ya convenientemente al nacer.

Gerardo no pudo menos de emocionarse ante las sentidas palabras de su hermana: lágrimas silenciosas surcaron sus mejillas tostadas por el sol; y con voz entrecortada, dijo:

—Está bien: reflexionaré; y enjugándose el rostro y oprimiendo las manos de Florencia, se retiró apresuradamente, temeroso de que alguna de las personas de la casa advirtiese el estado de agitación en que se encontraba.

Florencia, también, retirándose á su habitación, lloró amargamente; pero luego que se serenó, se dijo: «la suerte está echada, no cederé; mi inclinación y mis afecciones me dicen que debo seguir la suerte de mi hermano y de los que como él combaten por la libertad de la patria.»

* * *

Dos días después de esta conferencia, volvió Gerardo y dijo á su hermana:

—Estoy de prisa: parece que los sucesos se precipitan; las órdenes del general son severas: nadie puede ausentarse del campamento; este servicio lo debo á la bondad de mi capitán, que manda accidentalmente el escuadrón.

Florencia, habrás reflexionado sobre tu proyecto, que te pediría nuevamente abandonases.

—Sí, hermano mío, he reflexionado, y cuanto más medito en él, más me afirmo en que es absolutamente necesario ejecutarlo. No sabes á qué desgracias me expondrías si no accedieras á que lo llevara á cabo; tengo fe en que juntos seremos afortunados. No te molestaré: he tenido ocasión de aprender á andar á caballo en los paseos que la familia acostumbra efectuar todos los jueves á la hacienda de don Francisco, que está á dos leguas de Mendoza; soy fuerte; puedes decir á tu capitán que un joven pariente tuyo se presentará como voluntario, y prepara un caballo manso y el uniforme, que ya verás que no te dejaré mal.

—¡Ay, Florencia, qué sacrificio tan grande! Vacilo, no sé qué hacer. Con todo, voy á preparar lo necesario por si el ejército se pusiera en marcha; el día antes te avisaré y en la misma noche de la próxima partida, traeré el caballo y el uniforme á la puerta de la quinta que da al camino inmediato al campo, y cambiando de ropa rápidamente, estaremos en el campamento en una hora; allí te presentaré á mi capitán, que seguramente dirá: ¡vaya un voluntario buen mozo!

XII

El 18 de Enero, por la noche, después del toque de silencio, la división del Coronel Las Heras, que ese día había estado de revista, tomó silenciosamente las armas, y con su coronel á la cabeza, marchó en dirección al sur.

Siguió en los días sucesivos deslizándose por las sendas escabrosas de Uspallata; empezó á subir la cordillera por infinitas curvas de granito, salvando precipicios, que parecía fuese imposible que un ejército se atreviese á salvar, con bagajes y cañones.

La marcha se hizo laboriosa, á medida que se entraba de lleno en la montaña. Al reflejar el sol de la mañana sobre las bayonetas de la primera división del ejército patriota, parecía ésta una cinta de plata tendida cuidadosamente, siguiendo sus contornos al través de la cordillera; las músicas tocaban himnos marciales en los pasos difíciles, y los soldados entonaban la primera estrofa del canto de Mayo.

La división Las Heras debía ser la primera que pisara territorio chileno, y la primera, también, que tuviese que combatir con los enemigos.

Se componía dicha división de novecientos á mil hombres, de infantería, artillería, caballería, y el personal del parque y maestranza que marchaba á retaguardia.

El General San Martín había estudiado cuidadosamente

los diferentes desfiladeros de la cordillera que podían franquearse con un ejército, y había tomado con acierto sus notas, y formado sus cálculos, para la distribución de las fuerzas que deberían operar sobre el enemigo de una manera simultánea; pero es sabido que no hay cálculo bueno y exacto cuando la fortuna no acompaña á la causa; por esto había dicho bien fray Miguel: «El Altísimo protege la libertad americana, y es inútil que se vuelvan contra ella todos los ejércitos del viejo continente: triunfará.»

Á una distancia de diez ó doce leguas del Coronel Las Heras operaba el grueso del ejército, al mando inmediato de los Generales Soler y O'Higgins, bajo la dirección superior del general en jefe.

* * *

Los críticos han encontrado demasiado audaz el plan de campaña, y han dicho: «Así como salieron las cosas como fueron calculadas, pudo suceder que los españoles, menos ignorantes del proyecto, cayesen en masa sobre una de las dos columnas, primero, sin darle tiempo á desplegarse, y después de hacerle sufrir un desastre, cercar á la segunda y coparla entera.» Está bien la opinión de los críticos; pero cuando ha fallado en el asunto y el éxito más completo ha dado la razón al General San Martín, todas las opiniones deben callar, porque seguramente de los audaces es la fortuna.

También causó la más grande admiración entre los militares europeos la campaña al través de los Alpes del General Bonaparte, primer cónsul, considerándola fuera de las reglas del arte ó de la ciencia, y sin embargo fué por aquel acto audaz que triunfó brevemente del Austria, en la batalla de Marengo, que perdió en las primeras horas del día y ganó en las últimas, cuando ya había sido obligado á la retirada.

Si la campaña de los Andes por San Martín no es enteramente igual á la de los Alpes por Bonaparte, se le

parece mucho, hasta en la fortuna con que fué llevada á cabo y en los resultados inmediatos.

* * *

La caballería que acompañaba al General Las Heras se componía solamente de la mitad del regimiento número 1 de granaderos á caballo, en el que era Teniente de la 1.ª compañía Gerardo Villa-Mayor.

En la noche de la primera marcha, el teniente, que había estado ausente con licencia expresa ó en comisión, alcanzó á la columna después de cuatro horas de marcha. Lo acompañaba un voluntario que formaba á su lado, y con el que se detuvo hablando algunos instantes con el Capitán Cajaraville, que mandaba accidentalmente.

En un alto de descanso, el sargento 1.º, cuadrándose, dijo á Gerardo:

—Mi teniente: estaba ya pesaroso de no verlo llegar. Decía yo: quién sabe si al general se le ha ocurrido que vaya con el cuartel general; y si hubiera sabido eso, de un modo ó de otro habría pedido seguir la suerte de mi teniente; porque, sin ofender á nadie, no me siento bien ni á gusto cuando no está en el regimiento.

—No, ¡por qué los había de dejar! Al cerrar la noche fuí en comisión á Mendoza, y de paso á acompañar á este voluntario, pariente mío, que no se ha querido quedar sin presentarse al ejército: así es que se lo recomiendo desde ahora, sargento, para que lo coloque el segundo de fila, á retaguardia, y lo instruya. Estos muchachos, al principio, dan quehacer, como reclutas que son, pero después que aprenden el manejo de las armas y se hacen á las marchas, son buenos auxiliares; además sabe leer y escribir, y lo ayudará en el servicio.

El sargento se volvió al nuevo soldado, y le dijo:—Cuente conmigo, en todo lo que yo valga; hemos de ser amigos, y si nos toca cargar á los *chapetones*, ya verá cómo el sargento Galván maneja el sable; tendré cuidado de no desampararlo, porque usted es mozo y recluta, y no

sabe, en estas cosas, *de la misa la media:* ¿no es verdad, mi teniente?

—Sí, Galván, sí, es necesario cuidarlo mucho en el primer encuentro, porque este joven es como si fuera mi hermano. Al decir esto, el teniente tenía la voz insegura.

En esto se oyó el toque de corneta de marcha, y los granaderos montaron á caballo, siguiendo en el orden en que se encontraban antes, sin más alteración que la de un soldado más, que formaba á retaguardia del sargento Galván.

Era éste uno de los fundadores del regimiento de granaderos á caballo, que formó San Martín al empezar la guerra, y que alcanzó aquel triunfo tan sonado en la costa del Paraná, en San Lorenzo, derrotando y obligando á reembarcarse á una columna española, compuesta de infantería y artillería.

El sargento Galván era entrerriano, como de treinta años, alto y corpulento, de ojos grandes y claros, más bien indio que blanco, de semblante algo duro; sus notas en el regimiento eran las mejores en valor y costumbres; no sabía leer ni escribir, como la generalidad de los hombres de campaña; tenía fama de sostener la carga, como una regla, sin desordenarse hasta chocar con el enemigo; y es sabido cuánto importa, para que una línea no se descomponga, la seguridad y atención del sargento que está de cabeza de fila.

Al aclarar el día hizo alto nuevamente la columna, esta vez para descansar algunas horas; reparando las fuerzas, unos con el sueño, otros alrededor de los pequeños fogones, al calor del fuego, fumando ó tomando su mate.

El Teniente Villa-Mayor, y el joven voluntario llegado con él, se recostaron á cierta distancia de los soldados, cubiertos con las capas.

—¿Qué tal, Florencia? dijo Gerardo. Ésta es la vida del soldado, y todavía son flores; cuando pasemos sin comer y sin dormir, calados por la lluvia, con el enemigo cerca, ¿no pensarás que era mejor pasarlo en el hogar confortable de don Francisco?

—Gerardo, repuso la joven, no hablemos más de esto; ya me acostumbraré á los sufrimientos de la campaña. Voy á dormir un poco.

Efectivamente, momentos después se durmió, envuelta en su capote militar, que hacía parte del uniforme de los granaderos de entonces.

Con el sol en el horizonte, se tocó nuevamente á formar; los soldados habían descansado, tomado su mate, y entrado en calor, como generalmente se dice cuando se toma un trago de bebida espirituosa.

El voluntario de la víspera estaba ya pronto: montaba un pequeño caballo zaino, de raza chilena, ó, mejor dicho, andaluza, que á la vez que tienen buena estampa, son de comodidad en el andar, ligeros y nerviosos: lo había comprado Gerardo en el Alto Perú, en la última campaña del General Rondeau.

El uniforme de granaderos á caballo lo había hecho confeccionar él teniente en Mendoza, del mismo paño en la apariencia, pero de mejor calidad que el de la tropa. La capa, sobre todo, era amplia y bien forrada; botas altas y morrión de ordenanza completaban el traje.

Los soldados miraban admirados á aquel joven de fina y esbelta figura, al que no apuntaba el bozo, y decían por lo bajo: «Éste ha de querer ser oficial, pero antes tiene que afirmar muchos sablazos á los godos, y hacer prisionero á alguno de distinción ó tomar una bandera para que lo propongan; de todos modos, como ha de saber escribir, la cosa le será fácil, para ascender á sargento. Nosotros, aunque tengamos la suerte de dar un buen golpe, como no sabemos leer, apenas si alguna vez llegamos á sargento; pero de ahí no pasamos, y sino ahí está el sargento Galván, que en San Lorenzo llegó hasta la barranca sableando á los godos, y cuando estuvo cercado y herido de tres balazos, apuntó el moro que montaba á un grupo de oficiales, arrancando de manos de uno de ellos una banderola de seda con las armas del Rey. Verdad es que el general lo hizo sargento sobre el campo del combate, y que cuanto precisa de él, lo tiene al momento; pero es una desgracia no haber ido á la escuela, y no conocer siquiera el valor de las palabras, que pronunciamos sin saber, muchas veces, lo que decimos.»

Hablando así, miraban de cuando en cuando al voluntario, disimulando la curiosidad.

El sargento Galván ya se había hecho amigo del mozo, mucho más cuando éste le alcanzó unos cigarros y el *chifle* con la bebida que traía el Teniente Gerardo para el viaje, absolutamente indispensable en la cordillera.

—Le aseguro, compañero Florencio, le decía el sargento, que después del primer lance con los *chapetones*, si nos va bien, como no hay duda, voy á decirle al capitán, con la venia de mi teniente, que lo nombre distinguido, porque el alférez tiene todo el peso de las listas, aparte del servicio, y á veces está de sueño que no puede tenerse de pie por el recargo. Yo creo que antes de quince días nos hemos de ver las caras con los *matuchos*, y entonces les daremos *á pitar del fuerte* (1).

El voluntario se sonreía y decía al sargento:

—Todavía tengo que aprender todo lo referente al servicio, y cuento con usted y los compañeros para llegar á ser buen soldado; esto no se aprende en un día, y ya sé que es necesario pasar por muchos malos ratos para aprender medianamente el oficio; usted, que es veterano, sabrá lo que le ha costado conquistar las insignias que lleva, debidamente ganadas, y el aprecio de todo el regimiento. Así me lo ha hecho saber mi primo el teniente cuando me dijo que no hay hombre más guapo en el ejército que el sargento Galván; agregando que tan valiente como él habrá, pero más que él ninguno. Dispense, sargento, si lo molesto diciéndole lo que le he oído á nuestro oficial; pero es la verdad.

El sargento, muy serio, se acomodó varias veces el morrión, tosiendo repetidamente: el contento lo ahogaba; se miró la mano arriba y abajo, se detuvo en las uñas, que hacía sonar con distracción, y contestó con nobleza:

—He procurado siempre, compañero, servir bien á la patria; porque, para servirla mal, más vale pedir la baja

(1) Dicho usual entre nuestros paisanos, cuando se quiere expresar que se cargará la mano peleando firme.

por ruin, ó pretextando enfermedades, como hacen otros; pero cuando mi capitán dice: «á la carga», ó «firme», el sargento Galván obedece, aunque se venga encima el cielo. Todavía no le ha tocado á la 1.ª compañía del regimiento número 1 de granaderos dar vuelta ni ceder ante el enemigo en ningún trance, y quiera Dios que jamás tenga esa desgracia: prefiero morir con todos los compañeros. Ya les he dicho: si nos llegan á apurar algún día los *chapetones* y nos hallamos en el caso de huir para salvar, pediré la venia á mi capitán para que la compañía eche pie á tierra, saque los frenos á los caballos, y muera allí sobre el campo, porque tiene la obligación de dar el ejemplo. De todos modos, algún día hemos de morir, y lo mismo da ahora que después; morir por la patria es lo que siempre he ambicionado, amigo Florencio; así es que cuando dejé á mi madre vieja, en el arroyo de la China, y que no he vuelto á ver, le dije: «Écheme su bendición, que después de ahora no tendré más madre que la patria, porque esta guerra va á ser larga, y tal vez no nos volveremos á ver sino en la otra vida.»

Mi madre vieja lloraba al bendecirme, y mi padre, que había venido ese día con licencia, á mi despedida, porque también era soldado, lloraba lo mismo que los chicos, mis hermanos; así es que para salir de aquel trance duro dí vuelta con el poncho en una mano, prendiéndome el sable con la otra, y como quien no sentía nada, monté de un salto sobre mi caballo moro y me alejé al galope; pero en la cañada próxima desmonté, arrojándome sobre el pasto, y como los viejos y los niños, también lloré. ¡No se me rompió entonces el corazón, ya no se me romperá más!

Calló el sargento, transparentándose en su semblante la melancolía de que su ánimo se hallaba poseído en aquel instante. El voluntario, desprendiendo del arzón el *chifle* que contenía el líquido reparador, se lo alcanzó con respeto, diciéndole: «No hay remedio, mi sargento; á todos nos sucede lo mismo: primero es la patria.» El sargento aceptó el obsequio, haciendo sonar la garganta con un buen sorbo, y devolviendo el *chifle* al voluntario, al mismo

tiempo que se pasaba el dorso de la mano por los labios, respondió: «Es verdad, amigo Florencio; por eso estamos aquí.»

Desde aquel día quedó sellada la amistad entre el sargento y el voluntario. Los demás soldados de la compañía, á ejemplo de Galván, miraban también con compañerismo respetuoso al caballero (así lo llamaban), que siempre tenía pronto el bolsillo con cigarros, y también un buen trago para obsequiarlos. Ese regalo del soldado en campaña, no tiene precio. Cuando se pasaba lista y el alférez (á falta del brigada) decía: «Florencio Villa-Mayor», y contestaba éste: «Presente», los demás daban vuelta la cabeza como saludándolo. Si precisaba arreglar su montura, al partir, en la marcha, ó al terminar la jornada del día ó de la noche, siempre había un compañero que se ofreciese á hacerlo por él.

Por lo general los soldados en campaña son como los niños, afectuosos y buenos compañeros; comparten entre sí sus recursos con desprendimiento; y si en un día de marcha y de escasez, algún afortunado consigue cazar alguna liebre ú otra pieza que proporcione el caldo y el rancho, al momento lo comunica é invita á sus compañeros para el festín.

Sólo el juego, ó los celos por las paisanas que siguen al ejército, puede separarlos profundamente, porque los mismos enojos causados por la embriaguez, pasado el momento de excitación, con generalidad se olvidan, y vuelven á ser amigos.

En el ejército de los Andes, el General San Martín no permitía á las mujeres de los soldados que siguieran su marcha, y como, por otra parte, la disciplina era severa, el orden, el respeto al superior, la exactitud en el servicio y el buen comportamiento en todo se manifestaba, rara vez había necesidad de castigar á un soldado. Los oficiales, siguiendo la escuela de su jefe, jamás dejaban de contestar al saludo de un subalterno; y el tratamiento siempre era de *usted*, aunque se tratara del negro tambor.

Todas esas prácticas de civilidad y de respeto recíproco, cada cual en su esfera, desaparecieron más tarde con la guerra civil: el coronel tuteaba á los ayudantes, al ordenanza, al asistente; y los subalternos, á su vez, seguían el ejemplo.

Á las reuniones de paisanos hechas por el guapo del distrito, para aumentar la columna del Comandante A. ó del Coronel B., que llamaba á las armas por orden del gobierno ó por su propia cuenta, se llamaba *prestigio*, que nacía generalmente de las reuniones en la pulpería, de las carreras de caballos, ó de la hierra en las estancias.

Formándose así los elementos de la guerra civil, tenían que desaparecer necesariamente la disciplina, la ordenanza, y también el uniforme que da concepto favorable de sí mismo al soldado.

XIII

Volvamos á Mendoza para saber cuál fué la sorpresa y el desagrado de la señora de Herranz, con motivo del abandono de la casa por Florencia.

Al día siguiente de haberse ausentado, muy temprano, una sirvienta avisó á la señora doña Mariana que la señorita Florencia no estaba en su habitación; que su lecho parecía no haberse usado en aquella noche, á pesar de que los vestidos que tenía el día anterior estaban allí; y que había encontrado sobre la mesa un paquete con sobre, dirigido á la señora.

Grande fué la admiración de los esposos Herranz, que inmediatamente corrieron á la habitación de Florencia, cerciorándose del fiel relato de la sirvienta. Tomó la señora doña Mariana el sobre ó paquete dirigido á ella, y abriéndolo encontró una carta y las hermosas trenzas de la joven, cortadas y envueltas con prolijidad.

La carta decía lo siguiente:

«Mi buena y querida señora:

«No se me oculta el pesar que sentirá usted cuando «lea estas líneas, que escribo verdaderamente emocionada; «pero el destino, superior á toda voluntad, influye de una «manera decisiva sobre los actos y el proceder de los mor«tales.

«En el primer momento pensará usted que he cometido «una indignidad, pero no es así: obedezco á sentimientos «honrosos y nobles; para mí, no hay más que una pasión «y una esperanza de felicidad, y ésta es el triunfo defi«nitivo de la causa americana contra la influencia y do«minación de España. Sé que al leer estos conceptos, le «causaré á usted tristeza; pero ¿qué hacer? ¿por qué no de«cir de una vez la verdad, ya que ahora no hay razón «para ocultarla?

«Me alisto como soldado voluntario en el ejército de los «Andes, que un día ú otro batirá al ejército español; mi «hermano me protegerá, y á su lado como camarada, seré «feliz cuando él lo sea, ó participaré de su infortunio.

«No puedo extenderme más, porque presiento que el co«razón y las fuerzas me abandonarían, y porque amándola «á usted como á mi segunda madre, tengo presente el re«cuerdo de los cuidados y finezas que usted me dedicó «con tanta bondad y dulzura; pero necesito armarme de «valor para seguir el camino que el destino y mis pro«pios sentimientos me marcan y designan.

«¿Seré bastante feliz para compensar á usted y á su «buen esposo, en parte siquiera, los servicios inolvidables «de que soy deudora?

«El tiempo se encargará de contestarnos; ahora sólo pido «á mi querida madre que está en el cielo, que me guíe «siempre por el camino del deber y del honor, bendiciéndome, desde su misteriosa morada, y á Dios que conserve «los días de ustedes, no alterando la felicidad de que go«zan. Recuérdeme usted.—*Florencia Villa-Mayor.*»

Los sollozos de la señora doña Mariana y de la mujer de servicio que escuchaba, fueron el final de la lectura de

la carta de Florencia. Los cabellos de la joven fueron besados y humedecidos por las lágrimas de las dos mujeres.

Una postdata tenía la carta, que al terminar no notaron, y que decía: «Á nuestra buena Catalina, noble servidora, que guarde como un recuerdo de gratitud y de cariño, el collar de coral con broches de oro que yo acostumbraba llevar, y que fué regalo del alcalde por mi aplicación en la escuela.»

Don Francisco de Herranz, presente en este acto tocante, estaba silencioso y adusto; difícil hubiera sido saber si su actitud respondía á la emoción natural que se domina, ó á sentimientos de otro orden; mientras las mujeres lloraban, él se paseaba á lo largo de la habitación, con la cabeza inclinada y las manos en los bolsillos del levitón color paja, que usaba de diario.

Pasados algunos instantes salió, encerrándose en la pieza que le servía de escritorio. Nadie se sentó á la mesa ese día; la señora doña Mariana hizo cama, y Catalina, la vieja servidora de la casa, que cuando Florencia era niña la había tenido en sus brazos, continuaba en sus quehaceres domésticos con las narices amoratadas y los ojos irritados de llorar:—¡Soldado! repetía de vez en cuando. ¡Válgame la Virgen del Huerto!.... ¡Qué trabajos y peligros va á tener que afrontar la pobre niña!.... Y decir que estos bárbaros de insurgentes.... ¡Ave, María purísima! parece que el mundo se estuviera por acabar.... ¡Qué cosas se ven en América!... Tan luego como el ejército del Rey entre en Mendoza, me marcho para España.... Así se lo diré al señor de Herranz.

* * *

Florencia había dejado en su cómoda - tocador todos aquellos objetos que una señorita acumula y conserva y que le sirven de adorno: pequeñas joyas, regalos de los esposos de Herranz; sólo llevó consigo un anillo que perteneció á su madre y que fué el regalo de boda de su padre, y la cadena y el sello que el General San Martín le envió por intermedio de fray Miguel.

Ajustó Florencia á su brazo derecho la cadena-brazalete, agregando el sello, el anillo perfectamente ligado. Sólo desprendiendo el puño de la camisa podía notarse la existencia de aquellas joyas en su poder; pero no era fácil, á menos de ocurrir una desgracia.

XIV

Las columnas del ejército de los Andes seguían su marcha, venciendo penosamente las dificultades que ofrece la cordillera.

La del Coronel Las Heras, á la izquierda, por Uspallata, con los parques; la del General Soler y la de O'Higgins, por la derecha, por el camino llamado de los *Patos*. El general en jefe marchaba con esta última, que componía el grueso del ejército.

Preciso fué desplegar grande habilidad y una voluntad inquebrantable, para transportar por aquellas montañas difíciles de suyo para los infantes montados en mulas, la artillería, el material de guerra, las cargas de víveres, los hospitales y los ganados que debían servir para el consumo y movilidad del ejército. Esta parte, la más laboriosa sin duda, fué confiada al sabio capitán Luis Beltrán, antes religioso; tarea superior, desempeñada dignamente y con éxito.

Algunas pérdidas de hombres y de material sufrió el ejército en aquellas estrechas sendas y despeñaderos; pero en los primeros días de Febrero franqueó la columna de Las Heras el límite de la montaña, y al salir arrogantemente al valle, desplegó los colores de la bandera de su patria del otro lado de los Andes, en campo enemigo.

La «Guardia Vieja», que era un antiguo fuerte que los españoles conservaban con guarnición, para impedir todo ataque por aquel lado de los Andes, notó por sus avanzadas que el enemigo se encontraba en Chile, y se preparó á la resistencia.

Antes que volviesen de su asombro los españoles, cayó sobre ellos el Sargento Mayor don Enrique Martínez, después General, con dos compañías de infantes y de granaderos á caballo: la pelea se hizo tenaz y sangrienta, y al escalar el fuerte los infantes argentinos, la guarnición española los rechazaba al arma blanca con furor indecible; pero el valiente Martínez, como un león, volvía á la carga con el mismo empuje, hasta que haciendo desmontar la mitad de la compañía de granaderos, sable en mano, subió al asalto por tercera vez. El ataque fué irresistible, y después de un último esfuerzo, la guarnición de la «Guardia Vieja» se rindió en su mayor parte, huyendo la otra con dirección á Santa Rosa, población la más inmediata.

Los granaderos persiguieron á sablazos á los fugitivos, dejando marcado el terreno con sus despojos.

Tocó al Teniente Villa-Mayor la persecución de los dispersos, y el sargento Galván, que se encontraba á la cabeza de uno de los pelotones, iba manejando su sable como él sabía hacerlo. De cuando en cuando se volvía, é interrogando al voluntario, le decía:

—¿Qué tal, amigo Florencio? ¡Vea cómo corren los *matuchos!* Si fuera por mí, no haría prisioneros, pero el teniente dice que se tomen los más que se puedan; sólo para trabajo sirven.

El voluntario le contestó:

—Sí, mi sargento, es necesario economizar el sable con los que huyen. Ahora, si hacen frente, justo es cargarlos; pero si no es así, con desarmarlos y enviarlos á retaguardia, se ha cumplido con el deber y la humanidad.

El sargento no estaba ese día como de ordinario en la marcha: las facciones se le habían alterado, adquiriendo mayor dureza; los ojos pardos claros, por lo regular suaves, eran fieros; los bigotes y la barba, de suyo fuertes, parecían erizados, y la cabeza levantada, descubierta la frente, respondía á la actitud de su cuerpo, derecho, fijo sobre los estribos, con el sable en la mano, apuntando con él hacia adelante, en la dirección de los que huían.

Pasados algunos instantes, le dijo al voluntario:

—¡Cómo se conoce que usted no ha visto á éstos cuando les ha tocado perseguir!—En la retirada de Jujuy á Tucumán con el General Belgrano,—me ha contado el sargento Godoy,—que venía con su regimiento cubriendo la retaguardia,—el modo cómo procedían cuando les tocaba la suerte de vencer.

Los *matuchos* no daban cuartel; fué necesario que, al llegar al río de las Piedras, diese media vuelta la caballería patriota, y les llevara una carga á fondo, para desembarazar al ejército de la persecución de esos malditos.

En la batalla de Tucumán, donde el General Belgrano hizo alto y jugó la partida por completo, contra la voluntad de los doctores de Buenos Aires, que querían que se siguiera retirando, como si eso hubiera sido posible, tomaron la revancha contra los *chapetones*, porque no sólo concluyeron hasta con el último soldado de caballería, sino que también derrotaron una parte de la infantería, dejándolos en esqueleto.

Después en Salta tomó el ejército patriota á todos, desde el General Tristán hasta el último tambor, pero como el General Belgrano juzgaba á los demás por sí mismo, se contentó con que los españoles jurasen que no tomarían más las armas en contra de los patriotas; y desarmándolos, los soltó.

Le aseguro,—me decía Godoy,—que cuando no se sublevó el ejército ese día, no se subleva más: los oficiales y jefes estaban sombríos y se paseaban con furor arrancándose la barba; muchos de los soldados tiraron las armas y rompieron filas, vagando por el campo; y los otros, desalentados y tristes, decían: «¿para qué tanto sacrificio, si después de obtener el triunfo á costa de tanta sangre, hemos de poner en libertad á todo un ejército invasor?» Los mejores soldados españoles estaban allí; pero el General Belgrano no pensaba de la misma manera, y les dijo á los principales jefes que aquel acto respondía á grandes planes futuros; y como la disciplina y la ordenanza mandan someterse y bajar la cabeza, todos lo hicieron así. Al ce-

rrar la noche se rezó el rosario, cómo era de costumbre, y el general dijo algunas palabras consoladoras, que fueron repetidas de fila en fila, y se calmó un tanto la agitación producida.

¿Qué hicieron los juramentados de Salta? Ya usted lo sabrá, amigo Florencio: fueron nuevamente al Perú, se armaron y vengaron su derrota en el mismo General Belgrano. ¿Qué le parece? Así, pues, sigamos la persecución como la empezamos, que ya haciéndose tarde, agregó el sargento.

La columna de Las Heras, vencedora en la «Guardia Vieja», cuatro días después se posesionó del pueblo de Santa Rosa: había cumplido sus instrucciones al pie de la letra. Los españoles se retiraban sorprendidos y en derrota.

El voluntario había recibido ya el bautismo del fuego. En los veinte días que llevaba de campaña, se había transformado: las lluvias, la nieve, las noches pasadas al raso ó en marcha, los fuertes rayos del sol de Enero y Febrero, hiriendo despiadadamente el cutis blanco y sensible, lo habían tostado y casi destruído; el cabello sedoso y negro como el ébano antes, había tomado un color amarillento, y se había vuelto un tanto tosco y áspero por la falta de cuidado. De aquel bello joven que los soldados admiraban el primer día de marcha, no quedaban más que los ojos y las líneas correctas del semblante; en cambio había adquirido firmeza sobre la silla, actitud marcial y desenvoltura en el manejo de las armas y del caballo.

Como se ha visto, había tomado parte activa en la persecución de los fugitivos derrotados en la «Guardia Vieja», y aunque había cumplido con su deber, no tuvo ocasión de teñir su sable en sangre, pero había presenciado de cerca los diversos incidentes de la lucha, y, como sus compañeros, estuvo constantemente al alcance de las balas enemigas; así es que dominándose, seguramente, pudo demostrar al sargento Galván,—que, tratándose de valor, era el juez de la compañía,—su serenidad y actitud convenientes.

En este combate de la «Guardia Vieja» tuvo lugar un episodio, entre otros, digno de mencionarse.

El capellán de la división Las-Heras era un joven dominico de elevada estatura, nariz prominente, ojos de águila, y blanca la tez. Contaría, cuando mucho, 25 años de edad, y había sido ordenado recientemente.

En la marcha había estado constantemente al lado del Coronel Las-Heras, y apenas si había tenido que hacer uso de su ministerio. Las-Heras, si bien era buen cristiano y religioso, no participaba de la exageración de Belgrano, que hacía rezar el rosario á su ejército.

El capellán dominico era poco expansivo, y el coronel lo era menos, de modo que armonizaban perfectamente.

Llegó el momento de la pelea en aquella posición de la «Guardia Vieja», y se vió que el fraile estaba impaciente ante la resistencia de los españoles.

No pudiendo dominarse más, cuando vió que el Comandante Martínez hacía desmontar á los granaderos para tomar al asalto aquella fortaleza, se desmontó á su vez, y recogiendo sus hábitos blancos, tomó el sable de un herido y se lanzó como un granadero sobre la plataforma, alzando en alto su brazo armado, que descargaba sin cesar sobre los enemigos.

Después del combate se vió que los hábitos blancos del dominico estaban salpicados de sangre, lo mismo que el sable, que estaba manchado hasta la empuñadura.

Reprendido por el Coronel Las-Heras, solicitó un puesto en las filas de los granaderos, despojándose de sus vestiduras sacerdotales.

En conocimiento del hecho el General San Martín, y presintiendo un guerrero de fuerza en aquel religioso que de manera tan resuelta se rebelaba contra sus votos, optando por los peligros de las armas, le envió un uniforme de capitán y un sable, ordenando á Las-Heras que lo hiciera ingresar en los granaderos á caballo.

Este capitán fué el que más tarde se llamó el General Aldao, gobernador de Mendoza, y conocido vulgarmente por el fraile-general.

Hemos de tener ocasión de volver á encontrar en estas campañas á ese guerrero, cuya fama de bravo y de cruel alcanzó gran notoriedad.

La guerra civil en la Argentina tal vez influyó para desnaturalizar las notables cualidades del guerrero de la Independencia, según los escritores del tiempo; pero puede suceder que la historia imparcial, cuando se escriba, le sea relativamente favorable.

* * *

Al acampar esa noche, el sargento dijo al voluntario, delante de los demás soldados: — Venga esa mano, amigo Florencio; le voy á decir á mi teniente que su primo va á ser como él: eso basta.

Desde aquel día el voluntario consideró que la opinión á su respecto estaba formada, y que la prueba estaba hecha: su voluntad había triunfado de su naturaleza.

El sargento Galván ponderó al Teniente Villa-Mayor y al capitán la serenidad y valentía del joven voluntario, y lo apreciado que era por toda la compañía.

Ya en Santa Rosa su división, el coronel Las-Heras, vigilante y atento siempre para mantener y mejorar la condición de sus tropas, les pasó revista, así como al material y armas, preparándolo todo para la continuación de la campaña.

Á propuesta del capitán de los granaderos á caballo, autorizó el ascenso del soldado Florencio Villa-Mayor á distinguido, encargándose de las listas y trabajos relativos á la Mayoría: de esta manera se sustraía al rudo servicio de la guardia y del cuartel.

El voluntario distinguido tenía aptitudes para los cometidos que tomaba sobre sí: bastó que el Teniente Gerardo lo iniciara en la forma de esos trabajos, para que prontamente fueran desempeñados á satisfacción.

XV

El grueso del ejército al mando de San Martín, cuya vanguardia dirigía el Coronel Soler, había efectuado también su marcha al través de la cordillera con gran fortuna.

Reunidas las divisiones que la componían en el lugar designado para la concentración, montar la artillería y reparar el material para la batalla decisiva, tomó sus disposiciones el general para ir á encontrar al enemigo en Chacabuco, donde éste se reunía precipitadamente, sin orden ni concierto.

Los dispersos de los españoles en los encuentros con Las-Heras y Necochea, habían llevado noticias muy desagradables á Santiago y al ejército español, y todo era tribulación entre los enemigos, que no volvían de su sorpresa.

El Comandante don Mariano Necochea, que hacía parte de la vanguardia del General Soler, había librado combate, con 150 granaderos, á la vanguardia del General Maroto, y el éxito fué bastante á demostrar el empuje y decisión de los patriotas.

El General San Martín, así como los jefes y oficiales, comprendían que la maniobra de concentración en territorio chileno estaba cumplida; que el resultado final de la operación estaba en la batalla próxima, y sobre esto mismo tenían confianza, porque era evidente que los españoles habían sido sorprendidos.

Mayor habría sido su confianza, si hubiesen sabido que en Santiago el Regente Marcó y demás autoridades habían perdido la cabeza y era aquello un *sálvese quien pueda.*

Sólo el General Maroto trató de cumplir con su deber, cortando el paso en Chacabuco al ejército patriota.

La posición que eligió no era un campo de batalla expresamente estudiado; elegido al acaso por la fuerza y la

rapidez de los acontecimientos, no ofrecía siquiera los puntos de apoyo necesarios que debe tener todo ejército que se prepara á una batalla; tal vez carecía de elementos en número bastante para proveer á la resistencia de una manera eficaz, pero la verdad es que, aunque sus tropas no excedían de 3.000 hombres, contaba entre ellas 2.000 infantes que podían reputarse de primera clase, veteranos los más, que habían hecho la guerra en la Península con Wéllington; y también disponía de la artillería y caballería necesarias.

Fué opinión de los militares de la época, que ese ejército, á haber sido colocado en otra posición y en otras condiciones de estrategia, hubiera hecho necesario que los argentinos comprometieran todos sus recursos para vencer á las tropas españolas, cuya solidez era proverbial.

La fortuna había dado ya su fallo, seguramente, desde que tuvo lugar el pasaje de la cordillera con tanta felicidad, se había operado la concentración de la artillería y el parque, y los combates de vanguardia habían sido favorables á las armas patriotas; así es que lo que había ganado el argentino en moral, en cambio lo había perdido el español.

Chacabuco no es notable sino por el pasaje de los Andes, lo demás fué el efecto de la sorpresa y el valor desplegado en el ataque. La carga de frente llevada por O'Higgins, si bien enérgica, no fué oportuna, porque se anticipó á la maniobra de flanco que debió llevar á cabo Soler.

Atribulado el enemigo, no supo sacar partido de la ocasión que le proporcionó el general chileno; es verdad que no estaba preparado para ello, y que hasta los errores del ejército patriota debían redundar, en aquella campaña, hasta después de Maipú, en perjuicio de los españoles.

Razón tenía fray Miguel Ángel cuando afirmaba á San Martín que era inútil que España hiciera los más grandes esfuerzos para vencer á la causa Americana, pues que había llegado el momento supremo en que ésta debía triunfar, y nada sería bastante á detenerla en su marcha.

Rotas las columnas españolas en Chacabuco, fué estéril el valor desplegado por su general para volverlas al fuego.

Para colmo de infortunios, la caballería argentina se desparramó por los caminos que conducían á la ciudad de Santiago, y á espaldas del ejército español; y éste, en su derrota, tuvo que encontrarse con aquélla y sufrir las consecuencias de una caballería victoriosa tan activa como la del ejército patriota, colocada en el camino de una infantería que huye derrotada; así es que en su mayor parte cayó prisionera, rendida por los sables de los jinetes patriotas.

En aquel desastre general de los españoles, no salvó ni el Regente Marcó, que tan diligente y previsor se mostrara para huir, en compañía de muchos personajes de la dominación, enemigos de la causa de la libertad, á la que ellos combatían con encarnizamiento; así es que aquellos *señorones* del antiguo régimen volvieron á entrar en Santiago cabizbajos y confusos, y conducidos por la caballería poco menos que de la coleta, que los españoles *de raza* usaban aún.

El General San Martín había abierto la campaña con las siguientes palabras, dirigidas al pueblo chileno, quedando justificadas por los hechos:

« El ejército de mi mando viene á libraros de los tira-
« nos que oprimen este precioso suelo. Me enternezco
« cuando medito las ansias recíprocas de abrazarse tan-
« tas familias privadas de la felicidad de su patria, ó por
« un destierro violento, ó por una emigración necesaria.
« Vosotros podéis acelerar ese dulce momento preparán-
« doos á cooperar con vuestros libertadores, que recibirán
« con la mayor cordialidad á cuantos quieran reunírseles
« para tan grande empresa. La tropa está prevenida de
« una disciplina rigorosa y el respeto que debe á la re-
« ligión, á la propiedad y al honor de todo ciudadano. No
« es de nuestro juicio entrar al examen de las opiniones.
« Yo os protesto por mi honor y por la independencia de
« nuestra cara patria, que nadie será repulsado al presen-

« tarse de buena fe. Se castigará con severidad el menor
« insulto. Me prometo que no se cometerá ninguno bajo
« las banderas americanas. Éstos son los sentimientos del
« Gobierno supremo de las provincias Sudamericanas que
« me manda, desprendiéndose de una parte principal de
« sus fuerzas, para romper las cadenas ensangrentadas
« que os ligan al carro infame de los tiranos; son los míos
« y los de mis compañeros en la campaña. Ella se em-
« prende para salvaros. ¡Chilenos generosos! corresponded
« á los designios de los que arrostran la muerte por la
« libertad de la patria.—SAN MARTÍN.»

XVI

El General San Martín y su ejército podían estar orgullosos de la corta y brillante campaña que acababa de terminar en Santiago de Chile.

Apenas hacía un mes que habían salido de su campamento de Mendoza, escalando los Andes en una extensión de 90 leguas, dominando sus alturas como las águilas, allanando los obstáculos, al parecer invencibles, con las hachas de los zapadores, y alumbrando los precipicios y los ventisqueros con teas resinosas. Cuando la nieve entumecía los miembros y entorpecía la marcha, el canto de la patria volvía á resonar en aquellas soledades, teniendo por únicos testigos de su aliento y de su valor, al cielo y al Ser Supremo, que parecía manifestarse parcial en la grande obra de la Independencia Americana.

Como las legiones de Aníbal, y de Napoleón, en los Alpes, las legiones Argentinas, con San Martín, franquearon estos otros Alpes Americanos, no menos soberbios, saliendo á la llanura al son de las músicas guerreras, con el orgullo y la confianza de las falanges cartaginesas y napoleónicas. Los patriotas de Chile se disputaban el honor de hospedar á los valientes del ejército de los Andes, entre los que se encontraba gran número de chilenos, que

habían preferido la expatriación al sonrojo de acatar la arrogancia de sus dominadores, y que volvían á entrar en Chile con las armas en la mano, victoriosos, teniendo la satisfacción de ver huir delante de sí á sus enemigos.

El regocijo era inmenso en todas las poblaciones donde latían corazones patriotas; el puesto preferido del hogar era destinado al soldado libertador, argentino ó chileno; eran hermanos de causa, fundidos en las mismas ideas, en los mismos esfuerzos; la nieve que había emblanquecido el cabello y la barba del uno, había herido y tostado el semblante del otro; la pólvora y el fuego habían abrasado á los dos en la «Guardia Vieja» y en Chacabuco, y cuando un chileno caía, un argentino se aprestaba á vengarlo.

* * *

Brevemente llegó á Mendoza la noticia de los triunfos de los patriotas en Chile.

El cañón de la fortaleza, el repique de las campanas, los cohetes voladores que cruzaban el espacio, anunciaron la victoria á la silenciosa ciudad Andina.

Corrían los vecinos en dirección á la plaza en busca de noticias.

El oficial y los dos soldados conductores de los pliegos, se encontraban aún en la Casa de Gobierno, rodeados y apremiados por noticias; cada vecino de Mendoza quería saber de viva voz los detalles de la marcha y la batalla con todas las variantes y hechos notables de la lucha.

Los veteranos atendían de la mejor manera posible las exigencias de los curiosos ó verdaderamente interesados.

El Gobernador anunció á los presentes que la más completa victoria había coronado las armas de la Libertad; que el ejército estaba en Santiago, y que los españoles que no habían sido tomados prisioneros, ó quedado muertos, huían despavoridos hacia el sur; que el mismo Regente y los principales funcionarios habían caído en poder de la caballería patriota; en resumen, que el triunfo era de-

finitivo y no había para qué pensar más en los ejércitos realistas, pues no volverían á aparecer en territorio argentino; que la guerra estaba concluída, pues en adelante no habría sino que perseguir los restos.

Cuando se oyeron las últimas palabras del Gobernador, la multitud prorrumpió en vivas á la patria, abrazándose los ciudadanos en la más completa alegría.

Esa noche nadie durmió en Mendoza: los patriotas recorrían las calles con música que tocaba el himno nacional, y las casas de las familias patriotas permanecieron iluminadas, con las puertas y ventanas abiertas.

Las moradas de los españoles, al contrario; conforme se conoció la noticia, cerraron sus puertas, y allá en la última habitación comentaban los realistas el suceso, concluyendo por declararse á sí mismos que aquello no podía ser sino una patraña de los insurgentes para ocultar algún golpe rudo inferido por las armas del Rey; que no era posible que éstas hubieran sido derrotadas, ni menos que aquéllos estuvieran en posesión de Santiago.

En la casa de Herranz no se veía una luz, y todo era silencio.

Don Francisco se paseaba en el comedor, pensativo y disgustado; su esposa doña Mariana y su hermana doña Fernanda se encontraban sentadas cerca de la mesa, con los codos apoyados sobre ésta y la palma de la mano en la frente, escuchando con atención el ruido que hacían en la calle los que pasaban por ella tocando la guitarra, ó cantando ó dando vivas, ó encendiendo cohetes, de los que algunos estallaban contra la puerta y ventanas de la casa.

Doña Mariana interrumpió el silencio que reinaba en aquella habitación, diciendo:

—¿Qué habrá sido de Florencia en estos sucesos! ¡Pobre niña!

Don Francisco se detuvo y repuso con reprimido enojo:

—Mira, Mariana, no vuelvas á pronunciar el nombre de esa ingrata en mi presencia, porque de todos modos ella es hoy nuestra enemiga, siéndolo de la causa del Rey;—me importa muy poco lo que le haya ocurrido; cuantos

menos insurgentes haya, mejor. ¡Pluguiera á Dios que no hubiese ninguno, para felicidad de España!—y volvió á continuar su paseo interrumpido.

Doña Mariana no objetó nada á las ideas absolutas de su esposo, pero se enjugó con las puntas del pañuelo de seda que llevaba al cuello, las lágrimas que corrían por su semblante.

Doña Fernanda, vieja soltera, permanecía silenciosa, y pensaba seguramente como su hermano el señor de Herranz.

SEGUNDA PARTE

REFERENCIA HISTÓRICA

UNA HEROÍNA MENDOCINA DE LA ÉPOCA DEL GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTÍN

SEGUNDA PARTE

El General Las-Heras en Rancagua. — Fraternidad patriótica entre argentinos y chilenos. — La familia Vélez-Suárez. — Operación militar al sur de Chile. — El Sargento Galván y el Alférez Villa-Mayor. — La heroína. — El General San Martín en su campamento de «Las Tablas». — Fray Miguel Ángel. — Un sueño del gran Capitán. — Talcahuano. — El alférez de granaderos á caballo. — El parte oficial. — La visión. — La victoria del «Gavilán» por los patriotas. — El sargento Godoy, oriental. — Un bravo entre muchos. — Confidencias de amistad y de cariño. — El Alférez Vélez-Suárez. — El General Osorio, español. — Su ejército desembarca en Talcahuano. — El Coronel chileno Freire. — Maniobras de los ejércitos entre «El Maule», «Talca», y «El Lircai». — CANCHA RAYADA. — Contraste de la caballería patriota. — El Coronel español Ordóñez. — La caballería española. — El Capitán Gerardo Villa-Mayor. — Muerte heroica del sargento Galván. — Una compañía de lanceros del Rey. — Combates de retaguardia. — Ataque al ejército patriota frente á Talca, durante la noche. — Su derrota parcial. — Admirable retirada de Las-Heras con su división. — O'Higgins y San Martín. — Un fraile heroico. — El ejército en «Camarico». — El General en jefe en «Quecheregua.» — El río Lontué. — La buena nueva. — La visión. — El Alférez Villa-Mayor con noticias de Las-Heras. — La Providencia. — Freire, Zapiola, Necochea. — Instrucciones de San Martín para la retirada. — Alborozo en el campo español, en Talca. — Osorio y Ordóñez. — Parte al Virrey Pezuela. — Proyectos de invasión por los españoles. — Su marcha. — Santiago de Chile. — Actividad y patriotismo. — Rancagua. — BATALLA DE MAIPO. — Victoria de los patriotas en toda la línea. — Los granaderos á caballo. — La artillería chilena. — La infantería argentina. — El Mayor de lanceros reales León de Herranz. — Ordóñez. —

Primo de Rivera.—Moria Morgado.—Principales jefes españoles prisioneros.—Huida de Osorio.—Entusiasmo en Santiago.—Ascenso general.—Solicitud matrimonial de un comandante argentino con una bella chilena.—Escena real de familia.—Los dos tenientes.

XVII

Siguiendo el movimiento del ejército, llegó á su vez el General Las-Heras con su división á Rancagua, y llegado allí procedió á tomar posesión del lugar apropiado para las tropas de cada arma, á fin de que éstas pudieran perfeccionar su material y recibir los reclutas que de toda la campaña de Chile ingresaban voluntariamente en las filas del ejército libertador.

En Rancagua, como en todos los pueblos y ciudades de aquel país, que ansiaba sacudir la dominación de España, las familias chilenas ofrecían con gusto á los patriotas lo que poseían, ó los recursos con que contaban; así es que los argentinos se encontraban allí como en su propia casa.

El Teniente Fernando Villa-Mayor hizo relación con una familia, cuyo apellido de Vélez-Suárez, tenía alguna notoriedad en el país.

En Santiago, el General San Martín, por una orden general, hizo promoción de grados militares, dando cuenta al Gobierno.

El Teniente Villa-Mayor ascendió á Capitán, y el soldado distinguido Villa-Mayor á Alférez.

Con los galones de oficial, Florencio Villa-Mayor (nuestra heroína) tuvo entrada en la sociedad chilena.

La familia de Vélez-Suárez se componía de la madre, hermosa señora de 45 años; de dos hijos varones, de 25 años el primero y 23 el segundo, y de una hija, bella señorita de 18 años.

El señor Vélez-Suárez, jefe de la familia, había muerto hacía ya algunos años.

Los hijos se llamaban Armando y Guillermo, y militaban á la sazón bajo las órdenes del Coronel Freire, patriota chileno, reputado como el mejor oficial de caballería de Chile.

La joven se llamaba Margarita: esbelta, graciosa, de color blanco y ojos y cabellos negros, inspiraba simpatía y respeto á la vez.

Asiduos comensales de la casa eran el Capitán y el Alférez Villa-Mayor, por la amistad franca de los jóvenes Vélez-Suárez; amistad que fué estrechándose por la participación que en ella tomaban la señora y la señorita.

El Alférez Villa-Mayor, siempre discreto, se presentaba en casa de los Vélez-Suárez con menos frecuencia que su primo Gerardo, el Capitán.

Las líneas correctas del semblante del alférez llamaban la atención de las señoras, á pesar de encontrarse la tez tostada por el sol y por la nieve de los Andes.

Su apostura era digna, serena y cortés, y jamás participaba de la expansión de los otros jóvenes.

Continuamente los jóvenes Vélez-Suárez hacían notar amigablemente, en la mesa, la seriedad del alférez, y en cierta ocasión le dijo Armando:

—Mira, Florencio, tú debes de estar enamorado: en Mendoza ha de haber quedado tu alma hermana, y por eso traes á Chile tu tristeza; lo que de seguro conviene á las armas de la patria, porque un hombre que sufre, siempre es valiente como dos. Los *godos* pagarán el malestar que te causa la ausencia.

El alférez se sonrió silenciosamente con cierta dulzura que contrastaba con la seriedad de su semblante; y después de un momento dijo:

—Oye, Armando, estás en un error: no tengo más amor que el que se siente por la patria, y sólo pienso en el día feliz en que podamos decir con satisfacción, que estos pueblos de América son libres por su solo esfuerzo, por el valor y abnegación de sus hijos; que la independencia está asegurada, y que ningún poder del mundo podrá atentar contra ella.

El semblante del Alférez, cuando pronunciaba estas palabras, se animaba coloreándose; sus ojos expresivos despedían rayos de luz, y su actitud animosa y marcial acompañaba á la palabra.

Margarita, hermana de Armando, que casi siempre se encontraba presente en estos actos familiares é inocentes, seguía con interés manifiesto las palabras y la actitud del alférez, notándose en el mirar de sus bellos ojos, en el tinte de su cara, y en el movimiento casi imperceptible de su pecho, las emociones de que estaba poseída.

Gerardo Villa-Mayor tenía los ojos fijos en Margarita, que, atenta á las palabras del alférez, no advertía la actitud del capitán ni la atención de que era objeto. Armando volvió á tomar la palabra y contestó al alférez, diciéndole:

—Me causas satisfacción, Florencio, al hacernos saber que la libertad de la patria es tu único pensamiento; que lo que yo había tomado por tristeza, es simplemente preocupación por los sucesos que se desarrollan: yo también me encuentro en el mismo caso, y pienso mucho en el porvenir de la patria. ¡Con cuánto placer tendría un compañero como tú en la misma compañía, un hermano de armas á quien poder comunicar las impresiones del campamento, del combate, las innumerables dificultades del soldado!

He oído decir ayer á mi coronel, que hacia el Sud se reune el ejército español, reforzado con nuevos regimientos venidos de la Península, y que dentro de poco tendremos que ir á combatirlos.

En previsión voy á solicitar pase para el escuadrón de granaderos á que ustedes pertenecen, y una vez allí, pediré también formar parte de la compañía que manda el Capitán Villa-Mayor.

De este modo estaremos juntos, Florencio, y haremos nuestras cuentas sobre los sablazos que hemos de dar y recibir en un día de combate, porque sospecho que han de ser muchos: los españoles van á hacer el último esfuerzo en está campaña de Chile, y la lucha vá á ser tenaz y porfiada.

El Capitán Villa-Mayor se apresuró á contestar, diciendo:

Para nosotros sería una gran satisfacción, Armando, el tenerlo á usted en nuestra compañía; pero tal vez no se tome á bien por el coronel esa solicitud de pase de un cuerpo á otro, porque aunque todos somos hermanos en esta guerra, no podría asegurar que no se hiriese alguna susceptibilidad.

La señora Vélez-Suárez, tomando parte en la conversación, dijo que ella también estaría contenta de que Armando fuese compañero de los jóvenes Villa-Mayor, y al efecto hablaría al Coronel Freire para que permitiese el cambio; que en esto creía no hubiese inconveniente, tanto más cuanto que Guillermo, el hermano menor de Armando, quedaría en la administración de Santiago, como jefe de una sección, hasta nueva orden.

El alférez, á su vez, un poco impresionado, agradeció lo mejor que pudo la distinción que le merecía á su amigo Armando, asegurándole que juntos habían de vencer ó morir.

Margarita dijo entonces con vivacidad:

—¿Por qué morir? ¿No es una causa santa la que defendéis, y no estamos nosotras aquí para rogar por vosotros á cada momento, á fin de que Dios os proteja?

—Es verdad, señorita, respondió el alférez; pero es que por las causas santas también se muere; y sino que lo diga el recuerdo de nuestros nobles compañeros de armas, muertos al tomar la posición española de la «Guardia Vieja».

La señora y la señorita Vélez-Suárez inclinaron la cabeza, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

XVIII

Dos días después, el Coronel Las-Heras recibió orden del General San Martín para que, dirigiéndose hacia el Sud, donde los españoles se habían reunido para volver á la ofensiva, los rechazara y destruyese.

El ilustre Las-Heras marchó con una división de las tres armas, de la que hacían parte un regimiento de granaderos á caballo, mandado por el Comandante Cajaraville, y otro compuesto de chilenos, á las órdenes del Coronel Freire.

El regimiento de granaderos era aquel que formaba parte de la división Las-Heras desde que se movió de Mendoza, y por consiguiente se encontraban en él, el Capitán Villa-Mayor, el Alférez Villa-Mayor (nuestra heroína), y el Alférez Armando Vélez-Suárez, que había obtenido el pase solicitado de su coronel.

La intimidad de los jóvenes Villa-Mayor y Vélez-Suárez fué mayor cada día; pero guardando el Alférez Florencio la mayor circunspección, á fin de ocultar su situación personal.

* * *

Necesariamente, en aquella noble mujer, que se había hecho soldado por amor á la patria, debían nacer otros sentimientos naturales y delicados, cuando se encontrase en presencia de un hombre que hiciera latir su corazón sensible y apasionado.

¿Ese hombre sería acaso Armando Vélez-Suárez, cuya distinción, noble franqueza y gallarda apostura podían muy bien interesar á una mujer superior como Florencia?

Sin duda; parecía que el destino hubiera determinado que aquellos dos nobles seres, dotados de tan bellas prendas, debían amarse.

Vélez-Suárez, ignorando el verdadero sentimiento que inspiraba, porque no podía suponer que su hermano de armas Florencio Villa-Mayor, que llevaba su uniforme con la corrección de un verdadero granadero á caballo, —tropa la más severa y sólida con que contaba el ejército,—fuese una joven modesta, pura, sensible, con los más dulces atractivos; y por su parte, Florencia, teniendo que dominarse, calculando todos sus actos á fin de no despertar sospechas en su buen amigo y compañero de armas.

El Capitán Villa-Mayor, que había dejado en Margarita Vélez-Suárez algo más que un recuerdo, pues alimentaba una esperanza, se encontraba casi siempre silencioso atendiendo activamente á sus deberes.

Margarita no había dicho al capitán que lo amaba, porque sin duda su inclinación se manifestó desde un principio por el alférez; pero como éste se había mostrado indiferente, el capitán, que tuvo ocasión de dirigirle palabras de afecto, había obtenido, si no su asentimiento expreso, al menos palabras de amistad y deferentes atenciones.

Tal era la situación de cada uno de nuestros amigos al iniciar nuevamente la campaña contra los españoles que se habían fortificado en Talcahuano, al Sud de Chile.

* * *

Los patriotas rompieron la marcha en una hermosa mañana del mes de Marzo, y después de algunas horas en que la columna se extendía y serpenteaba al través de los cerros, venciendo las dificultades naturales del terreno, se estableció una expansión cautelosa entre compañeros de fila, dirigiéndose preguntas más ó menos íntimas.

El sargento Galván marchaba como siempre, con el aire marcial y alegre que le era propio, y encontrándose inmediato al Alférez Villa-Mayor, le dijo, haciéndole la venia:

—Empezamos de nuevo, mi oficial; ya era tiempo, porque los godos, después de la sableada que llevaron en la «Guardia Vieja», confieso que me dejaron con ganas.

—Sí, sargento, le contestó el alférez; me parece que nos van á dar mucho que hacer estos demonios, porque, según noticias, quieren volver á tomar la ofensiva para reconquistar á Chile y echarnos derrotados más allá de los Andes. Se han reunido en Talcahuano, y anuncian que recibirán grandes refuerzos; pero se forjan ilusiones nuestros enemigos, porque ya no volverán á pisar vencedores el terreno perdido.

—Eso mismo estaba pensando, mi alférez; preferiría morir cien veces,—si cien vidas tuviera,—antes que ceder al español el terreno conquistado; por mi parte, afilé ayer mi sable, y como tengo un presentimiento de que no voy á volver á nuestra patria, sólo pido á mi Dios morir con el sable en la mano, y cuando ya no me quede duda de que nuestros enemigos están perdidos para siempre.

—Sargento, le dijo el alférez, ¡quién piensa en morir cuando la vida sonríe y el pecho se abre á la esperanza de días mejores, serenos y tranquilos, en medio de la paz, de la libertad de nuestra patria, gozando con el progreso que nosotros, con nuestro esfuerzo y nuestra sangre, le habremos conquistado! Mire, cuando ya no queden enemigos desde Maldonado, en la Banda Oriental, hasta Méjico, usted y yo, y todos los que hemos combatido por la independencia de América, contaremos y oiremos contar con gran placer, á la nueva generación, los hechos más notables de patriotismo y de valor que hayan tenido lugar. Nosotros hemos pasado los Andes, las montañas más grandes del mundo y más difíciles de atravesar; y hemos subido como las águilas y los cóndores á aquellos picos que se divisan en el horizonte, en el cielo, para bajar como un huracán á espaldas del ejército español y derrotarlo y libertar á Chile. Nuestro general, y nosotros, humildes soldados de la patria, hemos llevado á cabo los mismos hermosos hechos que los más grandes capitanes de los tiempos antiguos y modernos han dejado para admiración de la historia.

¡Y usted, sargento, un valiente, piensa en morir, cuando dentro de poco hemos de volver victoriosos á Mendoza

y á Buenos Aires; y cuando usted irá con su galón de oficial á buscar á los suyos al arroyo de la China, y á decirles: «He recorrido una gran parte de la América del Sud con el sable en la mano; me he encontrado en las más sangrientas batallas de la Independencia; he cruzado los ríos más caudalosos, y vuelvo envejecido, pero con honrosas cicatrices, y lo que es más, con la satisfacción de haber cumplido dignamente con mi deber?» Sus viejos parientes lo abrazarán, admirados; los niños jugarán con la dragona de su sable, y sus antiguos conocidos, que lo vieron salir joven y obscuro soldado, no se fatigarán de reconocer en usted un héroe.

Calló el alférez, porque notó que de los ojos claros y grandes del sargento se desprendían gruesas lágrimas, que en vano éste se esforzaba por dominar, inclinando la cabeza á fin de ocultar la emoción de que se encontraba poseído.

Después de un momento levantó la cabeza el sargento Galván, y ya completamente sereno, dirigió la palabra al Alférez Villa-Mayor, diciéndole:

—Siempre creí, mi oficial, desde el instante en que se nos incorporó á la salida de Mendoza, que había de ejercer usted en el escuadrón autoridad é influencia. Cuando lo ví paciente cumplidor en las marchas y sereno en el combate con los españoles en la «Guardia Vieja», dije francamente: va á ser como su primo el Capitán Gerardo; pero nunca pensé, mi alférez, que había de llegar á tener por usted,—permítame que le diga,—ese cariñoso respeto que inspira al soldado el buen oficial, sencillo, valiente y justo, ni que había de sentir ese secreto dominio que usted ejerce sobre mí. Le agradezco con el alma las palabras que le he oído, y Dios quiera que sea profeta, porque siento de veras necesidad de vivir, de pelear por la patria, y llegar á viejo escuchando con atención las referencias de nuestras campañas y de nuestros hechos; pero, dispénseme, tengo aquí—y señalaba el corazón—un presentimiento triste, y me preparo para ese momento; porque quiero que puedan decir mis compañeros, al continuar la

campaña: «Es necesario morir como el sargento Galván; tomemos ejemplo de él.»

En estos momentos el clarín tocó atención, para estrechar filas, porque se entraba en un desfiladero.

XIX

Mientras el Coronel Las-Heras se internaba al Sud de Chile con su división arrollando á los españoles en pequeños, pero decisivos encuentros, y arrojando á unos más allá del Bío-Bío, y á la masa principal sobre Talcahuano, cuartel general entonces de la resistencia del ejército español, el General San Martín, en su cuartel general de la hacienda de «Las Tablas», punto estratégico donde reunía y complementaba el grueso del ejército patriota, tenía fijas sus miradas sobre Lima y el Virrey Pezuela.

Corría el rumor de que poderosos auxilios de tropas veteranas, que habían combatido en Portugal y en España contra los ejércitos franceses, y vencedoras en Torres Vedras, Talavera y Vitoria, habían desembarcado en Lima con un famoso general, y que se aprestaban para expedicionar sobre Chile, desembarcando en Talcahuano.

San Martín, en su cuartel general de «Las Tablas», llevaba la misma vida militar que en Mendoza, y era ésta, adiestrar el soldado, enriquecer el parque, perfeccionar el armamento y cuidar y atender todo lo que se relacionaba con un ejército que tenía necesidad de vencer á todo trance.

Ocupaba una pequeña casa de construcción campesina, con paredes de barro y techo pajizo. Las tres habitaciones de que se componía estaban completamente ocupadas por su mesa de escribir, sus mapas, su cama de campaña y su pequeño comedor.

Fray Miguel Ángel, el fraile aquel que tanta parte tuvo en la famosa expedición al través de los Andes, era su más asiduo compañero, su confidente y su amigo.

En uno de aquellos días, el General San Martín y fray

Miguel Ángel mantuvieron esta conversación, sobre los hechos que iban á producirse:

—¿Sabe usted, padre, decía el general, que los españoles se preparan seriamente en Lima para recuperar ó reconquistar á Chile? Mi agente secreto, por noticias obtenidas en la misma administración militar de Pezuela, me hace saber que el General Osorio, con un ejército de 4 á 5 mil hombres, debe en breve venirse sobre nosotros por Talcahuano. Urge, pues, que esta plaza esté en nuestro poder, y si no lo consiguiéramos, nos dispondríamos á todo, reuniendo nuestros elementos para batir con seguridad á los españoles; —y en un mapa que tenía extendido sobre la mesa, señalaba con el lápiz la zona en que pensaba maniobrar para envolver y batir al ejército español.

Nos replegaremos, fray Miguel, sobre el Maule, á fin de que el invasor pase al Norte de este río; y una vez comprometido en ese terreno sin salida, le impondremos la ley con una batalla que de seguro ganaremos. No hay término medio, padre: vencer ó morir; porque nosotros también tenemos los Andes á la espalda, y nos encontramos en el mismo caso que Napoleón en Marengo. Esta victoria sobre el ejército realista será la decisiva.

La guerra es así: nunca se encuentra un ejército del todo bien, siempre hay probabilidades en contra, y debe contarse con su majestad *el azar*, como decía Federico II en la guerra de los siete años. Los españoles han dado pruebas, en diferentes épocas, de ser los primeros guerreros del mundo; la infantería que traen es de primera clase; durante cinco años se han batido en Europa contra los ejércitos del gran capitán del siglo; están acostumbrados á vencer, y el vencedor de Waterloo les ha dado la consistencia, la disciplina y el prestigio que dan la fortuna y los sucesos.

Nosotros tenemos en nuestro favor la razón por que peleamos, el principio, el derecho, y esto también vale un ejército. Ahora es necesario que nuestra habilidad sea igual á la del contrario; que seamos previsores, que nos dispongamos á sufrir reveses, para después obtener victorias; pero si éstas vienen primero, mejor.

Fray Miguel escuchaba atentamente las palabras del general, y admiraba su buen juicio, su exactitud de miras y la profundidad de sus cálculos.

—Sabe usted, padre, que he tenido un sueño, agregó San Martín; pues, sí, he soñado con la patriota mendocina, su hija de confesión, aquella que nos proporcionó el medio de engañar al ejército español y atravesar los Andes sin ser sentidos; ví en sueños que se aproximaba á nosotros para darnos otra buena nueva, y como el soldado de suyo es fatalista, he creído de buen augurio aquella visión que fortalece mi fe.

Cuando en la cordillera, al paso silencioso de la mula, envuelto en mi capa, pensaba en la inmensa responsabilidad de la campaña que emprendíamos, crea usted que contaba con la Providencia que de una manera tan evidente se había manifestado, devolviéndonos aquellos pliegos perdidos que encerraban la fortuna y el porvenir de esta campaña. ¡Cómo no pensar en el misterio que está vedado al hombre alcanzar, cuando se producen hechos de esa naturaleza!

Si aquellos pliegos no hubiesen aparecido, yo no me hubiera atrevido á arriesgar la suerte del ejército, pues bien podía suceder que, al traspasar los Andes, encontrásemos, en lugar de la victoria que buscábamos, la derrota, la deshonra y la muerte.

Fray Miguel, incorporándose en su silla, le contestó:

—Una vez más, señor general, debe ponerse la confianza en Dios; él representa la justicia, y siendo la causa que defendemos la causa de la humanidad, su protección no nos ha de faltar; procuremos ser justos, y no ir más allá de nuestros derechos, porque éstos serán siempre prenda segura de victoria.

Aun no se había perdido el eco de las últimas palabras del monje, cuando el sargento Pedro se presentó y, cuadrándose, dijo:

—Mi general, ahí está un oficial del señor Coronel Las-Heras con comunicaciones, que desea entregar en propia mano.

—Que entre, contestó el general, dirigiéndose al encuentro del oficial.

Era éste un joven alférez de granaderos á caballo, que descubriéndose á la puerta, entraba haciendo el saludo de ordenanza, y con un oficio en la mano, se preparaba á entregarlo al general.

Dió dos pasos éste hacia el alférez, y le tomó el pliego sin mirarlo.

Con la frente ceñuda, lo abrió, recorriéndolo rápidamente. A medida que avanzaba en su lectura, se le despejaba el semblante, y volviéndose con animación hacia fray Miguel, que apoyado en la mesa donde se encontraba el mapa de Chile, parecía seguir con la vista las líneas azules que había trazado el general, dijo:—Victoria, padre, en frente á Talcahuano; el Coronel español Ordóñez atacó á Las-Heras en el «Gavilán», obteniendo éste una señalada victoria sobre aquél, que tuvo que encerrarse nuevamente en la plaza. Éste es el parte de Las-Heras, añadió, pasándoselo para que se impusiera de él.

Y volviéndose hacia el alférez, le dijo:

—Señor oficial, ¿se encontró usted en el combate del día 4?

—Sí, mi general; pertenezco á la 1.ª compañía del 1.er regimiento de granaderos á caballo, el que tuvo el honor de dar la carga decisiva á la columna principal que atacaba á nuestra división.

—Está bien, dijo el general; puede usted retirarse, y esperar órdenes.

Fray Miguel, que leía el pliego de Las-Heras, al oir la voz clara y serena del alférez, interrumpió su lectura, y volviéndose hacia él, clavóle la vista y se quedó contemplándolo como alelado.

El alférez saludó, dirigiéndose á la puerta.

—¿Qué tiene usted, fray Miguel, le preguntó el general?

—La visión de que me hablaba usted hace un momento, contestó el fraile pasándose la mano por la frente. Esa voz tranquila y armoniosa, aunque algo más dura ó fuerte, es la voz de la patriota mendocina que escuché en el confesonario aquella noche inolvidable.

—No puede ser, expresó el general; á menos que sea su hermano, y llamó con el timbre. Al presentarse el sargento, le dijo:—Que vuelva ese señor oficial llegado recientemente.

Momentos después se presentaba el alférez, y dirigiéndole la palabra San Martín, con severidad aparente, le preguntó:

—¿De qué provincia es usted, señor oficial?

—De Mendoza, mi general.

—¿Cómo se llama usted?

—Florencio Villa-Mayor.

—¿Qué tiempo hace que usted sirve?

—Desde que se movió el ejército de Mendoza, pues mi primo hermano, capitán hoy de la 1.ª compañía del 1.er regimiento, me hizo venir de Buenos Aires con ese objeto.

—¿Tiene usted familia en Mendoza?

—No, mi general; soy huérfano, y no tengo más pariente que el capitán.

—Está bien, dijo el general; retírese usted.

Así lo hizo el alférez.

—Ya ve usted, amigo mío, dijo el general dirigiéndose á fray Miguel, que este joven no tiene nada que ver con la patriota mendocina: es un muchacho que probablemente estaría en algún colegio, ó sería dependiente de alguna casa de comercio, y que su pariente hizo venir para militar á su lado y bajo su dirección.

—No discuto, señor general, ni he dicho más sino que su acento es igual al de aquella misteriosa joven que prestó el más hermoso servicio á la causa americana; en fin, que es *la visión* anunciada por usted.

—De todos modos, agregó San Martín, bien venida sea ella, si siempre se ha de presentar como mensajera de ventura y de felicidad.

XX

¿Qué había ocurrido en Talcahuano? Vamos á decirlo:

Mandaba en aquella plaza de guerra un oficial superior español de mucho mérito: el Coronel Ordóñez, que por su talento, valor é iniciativa, debió ocupar el primer puesto entre los que mandaron tropas españolas durante la revolución americana.

Tan luego como se aproximó el Coronel Las-Heras con su división, resolvió el Coronel Ordóñez salir á batirlo, porque sin duda tenía soldados bastantes para intentar una operación con resultado.

Las-Heras se encontraba frente á Talcahuano, en un paraje que los naturales llamaban el «Gavilán», apoyándose en el cerro de ese nombre, que era un punto á propósito para la defensa.

Ordóñez salió de la plaza en la madrugada del 4 de Mayo con dos columnas de las tres armas, y en número muy superior á la división patriota.

Al aclarar el día estaba ya sobre el Coronel Las-Heras, llevando el ataque de frente sobre las posiciones de los argentinos y chilenos el mismo Ordóñez en persona.

En breve el combate se hizo tenaz y sangriento, siendo inútiles los esfuerzos que hicieron los jefes y tropas españoles para vencer la resistencia de los patriotas.

Cuando Las-Heras notó que la principal columna, que era la de Ordóñez, flaqueaba, formó personalmente el regimiento de granaderos á caballo y el regimiento chileno, y los lanzó á fondo sobre las tropas españolas.

Como una tabla salió la 1.ª compañía, al mando del Capitán Villa-Mayor, y á todo el correr de los caballos, cargó primero sobre la caballería de España, que dió vuelta en completa derrota, y en esa confusión cayeron unos y otros sobre la artillería é infantería de Ordóñez.

Malparados quedaron los infantes y artilleros españo-

les con aquella carga, y aunque tuvieron que replegarse los jinetes argentinos y chilenos, lo hicieron lentamente, sin ser seguidos.

Quebrantados los españoles con aquella resistencia que no esperaban, y más que todo por las pérdidas que los sables de la caballería acababan de hacerles sufrir, se replegaron á su vez sobre Talcahuano, encerrándose en la plaza.

En esta carga de caballería, una de las más brillantes que se dieron en aquella campaña, pues los granaderos llegaron hasta el mismo corazón de la columna enemiga, se distinguió notablemente la 1.ª compañía del regimiento de granaderos.

El Capitán y el Alférez Villa-Mayor, así como el sargento Galván, fueron unos héroes.

El sargento Galván cabalgaba en un hermoso caballo tordillo negro, enjaezado á la usanza española, con montura de oficial superior; caballo que el sargento había tomado esa mañana al empezar la pelea, y que pertenecía á un ayudante del Coronel Ordóñez, que había sido desmontado con los tiros de cañón, como después se supo, y que, espantado, sin jinete ya, huyó hacia el campo patriota.

Cuando se replegaba el regimiento después de su hazaña, venía Galván, todavía, con el ardor de la lucha, orgulloso y altivo, y con el sable ensangrentado hasta la guarnición. Al pasar por delante de las compañías del número 11 de infantería, que había salido en protección de la caballería, les guiñaba el ojo y les mostraba el sable, como diciendo: «han pitado del fuerte», que era su dicho favorito.

El Coronel Las-Heras, luego que se pronunció la derrota de Ordóñez, picó la retaguardia del enemigo con empuje, obteniendo que abandonase su artillería, y cantidad de fusiles y prisioneros.

Las tropas fueron muy felicitadas por el ilustre coronel y por el Director supremo de Chile, General O'Higgins, que llegó ese mismo día, después del combate, con

una división compuesta de tropas argentinas y chilenas, y las cuales, conjuntamente con la división Las-Heras, debían sitiar luego á Talcahuano, si bien con mala fortuna, con esclarecido valor.

El asalto de aquella plaza fortificada, que parecía tener su asiento en el mar, es una de las páginas más brillantes de la guerra de la Independencia; pues cuando vieron los jefes españoles, acostumbrados á resistir el empuje poderoso de los infantes franceses en los sitios de Tarragona y Tortosa, en Cataluña, que los infantes argentinos, con Las-Heras, tomaron el «Morro», posición inexpugnable y dominante de Talcahuano, quedaron admirados del valor del insurgente, como decían ellos.

Un error de las otras columnas en el asalto á dicha plaza, hizo fracasar la operación, de lo que se hizo responsable al general francés Brayer, que recientemente había entrado al servicio de Chile y que tenía la dirección del sitio.

XXI

Entre los heridos del combate del «Gavilán» se encontraba el Alférez Vélez-Suárez: había recibido un bayonetazo en el costado derecho, en el momento mismo que se inclinaba para dar un sablazo á un infante español.

Su herida, si bien profunda, no era grave, como lo declaró el cirujano del regimiento; pero tuvo que ir al hospital de sangre, situado á inmediaciones del campamento, que lo constituía un galpón dependiente del caserío.

Sus compañeros de armas, el Capitán y el Alférez Villa-Mayor, se dirigieron desde el primer momento, con solicitud extrema, adonde el joven se encontraba sufriendo la primera cura, pues no habiéndose desmontado hasta después del repliegue, no habían podido notar su estado.

El joven Vélez-Suárez, al sentirse herido, trató de ocultarlo, y sólo el sargento 2.º Godoy, inmediato á él, pudo notarlo.

—No diga nada, sargento, que esto es poca cosa, le

dijo el oficial, al mismo tiempo que se ceñía la cintura con un poncho de vicuña.

Al llegar al punto de partida, no pudo desmontarse solo, porque la pérdida de sangre lo había debilitado mucho, y entonces pidió al sargento Godoy le prestase ayuda; lo que éste efectuó, tomándolo en sus atléticos brazos.

El sargento Godoy, á quien más adelante veremos figurar honrosamente en la compañía, era un criollo del Estado Oriental, de Canelones, hijo de un vecino español, pero que desde muy joven se consagró á la causa de la libertad con el ilustre General Artigas, batiéndose bravamente en las Piedras y demás combates que dió el patriota oriental hasta 1813.

Un lance personal desgraciado, por una paisana, en que tuvo la mala suerte de quitarle la vida á su rival, lo hizo emigrar á Entre-Ríos, y en un contingente enviado á Tucumán para remontar los granaderos á caballo, fué incluído; de modo que tomó parte en los sucesos y en la campaña que tuvieron lugar un año después y más tarde en Salta y en el Alto Perú.

El sargento Godoy era un hombre como de 28 á 30 años, de color blanco y barba negra, estatura elevada, delgado, pero musculoso; sus brazos tenían fama en el regimiento por su longitud, pues estando con su sable en la mano, era difícil aproximársele.

Silencioso siempre, con la cabeza casi inclinada sobre el pecho, parecía estar absorto en continua meditación.

Cuando entró en el regimiento, los demás soldados le pusieron por sobrenombre *Paja larga*, á causa de su estatura y delgadez; pero unos cuantos sablazos distribuídos duramente sobre los más atrevidos, impusieron el respeto á los demás.

Después de la victoria de Salta, obtenida por el General Belgrano, ascendió á cabo, y los soldados irrespetuosos de antes, le llamaban sencillamente, pero con respeto, *el cabo Godoy*.

De carácter huraño, lo buscaban, sin embargo, sus compañeros como juez en las disidencias ó diferencias que entre ellos surgían.

No tenía el sargento Godoy el valor entusiasta y alegre del sargento Galván, pero en cambio tenía el valor tranquilo, tenaz y casi cruel, de los caracteres reconcentrados.

No sabía leer, y seguramente ésta era la causa de no haber ascendido más que á sargento, á pesar de sus servicios, de su valor y de sus buenas notas en el regimiento.

Con la misma facilidad que si se hubiese tratado de un niño, desmontó al Alférez Vélez-Suárez, herido, y lo llevó en sus brazos hasta donde se encontraba el cirujano, que le hizo la primera cura.

El Alférez Villa-Mayor pedía licencia frecuentemente, cuando no estaba de servicio, para acompañar y asistir á su amigo el Alférez Vélez-Suárez.

Éste, á su vez, no podía pasar un día, ni una hora, sin la compañía de su hermano de armas.

El Alférez Villa-Mayor, con la delicadeza y dulzura que le eran naturales, atendía las exigencias del herido con solicitud suma, y cuando éste se encontraba bien, hablaban largamente de su familia, del futuro, de esperanzas risueñas; en fin, de todo aquello que complace á la juventud.

En cierta ocasión el primero dijo al herido:

Dime, Armando, ¿no tienes algún amor que embargue tu corazón y preocupe tu pensamiento; no existe alguna mujer en Rancagua ó en Santiago que llene las exigencias de tus más íntimos sentimientos?

—En verdad, contestó Armando, que parecerá raro; pero es lo cierto que prescindiendo de los entretenimientos pasajeros que todos los jóvenes á mi edad han tenido, no he encontrado aún la mujer adorada con que se sueña siempre, y que, una vez hallada, ejerce en la vida del hombre y en su destino la más decisiva influencia para el bien ó para el mal. Pienso encontrarla; y de seguro, mientras esto no suceda, no sacrificaré mi libertad por satisfacer ambiciones del momento.

He creído alguna vez estar verdaderamente enamorado, pero luego me he convencido de que era simplemente una

ilusión de la juventud, de la frecuencia en el trato social con señoras, y de otras muchas circunstancias que surgen en la vida galante de los jóvenes; pues el amor serio, infinito, absoluto, aquel que es el motor impulsivo de las más nobles ambiciones, de los más grandes esfuerzos, que es para la existencia del hombre el espíritu, la razón y las facultades de la vida misma, no lo he encontrado ni sentido; y sin embargo mi alma hermana debe existir, porque no es posible que sea yo un desheredado de la suerte que proporciona á todos los hombres de la tierra la mujer amada; y así es que, confiado en esa ley invariable de la humanidad, espero que ha de llegar para mí también, el momento feliz en que pueda decir: la encontré y la poseo.

El Alférez Villa-Mayor estaba sentado de manera que la media luz que daba sobre el lecho del herido, no permitía ver los semblantes; á no ser así, se habría podido notar la palidez del alférez y su emoción á medida que Armando hablaba; y cuando éste terminó, se hubiera notado también su satisfacción visible, pues con las manos juntas parecía implorar con fe, del Altísimo, la más completa felicidad para aquel joven herido, que ignoraba era objeto de tan vivo interés, inspirado por los más hermosos sentimientos.

Permanecieron en silencio algunos instantes, y luego Armando volvió á decir:

—Parece, querido Florencio, que no consideras exacto lo que acabo de expresar, pues tu silencio supone la duda.

—De ningún modo, Armando; encuentro muy razonables tus ideas, y creo que seguramente has de encontrar en breve la mujer que tú llamas *alma hermana*, y que hará la felicidad soñada, á que tienes derecho. Por mi parte, hago votos para que eso suceda.

Como se aproximaba la hora de lista, se levantó de su asiento el Alférez Villa-Mayor, diciendo á su amigo:

—Bueno, como ya es tarde, permíteme que me retire; mañana volveré á verte, y te felicito por tu mejoría, que, según expresó el cirujano, se acentúa; espero que en-

tres en convalecencia y pronto se te dé de alta, porque se extraña tu falta en la compañía, y todos los compañeros se preguntan: «¿cuándo estará aquí el Alférez Vélez-Suárez?» —Ya ves, Armando, que es satisfactorio que los hermanos de armas deseen el pronto regreso de su oficial ó de su camarada.

—Te agradezco, Florencio, contestó el herido, el buen recuerdo de mis compañeros, y tu fineza en recordármelo; dame tu mano generosa, que quiero estrechar con cariño entre las mías, haciéndote una sencilla confidencia, que tú apreciarás en lo que vale: —soy feliz, y olvido todos mis pesares, hasta la incomodidad que me causa mi herida, cuando tú estás presente; no sé qué acento singular tiene tu voz, que dispone á la esperanza de mejores días. Me parece escuchar el acento cariñoso de mi madre ó de mi hermana, en mi tranquilo hogar. Dispensa si te molesto con estas ideas; pero es natural, en este lecho donde hace ya días que me encuentro solo con mi pensamiento, se tienen ideas tristes, y al pensar en la patria, se piensa también en los que dejamos allá, orando por nosotros. Les he de escribir á los míos, que eres mi fiel compañero, más que eso: mi consuelo en la situación en que ahora me hallo. Adiós, pues, y hasta mañana. No faltes, Florencio.

Se comprenderá fácilmente cuál sería la situación del alférez, al oir expresarse en aquellos términos á Vélez-Suárez.

Desde aquel día fué más cauto en sus relaciones con su joven compañero, sin dejar por eso de atenderlo con solicitud é interés.

* * *

Mientras se hallaba asistiéndose de su herida el Alférez Vélez-Suárez, había tenido lugar el asalto á Talcahuano por los patriotas, y su rechazo con pérdidas sensibles.

La caballería apenas si tomó parte en aquel combate, pues se limitó á proteger las columnas en su retirada, que no fueron hostilizadas fuera de trincheras, porque el enemigo quedó amedrentado.

XXII

Como había dicho el General San Martín, se activaban los aprestos en Lima para el envío de un ejército á Chile á fin de efectuar su reconquista.

En efecto, el ejército realista llegó al puerto de Talcahuano en varias fragatas y corbetas, al mando del General Osorio, que venía precedido de gran nombradía.

Casi al mismo tiempo el Director de Chile, O'Higgins, cumpliendo órdenes del General San Martín, levantaba su campamento de Concepción en dirección al Norte, buscando estar en contacto con el general en jefe, ó su incorporación, á la vez que éste marchaba al Sur con el mismo objeto de concentrar en determinado lugar aparente y estratégico todo el ejército patriota.

El ejército español, confiado y seguro de la victoria, inició francamente su movimiento en busca del ejército libertador.

El Coronel chileno Freyre tenía la delicada comisión de no perder de vista los movimientos del invasor, y á la vez la de cubrir los del ejército argentino-chileno.

En este orden empezó á internarse el General Osorio con suma confianza hacia el Norte del río Maule, en demanda de la ciudad de Talca, objetivo, al parecer, de su plan de campaña y base de operaciones futuras.

Llevaba Osorio la flor de las tropas veteranas de la Península, y los principales jefes, que, como el Coronel Ordóñez, tenían plena seguridad del triunfo.

A mediados de Marzo de 1818 empezaron á aproximarse los dos ejércitos, y entonces se vió que la situación de los españoles no era tan ventajosa como al principio supusieron éstos, pues tenían que medirse con un ejército resuelto y con un hábil general; y que mientras los movimientos de los patriotas eran claros y francos, con el objeto de encontrarse con el enemigo, los de los españoles eran

indecisos: tan pronto avanzaban dejando atrás á Talca, como retrocedían pareciendo querer repasar el Maule.

San Martín activó sus marchas, para obligar al ejército español á aceptar batalla, pues también tenía seguridad de derrotarlo. Su ejército se componía de 7000 hombres, con 33 piezas de artillería.

Un hermoso río, de los muchos que riegan el territorio chileno, iba á ser el eje decisivo sobre que maniobrarían los dos ejércitos. Atravesar el río Lircai en condiciones ventajosas, era el punto de mira de los generales en jefe. Así lo efectuaron; pero el ejército español se puso en retirada en seguida, perseguido por el patriota. Luego, pues, la ventaja de la maniobra estuvo de parte de éste, que apuraba á su contrario.

Confió San Martín al General Balcarce toda la caballería del ejército, para que hostilizase y destruyese la columna española, retrasada en el orden de marcha.

Tenía el ejército argentino-chileno, en aquel día, la mejor caballería que les había sido dado reunir á los ejércitos americanos en esta parte del continente. Allí estaban los famosos granaderos á caballo y los principales jefes que han ilustrado el nombre americano: Necochea, Freyre, Olavarría, Medina, Lavalle, Zapiola y otros, al frente de 2.000 soldados.

El General Balcarce no siempre fué feliz en las operaciones de guerra, á pesar de su valor y de otras cualidades relevantes que lo adornaban.

Los generales de la Independencia, con la confianza que dan la juventud y el valor, el que ménos, pretendía ser un estratégico y maniobrista como Turena, el gran Federico ó Napoleón.

Su orgullo y mayor satisfacción era mostrarse científicos en el campo de batalla, á fin de hacerse admirar de los españoles que venían con fama de militares de escuela; el mismo San Martín iba á incurrir esa noche en igual debilidad é imprevisión.

Así es que el General Balcarce, orgulloso de verse al frente de tantos soldados de caballería y mandando je-

fes tan acreditados, ordenó un despliegue exagerado é irregular y maniobras inconducentes, cuando se estaba al alcance de un enemigo tan fuerte y tan experimentado, y en un terreno labrado por las aguas, lleno de barrancos y torrenteras, que á cada paso hacían impracticable la marcha de las columnas.

Los jefes españoles, que al pasar el Lircai empezaron á verse apurados, aceleraron la marcha para llegar á Talca, buscando abrigo; para lograrlo colocaron á retaguardia alguna artillería y la caballería regular venida de España; esto es, los cazadores y lanceros llamados de Fernando VII, que se destacaban por sus casacas coloradas, formando como una cinta pintoresca al extremo de la línea española. En todo eran 500 hombres.

Cuando se inició el despliegue de la caballería patriota, la artillería y la caballería españolas hicieron alto, colocándose en posición de hacer fuego la primera, y de cargar la segunda, si era necesario.

El Coronel Ordóñez, que estaba atento á lo que iba á ocurrir, y que tenía la dirección de la retaguardia en aquel día, esperó tranquilamente el ataque de la caballería patriota.

Era la tarde de un hermoso día del mes de Marzo; ni calurosa ni fría, muy templada, sin más aire que el necesario para hacerla agradable y traer el aroma y el susurro de las plantas con que se encuentran bordadas las barrancas del río Lircai.

Balcarce dió orden á sus columnas de cargar á fondo á la retaguardia enemiga, que había hecho pie, en momentos en que los escuadrones argentino-chilenos no habían terminado aún las maniobras en que se encontraban empeñados; de modo que al repetirse la orden de cargar, se confundieron, acabando por desordenarlos algunos tiros de cañón, que en aquel terreno endiablado tenían un resultado muy eficaz.

Éste fué el momento oportuno que el Coronel español Ordóñez esperaba para lanzar la mejor caballería; operación que efectuó el valiente Coronel Morgado.

Dió la orden de iniciar la carga á los cazadores primero, y á los lanceros después; él mismo se colocó al frente de estos últimos, diciéndoles que aquél era un gran día para las armas del rey.

Salieron los cazadores de frente, al trote, y los lanceros por un flanco, á fin de colocar á la caballería patriota en condiciones de tener que sufrir un completo desastre. Á medida que avanzaban iban estrechando sus filas, á fin de que fuese irresistible el empuje.

Eran los soldados de la caballería española malos jinetes propiamente dicho, pero muy aguerridos; no tenían la firmeza en el caballo que tiene el soldado americano, ni su habilidad en el manejo de la rienda, ni el dominio sencillo y seguro, propio del que doma el caballo salvaje para utilizarlo en todos los trabajos de la campaña pastora, origen de los caudillos más notables de la caballería americana.

Marchaban los españoles inclinados un poco hacia adelante, al trote largo, casi parados en los estribos, pero aumentando así el empuje, porque la rapidez de la carga crecía también. Manejaban el caballo como en España, tirando cada rienda directamente; esto era una dificultad, porque el caballo americano está domado de distinta manera.

Así llegaron hasta la caballería argentina, que se esforzaba por organizarse; pero sus jefes no habían previsto nada, ni siquiera una protección al flanco para el caso de un trastorno; habían oído y repetido á su vez la orden de cargar, y nada más. «Adelante!» habían dicho, levantando los sables en alto.

Atacados de frente por los cazadores y flanqueados por los lanceros, sorprendidos así y desordenados por su propia carga, no pudieron hacer frente, ni cargar, ni replegarse en orden. El desorden fué completo, y la derrota completa también.

Se veía á los generales y oficiales superiores correr en medio de sus soldados, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: «alto, alto»; pero arrastrados por aquellas olas

de caballos, de soldados y bosques de lanzas, seguían envueltos en la derrota sin poder dominarla.

XXIII

Sólo la 1.ª compañía del 1.er regimiento de granaderos á caballo, desviándose algunos centenares de metros del centro de la línea, al pronunciarse la derrota, pudo mantenerse firme en una especie de pequeña colina, defendida por una zanja algo más profunda que las otras, y que había que salvar por un pasaje casi oculto en las ondulaciones del terreno.

El Capitán Villa-Mayor mandó echar pie á tierra, asegurando los caballos en una hondonada á retaguardia.

En aquella posición, los granaderos desmontados hacían fuego con sus tercerolas sobre la caballería enemiga, que seguía su carga.

Una pérdida sensible había sufrido la compañía: el sargento Galván no estaba allí. ¿Qué había ocurrido?

Al pronunciarse la derrota, el valiente sargento cruzó su caballo levantando el sable para detener á los que atropelladamente huían, empujados por las líneas sucesivas; hizo cuanto pudo con ese objeto, concluyendo por ceder al impulso, pero de modo que perdía personalmente terreno. Separado de su compañía, esperaba sin duda encontrarla más á retaguardia, suponiendo que su capitán no habría seguido envuelto en la derrota.

En esa esperanza seguía al galope de su caballo tordillo, que había tomado en Talcahuano, cuando empezó á notar que la última columna á retaguardia apuraba los caballos porque los lanceros españoles estaban casi encima. Entonces el sargento hizo un nuevo esfuerzo para detenerlos; pero envuelto en la dispersión, su caballo introdujo las patas delanteras en un hoyo y rodó, quedando desmontado.

Así mismo se asió de la crin del primer caballo que

pasó con su jinete, y siguió corriendo á pie y á la par; otro jinete se le colocó al lado, y entonces el sargento se agarró con la otra mano de la crin del caballo de éste. Medio suspendido, en esa situación desesperante, pudo sostenerse unos doscientos metros más, pero sea que las fuerzas le faltasen, ó que, separándose los jinetes, hiciesen perder el equilibrio al sargento, el caso es que éste cayó, siendo pisoteado por la caballería.

En este trance, sólo pensó en morir con honor, como había vivido, y alzándose con su sable, en medio ya de los lanceros españoles, consiguió desmontar á uno, y de un salto estuvo sobre el caballo de éste; pero en el mismo instante un lanzazo terrible lo alcanzó en la espalda. No pensó en huir, hizo frente y hendió el cráneo de su heridor con un sablazo feroz; otro golpe de lanza recibió en el pecho, que lo atravesó: contestó con una estocada que abrió el cuello de su contrario; otro lancero, con insignias de brigada, casi un gigante, lo hiere en el costado, y el sargento, viéndose perdido, gira su caballo rápidamente, toma del cuello al brigada y hunde en su pecho el sable hasta la empuñadura, una vez y otra vez. Los caballos siguen al galope, y aquellos dos hombres terribles, heridos mortalmente, sujetos el uno al otro, sin soltarse, cayeron juntos cuando no pudieron sostenerse más. La carga siguió por encima de los muertos ó heridos, y algún jinete que caía y no podía levantarse, aumentaba el número de aquéllos. Así murió el sargento Galván, cuya fama de valiente honraba á los regimientos de granaderos á caballo.

Ese mismo día, cuando á su vez se pronunció la retirada de la caballería española, su cadáver fué encontrado por su propia compañía, junto con el del español, y en la misma posición que tuvieron al morir, tomados del cuello y con la saña retratada en sus semblantes cadavéricos.

El sargento Godoy y cuatro soldados se desmontaron y los colocaron en una zanja; echaron tierra sobre sus cuerpos, dándoles una misma sepultura, y pusieron como

cruz piadosa que llamase la atención del viajero, el sable del valiente sargento.

Una compañía de lanceros españoles, haciendo una conversión, se dirigió á aquel pelotón de soldados, que se habían desviado y echado pie á tierra con el Capitán Villa-Mayor. Vieron que no eran infantes, y creyeron fácil rendirlos ó matarlos.

El oficial que mandaba á los lanceros era un capitán alto, corpulento, de grandes bigotes, que venía indicando la carga con su largo sable.

Los lanceros, que no veían la zanja, y sí la colina en donde se encontraban los granaderos, aflojaron las bridas á sus caballos, cerraron las piernas, se inclinaron hacia adelante, y aumentando en celeridad, vinieron á dar unos sobre otros en aquel foso y en las quebraduras del terreno, imposible de salvar en orden. Los granaderos, cuando los lanceros se pusieron á tiro, empezaron á hacerles un fuego muy nutrido; pero cuando los vieron caer en el foso, levantarse y volver á caer, se fueron sobre ellos sable en mano.—«No haya cuartel,» gritaba el sargento Godoy, dirigiéndose con el sable levantado al capitán, intimándole que se rindiera; éste, que se encontraba dificultado por su caballo, que intentaba levantarse, contestó así mismo con un sablazo al sargento, quien, parando el golpe, á su vez descargó el suyo en la cabeza del capitán, abatiéndolo. El Alférez Villa-Mayor, cruzando su sable con el sargento, impidió el golpe de gracia.

Los lanceros quedaron muertos ó prisioneros; malos jinetes, no pudieron salir de aquella zanja.

El capitán español fué atendido como se pudo. Su herida no era mortal, ni aun grave, pues felizmente para él, el sable había resbalado.

Mientras tanto seguía la confusión en aquel campo donde seis mil jinetes se revolvían en completo desorden, unos huyendo en todas direcciones, otros en pelotones batiéndose por el honor y la vida.

Á poco se empezó á oir el cañón que tronaba y descargas de fusil, del lado en que la derrota de la caballe-

ría tenía lugar: era que la infantería argentina con algunas piezas de cañón llegaba en su auxilio, y tirando sobre los jinetes españoles, los detuvo é hizo volver la cara, dando tiempo así á la caballería patriota, destrozada en aquel combate, para reponerse, rehacer sus líneas y formar á retaguardia.. Jamás tropa alguna pasó por un sonrojo igual: ¡los primeros soldados de caballería del continente sudamericano, sorprendidos y deshechos por los *chapetones* y *matuchos* en número inferior! (1)

La columna española se puso en retirada precipitadamente. Al pasar por frente de la compañía de granaderos del Capitán Villa-Mayor, que estaba desmontada, éste encargó al Alférez Vélez-Suárez que con un cabo y 10 hombres custodiara á los prisioneros, y ordenó montar á caballo á los restantes.

La compañía había sido aumentada en aquellos momentos por algunos pelotones dispersos, y contaba, al formarse, unos 100 hombres.

Salió Villa-Mayor de aquella colina al paso, para franquear los zanjones y ponerse así en condiciones de cargar.

Los españoles se retiraban al trote largo, recibiendo algunos disparos de cañón á retaguardia. Querían aquéllos llegar á Talca antes de concluir el día, y encerrarse allí, cumpliendo las órdenes del general en jefe.

Conforme pasó la columna española, el Capitán Villa-Mayor movió sus soldados y se puso en su seguimiento, picándoles la retaguardia; lo mismo hicieron otros pelotones de la caballería patriota, que se encontraban á su paso; mas la columna española parecía no preocuparse de la persecución de que era objeto, ya porque el número de aquéllos era bastante reducido, ya porque debiendo apresurar su retirada, creía no deber detenerse. Así mismo, al caer la tarde, viéndose hostilizada, la retaguardia española resolvió hacer alto un momento y destacar alguna fuerza para cubrir la retirada.

(1) Histórico. Los historiadores argentinos Vicente Fidel López, Sarmiento y Mitre, lo confirman.

Así lo efectuó. Dos escuadrones de cazadores dieron media vuelta, formando las guerrillas, con su debida protección; pero tan luego como se pusieron en marcha, y cuando se encontraron algo distantes de la columna principal, los patriotas arrollaron las guerrillas, cargando á los dos escuadrones sable en mano.

En pocos momentos quedaron deshechos los cazadores españoles, y aquellos malos jinetes, corriendo sin dirección por el campo, manejando sus caballos con las riendas abiertas, como si fueran de coche, cayeron uno á uno bajo el sable de los granaderos.

De esta manera terminó aquel combate de la tarde, que, como ya hemos dicho, salvo incidentes parciales, fué un desastre para la caballería argentino-chilena.

.....

En breve, esa misma noche, el desastre del ejército patriota iba á ser mayor; tal vez la fortuna quiso probar el temple de sus protegidos, ofreciéndoles contrastes primero, y la victoria definitiva después; á semejanza de la borrasca que se desencadena sobre el bajel destinado á descubrir y conquistar continentes ignorados, para beneficio y honra de la humanidad, y que vence al fin, en medio del sol esplendoroso de un hermoso día, cuya brisa acaricia su arboladura y acompaña, cual música celeste, el canto de los vencedores.

Cancha Rayada es el desastre sin precedente. Un ejército que puede considerarse vencedor de su contrario, por la habilidad desplegada en las marchas; por la persecución resuelta y decisiva, iniciada y operada sobre él; por el dominio de las posiciones estratégicas, tomadas al entrar la noche, y, en fin, por todas las circunstancias que resultaban en favor del ejército patriota, desaparece luego por una sorpresa del ejército español, llevada á cabo con energía y fortuna.

XXIV

El contraste sufrido por la caballería en la tarde, había entristecido al ejército patriota, que presentía desgracias mayores para las armas de la patria.

El General San Martín estaba silencioso y airado. Mandó un ayudante tras otro á saber si se había reorganizado la caballería, y con la simple orden de aproximarse al campo.

El ejército español se había encerrado en Talca, y tenía por segura la batalla al día siguiente, si bien la consideraba perdida por el número de la infantería y artillería patriotas.

El Coronel Ordóñez, alentado por el éxito de la tarde, y ardiente y activo, creyó que era el caso de intentar una sorpresa esa misma noche, porque juzgaba, con razón, que el espíritu del ejército patriota no sería el mismo de la mañana, en vista del desastre de la caballería.

En un consejo de guerra que tuvo lugar esa noche, hizo prevalecer su opinión, asegurando que el resultado sería satisfactorio y que la victoria era segura.

Para desgracia del ejército patriota, al General San Martín se le ocurrió maniobrar en la oscuridad. Después que el ejército hubo tomado posición y encendido sus fogones, ordenó un cambio á las líneas avanzadas, para encerrar á los españoles, decía, entre el río y Talca.

En esta operación los sorprendió el ataque del Coronel Ordóñez, que, con 2.000 infantes en columna, entraba al campo patriota arrollando cuanto se encontraba á su paso.

La misma confusión que por la tarde se produjera en la caballería, se repitió esa noche en la infantería y artillería patriota: los artilleros cortaron los tiros y huyeron; y los infantes, que al principio, á la voz de sus jefes, opusieron cierta resistencia, sorprendidos en aquella mar-

cha de flanco, perdieron su aplomo, pronunciándose en derrota.

La oscuridad de la noche y el pánico que se apoderó de los soldados, cuya imaginación había sido herida esa tarde con la derrota de la caballería, hicieron lo demás.

El Supremo Director de Chile, General O'Higgins, y el General en jefe, San Martín, envueltos por la derrota, en medio de sus columnas, salieron del campo con la desesperación en el pecho y la vergüenza en la frente.

—Mil bombas, decía San Martín á fray Miguel Ángel, que marchaba á su lado, quisiera que estallasen en mi corazón, padre; hemos sido derrotados y deshechos por los godos, cuando ellos, por el contrario, mañana debían de haber caído todos prisioneros; y alzaba el puño cerrado hacia el cielo, como amenazándolo.

—No blasfeméis, señor general; la Providencia, en sus altos designios, así lo ha dispuesto, para probar nuestra fe y nuestro valor. Hoy ha sido la derrota, mañana será la victoria. Está escrito que las armas patriotas triunfarán al fin, porque su causa es la causa de Dios.

Acordaos de Federico el Grande, que, sorprendido en una noche como ésta en la Sajonia, por el Feld Mariscal Conde Daün, austriaco, perdió lo mejor de su ejército con su artillería y bagajes; y dos meses después volvió á recobrar lo perdido y á obtener victorias que han hecho su nombre inmortal en la historia de los siglos. Pues bien, mañana, con la fe en Dios y la confianza que inspira nuestra causa, volveremos á unir los eslabones rotos, y antes de un mes habremos triunfado en toda la línea. Serenaos, señor general, y orad con fervor, como lo han hecho todos los grandes capitanes en circunstancias idénticas.

—¡Pero, fray Miguel, si no tenemos ejército! ¿No ha visto usted la derrota á nuestro frente, á nuestro flanco, deshaciéndose nuestra infantería como el polvo que arrastra el vendaval?

—Mañana veremos, señor general, si tenemos ejército ó no. Pues qué, O'Higgins, Las-Heras, y los demás jefes

del ejército, cada uno por su lado, no han de hacer esfuerzos supremos por salvar del desastre, quién un batallón, quién una pieza de artillería; la caballería, por ejemplo, que no se encontraba en el mismo campo, pues estaba á retaguardia en el momento de la sorpresa? Á esta hora, estoy en lo cierto, viene alzando á la grupa de sus caballos los infantes dispersos, y mañana veréis, señor general, que, antes de terminar el día, tendremos buenas nuevas.

—Dios lo oiga, fray Miguel, contestó San Martín; y embozándose con su capa, marchó silencioso al paso de su caballo andador, al acaso, y en medio de las tinieblas, pues la noche estaba muy oscura y amenazaba tempestad.

XXV

El General O'Higgins, después de deshecha su línea, salía del campo en las mismas condiciones que el general en jefe, y aún peor, pues iba sufriendo de una herida de bala, que recibió en un brazo, al querer sostenerse en medio de sus soldados, que se batieron con furor en el primer momento.

Sólo la división de la derecha, mandada por el Coronel Las-Heras, que en esa noche memorable adquirió derechos á la gratitud eterna de esta parte de América, no sufrió ningún contraste; al contrario, sirvió de punto de apoyo para que algunos cuerpos y dispersos que huyeron en la dirección en que se hallaba, se reorganizaran. La artillería chilena se salvó con esa división.

Desde que se sintieron los primeros tiros al centro y á la derecha, Las Heras ordenó formar, y en seguida, con su experiencia militar, se dió cuenta de lo que ocurría. En ese sentido dispuso lo conveniente para no ser envuelto en la derrota, si ésta se producía, y salvar su división, y los restos de las otras, si era bastante feliz para *salir hecho* de aquel campo desgraciado.

En actitud de observación, reuniendo á cada momento

dispersos y pequeñas columnas extraviadas, esperó hasta media noche, en que no recibió orden alguna ni más noticias que las que los oficiales salidos en derrota podían trasmitirle. Todos estaban de acuerdo en que el desastre era completo, pues se había sentido el rúido de la disparada de los caballos de la artillería y animales de tiro y de carga del parque, que huían relinchando, heridos unos y espantados otros, en medio de las descargas de la infantería y de aquella confusión indecible.

Resolvió, pues, el Coronel Las-Heras ponerse en movimiento; dió órdenes severas para el cumplimiento de sus disposiciones, no admitiendo ni permitiendo observación alguna, y se puso á la cabeza de la columna, acompañado de un viejo paisano chileno, dueño de una pequeña hacienda inmediata, que le sirvió mucho en aquella ocasión, pues conocía aquella campaña como su propia casa.

Resguardándose con un terreno áspero de cerrillada marchó hacia el camino de Santiago, tratando de salir lo más brevemente posible de aquella boca de lobo en que estaba metido, para que el día lo encontrase al otro lado del río Lircay.

En la noche, durante la marcha, Las-Heras recorrió la línea, animando á los jefes y diciéndoles que, salvándose ellos, se salvaban el ejército y la causa americana.

Al llegar á Camarico, al día siguiente, bien de mañana, hizo un pequeño alto, para tomar razón del número de fuerzas sacadas del campo.

Inmediatamente escribió sobre una hoja de papel arrancada de su cartera, lo siguiente:

«Señor General en Jefe:

«He retirado del campo mi división formada. Cuenta «con 3.000 infantes, 200 granaderos á caballo y 12 pie«zas de artillería; sigo la marcha hacia Lontué y es«pero órdenes.

«Coronel Las-Heras.

«Camarico, 20 de Marzo de 1818.»

—¡A ver!... un oficial de granaderos á caballo con dos ordenanzas, gritó Las-Heras.

Un ayudante partió y momentos después se presentaba acompañado de un alférez y dos soldados de caballería.

—Señor oficial, le dijo Las-Heras al alférez, tome usted este billete, y, adelantándose, busque al general en jefe en la dirección que juzgue acertada y que le indicarán tal vez algunos dispersos. Entréguelo usted en propia mano, debiendo destruirlo en caso que fuese usted tomado por el enemigo.

El alférez hizo el saludo militar, tomó el billete, y dijo:

—Está bien, mi coronel; será cumplida su orden.

Montó á caballo y salió al galope seguido de dos ordenanzas.

Volviéndose hacia su ayudante, preguntó entonces el coronel:

—¿Quién es ese oficial?

—Es el Alférez Florencio Villa-Mayor, de la 1.ª compañía del 1.er regimiento de granaderos á caballo.

—Está bien, dijo el coronel.

XXVI

El General San Martín había marchado toda la noche, y al amanecer hizo alto al pie de un montecillo, preguntando al guía:

—¿Qué distancia habremos recorrido desde el lugar de donde partimos?

El guía ó baqueano, que era un antiguo capataz de arrias, llevóse los dedos á la boca, dirigió su vista al horizonte y, después de meditar un momento, contestó:

—Habremos marchado unas doce leguas, mi general; estamos sobre el río Lontué. En esta dirección—y señalaba al Norte—está Santiago.

San Martín, dirigiéndose al comandante de su escolta, preguntó:

—¿Cuántos hombres tenemos?

—En este momento he tomado nota, señor general, y resultan 120 hombres de caballería; los hay de diversos cuerpos, que, dispersos, se me han incorporado durante la noche; entre ellos hay dos sargentos, uno chileno y otro argentino.

—Hágalos usted venir, dijo el general.

En breve se presentaron los dos sargentos. San Martín, dirigiéndose al que por su semblante y movimientos más correctos demostraba ser de condición superior á su compañero, le habló en estos términos:

—Diga usted: ¿á qué cuerpo pertenece?

—Mi general, contestó el sargento cuadrándose: al del Coronel Freyre; y me encuentro aquí, porque, pronunciada la dispersión en la noche, huyeron las caballadas de reserva en su mayor parte, y fuí destacado con 20 hombres á fin de ayudar á detenerlas; pero por la obscuridad de la noche y el ruido lejano que producían las descargas, resonando en los cerros, y que hacían el efecto de una tronada, fué imposible detenerlas. Era ya media noche pasada, é hicimos alto en la costa de un arroyo, cuando notamos que una columna se aproximaba. Montamos á caballo y nos incorporamos á la escolta de V. E., recibiendo orden del comandante para seguir.

San Martín se quedó pensativo, y por algunos momentos se paseó silencioso y cabizbajo.

Después levantó la cabeza, y llamando al comandante de la escolta, le dijo:

—Despache usted cinco grupos de cinco hombres cada uno, mandados por un oficial ó sargento, á fin de que desandando el camino que hemos recorrido, y separándose en diversas direcciones, guardando distancias, inquieran todas las noticias referentes al ejército patriota y también al del enemigo; se me encontrará hoy, hasta mañana á las diez, en Quechereguas, adonde llegaré esta tarde. Esta dirección deberán darla las comisiones á todos los oficiales y soldados que encuentren. Recomiende usted actividad y mucha prudencia, pues de su resultado depende en gran parte el porvenir de la campaña.

Esa tarde llegó San Martín al paraje indicado, que era una hacienda importante, abandonada á la sazón.

Luego, bajo los álamos que formaban una larga calle hasta llegar á la población, que se encontraba sobre una loma, se recostó, rendido de sueño y de fatiga, sobre su capa, recomendando al sargento Pedro que se le dejara dormir una hora.

Transcurrido ese tiempo, el sargento Pedro lo despertó, diciéndole á la vez: — Señor general, fray Miguel desea hablarle, pues ha llegado un oficial del señor Coronel Las-Heras.

Se incorporó rápidamente San Martín, y mientras se ceñía el sable, dijo en voz alta: — Que venga ese oficial; y miraba con ansiedad á los grupos de oficiales y soldados, que, alejados por respeto, descansaban á su vez.

Llegó jadeante fray Miguel, acompañado del alférez enviado esa mañana, desde Camarico, por el Coronel Las-Heras.

El General San Martín en ese momento aparecía como de costumbre, sereno y dominante.

El oficial se quedó á algunos pasos de distancia, esperando la orden de aproximarse. Fray Miguel se adelantó entonces, y hablándole al oído, le dijo á San Martín: — *La visión*, señor general; tenemos buenas nuevas.

— Adelante, señor oficial, dijo San Martín, dirigiéndose al alférez. Éste se acercó, haciendo el saludo de ordenanza, y entregó al general el billete del Coronel Las-Heras.

Impuesto de él, volvióse San Martín al alférez, diciéndole con amabilidad:

— Quiere decir que esta noche ó mañana, estará á la derecha del Lontué la división Las-Heras; mejor dicho su ejército, porque es un verdadero ejército el que trae.

— Sí, señor general; hemos tenido esa fortuna.

— Me parece, señor oficial, que no es ésta la primera vez que viene usted en comisión á mi cuartel general.

— Es verdad, señor general; ya otra vez fuí despachado con pliegos para V. E., cuando nos hallábamos frente á Talcahuano. V. E. se encontraba en «Las Tablas».

—¡Y sabe usted que siempre es mensajero de buenas nuevas! Entonces me llevó usted el parte del combate del «Gavilán», que fué un verdadero triunfo, y ahora me trae usted la noticia salvadora de que la mayor parte del ejército patriota ha salido formado de *Cancha Rayada*, sin perder ni un cañón, ni los bagajes, ¿Qué puedo hacer por usted, señor oficial?

—No deseo otra cosa que oir de los labios de V. E. que he cumplido con mi deber.

El general tendió su mano al alférez, agregando:—Nos volveremos á ver en momentos más serenos y felices para la patria. Ahora regresará usted á donde está su ilustre jefe, con un pliego que voy á escribir.

Retiróse el alférez muy conmovido por las distinciones personales que había merecido del general, y éste, dirigiéndose entonces á fray Miguel,—que observaba con interés aquella escena, admirando los misterios de la Providencia, al oir por tercera vez el timbre de aquella voz que anunciaba siempre una buena nueva,—le dijo, pasándole el billete recibido de Las-Heras:

—Razón tenía usted, padre, cuando anoche aseguraba que hoy luciría un día distinto del de ayer para nosotros. Alabado sea Dios en sus inescrutables designios. ¡Todo el ejército en salvo! Porque, después de todo, ¿qué importa el material, los bagajes, algunas piezas? Se ha perdido, es verdad, la artillería argentina, pero conservamos la chilena.

En los depósitos de Santiago encontraremos nuevamente lo que hemos perdido: los hombres dispersos buscarán sus banderas; la caballería recorrerá la campaña, cubrirá nuestra retaguardia, y en pocos días estaremos prontos otra vez para dar una batalla decisiva; y le aseguro, fray Miguel, que el triunfo será de las armas de la patria.

Cuando volvamos á encontrarnos frente al ejército español, verá usted con qué ardor y decisión nos batimos; oirá á nuestros soldados gritar: vencer ó morir! no haya cuartel! Nos dejaremos de grandes maniobras y nos ire-

mos á fondo, porque confiados los españoles en su reciente victoria, han de seguir con tesón nuestra huella y se nos han de venir encima sin miramientos, suponiéndonos completamente desmoralizados.

—Me complace veros, señor general, en esa disposición de ánimo; porque este billete del señor Coronel Las-Heras anúncia una victoria. El solo hecho de salvar nuestras fuerzas de un contraste que pudo ser total, demuestra en absoluto que el ejército patriota no podrá ser destruído, cualesquiera que sean las contrariedades que tenga que afrontar. No ha perecido en *Cancha Rayada*, no perece más.

San Martín agregó:—Está escrito, padre, que la buena causa ha de triunfar; así le escribo á Las-Heras, para quien solicito hoy el grado de general, que nadie ganó y obtuvo jamás con mayor justicia.

XXVII

Esa misma tarde salió el alférez en demanda del Coronel Las-Heras, á quien encontró á la mañana siguiente sobre la margen derecha del río Lontué, en momentos en que hacía extender su división en un hermoso valle, para que recuperara las fuerzas perdidas en las marchas, se alimentara con el ganado que la caballería le había proporcionado, y al mismo tiempo reparar su material, pues al otro día, á más tardar, debía emprender de nuevo la marcha, con arreglo á las órdenes recibidas del general en jefe.

Según éstas, debía despachar comisiones, haciendo saber al General Balcarce, y en defecto de éste á los jefes de caballería, Coroneles Freyre, Zapiola, Necochea ú otros, que debían sostenerse á la vista del enemigo, hostilizarlo en su marcha, quitarle todos los recursos, y aprovechar la ocasión de batir á su caballería; que el general en jefe se encontraba en Quechereguas y que seguiría su marcha

hacia Rancagua, reorganizando el ejército en las marchas; que en Santiago se repondría el parque en pocos días, de modo que tan luego como el ejército español se aproximase á aquella ciudad, el ejército patriota estaría ya en condiciones de darle una batalla decisiva.

En efecto, Las-Heras despachó varias comisiones con las instrucciones referidas para los jefes de caballería, quienes, por su parte, se habían ya anticipado á ellas, organizándola y batiendo la campaña, á la vista de las fuerzas realistas.

XXVIII

El ejército español, verdaderamente sorprendido de su sin igual fortuna, que había obtenido una señalada victoria sin batalla, pues una sorpresa fué el combate de caballería librado en la tarde del día 19, y una sorpresa también, aunque más seria, había sido la de la noche del mismo, no volvía de su asombro, al día siguiente, cuando se aseguró de que el ejército patriota había desaparecido y vió los destrozos hechos en la artillería y en el parque.

Los cañones argentinos estaban allí: volcados unos, clavados otros, lo mismo que los bagajes, las municiones y gran número de caballos y de mulas dispersos.

Un resultado de tal importancia causó inmenso alboroto y regocijo en el campo español. El General Osorio despachó un correo tras otro á Talcahuano, anunciando su victoria sobre el ejército patriota, y ordenó que el buque más velero llevase la fausta nueva á Lima, al virrey Pezuela; anticipando también la seguridad de que en diez días estaría en Santiago y antes de un mes en Mendoza.

Pedía asimismo autorización para llevar la guerra á territorio argentino.

Las salvas de artillería, la música de los regimientos y un grande clamoreo de vítores, atronaron por algunas

horas á los pacíficos vecinos de Talca. Los patriotas chilenos oían con grande enojo, encerrados en sus casas, aquellos gritos repetidos de «viva el rey», y «mueran los insurgentes».

El Coronel Ordóñez era el héroe; todas las voces de entusiasmo se dirigían al vencedor de *Cancha Rayada.*

El General Osorio parecía que estuviera de más; se prescindía de él, y hasta se pensó en deponerlo, á fin de que Ordóñez tomara el mando del ejército, pero prevalecieron la disciplina y el respeto á las órdenes é instrucciones del virrey. Sin embargo, desde aquel día las operaciones fueron dirigidas por Ordóñez.

Dos días perdieron los españoles en Talca y sus inmediaciones; los que fueron suficientes para que el ejército patriota se salvara y reorganizara, pasando á la derecha del río Lontué.

El 22 marchó resueltamente el ejército español sobre las huellas de Las-Heras; pero á cuatro leguas de distancia ya se encontró con una división de caballería, mandada por el Coronel Freyre, quien solicitó del General Balcarce el puesto de honor en esta retirada, que ilustró con combates dignos de los mejores tiempos, y que devolvieron á la caballería argentino-chilena su antigua confianza.

El ejército español, que salía completamente confiado de Talca, creyendo que no encontraría insurgentes hasta llegar á Santiago, se sorprendió mucho cuando vió las columnas de caballería patriota que á su frente y á sus flancos batían la campaña, arreando los ganados y dificultando la marcha por todos los medios á su alcance: ya ocupaban el paso de un río, emboscándose, como daban una carga siempre que la caballería enemiga se ponía á tiro. Los españoles, pues, avanzaban penosamente, porque á la caballería patriota regular ú organizada se le habían reunido todos los hombres de campo, que, al tener noticia de la derrota del ejército libertador, abandonaron sus faenas campestres y concurrieron sin más armas que sus lazos y largos arreadores ó látigos, á combatir al enemigo

común. No podían los españoles desprender ninguna columna de caballería, sin que en el acto fuese arrollada por los patriotas.

Así las cosas, el General Las-Heras, por su parte, después que pasó el río Lontué, no apuraba sus marchas: seguía poco á poco organizando su ejército y recibiendo las incorporaciones de los dispersos de *Cancha Rayada*, á la vez que observaba la marcha del ejército español, cuyos detalles conocía, porque el jefe de la caballería patriota le informaba diariamente.

El Coronel Ordóñez, que mandaba la vanguardia del ejército de Osorio, se quedó muy admirado cuando, al llegar al río Lontué, supo que el General Las-Heras se retiraba lentamente con un ejército de las tres armas, y en actitud de dar media vuelta y derrotarlo si no marchaba con prudencia; fué una verdadera decepción para el ejército español, que creía, y así lo había comunicado á Lima, que el ejército patriota había encontrado su tumba en *Cancha Rayada*.

Seguían, pues, los españoles con mucha prudencia las huellas de Las-Heras, hostilizados tenazmente por la caballería patriota.

XXIX

En Santiago todo fué actividad en la administración militar tan luego como se conoció el contraste; y pasados los primeros momentos de sorpresa, pues se contaba con una victoria decisiva en lugar de un desastre, se produjeron algunos tumultos sin importancia, los que cesaron con la presencia del Director O'Higgins, que llegó el 24 á la capital, esto es, cinco días después de *Cancha Rayada*.

San Martín se presentó también al día siguiente, tan sereno ya y tranquilo cuanto podía estarlo en aquellas circunstancias, porque la responsabilidad que pesaba sobre

él era inmensa. *Cancha Rayada* arrojaba sobre él, en su carácter de general en jefe, sombras que era necesario disipar, y esto sólo se podía lograr con una victoria, inmediata y completa.

Sus deficientes explicaciones en público y en privado, no satisficieron á nadie en Santiago, como no hubieran satisfecho en Buenos Aires; porque cuando se produce un desastre que afecta á un pueblo en sus más caros intereses, se buscan las causas y no se tiene en cuenta para nada la *suerte variable de las armas*, disculpa muy gastada á fuerza de usarse.

* * *

Esto mismo le sucedió á Napoleón cuando trató de explicar, por su célebre Boletín 29, el desastre de la retirada de Rusia y la pérdida del ejército francés en los hielos. Nada podía justificarlo de haber pasado el Niemen, ni mucho menos de Wilna, capital de la Lituania, una vez que el ejército ruso se retiraba. Sólo *Pultawa*, la tumba de Carlos XII, lo esperaba más allá.

Nada justificaba á San Martín, después de la derrota de su caballería en la tarde, de haber ido á formar su ejército allí mismo, sobre el español, por la noche; y para colmo de error es, hacer maniobras en un campo estrecho y á la vista de un enemigo ensoberbecido por su triunfo de ese día.

* * *

El cuartel general de reconcentración fué situado á una legua de Santiago, en una llanura espléndida, donde podían entrar y acampar todas las tropas del ejército patriota.

El verdadero ejército era el que traía el General Las-Heras, que se componía ya de cerca de 4.000 hombres de las tres armas, al aproximarse al cuartel general; pues

lo que existía antes de su llegada, sólo eran débiles restos que no podían considerarse ni siquiera una división.

Comprendiéndolo así, el General San Martín recibió á Las-Heras y sus tropas con los más grandes honores: no podía ser de otra manera. Debido al gran carácter de este guerrero, pudo salvarse de un completo desastre, el ejército que debía dar á la causa nacional el triunfo decisivo en las llanuras de Maypú.

XXX

Cuando se tuvo noticia en Santiago y en Rancagua de la llegada del ejército patriota, se puso en movimiento la población, marchando como en romería á saludar á los soldados de la patria: en carruaje, á caballo, á pie, concurrían las gentes como en días de gran fiesta, preguntando por el amigo, por el hermano; las señoras por sus esposos, por sus hijos, produciéndose con este motivo escenas emocionantes de patriotismo y de cariño.

Entre las familias que llegaron al cuartel general se encontraba la de Vélez-Suárez. La señora solicitó ver á su hijo Armando, oficial en el regimiento número 1 de granaderos á caballo.

Se le dijo que ese regimiento no había aún entrado al campo, pues se encontraba frente al enemigo, que avanzaba sobre Maypú; pidió entonces ver al General Las-Heras con el objeto de saber con seguridad si Armando se había restablecido de su herida, pues aunque al moverse el ejército de Talcahuano había escrito á su familia, la señora Vélez-Suárez deseaba oir del mismo general lo que hubiera de cierto.

Recibidas aquella dama y su hija con la atención debida, Las-Heras les hizo saber que el Alférez Vélez-Suárez se encontraba perfectamente bien, y agregó que había cumplido correctamente con su deber en toda la campaña. La señora, emocionada, no pudo contener sus lágrimas.

Una vez repuesta, agradeció al general su deferencia, y, pidiendo disculpas, solicitó informes también de los oficiales argentinos Villa-Mayor.

—Hace dos días tuve ocasión, contestó el general, de estrechar la mano al valiente Capitán Villa-Mayor, que me alcanzó en la marcha con su compañía, que custodiaba los prisioneros españoles tomados en la retirada por la caballería, y saludé entonces á los demás oficiales, incluso su hermano el alférez, á quien felicité cordialmente, porque un despacho del general en jefe me comunicaba que había sido promovido al grado de teniente por servicios notables prestados en esta campaña. Así es, señoras, que todas las personas que inspiran á ustedes interés, se encuentran bien y han combatido con valor y con buena fortuna. Es un regimiento predestinado, añadió el general, el 1.º de granaderos á caballo: el primero en la vanguardia y el último en la retirada. La primera compañía, que manda el Capitán Villa-Mayor, no ha sufrido ningún contraste en esta campaña: fué la única que se desmontó y se mantuvo á pie firme, en medio de la derrota de la tarde del 19, en *Cancha Rayada*, teniendo la fortuna de tomar una compañía de lanceros, desde el capitán hasta el último soldado; razón por la cual ya he propuesto un ascenso para el capitán, oficiales y clases de esa compañía, como distinción merecida y compensación justa á su esforzado valor.

La señora y la señorita de Vélez-Suárez se retiraron agradecidas, comunicando á Guillermo Vélez-Suárez, oficial empleado en la administración de Santiago, que las había acompañado al cuartel general de San Martín, la noticia de que Armando y sus amigos los Villa-Mayor se hallaban perfectamente bien, así como el honroso concepto en que los tenía el General Las-Heras.

Aquella distinguida familia se retiró satisfecha, á pesar de no haber visto á su deudo y á los amigos por quienes preferentemente se interesaban.

Armando, tan luego como se halló restablecido de su herida, escribió á su querida madre circunstanciada-

mente, narrándole los combates en que tomó parte, los detalles de la lucha, el esfuerzo supremo que hubo que hacer para rechazar el ataque al campamento de Las-Heras en el «Gavilán»; la herida que recibió en la carga; los cuidados del sargento Godoy durante el repliegue; las atenciones de sus superiores; su estrecha amistad con su compañero el Alférez Villa-Mayor, á quien conceptuaba su mejor amigo y auxiliar más asiduo en momentos de prueba; en fin, nada omitió decir á su madre; trasmitíale también los finos recuerdos de sus amigos Villa-Mayor, muy principalmente los del capitán para su querida hermana, y agregaba: «He notado que desde nuestra partida de Rancagua, mi capitán permanece casi silencioso, no toma parte en ninguna de las conversaciones alegres de los oficiales; contraído esencialmente á las obligaciones del servicio, parece más rígido en la observancia de la disciplina; y en el combate del «Gavilán», añadía, alineó su compañía y ordenó la carga con una voz dura, que nunca le había oído, mirándonos con el ceño fruncido, y como si quisiera decir: *¿qué me importa la vida?*

«Cuando volvimos del combate, le noté otra vez su aire taciturno, por lo que creo que el Capitán Villa-Mayor tiene algún sufrimiento moral que le impide ser expansivo como antes: es ésta una suposición nada más, pues no le he merecido confidencia alguna; por lo demás, siempre es atento y cortés.»

La señorita Vélez-Suárez, al leer la carta de su hermano, creyó comprender la tristeza del capitán, y en la carta con que contestó la señora á su hijo, escribió Margarita algunas líneas cariñosas, en la seguridad de que serían trasmitidas. Decía: «Nuestros buenos amigos los Villa-Mayor, que se conserven para la patria y para las personas que tanto se interesan por ellos; que ya se sabe aquí que, en el combate frente á Talcahuano, Gerardo se prodigó demasiado, y eso no está bien; que es muy justo cumplir valerosamente con su deber, pero no se justifica el ir más allá.»

Estas palabras, que fueron leídas á los dos hermanos

por Armando, llenaron de satisfacción al capitán, quien estrechó las manos del joven que tan feliz lo hacía trasmitiéndole conceptos que hubiera querido grabar en su corazón.

Desde aquel día ya se le vió sonreir: la esperanza de ser amado por Margarita, comunicaba á su alma y á su espíritu la alegría y el encanto necesarios á la vida.

XXXI

El ejército español activaba su marcha sobre Santiago; la campaña iba pronto á decidirse por una batalla. No había término medio: ó la causa de la Independencia se afianzaba para siempre en Chile, ó el ejército español, dominando definitivamente aquellas regiones, á su vez invadía el territorio argentino por los Andes, imitando á San Martín, y se daba la mano con los que invadieran por Salta, haciendo insostenible la posición de los patriotas en Tucumán, que tendrían que replegarse de prisa sobre Córdoba, á fin de no ser cortados. Si los españoles vencían al ejército patriota de los Andes, la situación para la causa nacional se tornaba sumamente difícil, porque la guerra civil asomaba su informe cabeza, y en estas condiciones casi les sería imposible á las Provincias argentinas levantar nuevos ejércitos para detener á los españoles, que habían sido reforzados con tropas veteranas.

La caballería argentino-chilena venía hostilizando y combatiendo en su marcha al ejército español, y comunicaba al cuartel general los movimientos del enemigo.

Cuando el ejército realista avanzó en su marcha sobre Santiago, pasando el río Maypú, resuelto á buscar al ejército patriota, el General San Martín movió sus divisiones, con el objeto de tomar posiciones en el terreno que había elegido para dar la batalla, pues esperaba que el General Osorio se la ofrecería sin titubear, tanto más cuanto que el Coronel Ordóñez, orgulloso y confiado por su triunfo de *Cancha Rayada*, aseguraba la victoria una vez más.

XXXII

La hacienda de Espejo ó la llanura de Maypú era el lugar apropiado para la lucha. El general español, que creyó poder aprovechar bien aquel campo de batalla, tomó las posiciones que consideró más ventajosas.

Por su parte, el General San Martín creyó que le convenía iniciar la batalla, y ocupó las alturas del Norte que dominan el campo, colocando á su ejército en este orden:

Á la derecha el Coronel Las-Heras, á la izquierda el Coronel don Rudecindo Alvarado y al centro el Coronel don Hilarión de la Quintana; en todo 4.000 infantes y artilleros y 3.000 jinetes, con 20 piezas de artillería.

Las tropas españolas se componían de un número casi igual á las argentinas y chilenas, siendo superiores en infantería é inferiores en caballería.

Su derecha estaba mandada por los Coroneles Ordóñez y Morla, y la izquierda por el Coronel Primo de Rivera, dominando las alturas con la artillería y el llano con la caballería.

Formados en ese orden los dos ejércitos, las columnas patriotas de la izquierda inician con empuje la batalla, pero los españoles chocan con ellas bravamente, y haciéndolas retroceder, las obliga á pronunciarse en retirada. Auxiliadas entonces por el centro, pudieron felizmente mantenerse firmes.

Ordena luego San Martín que la caballería al mando del Coronel Freyre se lance á rienda suelta sobre la caballería española que protegía las columnas de Ordóñez y Morla; así lo efectúa aquélla con un valor que supera todas las esperanzas, destrozándola completamente y ahuyentándola del campo de batalla.

En esta situación, viéndose sin apoyo, las columnas españolas pierden terreno á su vez.

La derecha argentina, mandada por Las-Heras, lanza

los granaderos á caballo sobre la artillería y la infantería de Primo de Rivera. Los granaderos, con sus largos sables, llegan hasta las piezas y matan á los artilleros; acometidos á su vez por la caballería realista, se repliegan, pero vuelven á formar sus columnas para volver á cargar, haciéndolo con más vigor que antes, pues la caballería española de Primo de Rivera se pronuncia en derrota.

El regimiento número 1 de granaderos iba á la cabeza en la carga, frente á los famosos lanceros del Rey, que venían en protección de la caballería derrotada.

Vestían los lanceros lujosamente: casacas de paño grana con alamares de seda y oro.

Eran soldados muy valientes, que se habían distinguido en las guerras de España y Portugal. Los mandaba á la sazón un oficial de mérito, el Coronel Morgado.

Los lanceros españoles, á la voz de su coronel, se habían lanzado á la carga, cuando el regimiento número 1 de granaderos, mandado por el Coronel Zapiola, se dirigió hacia ellos resueltamente.

La primera compañía del primer escuadrón, mandada por su Capitán Gerardo Villa-Mayor, acometió á los lanceros á todo el correr de sus caballos, y en formación perfecta.

Formaban la cabeza de fila el Teniente Villa-Mayor y el sargento Godoy, que reemplazaba al sargento Galván, muerto gloriosamente, como se sabe.

Con la mayor valentía llegaron los patriotas y españoles á cruzar sus lanzas y sus sables; pero éstos, como hemos dicho en otro lugar, eran malísimos jinetes, y como iban montados en caballos que no se encontraban adiestrados al uso europeo, tenían mucha dificultad para dirigirlos una vez alterada la formación; así es que el jinete americano llevaba grandes ventajas sobre ellos por su dirección y movilidad.

En esta situación, el sable de los granaderos tenía que dominar á la lanza, y la derrota de los lanceros no se hizo esperar. Rota la línea de formación de los españoles, éstos sólo atinaron á huir.

Pronunciada la derrota, el campo presentaba un aspecto extraño y curiosísimo: los lanceros huyendo en todas direcciones, inclinados excesivamente sobre sus caballos, parecían querer aumentar la velocidad con ese movimiento irregular de los brazos y de las piernas con que el jinete perseguido de cerca sigue su carrera; la figura de los granaderos con sus altos morriones y su sable levantado corriendo en su persecución y siguiendo todos los movimientos nerviosos y desiguales que describían los jinetes derrotados, completaban el cuadro.

Entre éstos se encontraba un oficial, cuyas presillas indicaban ser un sargento mayor: era un hombre de estatura elevada, muy blanco y de luenga barba negra; llevaba la cabeza descubierta: sin duda en la pelea un golpe de sable le había hecho caer el chacó. Se retiraba lo más lentamente posible, haciendo frente y alentando á los soldados que huían para que se detuvieran: en esta situación fué alcanzado por el sargento Godoy, que rápidamente cayó sobre él, gritándole:

—Comandante, ríndase.

El español, de frente, espoleó á su caballo y descargó un sablazo sobre el sargento, que, parándolo, contestó con una estocada tremenda. Debido al empuje, perdió los estribos el mayor y se abrazó del pescuezo del caballo para no caer; entonces el sargento se le fué encima y lo desarmó, diciéndole: — Es usted mi prisionero. El oficial quiso incorporarse, pero ya era tarde.

En este momento tocó el clarín del regimiento atención y alto; se suspendió la persecución y los soldados volvieron á sus respectivas filas.

Algunas bajas contaba el regimiento; la primera compañía había sufrido poco, y los oficiales y granaderos se mostraban satisfechos con su victoria.

El sargento Godoy se presentó con su prisionero herido, diciéndole al Teniente Florencio Villa-Mayor:

—Aquí tiene, mi teniente, un godo que nos ha dado que hacer: se retiraba con la misma seguridad con que hubiera salido de un baile; me quemaba la sangre verlo

tan fantástico (1), y fué cuestión de amor propio para mí, el rendirlo solo con mi sable. El mozo está mal herido, y no me ha dirigido la palabra después que lo desarmé.

—Está bien, sargento, contestó el teniente; pero lo que corresponde ahora es que lo lleve usted mismo á aquellos carros que se encuentran en el bajo, y lo entregue al cirujano de servicio para que lo atienda; y dirigiéndose al oficial español, le preguntó,—llevándose la mano al morrión:

—Señor oficial, ¿cómo es su gracia de usted?

El español, alzando la cabeza, dijo con cierta arrogancia castellana:

—Soy León de Herranz, Mayor del regimiento de lanceros reales.

El Teniente Villa-Mayor volvió á saludar, y después de un momento de meditación, contestó:

—Voy á solicitar permiso de mi capitán para acompañar á usted personalmente hasta el hospital de sangre, porque deseo sea usted atendido inmediatamente; he conocido en Mendoza á un pariente suyo, el señor don Francisco de Herranz, amigo de mi padre, y quiero rendirle este servicio en su nombre; y volviéndose hacia donde se encontraba el Capitán Villa-Mayor, solicitó la venia, que le fué concedida después de una breve explicación.

El teniente y un granadero se colocaron á los costados del oficial herido, emprendiendo la marcha al paso, porque el mayor había perdido mucha sangre y podía desvanecerse.

Así llegaron á la ambulancia, que en aquella época se componía de carros ó carretas.

El teniente y el granadero se desmontaron, y tomando con todo cuidado al oficial español herido, que se encontraba casi imposibilitado de valerse él mismo á causa de su extrema debilidad, lo bajaron del caballo y lo depositaron en tierra. En el mismo instante apareció un ciru-

(1) Voz muy usual, entre nuestros hombres de campaña, cuando quieren referirse á la altivez.

jano, grueso y coloradote, con insignias de mayor, que les dijo con acento francés muy pronunciado:

—Esperen ustedes á que traigan una camilla para este señor que parece está tocado de veras; y al mismo tiempo que decía esto, desabrochaba la casaca del oficial.—¡Ah!.... sí.... una estocada en el pecho; y después de un rápido examen, agregó:—Bueno, bueno.... tenemos para un mes de hospital.... Mucha sangre perdida y nada más.

El Teniente Villa-Mayor recomendó muy especialmente al cirujano aquel herido, por quien, dijo, se interesaba él y también el capitán de su compañía; añadiendo que le quedarían muy agradecidos por las atenciones que le prodigase.

El físico aseguró que pronto se restablecería; que iba á hacerle la primera cura y á enviarlo luego á Santiago con otros heridos que se encontraban en su caso, y que lo recomendaría á su vez á un amigo suyo y compatriota, cirujano mayor del hospital, para que lo atendiese con preferencia.

El teniente, reconocido, saludó al cirujano, apretó la mano al herido que había caído en un desmayo, montó á caballo y partió casi á escape en busca de su regimiento.

La batalla continuaba con encarnizamiento, y la principal columna española de ataque, que mandaban los Coroneles Ordóñez y Morla, comprometida en el llano, quebrantada por los esfuerzos de Alvarado, de la reserva de la caballería y de la artillería que se hallaba en la cumbre, había empezado su movimiento de retirada, que cada vez se volvía más inquietante, pues á medida que perdía terreno, aquella infantería veterana sufría en su moral, y la confusión empezaba á producirse.

Las-Heras, que esperaba el momento oportuno para obrar enérgicamente, formó el número 11 sobre una línea doble desplegada, y á los costados, como apoyo, colocó columnas sucesivas, llevando á retaguardia, en el claro de aquel cuadro de ataque, los granaderos á caballo, prontos

á cargar. De esa manera imponente empezó á subir las colinas, haciendo retroceder al Coronel Primo de Rivera, que hasta entonces se había mantenido firme, y amenazando la retirada de Ordóñez y de Morla, que venían vigorosamente perseguidos. En tal situación, estas columnas españolas empezaron á desordenarse; en vano sus jefes hacían esfuerzos supremos por contenerlas: todo fué inútil, la derrota se había pronunciado, y sólo restos informes seguían á la columna de Primo de Rivera, que, regularmente organizada, se esforzaba por llegar á ampararse de las tapias de la hacienda de Espejo.

La artillería y la caballería patriotas concurrían á la persecución, que se activaba porque era necesario terminar antes de la noche.

Á cada momento se aumentaba el número de prisioneros, con la artillería y bagajes del enemigo; pero los españoles apresuraban su marcha para llegar lo más pronto posible.

Inmediatamente de llegar, tuvieron encima al cuerpo de Las-Heras, que tomó á la bayoneta aquellas posiciones de la hacienda de Espejo, último refugio del ejército español de Osorio en Chile.

Allí entregaron sus espadas los jefes principales: Ordóñez, Morla, Primo de Rivera, Morgado, y toda la oficialidad superior é inferior, quedando prisioneros del General Las-Heras.

Sólo el General Osorio pudo escapar, por una confusión que hicieron de su persona, los encargados de perseguirlo, y debido también á que desde el momento que se inició la derrota huyó del campo, buscando su salvación en la fuga.

El ejército español dejó prisionero, ó fuera de combate, todo su efectivo en la llanura de Maypú, ó en la hacienda de Espejo, lugar en donde se complementó la victoria. Su armamento, sus bagajes, y los del ejército patriota tomados en Cancha Rayada; el parque, la artillería, la tesorería, y, en resumen, cuanto poseían, quedó en poder de los vencedores.

en condiciones de enviar elementos de grande importancia á Chile para vencer ó rechazar al ejército argentino, que había vencido por una hábil maniobra y por sorpresa en Chacabuco; pero el valor de los patriotas, la sabiduría de su general y la decisión del pueblo chileno, hicieron infructuosos los sacrificios de los españoles para reconquistar y dominar á Chile. Maypú es la diadema que adornó la frente de la Libertad en aquel día glorioso, y que le proporcionó el alto honor de pasear triunfante su bandera desde el Plata hasta el Ecuador.

XXXIII

Al día siguiente de la batalla, el Teniente Florencio Villa-Mayor pidió permiso para ir hasta Santiago, el que le fué concedido. Su objeto era visitar al Mayor de lanceros León de Herranz, que se asistía en el hospital de sangre.

Lo encontró muy animado, y después de las atenciones primeras, le manifestó el español algún temor por su suerte futura, pues no sabía á dónde lo destinaría el gobierno.

El Teniente Villa-Mayor trató de desvanecer los temores del prisionero y le contestó:

—No podría informar á usted con seguridad sobre esto, pero debe usted estar tranquilo; tal vez dentro de pocos días podré comunicar á usted algo que lo tranquilice completamente.

Volvió á recomendar su protegido al cirujano mayor, que confirmó la opinión de su colega de la ambulancia, diciendo que la herida, aunque seria, no era mortal, pues no había interesado ningún órgano importante; que la fuerte constitución del herido era un auxiliar eficaz, y que creía que, pasado un mes, se obtendría su restablecimiento.

Despidióse el teniente muy preocupado con el pensamiento de ser útil al mayor León de Herranz, sobrino de sus protectores en Mendoza.

Llegado al campamento, sometió á la consideración de su hermano el capitán, una idea que le había ocurrido. Consistía ésta en solicitar un pase del Director O'Higgins, ó del general en jefe, para el Mayor de Herranz, á fin de que luego que se encontrase restablecido, pudiera trasladarse á Mendoza á casa de sus parientes, en calidad de internado, como se hacía con los prisioneros de nota.

El capitán manifestó que tal vez hubiese inconvenientes, porque la campaña iba á continuar en breve en el Perú, según el juicio que había formado de los asuntos próximos á desarrollarse.

El teniente, insistiendo, pidió á su hermano que le obtuviese la venia jerárquica para poder hablar con el general en jefe, pues estaba seguro de obtener lo que deseaba. El capitán le prometió solicitar la venia requerida.

Al día siguiente el Teniente Villa-Mayor pudo presentarse al General San Martín en Santiago, del que mereció cordial recibimiento, obteniendo el pase solicitado á favor del Sargento Mayor León de Herranz, para que bajo su palabra se trasladase á Mendoza, donde debería permanecer hasta nueva resolución del gobierno.

Agregó el general una carta para el gobernador de aquella provincia, recomendando benévolamente al prisionero.

El teniente agradeció al general aquel servicio en los términos más apropiados; contestándole éste que desearía siempre tener ocasión de verlo, pues no olvidaba que su presencia en el cuartel general era precursora de una buena nueva. Se inclinó el oficial; San Martín le tendió la mano y lo acompañó hasta la puerta de la sala en que se encontraban, despidiéndose luego.

Completamente satisfecho volvió al campamento el Teniente Villa-Mayor, y le dijo á su hermano:

—Hablé con el general, y aquí están el pase y una carta para el gobernador á favor de nuestro protegido: ahora te pediría escribieras á don Francisco, haciéndole saber que su sobrino está prisionero y herido, perfectamente atendido y en vía de restablecimiento; que has ob-

tenido autorización superior para que pueda trasladarse á Mendoza, y que, por tanto, debe esperarlo para mediados de Mayo, si para entonces está en condiciones de hacer el viaje; que tienes un verdadero placer en prestar este servicio á su familia, en recuerdo de las atenciones y protección que dispensaron á tu hermana Florencia.

El capitán accedió con gusto, y, escrita la carta, la envió por el primer correo.

Algunos días después, cuando lo creyó oportuno, el Teniente Villa-Mayor, en una de sus visitas al hospital, le dijo al Mayor Herranz que ya había escrito á don Francisco, su tío, anunciándole que en breve tendría la satisfacción de estrechar entre sus brazos al hijo de su hermano.

Se incorporó en el lecho el oficial, y tendiendo sus manos enflaquecidas á su protector, repuso:

—Decididamente los ruegos de mi madre me protegen, porque en su última carta me decía:

«León, ten confianza en la divina Providencia, que yo «ruego por tu felicidad; cumple con tu deber, pero sé «justo con los enemigos del Rey, y jamás cometas una «acción que mortifique tu conciencia.»

He procurado ajustar mis actos, agregó, á esos nobles principios, y creo haber cumplido siempre con mi deber, sin cometer ninguna mala acción; y así debe de haber sido, pues encuentro ahora providencialmente la compensación con la protección que de usted recibo. ¿Seremos amigos siempre, verdad, teniente?

Emocionado el oficial patriota, apenas si pudo contestarle de una manera confusa; pero la presión de sus manos, su actitud y su semblante hablaron por él.

—Conviene, dijo el teniente, que se imponga el cirujano mayor del salvoconducto del general y lo haga visar, para que cuando usted se halle en condiciones de emprender viaje, esté todo en orden, de modo que no tenga inconveniente alguno para llegar á Mendoza.

Se hizo llamar al cirujano mayor, quien, imponiéndose del documento que autorizaba al oficial español para trasladarse y fijar su residencia en Mendoza, contestó:

—Está en orden; sólo falta que sea visado por las autoridades chilenas, porque es de regla. Estamos á 12 de Abril: si la curación de su herida continúa como hasta hoy, dentro de un mes podrá usted ponerse en viaje, y, al dar á usted de alta, entregaré también el salvoconducto en perfecto orden.

De acuerdo en todo, se retiró el Teniente Villa-Mayor muy satisfecho, prometiendo al herido volver dentro de algunos días, si el servicio se lo permitía, pues no estaba seguro de si su regimiento permanecería en Rancagua, hacia donde tenía orden de marchar. El oficial español agradeció mucho todas las atenciones recibidas, y dijo que tan pronto le fuese posible escribiría á su tío don Francisco de Herranz, haciéndole saber cuánto debía á la fina amistad de los hermanos Villa-Mayor.

XXXIV

Otro ascenso general fué concedido al ejército por la victoria de Maypú, correspondiendo el de Comandante de Escuadrón á Gerardo Villa-Mayor, el de Teniente 1.º á Florencio Villa-Mayor y el de Teniente 2.º á Armando Vélez-Suárez. El sargento Godoy, que tan bravamente se había portado, ascendió á sargento 1.º.

En los ejércitos de la Independencia que mandaron Belgrano y San Martín, las promociones sólo tenían lugar por hechos de armas muy señalados. Después que se acentuó la guerra y se formaron ejércitos regulares, jamás se concedió un grado, por aquellos generales, que no fuese estrictamente justo; así es que la disciplina, que fué haciéndose más severa á medida que la educación militar iba avanzando, llegó en la época de San Martín, y en los ejércitos que él mandó, á la observancia más exacta. Las ordenanzas españolas fueron aplicadas en todo su rigor, creando y sosteniendo de esa manera el espíritu de cuerpo, el respeto jerárquico y el aprecio del inferior hacia el superior por el mérito verdadero de éste.

El regimiento número 1 de granaderos á caballo fué á acampar á inmediaciones de Rancagua, con una parte de la caballería del ya General Freyre, que tanto había sufrido en la última campaña; pues, como antes hemos dicho, desde que se movió el ejército de Talcahuano, el entonces Coronel Freyre siempre estuvo á la vanguardia cuando se avanzaba, y á la retaguardia cuando se retrocedía: el puesto de honor y de peligro tocó de preferencia á la caballería.

La familia de Vélez-Suárez recibió con todo cariño al Comandante y al Teniente Villa-Mayor, hermanos de armas de su hijo Armando.

Éste había puesto, una vez más, en conocimiento de su madre y de su hermana, las atenciones y cuidados que había merecido de sus amigos cuando fué herido frente á Talcahuano, ponderando el valor é hidalguía del que fué su capitán, á la sazón su comandante, y la fina amistad del teniente, su más querido compañero y amigo.

La señora de Vélez-Suárez abrazó con el cariño de una madre al Teniente Villa-Mayor, diciéndole que por sus cuidados tal vez conservaba ella á su amado hijo, pues éste no sólo hizo saber el interés que le había demostrado vigilando su asistencia, sino que también había dulcificado su situación, retemplando su espíritu con el recuerdo de la familia y de los más dulces afectos, y abriendo su pecho á la esperanza de mejores días, en medio de la paz y del triunfo de la causa americana.

La señorita de Vélez-Suárez hizo asimismo al comandante un recibimiento cordial y afectuoso, pues sabía bien que Gerardo la amaba; y por las confidencias de su hermano conocía todo el interés y el cariño del comandante, cuando en las marchas, ó en la intimidad del campamento, hablaba de ella, recordándola; notándose desde luego la tristeza que embargaba á Gerardo siempre que la conversación recaía sobre la familia de Vélez-Suárez, pues si estaban de marcha, se le veía colocarse á la cabeza de su

compañía, sin que en todo el día volviera á despegar los labios, sino para las exigencias del servicio.

Tanto sentimiento manifestado en forma tan delicada y discreta por el Comandante Villa-Mayor, había interesado vivamente á Margarita, así que cultivándose esa amistad y cariño con las frecuentes visitas de Gerardo, llegaron á comunicarse recíprocamente su afecto, contrayendo el compromiso de ser esposos en breve.

Todos los días, al caer la tarde, después de las obligaciones del servicio, se oía el ruido acompasado producido por el casco del caballo de Gerardo, que llegaba al paso hasta la casa-quinta que habitaba la familia de Vélez-Suárez.

Margarita, que estaba atenta á aquella indicación de la llegada de su prometido, anunciaba entonces á su madre la visita de Gerardo; bajaba rápidamente la escalinata que daba al patio, y abría ella misma la verja de hierro. Gerardo, desmontándose, anudaba las riendas sobre el pescuezo del caballo y entregaba su látigo á Margarita, que entretanto acariciaba con su bella mano la fina é inteligente cabeza del noble bruto. Juntos y tomados de la mano entraban, oyéndose entonces la voz de Margarita que decía: —Mamá, aquí está Gerardo.

La señora de Vélez-Suárez se complacía con aquella intimidad, tanto más cuanto que ya estaba avisada por Armando, su hijo, que el comandante pediría la mano de Margarita el día de su santo, que era el 1.º de Junio, ya muy próximo, pues estaba para terminar Mayo.

Llegado ese día, vinieron á acompañar á la familia de Vélez-Suárez algunos parientes cercanos y los hermanos Villa-Mayor. El comandante hizo entonces su solicitud matrimonial con toda solemnidad. La señora de Vélez-Suárez acogió con sumo agrado la petición de Gerardo, manifestándole que ya conocía por su hijo Armando, y también por su hija, la distinción de que ésta era objeto; que no podía menos de aceptar con el mayor placer esa unión, y que desde ese momento lo consideraba como un miembro de su familia, pues estaba segura de que con su cariño haría la felicidad de Margarita.

Agradeció Gerardo con fineza los conceptos favorables que había merecido su petición, y pidió permiso para colocar en el dedo de su prometida el anillo, signo elocuente que unía sus voluntades en una sola aspiración.

Agregó el comandante que su deseo hubiera sido realizar en el más breve plazo posible aquel noble pensamiento, pero que creía deber aplazarlo por prudencia y consideraciones á la misma distinguida familia que lo admitía en su seno tan cariñosamente, hasta la terminación de la guerra, pues hásta entonces podían ocurrir sucesos que le impidieran normalizar su situación.

La señora contestó que ése era asunto que dejaba á la resolución de los prometidos; que ella, por su parte, se conformaba con lo que ellos determinaran; que si el matrimonio se verificaba antes de terminarse la guerra, sólo pedía conservar á su lado á su querida Margarita, para servirle de apoyo y dirección en ausencia de su marido.

Por toda contestación á las delicadas y afectuosas palabras de la señora de Vélez-Suárez, tomóle Gerardo las manos, llevándoselas á los labios respetuosamente.

Margarita, con los ojos humedecidos por el llanto, tendió, á su vez, sus bellas manos á su prometido, las que éste oprimió con pasión.

Armando y Guillermo abrazaron á su futuro hermano, agregando palabras de congratulación y amistad.

Sólo el teniente no estaba allí: había querido sustraerse á las emociones de ese acto íntimo, y se quedó en el salón con los parientes ancianos, gentes sencillas, concurrentes á aquella fiesta de familia, que lo asediaban pidiéndole detalles de la última campaña.

—Mire usted, teniente, le decía uno: me han asegurado que sin el concurso eficaz de la artillería chilena, la batalla se hubiera perdido.

—Y he oído afirmar, decía otro, que únicamente la caballería chilena no fué derrotada en Cancha Rayada.

El Teniente Villa-Mayor, escuchando con benevolencia suma las exageraciones que el patriotismo local inspiraba, contestó sonriendo que no sería justa la distinción que

se hiciera entre argentinos y chilenos, pues era de opinión que todos habían cumplido con su deber; que si la artillería del Coronel Borgoño había hecho buenos disparos, la infantería argentina y los sables de los granaderos no habían estado inactivos; y que, en cuanto á la derrota de la caballería en Cancha Rayada, había sido general, salvo grupos aislados, pues la sorpresa comprendió á chilenos y argentinos.

En este momento entraron al salón, la señora Vélez-Suárez, del brazo del Comandante Villa-Mayor, y Margarita, del brazo de Armando, seguidos de Guillermo.

La señora dió á sus parientes la buena nueva del próximo enlace de su hija Margarita con el caballero Comandante Gerardo Villa-Mayor.

Las felicitaciones se siguieron á aquel anuncio; el Teniente Villa-Mayor cumplimentó á su hermano y agradeció á la señora y á la señorita de Vélez-Suárez el honor recibido.

Momentos después se sentaron á la mesa. La comida fué expansiva y animada, pronunciándose brindis íntimos por la felicidad de todos, y muy principalmente por la de los dos jóvenes que, muy en breve, venciendo Gerardo su preocupación por el giro de los sucesos de la guerra, iban á unir sus destinos.

XXXV

La amistad de los jóvenes Tenientes Florencio Villa-Mayor y Armando Vélez-Suárez se estrechaba cada vez más: siempre juntos, jamás disentían en opinión; cultivaban las mismas relaciones, tenían los mismos gustos. Después del cumplimiento de sus deberes en el regimiento, se les veía pasear, unas veces á pie, otras á caballo, por los caminos inmediatos ó por las avenidas de árboles, sombrías y poco frecuentadas.

Con un libro de literatura ó de historia que el uno leía

y el otro escuchaba silencioso y atento, pasaban las horas que el servicio les dejaba libres. Siempre exactos, siempre iguales en el cumplimiento de sus deberes, eran la admiración del regimiento; benévolos—fuera de los actos del servicio—con sus soldados, eran deferentes con sus iguales y respetuosos con sus superiores.

El Teniente Florencio Villa-Mayor era sin duda más reservado que su amigo; casi taciturno, parecía poseído de pensamientos que lo inclinaban frecuentemente á la tristeza.

Un día le dijo á su amigo:

—Me parece que este invierno lo pasaremos sin novedades: es necesario que encarguemos á Santiago nuevos libros, porque lo que es la guerra, no volverá á continuar seguramente hasta la primavera. El General San Martín está ya en Buenos Aires: partió á mediados de Abril, diez días después de la batalla, y probablemente no volverá hasta Septiembre ú Octubre. Estamos en el mes de Junio: tendremos, pues, que invernar en Rancagua.

Gerardo ha hecho bien en casarse: tendrá seis meses de luna de miel, porque de seguro que hasta fin de año no estaremos en campaña.

Muchas veces medito sobre cuál será el plan futuro de nuestro general. No creo que entre en las combinaciones del gobierno y del general el estacionarnos en Chile; retroceder, no creo tampoco que pueda ser conveniente, porque los españoles volverían á ocupar á Chile y perderíamos el fruto de nuestros esfuerzos. Me inclino, pues, á pensar que habrá que ir á buscar á los ejércitos españoles en su cuartel general en el Perú, para hacer allí la última campaña y librar las últimas batallas. ¿Con qué medios y en qué forma? Ésta es la cuestión, que seguramente traerá resuelta nuestro general á su regreso de Buenos Aires.

He oído decir, días pasados, al General Las-Heras,—que conversaba sobre estos asuntos con el General Freyre,—que él creía que las provincias argentinas y Chile estaban perdidos definitivamente para la dominación es-

pañola; que el Virrey Pezuela no intentaría nada; que su principal Teniente, Laserna, estaba acobardado por sus desastres de Salta, y que se limitarían en adelante á la defensiva, porque deberían suponer que el General San Martín, con el ejército patriota vencedor en Maypú, iría á buscarlos á la tierra de los Incas.

—Quiere decir esto, expresó á su vez Armando, que descansaremos de nuestras fatigas durante el invierno, al calor amoroso de nuestro hogar y en medio de los nuestros; porque es necesario, Florencio, que te acostumbres á pensar que haces parte de mi familia, que tanto te quiere, y mucho más desde que Gerardo es mi hermano.

El Teniente Villa-Mayor se llevó la mano á los ojos, sin duda para ocultar su turbación, porque más de una vez había pensado en su futuro destino, y contestó simplemente:

—Es verdad, Armando; sí, es verdad, seremos hermanos.

XXXVI

Á esta mujer extraordinaria, cuando se hallaba absorta en sus recuerdos; pensando en el futuro incierto de su destino, veníanle al pensamiento Mendoza, su ciudad natal, la casa donde se crió, los buenos españoles que le sirvieron de padres, su carrera de soldado, y entonces se preguntaba:—¿Deberé estar siempre obligada á ocultar mi sexo bajo el uniforme del granadero, mis sentimientos, mis ambiciones de paz y de un porvenir honesto y legítimo?

En esta lucha la mujer parecía recobrar sus derechos: entonces dirigía al cielo una mirada llena de fe, invocaba á la Virgen del Rosario, cuya imagen cuidadosamente oculta guardaba en su pecho, y confiada en la Providencia, tranquila y serena, volvía á su vida habitual, sin preocuparse ya de su futuro destino.—La sonrisa volvía á sus labios con la esperanza puesta en Dios.

Amaba á Armando con su primer amor; hallarse á su

lado era su mayor felicidad; ¡pero cómo le dolía que fuera en tales condiciones!... Una vez que juntos comentaban el pasaje de un libro que se refería á los más delicados sentimientos de la humanidad, y que por no traicionarse Florencia se mostraba indiferente y fría, Armando le dijo:

—Permíteme, Florencio, que te observe que no tienes corazón.

¿No te conmueven estos hechos, reales ó imaginarios, puestos de relieve por mano maestra, en que la humanidad goza, sufre y espera?

¿Por qué hemos de ser indiferentes ante los sentimientos y pasiones que agitan á los mortales?

Entonces el Teniente Villa-Mayor, tomando la actitud reflexiva y seria que le era habitual, le contestó reprimiéndose:

—Es que yo vivo pensando sólo en la patria; todas las demás cuestiones me son absolutamente indiferentes.

La libertad de América es lo que me preocupa: ansío el momento en que nuestro ejército abra definitivamente la campaña para concluir con el opresor, ya sea que tengamos que ir á buscarlo á Lima ó al Ecuador. Es indispensable, Armando, para la felicidad de la causa americana, que el dominio de España desaparezca para siempre de estas regiones; y como si le molestara continuar departiendo con su compañero, se levantó bruscamente de su asiento, dando así por terminada la conversación.

Armando guardó silencio. El Teniente Villa-Mayor era superior en jerarquía, y, en aquellos tiempos de hierro, la disciplina militar era muy rigurosa.

TERCERA PARTE

REFERENCIA HISTÓRICA

UNA HEROÍNA MENDOCINA DE LA ÉPOCA DEL GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTÍN

TERCERA PARTE

El General San Martín en Buenos Aires. — Proyecta expediciones al Perú. — Negociaciones. — Negativa del Director Pueyrredón. — Guerra civil. — Los Montoneros. — San Martín se retira á Mendoza. — Preparativos marítimos en Chile para la expedición al Perú. — Movimiento de fuerzas en las Provincias de Cuyo. — Sublevación de los jefes españoles prisioneros en San Luis. — Su ejecución. — La división Las-Heras en Santa Rosa de los Andes. — La heroína mendocina, ó sea el Teniente Villa-Mayor. — Agradecimiento del Mayor León de Herranz. — Fray Miguel Ángel. — Su influencia en los asuntos políticos. — San Martín en su cuartel general de «Las Tablas» en Chile. — Se resuelve la expedición al Perú. — Composición del ejército patriota. — La escuadra chilena. — El Almirante Cockrane. — El convoy de transporte. — El mando de las divisiones del ejército. — Las-Heras. — Arenales. — Pinto. — Alvarado. — Despedida en Rancagua. — Escenas de familia. — Embarque de la expedición en Valparaíso. — La travesía. — Escenas de mar. — Las escuadras. — Llegada á la Bahía de Paracas. — Desembarque. — Las-Heras se posesiona de «Pisco». — Agitación en Lima. — Nulidad del Virrey Pezuela. — Estado del espíritu público en el Perú. — Marcha del General Arenales á la Sierra. — Gran combinación de San Martín. — Reembarco del grueso del ejército en dirección al Norte. — Llegada á la Bahía del Callao. — Agitación y perspectiva. — Simulacro de combate. — Bloqueo del Callao por la escuadra chilena. — La expedición sigue al Norte y fondea en la Bahía de Ancón. — Lord Cockrane aborda á la fragata española «Esmeralda». — Combate nocturno. — Hechos gloriosos. — Canje de prisioneros. — Levantamiento en Guayaquil. — Operaciones del ejército de San Martín al Norte de Lima. — Proclamas. — Victoria de Arenales en la Sierra. — Deposición del Virrey Pezuela. —

Armisticio. — Los patriotas se posesionan de Lima. — Manifiesto del Libertador. — Independencia del Perú. — El General San Martín, jefe del gobierno. — Campaña defensiva. — Inacción. — Reorganización del ejército español en las provincias interiores. — Capitulación de la plaza del Callao. — El General Enrique Martínez entra en ella. — Bolívar después de Bomboná. — El General Sucre. — Derrota de éste en Huacho. — Una división de argentinos, chilenos y peruanos marcha en su auxilio. — Combates. — El Comandante Juan Lavalle. — El Teniente Villa - Mayor. — Muerte del sargento Godoy (ya alférez). — Triunfo de la caballería patriota en Río Bamba. — El Murat argentino. — Batalla de Pichincha. — La ciudad de Quito en poder de Sucre. — Muerte del Teniente Vélez-Suárez. — Persecución del ejército español. — El Capitán Florencio Villa - Mayor (la heroína mendocina). — Los dragones colombianos. — El protector del Perú, General San Martín. — Bolívar en Quito. — Su marcha victoriosa hasta Guayaquil. — Célebre entrevista de los dos Capitanes. — Conferencia estéril. — Regreso de San Martín á Lima. — Notables cartas á Bolívar. — La patriota mendocina desaparece de la escena. — Abnegación y nobleza. — Primer congreso del Perú. — El Gran Capitán renuncia el mando. — Despedida al pueblo peruano. — Epílogo. — Un convento de monjas en Lima, en 1822. — Recuerdo y generosidad. — Partida del General don José de San Martín para Chile.

XXXVII

En los primeros días del mes de Mayo de 1818 llegó el General San Martín á Buenos Aires, procedente de Chile, é inmediatamente se puso al habla con los personajes más influyentes del Gobierno, para ser auxiliado en la prosecución de la campaña, pues proyectaba una expedición al Perú.

Con los triunfos obtenidos en Chile sobre los ejércitos españoles, su cabeza venía llena de proyectos para asegurar la victoria definitiva sobre los enemigos reconcentrados en Lima y dominadores aún de una extensa zona al Norte, siendo necesario pasar allá á buscarlos con un ejército numeroso, que fuese prenda segura de éxito. Ese ejército el General San Martín lo tenía en Chile, pero le faltaban los medios de transporte. Si bien la escuadra podía ser proporcionada por el patriotismo chileno, —

haciendo uso de los elementos marítimos naturales en aquel país, que por sus extensas costas sobre un océano que no tiene de Pacífico sino el nombre, y cierta predisposición de sus habitantes para la navegación y la marina, ofrecen facilidades no comunes en estas repúblicas sudamericanas, en donde no han tenido ocasión de manifestarse, —San Martín necesitaba, en primer término, la autorización del Supremo Director Pueyrredón, su protección y su auxilio, para emprender la campaña al Perú. Sin la voluntad de aquel notable hombre de Estado, nada le sería dado hacer al Libertador, porqué aun cuando sus talentos eran grandes y su alma templada como el acero, su autoridad se limitaba á mandar el ejército que la nación le había confiado, con arreglo á las instrucciones del Gobierno de Buenos Aires; de ahí no podía pasar el General San Martín, sin exponerse á que fuesen desobedecidas sus órdenes.

Á la sazón la guerra civil asomaba en las Provincias Unidas; los caudillos locales empezaban á agitarse impulsados por las ambiciones de los municipios ó restos del antiguo predominio de los cabildos. Los mismos montoneros, como López y Ramírez, no sabían el porqué de su alzamiento: apenas si balbuceaban *sistema federal,* sin darse cuenta ni del sentido ni del objeto. El desorden era su verdadero sistema; su bárbara ó absoluta voluntad, su ley; y la actividad de su temperamento en combinación con sus fuerzas físicas, la vida.

El Supremo Director Pueyrredón, uno de los hombres superiores y notables de su tiempo, comprendía toda la trascendencia de aquellos movimientos de los caudillos de campaña, si no se conseguía ahogar sus pretensiones al nacer; y sumamente preocupado con esos hechos, pensaba á cada instante en el ejército de los Andes para restablecer el orden y fijar definitivamente la paz en la República.

Éste era el obstáculo que había de encontrar el General San Martín al pedir autorización para continuar la campaña en el Perú.

Muchas y acaloradas discusiones sostuvo con los partidarios del regreso del ejército de los Andes, y aun con el Supremo Director, que hacía valer razones fundamentales de orden público y de conveniencias generales.

Cuando San Martín vió su causa perdida ante el Gobierno, amenazó con presentar su dimisión; pero Pueyrredón, que estaba resuelto á todo, no se mostró desagradado ni sorprendido por eso, lo que para el general fué una decepción más. Así es que tomó el partido que creyó mejor; esto es, alejarse de Buenos Aires, y partiendo en silencio para Mendoza, llegó allá á fines de Julio.

No pasó á Chile: se mantuvo en observación, como esperando alguna buena nueva de Buenos Aires que le permitiese realizar su hermoso plan.

Estuvo en constante comunicación con sus amigos de Chile y de Buenos Aires, pues confiaba en que las gestiones del ministro chileno en esta ciudad, obtendrían un resultado favorable.

Todo fué inútil: desesperanzado finalmente, envió su renuncia de general en jefe del ejército de los Andes á principios de Septiembre, y esperó la resolución del Gobierno.

El Director Pueyrredón, insistiendo en el auxilio que debía prestarle aquel ejército, modificó, sin embargo, su primera negativa para la expedición al Perú, prometiendo que después de restablecido el orden y reforzado nuevamente el ejército, iniciaría éste su campaña.

San Martín, por su parte, cediendo también en la resistencia que opuso á que el ejército tomara participación en la guerra civil, aunque fuera en defensa del Gobierno, retiró su renuncia y se preparó á cumplir las órdenes del Supremo Director; pasó á Chile y regresó con parte de las fuerzas argentinas, que habían hecho ya aquella campaña difícil y gloriosa.

Cubrió con ellas las provincias de Cuyo, y esperó á que los acontecimientos se desarrollaran, para prestar su concurso en una forma en que no apareciese interviniendo en la guerra civil.

En esos momentos se produjo la sublevación de los jefes españoles más notables tomados prisioneros en Maypú é internados en San Luis. Después del triunfo de las armas de la libertad en Chacabuco y Maipú, los prisioneros españoles, sin distinción de personas, fueron trasladados á la provincia de San Luis, que es la Pampa, desierto, puede decirse, entre Córdoba y Mendoza.

San Luis, por aquella época, era casi una aldea, teniendo por autoridad principal un gobernador, que lo era todo, pues la agitación de la guerra, la persecución á los españoles y la modificación del antiguo régimen, habían cambiado las costumbres y el sistema de organización local.

Vinculadas á la tierra habían quedado, en esas poblaciones casi separadas de la civilización, algunas familias argentinas que, procediendo de españoles acomodados, conservaban cierto bienestar y merecían respetos relativos en medio á las exigencias de la guerra.

Á esta población, cuyo silencio habitual no se alteraba sino por los partes de las victorias obtenidas, fueron trasladados en 1818, en calidad de prisioneros, los militares más caracterizados tomados en la campaña de Chile.

Allí llegaron sucesivamente, bajo segura custodia, el antiguo gobernador de Chile, Mariscal Marcó del Pont,—hecho prisionero personalmente por el Capitán Aldao, ex fraile dominico, más adelante general,—y el Teniente General González de Bernedo.

El Brigadier Ordóñez, vencedor del ejército patriota en *Cancha Rayada*, vencido á su vez y hecho prisionero en Maypú.

El Jefe del Estado Mayor del ejército español, Brigadier Primo de Rivera, oficial superior de muchísimo mérito.

El Teniente Coronel Morgado, jefe de la caballería española, soldado de valor, pero cruel, y cuyo nombre no era bien pronunciado por sus excesos.

El Teniente Coronel Morla, jefe del famoso regimiento «Burgos», que tenía escritas en su bandera sus victorias, y que, según decían los españoles, no había en ella lu-

gar para más. Fué tomada en Maypú por un sargento de granaderos á caballo, llamado Baigorria, que mató al porta al arrancarle la bandera.

En resumen, todos los oficiales españoles, superiores é inferiores, como un Capitán de apellido Carretero, muy animoso y audaz, se hallaban en San Luis, en calidad de prisioneros de guerra, bajo la custodia del Gobernador, Coronel Dupuy, hombre sencillo y bravo, desigual en el carácter, capaz de la más grande generosidad como de la mayor violencia. Generoso y bueno cuando se trataba de *godos* humildes y agradecidos, pero furioso y tremendo cuando el asunto entrañaba una alevosía ó traición á la patria. Para él no había término medio: ó el *godo* se rendía á discreción, y entonces el Gobernador era un cordero, ó, si se rebelaba contra su autoridad, era un león enfurecido.

Conviene establecer el carácter del Coronel Dupuy para explicarse bien los sucesos que van á seguirse.

Muchos son los juicios que se han formado respecto del Gobernador de San Luis, en la época en que el fuego revolucionario ardía en todas las cabezas y en todos los corazones, pero cualesquiera que sean ellos, la verdad es que el Coronel Dupuy trató desde el primer momento á los prisioneros con una deferencia y una solicitud de que ellos mismos se asombraron, pues las creyeron excesivas y temieron que concitasen la envidia ó la sospecha de los patriotas.

Si después los prisioneros no correspondieron á aquella benevolencia suma, no hay que culpar á Dupuy, pues, como hemos dicho, lo mismo era bondadoso como un ángel cuando eran buenos y sumisos los qué de sus órdenes dependían, como airado, iracundo y cruel cuando veía peligrar su autoridad, y más que ésta, los intereses de la revolución americana; soldado rudo, leal é ingenuo, no conocía más que una consigna: su deber; y luego creía que *mejor es matar al diablo que dejarse matar por él.*

Entre las familias que residían en San Luis, existía una que se distinguía entre todas por su mejor posición y la

belleza de las señoritas que la componían: era la de Pringles, oriunda de Irlanda, trasplantada á América por un valiente y arrojado marino, que allá en el siglo pasado naufragó en las costas de Patagonia y fundó su hogar, primero en Buenos Aires y después en el interior.

Esa familia dió á la causa americana un famoso coronel, que ilustró su carrera en el Perú y fué fusilado en Río Cuarto por orden del General Facundo Quiroga, años más tarde; y, ¡coincidencia del destino! en San Luis, cuando narramos estos sucesos de 1819, Quiroga estaba preso en la cárcel por gaucho malo y montonero, y el joven Pringles, oficial de milicia nacional, aun no había ingresado en el ejército de San Martín que debía marchar al Perú.

Llamábanse las señoritas de Pringles, Úrsula, Melchora y Margarita. Las tres eran bellas; pero los recuerdos del tiempo aseguran que si Margarita tenía la belleza de las rubias del Norte, fina, esbelta y flexible, Melchora la aventajaba en gracia y donosura.

Sin ser morena ni rubia, tenía ese color del marfil, suave, diáfano, siempre igual; boca graciosa, con dos hoyuelos que se diseñaban en las mejillas al reirse; negros los ojos, y sedoso el cabello, negro como azabache; de elevada estatura y flexible talle.

Necesariamente eran dos beldades que atraían las miradas y la atención de todos los viajeros y oficiales que acertaban á pasar por San Luis.

La casa, si bien era el punto de cita de las personas más distinguidas, no estaba abierta para todos, pues sus moradores conservaban la distinción y señorío que les daban su educación, sus antecedentes de familia y su posición.

Los jefes españoles fueron desde luego presentados en casa de las señoritas de Pringles, y algunos de ellos se apasionaron calurosamente, principalmente el Brigadier Ordóñez, hombre joven aún, arrogante y caballeresco.

Parece que la elegida por él fué Margarita, quien correspondió á sus sentimientos, endulzando con su cariño y amistad las penas del prisionero vencido, ausente de la

patria, condenado á vivir y morir en un lugar obscuro de la Pampa Argentina en América.

Un sobrino de Ordóñez, joven de 20 años, oficial subalterno de cierto mérito, prisionero también en Maypú, se enamoró perdidamente de Melchora, siendo correspondido por ella.

Por este tiempo (fines de 1818), llegó á San Luis, como internado, teniendo la población por cárcel, el célebre secretario de la logia *Lautaro* y del General San Martín en Chile, doctor Bernardo Monteagudo, y visitando en casa de las señoritas de Pringles, como los jefes españoles, se prendó á su vez de Margarita y de Melchora. Se asegura que de las dos, porque Monteagudo era hombre de pasiones excesivas: nada lo defenía cuando se trataba de satisfacerlas; y en este caso militó también la circunstancia de ser sus enemigos irreconciliables, *los godos*, los que se encontraban ya dueños del campo, en aquella lid de amor.

La lucha empezó, y como en ella Monteagudo no llevaba la mejor parte, su orgullo se sintió herido y humillado; su odio y rencor crecieron entonces, esperando la ocasión para vengarse y satisfacer sus pasiones puestas en actividad como el fuego de una fragua.

Los mismos prisioneros se encargaron de proporcionarle la ocasión apetecida.

Como se sabe, Monteagudo, por su talento, su figura, su audacia, con buena ó mala fortuna, se hacía siempre un lugar preferente, lo mismo en un centro social ó político, como en una ciudad ó en una aldea.

Así es que á pesar de sus antecedentes y de la fama de hombre peligroso de que venía precedido, desde luego cautivó y dominó al Gobernador Dupuy, quien, como hemos dicho, era un hombre sencillo.

Terminaba el año 1818, y los españoles prisioneros empezaron á pensar con insistencia en su libertad, esto es, en la fuga, aprovechando cualquiera circunstancia que los favoreciese, tanto más cuanto que la agitación del país crecía con los montoneros, que la ambición de los caudillos locales hacía surgir.

Al comenzar el año siguiente, cansados de esperar una ocasión que no llegaba, resolvieron violentar la fortuna. Para ello concibieron el plan de aprisionar al Gobernador, posesionarse de San Luis, y huir en seguida al Sud, al desierto pampeano, con los recursos que pudieran obtener; pero les faltó buena suerte y la cooperación necesaria, pues no todos los conjurados procedieron con igual energía que los jefes.

Á principios de Febrero de 1819, el día fijado para llevar á cabo su plan, atacaron al Gobernador en su casa, pereciendo el secretario de éste en la lucha. Simultáneamente atacaban el cuartel y la policía; pero resistiéndose la guardia y concurriendo el pueblo, y hasta los mismos presos criollos que se encontraban á la sazón en la cárcel, á sofocar la conspiración de *los godos*, como les llamaban, fueron éstos exterminados en las calles de San Luis.

Murieron en la casa del Gobernador el Brigadier Ordóñez, los Coroneles Morgado, Morla, Primo de Rivera y otros, á quienes luego les cortaron la cabeza.

El Gobernador Dupuy demostró en aquella ocasión la fuerza física y moral de que estaba dotado, porque luchando con todos á la vez, supo resistir con valentía hasta el momento en que le llegó auxilio; pero también se desarrolló toda la fiereza de su carácter, no concediendo perdón á ninguno de aquellos desgraciados que, impulsados por el deseo de recobrar su libertad, llegaron al extremo de la conjuración. Justo es también decir que los sublevados pudieron herir ó asesinar al Gobernador, pero se ve que su objeto era sólo inutilizarlo, asegurándolo de manera que no se pudiera valer.

Mientras tanto el pueblo acudía apresuradamente á los sitios de peligro. El joven Pringles recorría la población al galope de su caballo, animando á todos al grito de: «Mueran los *godos*.» Patriota exaltado, en esa edad en que la sangre hierve por cualquiera de las pasiones que agitan al hombre, creyó en el primer momento que peligraba la buena causa en San Luis, y dispuesto á sacri-

ficar la vida en su defensa, no tardó en presentarse blandiendo su sable, al frente de algunos soldados y las gentes que quisieron seguirlo,—que fueron jóvenes, viejos y niños,—á fin de dominar aquella sublevación que nadie esperaba.

En breve fué restableciéndose el orden: muertos los unos, aprisionados los otros, se vió que nada había que temer en lo futuro.

«La justicia debe hacerse completa,» decían los patriotas, á la cabeza de los cuales se encontraba Monteagudo. Éste, por cálculo y por patriotismo, en primer término, y después porque le complacía,—como hombre sombrío predestinado á ser el brazo fuerte y ejecutor de la justicia de la revolución,—venía á desempeñar el mismo papel que en Mendoza, cuando la ejecución de Carreras, el caudillo chileno.

Los prisioneros españoles complicados en la conjuración fueron juzgados como podían serlo en San Luis, cuando ardía el fuego revolucionario. Desde luego su causa estaba perdida en cualquier pueblo civilizado de la tierra; y Monteagudo, como fiscal, no hizo sino pedir lo que hubiera pedido cualquier otro en idénticas circunstancias, esto es, la pena de muerte para todos los que tomaron parte activa en la rebelión.

La ley marcial regía en todo el país, y no eran muchos los trámites que había que seguir para ejecutarla.

La metrópoli nos había legado sus leyes, y sin otras más benignas que aplicar, ellas servían para penar el delito cometido.

De manera que fueron pasados por las armas, en virtud de sentencia, los autores del motín.

En conocimiento de los sucesos de San Luis, cuyas noticias corrían como chispa eléctrica, el General San Martín, que á la sazón se encontraba en Mendoza, ocurrió inmediatamente con un regimiento, para restablecer el orden y salvar la vida de los infelices españoles.

Aunque llegó un poco tarde, pudo así mismo librar á algunos que debían ser ejecutados, entre ellos al sobrino del

Brigadier Ordóñez, del mismo apellido, que se encontraba preso y engrillado, y á quien puso en libertad.

La alegría de los patriotas exaltados era grande, pero había algunas familias que vestían luto.

Los españoles internados, hombres de educación y cultura, se habían hecho apreciar, principalmente entre el sexo bello, y mantenían amistades ó relaciones íntimas, en que la política no entraba para nada.

Las señoritas de Pringles se hallaban en ese caso. Margarita, que amaba al Brigadier Ordóñez, lloró sobre su tumba, y pidió un lenitivo á la soledad y á la oración en el claustro, entrando en un convento de Córdoba, en donde llegó á ser superiora por sus virtudes ejemplares.

Melchora enjugó su llanto casándose con el Capitán Juan Ruiz Ordóñez, y su felicidad sólo fué amargada por el recuerdo de aquella horrible tragedia que presenciaron. El capitán Ordóñez conocía los planes de los conjurados, pero no se probó que él personalmente hubiera tomado una parte activa en el suceso. Sentenciado, sin embargo, á ser ejecutado como sus compatriotas, San Martín llegó en el momento oportuno para salvarlo de una muerte segura.

El premio de tanto sufrimiento y angustia fué la mano de su adorada Melchora.

Quedaron tan grabados en el recuerdo del pueblo la conjuración y el fin desgraciado de los prisioneros españoles en San Luis, en 1819, que hoy mismo los viejos de aquella pequeña ciudad cuentan al viajero los sucesos ocurridos, por haberlos presenciado los menos, otros por haberlos oído referir, mostrando la casa-habitación del gobernador, restaurada; los lugares en que fueron perseguidos, ojeados y muertos como ciervos los conjurados; la plaza en que fueron ejecutados los demás, y hasta las tumbas en que reposan sus restos mortales.

Así terminaron su carrera los más famosos militares de España, vencidos en Maypú por el ejército patriota, y cuya nombradía se consigna en la historia militar del tiempo.

Á pesar de haber sido sofocada la sublevación de San Luis, San Martín creyó que tal vez ella tuviese alguna relación con el movimiento de los caudillos provincianos y un alcance mayor, si los hechos se desarrollaban, amenazando quizás al mismo ejército de los Andes.

Procediendo con suma actividad, trasmitió á O'Higgins, en Chile, sus temores, y lo comprometió á proceder con energía respecto de los enemigos de la causa americana y aun de los corifeos de los partidos agitadores de Chile.

Algunos meses pasó San Martín en las provincias de Cuyo, ya indicando desde Mendoza el procedimiento que debía seguirse con los montoneros, ya formando sobre el plantel de sus granaderos ó cazadores nuevos cuerpos de caballería, ya activando con su correspondencia é instrucciones la organización de los elementos navales que los chilenos preparaban en las aguas del Pacífico; porque aunque él y parte de su ejército permanecían en territorio argentino, su pensamiento y su corazón estaban en el proyecto que, puesto en práctica, debía conducirlo á Lima.

Débilmente y con mucha cautela hizo intervenir á sus regimientos en la contienda civil: apenas si alcanzaron algunos á Río Cuarto, para volver á replegarse en seguida.

Cuando se suspendieron las hostilidades y los montoneros empezaron á tratar la paz con el gobierno de Buenos Aires, el General San Martín, aprovechándose de aquella tregua, que no inspiraba confianza á nadie, reunió sus divisiones y resolvió tramontar nuevamente los Andes para abrir la campaña decisiva contra el poder colonial de España, que aún se mantenía fuerte en el Perú. Este movimiento lo efectuó á mediados del año 1819, con el fin de prepararse en Chile.

XXXVIII

La división Las-Heras, durante este tiempo, había quedado acampada, en observación de los sucesos, en Santa Rosa, territorio chileno al pie de los Andes. Á esas fuer-

zas pertenecían los héroes de nuestra novela histórica, el Comandante de granaderos á caballo Gerardo Villa-Mayor, y los tenientes del mismo cuerpo Florencio Villa-Mayor (nuestra heroína) y Armando Vélez-Suárez, su hermano de armas.

Los sucesos de la Argentina habían interrumpido el descanso de esos jóvenes oficiales en Rancagua. Con el regreso del General San Martín, á fines de 1818, y su marcha precipitada para Mendoza, seguido de algunos cuerpos, como ya hemos dicho, el ejército argentino-chileno se puso en movimiento. Algunos regimientos activaron la campaña al Sud de Chile contra los restos del ejército español vencido; otros, acampados en la hacienda de «Las Tablas», esperaban, aumentando el personal de sus cuerpos y completando su instrucción, y, por último, los más sólidos batallones y escuadrones argentinos, al mando del bravo Las-Heras, se encontraban, como un lazo de unión y base firme, entre Mendoza y Santiago.

Aquel fraccionamiento de las armas argentinas había contrariado y entristecido á más de un corazón patriota.

—¿Por qué estás triste? le preguntó un día Armando Vélez-Suárez á su amigo Florencio Villa-Mayor. Hace días que te noto taciturno.

—Efectivamente, le contestó éste, me encuentro vivamente contrariado, porque juzgo que la situación de nuestro ejército no es buena. El general en jefe ha llevado consigo una gran parte de la caballería á territorio argentino para auxiliar al Gobierno en su lucha con los montoneros. Comprometidas esas fuerzas y el mismo general en la guerra civil, si ésta toma grandes proporciones, difícilmente volverá á unir sus eslabones para continuar la campaña contra los ejércitos españoles que aun están fuertes en el Perú, y nuestras victorias habrán sido estériles, porque aquéllos avanzarán otra vez sobre Chile, y nosotros tendremos que retroceder para no volver ya como vencedores, pues los errores en que ellos incurrieron facilitándonos el pasaje de los Andes, no se repetirán. Por eso estoy apesadumbrado, y si esta situación conti-

núa, no auguro nada bueno. Cualquier día nos viene la orden de marchar á Mendoza, y habremos perdido la campaña.

Diciendo estas palabras, el teniente de granaderos apoyó su frente en la palma de la mano y quedó largo rato silencioso.

¡Cuántos pensamientos cruzarían por la mente de aquella joven patriota, que ocultaba su sexo y su amor de mujer apasionada, con la esperanza de llegar á la victoria decisiva y poder entonces decir con satisfacción y orgullo, alzando su frente pura y heroica: «he cumplido como buena el sagrado deber que me había impuesto de combatir por la independencia de mi patria, y ahora, poniéndome modestamente los vestidos de mi sexo, podré decir al que amo: ¡cuánto he sufrido, cuánto he llorado, cuánto he temblado por ti en las continuas cargas de nuestro regimiento!»... Y luego, olvidar aquellos sinsabores, para buscar en la formación de la familia, en el hogar, en la unión legítima que autorizan la sociedad, la ley y la religión, los días felices á que tienen derecho las almas privilegiadas y justas.

No era, sin embargo, la causa única de la tristeza de Florencio, la que había expresado á su amigo Vélez-Suárez: existía otra.

Se recordará al Mayor español León de Herranz, herido y hecho prisionero en Maypú, atendido luego en el hospital militar de Santiago, y á quien, después de su restablecimiento, se le permitió pasar libremente á Mendoza, á casa de sus parientes, con un salvoconducto del General San Martín, que el Teniente Villa-Mayor solicitó al efecto.

Pues bien: el militar español, reconocido á los beneficios recibidos de los hermanos Villa-Mayor, escribió primero al comandante, manifestándole su gratitud por el bienestar que le había proporcionado, y al teniente le escribió también con sentimiento y suma delicadeza, hablándole de la familia Herranz, del cariño que le profesaban y del recuerdo de su niñez; como diciéndole: «*co-*

nozco vuestro secreto y lo guardo, respetándolo;» de la gratitud de doña Mariana y de don Francisco, sus tíos, por la protección que le dispensaron á él tanto en el campo de batalla como en el hospital, y aun después de su viaje á Mendoza, en que el Teniente Villa-Mayor cuidó que nada le faltase.

El teniente, al leer aquella carta que le traía á la memoria los menores detalles de su niñez y su juventud, hasta el momento de su partida, no pudo menos de llorar.

Todo el día lo pasó vagando, solitario, por las quebradas inmediatas al campo militar de Santa Rosa, hasta recobrar su calma habitual, su sonrisa afable y su porte distinguido.

Al verlo llegar, al paso sereno de su caballo, en el momento mismo en que tocaban llamada para la lista de la tarde, su amigo y compañero Armando Vélez-Suárez, que ya estaba inquieto por la tardanza de su amigo, y sorprendido, hasta cierto punto, porque el Teniente Villa-Mayor, siempre que estaban francos buscaba su compañía, y esa mañana, sin anunciarle siquiera su partida, se había ausentado pensativo y silencioso, salióle al encuentro y, saludándolo, le dijo:

—Estaba verdaderamente preocupado, Florencio, porque no te veía llegar; tu asistente nada sabía de ti, sino que había ensillado tu caballo y que habías partido.

Si no te hubieras presentado á la hora de lista, habría avisado al comandante y salido á buscarte, aunque en verdad no hubiera sabido á dónde dirigirme con certeza. En los alrededores hay pocas poblaciones, y para faltar todo un día es necesario que alguna causa muy seria te haya detenido.

El Teniente Villa-Mayor se desmontó y asiéndose del brazo de su amigo, le contestó con graciosa sonrisa:

—No, Armando; ningún motivo serio he tenido para ausentarme. He dormido mal anoche y pensé que el fresco de la mañana me haría bien. Salí al acaso, y separándome más de lo que deseaba, me extravié en el terreno

montañoso y desigual de la comarca, y admirando las bellezas que ofrece el suelo accidentado: un arroyo de aguas bulliciosas aquí, un prado pintoresco de flores silvestres allá, y, en fin, el conjunto de un cuadro variado que extasía, me he detenido más tiempo del que debiera; pero ya estoy aquí, y no se hable más de ello. ¿Ha habido alguna novedad?

—Ninguna; tuve solamente una visita de cierta importancia. ¿Á qué no adivinas quién vino á ver á tu hermano Gerardo, nuestro comandante?

—¡Cómo saberlo, si no me lo dices!

—Pues bien... fray Miguel Ángel; dijo Armando, á la vez que encendía un cigarrillo de tabaco negro con la pajuela que se usaba en aquel tiempo.

Si hubiera estado menos ocupado Armando con su cigarrillo, habría notado la intensa palidez del rostro del Teniente Villa-Mayor al oir el nombre del fraile; pero pasándose en seguida la mano por las mejillas y reponiéndose, contestó con tono indiferente al parecer: Y bien, ¿cuál fué el objeto de la visita de su paternidad?

—Precisamente no me lo ha dicho, y es esto lo que me tiene intrigado. Preguntó con interés por el comandante, que en esos momentos estaba ausente por asuntos del servicio; preguntó después por ti, y quiso saber si nuestra amistad era de data reciente ó si antes de esta campaña nos habíamos conocido en Mendoza ó en Santiago; en fin, me dirigió una multitud de preguntas, á las que contesté ingenuamente sin alterar en nada la verdad. Y manifestándome mucho interés, se retiró luego contésmente, pidiéndome hiciera presente al comandante su amistad. Ya sabes que este fraile, sujeto de talento sin duda, y muy patriota, tiene grande influencia con el general; es su hombre de confianza, y, según he oído decir, su consejero en los momentos supremos.

Casi se podría afirmar que lo ha dejado aquí con el General Las-Heras para que, si sobrevienen algunos sucesos políticos que afecten las buenas relaciones entre los argentinos y chilenos, haga uso de su habilidad y del pres-

tigio que le dan antecedentes y servicios que son notorios, prestados á la causa americana. Mi madre me ha dicho que en una reunión celebrada en casa del Supremo Director O'Higgins, oyó de los labios de éste,—refiriéndose á fray Miguel,—que le hubiera sido muy difícil al General San Martín tramontar los Andes, sin que el enemigo lo advirtiera, sin el auxilio oportuno y eficaz de este fraile; no agregó más, pero dijo lo bastante para darse cuenta cada uno de los que oyeron aquella confidencia de hombre tan reservado como el Director, de cuál es la importancia que se le acuerda al *hombre gris*, como lo llaman generalmente los oficiales del ejército argentino.

Mientras duró la relación de Armando, el Teniente Villa-Mayor no despegó sus labios; tenía la vista fija en su interlocutor, y su semblante había vuelto á adquirir el color que en él era natural, de modo que nada de extraordinario llamó la atención del Teniente Vélez-Suárez. Un asistente entró en ese momento y, haciendo la venia, dijo:—Mi teniente, la comida está pronta.

Los dos jóvenes se levantaron entonces y fueron á sentarse á una mesa en la que se veían tres cubiertos, uno de éstos puesto en previsión de que el comandante volviera á tiempo y quisiera acompañarlos, lo que frecuentemente ocurría.

Como había dicho el Teniente Vélez-Suárez, fray Miguel Ángel desempeñaba una misión especial en el campo militar del General Las-Heras, en Santa Rosa; pero no era precisamente la que aquel oficial había supuesto. No había por entonces posibles diferencias entre argentinos y chilenos, empeñados en el triunfo de una misma causa, de la que no podían separarse sin hacerla fracasar. El fraile tenía otra misión, y era la de estar al habla con las autoridades chilenas para transmitir á San Martín, que estaba en Mendoza, todos los incidentes que ocurriesen en Chile; comunicar el estado de los trabajos que se hacían para la expedición al Perú, y, en fin, todo aquello que pudiera interesar al general en jefe.

El Director O'Higgins, por su parte, sabiendo la con-

fianza que depositaba el General San Martín en fray Miguel, sostenía con éste correspondencia frecuente, proporcionándole todos los datos y conocimientos necesarios, para que á su vez pudiera comunicarlos al general en jefe.

El fraile, poseedor del plan del general, estaba entregado con toda dedicación y entusiasmo á la obra común, y con su mirada experta abrazaba toda la extensión de los trabajos que se relacionaban con la expedición proyectada.

De vez en cuando fray Miguel hacía un viaje á Santiago, tomaba sus notas personalmente en el Ministerio de la Guerra, y volvía al campo de Las-Heras con su cartera bien provista. Sus viajes eran breves: montaba siempre un caballo bayo, de corta alzada, andador y de movimientos tan rápidos, que los que lo escoltaban tenían que ponerse al galope para acompañarlo. Envuelto en su hábito gris obscuro, y cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas, de fieltro ó de paja, según la estación, taciturno, silencioso, rara vez sus acompañantes le oían una palabra que no fuera absolutamente precisa por los incidentes ó circunstancias del viaje.

Éste era el hombre de confianza del General San Martín y su consejero en la campaña de Chile, el que debía también acompañarlo en la del Perú.

Casi diariamente, acostumbraba fray Miguel, hacer un paseo á pie, acompañado de un asistente, que vino con él desde Mendoza, hasta un pequeño arroyo que corría al pie de la altura en que se encontrabá el campo militar. Á una distancia como de dos kilómetros, bajo unos grandes árboles añosos, leía sus libros favoritos, cristianos ó profanos, y con preferencia las obras de Plutarco, sus *Vidas paralelas* y *Obras morales*.

Un día del mes de Diciembre de 1818, paseábase á lo largo de un camino formado por el continuo tránsito entre la arboleda, cuando sintió el paso de un caballo que se aproximaba; alzó la cabeza y se encontró con un joven oficial de granaderos que acababa de cruzar el arroyo y se aproximaba al campo militar. En el acto reconoció

al Teniente Villa-Mayor, á quien había visto ya en el cuartel general de «Las Tablas», cuando llevó el parte de la victoria del «Gavilán», en Talcahuano; y también al día siguiente del desastre de «Cancha Rayada», en que trajo á San Martín el aviso de Las-Heras, de haber salvado su división y la artillería chilena; esto es, el ejército, y con él el éxito de la campaña.

El teniente, que después de atravesar el arroyo venía subiendo la cuesta para seguir por el sendero antes descrito, encontróse de improviso con el *hombre gris*, como le llamaban, y apartándose entonces un poco del sitio en donde se había parado fray Miguel con su libro en la mano, se llevó la mano al morrión, saludando con cortesía al religioso.

Éste, que lo miraba con interés, respondió al saludo con igual atención, y dirigiéndole la palabra, lo interrogó de esta manera:

—El señor oficial parece venir de lejos: ¿ocurre alguna novedad?

El teniente, deteniendo su caballo, le contestó un tanto confuso:

—No, señor; vengo de un simple paseo que me es habitual siempre que no estoy de servicio; pues pertenezco al primer escuadrón de granaderos á caballo del 1.er regimiento, que hace parte de la división á las órdenes del General Las-Heras.

—Me parece, agregó fray Miguel, que os he visto en otra parte.

—Sí, señor, en el ejército, en esta campaña, cuando he ido en comisión al cuartel general, ó aquí mismo en el campo de Santa Rosa.

Y picando los ijares de su caballo con los espolines, hizo el saludo militar y se alejó.

Fray Miguel, completamente absorto, no contestó al saludo; inmóvil, seguía con la vista al oficial, hasta que ocultándose éste por las desigualdades del terreno, no pudo verlo más.

Regresó luego pensativo, con la cabeza inclinada, las

manos entre las anchas mangas de su hábito, diciendo en voz alta, como si alguien pudiera oirlo:

—¡Dios mío! su misma voz... la misma dulzura de su acento... ¡Pero si no es posible! ¿Qué tiene qué ver un granadero á caballo con la patriota mendocina? Será su hermano, acaso... ¡Ah, si fuera ella!... y mirando en la dirección en que había perdido de vista al teniente: si fuera ella, repetía, bien pronto sería coronel.

XXXIX

Terminaba el año 1819. El General San Martín se encontraba en su cuartel general de «Las Tablas», en Chile, y desde allí activaba los preparativos de la campaña proyectada al Perú. Las tropas expedicionarias pasaban por un prolijo examen: se perfeccionaban sus condiciones generales, produciéndose, como era consiguiente, las altas y bajas necesarias; en una palabra, los cuadros sufrían las modificaciones convenientes para una larga campaña: el material de guerra, la artillería, el parque, todo era aumentado y corregido.

Un notable hombre de ciencia y de genio, el Mayor Luis Beltrán, chileno, antiguo religioso de la orden regular de San Francisco, que había cambiado su hábito humilde por el uniforme del militar y el breviario por la espada, tenía á su cargo la parte más difícil tratándose de un ejército que debía hacer una expedición por mar y desembarcar en campo enemigo; esto es, el armamento, las municiones, los medios de transporte, la conservación del material y el orden en la administración.

El ejército expedicionario se componía de unos 4,400 hombres de las tres armas, con 25 cañones.

Los argentinos, ó ejército de los Andes, representaban una fuerza de 2,450, entre jefes, oficiales y soldados, divididos así:

Artillería.....	214	plazas	
Infantería.....	1.486	»	
Caballería.....	750	»	2.450

Los chilenos tenían:

Artillería.....	180	plazas	
Artesanos.....	50	»	
Infantería.....	1.720	»	1.950
Total.....			4.400

Á mediados del año 1820, todo parecía estar pronto para emprender la marcha.

Chile había casi agotado sus recursos, y Buenos Aires y las provincias andinas habían hecho también un esfuerzo más, para cooperar con hombres y dinero á la expedición que iba á dirigirse á Lima.

Pueyrredón, el gran patriota, el ilustre Supremo Director de la nación argentina, el que preparó con San Martín la gloriosa campaña de los Andes, y al que Buenos Aires aún no ha levantado una estatua en reconocimiento de servicios inmortales, teniéndola otros que menos hicieron; Pueyrredón, en 1817, en una carta jovial dirigida al General San Martín, le decía: «Van todos los vestuarios pedidos, y muchas más camisas. Van cuatrocientos recados y van hoy por el correo los dos únicos clarines que se han encontrado.

«En Enero de este año se remitirán 1.387 arrobas de charqui. Van los 200 sables de repuesto que me ha pedido. Van 200 tiendas de campaña y pabellones, y no hay más. Va el mundo, va el demonio y va la carne. Y no sé cómo me irá con las trampas en que quedo, para pagar todo; á bien que en quebrando, chancelo cuentas con todos, y me voy yo también para que usted me dé algo del charqui que le mando.

«Y c....! no me vuelva usted á pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido colgado de un tirante de la fortaleza.»

Esta carta íntima pone en evidencia cuáles fueron los grandes sacrificios del gobierno argentino para llevar á cabo la campaña á través de los Andes y libertar á Chile del dominio español.

* * *

La expedición marítima la formaba una escuadra compuesta de siete buques; á saber: un navío con 64 cañones y 492 tripulantes, dos fragatas con 98 cañones y 869 tripulantes, una corbeta, dos bergantines y una goleta-aviso con 69 cañones y 311 tripulantes; total, 231 cañones y 1672 hombres de tripulación.

Eran mandados estos buques por Lord Cockrane, vice-almirante y célebre marino inglés al servicio de Chile, seis capitanes de fragata y uno de corbeta.

Los buques de transporte eran catorce: once fragatas, dos bergantines y una goleta, con un tonelaje, en todo, de 4,840.

Estos buques conducirían, además del ejército, como seis mil cajones y bultos, de equipos, municiones de guerra y de boca, útiles y herramientas de maestranza, armamento, caballos, etc., etc.

Como se ve, la expedición era costosísima, y se explica la demora y los esfuerzos que hubo que hacer para reunir todos aquellos elementos.

Á mediados de 1820 todo estaba pronto: se había dado ya la última mano y el Estado Mayor había formado la distribución proporcional para cada uno de los transportes.

El ejército se componía de tres divisiones: 1.ª, vanguardia; 2.ª, centro; 3.ª, retaguardia.

La 1.ª la mandaba el Coronel de granaderos á caballo don Rudecindo de Alvarado.

La 2.ª, el Coronel Mayor don Juan Antonio Álvarez de Arenales.

La 3.ª, el Coronel don Francisco Antonio Pinto.

La más fuerte de las tres era la del centro, á las órdenes de Arenales, con un efectivo de 1,657 hombres y 13 cañones.

Se nombró jefe del Estado Mayor al Coronel Mayor don Juan Gregorio de Las-Heras, brazo derecho de San Martín, y en algunas circunstancias superior á él, porque reunía condiciones que lo hacían aparecer como forjado en el molde antiguo de los héroes, que se retemplaban en los grandes desastres, hasta el punto de obligar á la fortuna á declararse en su favor. Las-Heras y Arenales eran las cabezas mejor organizadas de los ejércitos de la revolución argentina, después de Belgrano y San Martín; y colocamos en primera línea á Belgrano, porque él fué el primero que, improvisándose soldado, llevó al fuego los primeros voluntarios de la independencia y ganó la batalla más sonada en los fastos militares americanos, tomando prisionero en Salta á todo el ejército enemigo, desde general á tambor. Belgrano fué, como general, el Dumouriez argentino, pues, como él, salvó con su victoria en la frontera la causa nacional, siendo Belgrano superior al general francés por sus virtudes.

XL

El 1.er escuadrón de granaderos á caballo del 1.er regimiento era el único que quedaba de éste, después de su disolución en las provincias de Cuyo en 1819, y se encontraba siempre á las inmediatas órdenes del General Las-Heras.

Nuestros amigos el Comandante Gerardo Villa-Mayor y los Tenientes Florencio Villa-Mayor y Armando Vélez-Suárez se despidieron, en Junio de ese año, de la familia de este último, en Rancagua, y de las buenas amistades que dejaban en Santiago.

Gerardo, que ya era padre de un hermoso varón que su bella esposa Margarita había dado á luz en Marzo del año anterior, hallándose de nuevo por aquel entonces en estado interesante bastante avanzado; Gerardo, decíamos, en medio de aquellos seres queridos, sentía que su valor iba abandonándole á medida que se aproximaba el día de su partida.

Los últimos días que pasó al lado de su familia, con licencia de su general, se le veía pasear taciturno por el jardín de la casa-quinta que habitaba, teniendo á su lado á su joven esposa, que llevaba en brazos al hijo de su amor.

Margarita le decía:

—Comprendo tu contrariedad y tu tristeza, Gerardo, al tener que decirme adiós, en el estado en que me encuentro, pues en breve tendremos otro hijo; ¡pero qué hacer! es necesario que cada uno cumpla con su deber sin vacilaciones: la patria es lo primero, después la familia. La Providencia, que en sus inescrutables designios jamás abandona á los buenos, nos ha de conceder su protección. Todo hace suponer que la campaña en el Perú ha de ser rápida, como nos lo ha dicho fray Miguel Ángel, al despedirse de nosotros el mes pasado; asegurándonos que los combates habían concluído, pues los españoles, al llegar el ejército patriota á Lima, se reembarcarían para España, abandonando definitivamente estas regiones. Si esto es cierto, como no puede menos de serlo, pues habiéndolo dicho fray Miguel no hay por qué ponerlo en duda, y más estando como está en todos los secretos del general, ¿por qué no pensar que dentro de pocos meses volveremos á estar reunidos para no separarnos más, desde que ya la guerra habrá terminado con el triunfo de nuestra causa?

Ya me parece verte, Gerardo mío, de vuelta, con las charreteras de coronel, y que paseamos por esta misma calle de árboles, llevando tú en brazos el ángel que esperamos, y yo corriendo con mi pequeño Gerardo tras de alguna mariposa ó de algún mirlo que, confiado, esté po-

sado en las ramas de uno de estos naranjos, haciéndonos oir sus melodiosos trinos.

Sí, Gerardo, debes tener confianza en que seremos felices; yo la tengo, porque me la inspiran la fe en el triunfo de nuestra causa y el amor que te profeso. Durante tu ausencia estaré en compañía de mi madre orando por ti y por nuestros hermanos Florencio y Armando, y cuidaré de nuestros pequeños hijos, á quienes enseñaremos á rezar por ustedes, porque la voz de los ángeles siempre es escuchada en las alturas.

Y apoyando su cabeza en el hombro de Gerardo, lo miraba con ternura y expresión infinitas.

El comandante repuso entonces:

—Querida Margarita, participo de tu misma confianza. Fray Miguel te ha dicho la verdad: la campaña será corta; con la toma de Lima todo habrá terminado, y entonces pediré al general una licencia para regresar; tú sabes que hoy mismo, si la solicitara, como lo han hecho muchos oficiales, podría quedarme en el ejército que permanecerá en Chile en observación; pero no, creería faltar á un deber sagrado si prefiriera los halagos del hogar á los peligros y dificultades de esta nueva campaña, absolutamente indispensable para el triunfo definitivo de la independencia americana. Así es que puedes contar con que dentro de algunos meses estaré de vuelta para abrazarlos á todos y no separarnos más.

Si estaba pesaroso, es porque pasado mañana mismo tendré que dejar á ustedes para ponerme en marcha. Estamos á principios de Julio, y mi licencia, como la de todos los que la solicitaron para despedirse de sus familias y amigos, termina ya; te ruego, pues, que te armes de valor, á fin de que las horas que nos quedan hasta el momento de la partida, las pasemos juntos con toda tranquilidad de espíritu y alegría.

Te recomiendo mucho que todas las semanas envíes una carta al Ministerio de la Guerra, dándome cuenta circunstanciada de tu situación, de la de nuestros hijos y de la de nuestra madre, pues teniendo esas noticias, mi ánimo se sostendrá firme en todos los momentos.

Armando Vélez-Suárez se había despedido ya de la madre, de Margarita y de Guillermo, que quedaba en Santiago, en la Administración de Guerra.

El único que no se despidió personalmente fué Florencio Villa-Mayor: lo hizo por medio de una sentida carta, excusándose con sus muchas atenciones; asegurando que pronto estarían de vuelta vencedores y prometiéndose para entonces días felices en el hogar de sus hermanos; ofrecía, como superior en grado, cuidar de Armando, y devolverlo al cariño de los suyos con gloria y felicidad. Concluía abrazando á todos y rogando á la piadosa señora de Vélez-Suárez que no los olvidara en sus oraciones.

XLI

Á mediados de Agosto, el ejército estaba acampado por divisiones en las cercanías de Valparaíso, puerto en donde debía efectuarse el embarco. Todo había sido previsto: desde el cálculo con arreglo al tonelaje de cada buque, para la fuerza que deberían recibir, hasta los planchones ó puentes sobre los que debían hacer su embarco las tropas y rodar la artillería, el Estado Mayor General lo determinó con prolijidad suma.

Por la numeración acordada á cada cuerpo empezó el embarco el 19 de ese mes, terminándose el 20. Esta operación se verificó con tal exactitud y celeridad, que, hoy mismo, dotados como están los puertos de elementos perfeccionados de todas clases, haría honor á la organización militar que la llevase á cabo en tan buen orden y seguridad.

En el navío «San Martín» se embarcó el general en jefe con sus ayudantes, intendencia y empleados del cuartel general; así como la imprenta del ejército, verdadera novedad en aquella época y punto menos que imposible de llevarse en una expedición que, al pisar tierra, debería hacerlo á viva fuerza, como era de presumirse.

El Vicealmirante Cockrane tenía su insignia en la fra-

gata «O'Higgins», y toda la escuadra navegaba bajo el pabellón de la República de Chile.

El mar se cubrió en breve de veintiuna velas, navegando en conserva y haciendo las señales que el cuadro preparado al efecto designaba, de día ó de noche. La capitana del convoy ó transportes era el navío «San Martín», y á éste se comunicaban los incidentes del viaje. Después de nueve días de navegación con mar tranquilo, en que parecía que hasta los elementos eran auxiliares de la empresa de los patriotas, se desencadenó un fuerte temporal, que separando algunos de los buques del convoy, puso en alarma al general en jefe, pues podía suceder que dispersándose las fuerzas expedicionarias, no concurriesen al desembarco en el lugar indicado y con la unidad que era indispensable, dificultándose con ello la operación, si es que no se malograba del todo.

* * *

La historia ofrece á cada paso hechos de esta naturaleza.

Al terminar el siglo pasado, la Francia revolucionaria preparó y envió un ejército de treinta y tres mil hombres, á las órdenes del General Hoche y conducido por una flota al mando del Contraalmirante Bouvet, que debía desembarcar en Irlanda, en la hermosa bahía de Bautry.

Una borrasca sorprendió á la expedición en el océano, y la escuadra se dispersó. El Contraalmirante llegó primero con diez y siete mil hombres; esperó un día y otro día al General Hoche, pero en vano, pues no vino éste ni el resto de la escuadra. Alarmado entonces el Almirante, porque los ingleses podían muy bien cortarle la retirada ó sorprenderle en flagrante invasión, y también porque la borrasca empezaba de nuevo, cortó las amarras, y poniéndose en franquía, dirigió la proa de sus bajeles hacia las costas de Francia.

Entre tanto, un día después de haber abandonado el Almirante francés la bahía de Bautry, llegaba Hoche

con el resto de la escuadra. Admirado de aquella soledad, inquiere de los pescadores lo ocurrido, y, desesperado, regresa á Francia sin encontrar un solo crucero inglés, lo mismo que Bouvet, que después de una penosa travesía, porque la tempestad es la aliada de todos los tiempos de la Gran Bretaña, llega también sin novedad.

Aleccionados los ingleses con aquella expedición frustrada, arreglaron las cosas de modo que en lo futuro fuese imposible repetir el ensayo.

Lo mismo pudo ocurrir á San Martín: que llegando á la bahía de Paracas, punto designado para el desembarco, se encontrase con la mitad del ejército; pero la fortuna que acompañó á la Independencia Americana hasta terminarla, tenía dispuesto que los buques extraviados llegasen con felicidad á los puntos de reunión marcados en sus instrucciones, de modo que, salvo incidentes sin mayor importancia, la expedición llegó en perfecto orden y echó sus anclas en la bahía ya indicada, que se encuentra á nueve millas del puerto de Pisco, al Sur.

Parece imposible que la escuadra realista, que dominaba los puertos del Perú, no tuviera sus cruceros sobre las costas de Chile, sabiendo, como sabían, las autoridades españolas en Lima, que la expedición se proyectaba en condiciones serias, pues un número tal de buques como los que se aprestaban en los puertos chilenos, no podía dejar de ser advertido por una administración medianamente regular; pero así sucede cuando está escrito en el libro del Destino el feliz éxito de una empresa, por arriesgada que ella sea.

Los españoles habían perdido su fuerza moral con los desastres que sucesivamente sufrieron sus armas en Tucumán y en Salta primero, y en Chacabuco y Maypú después. Principalmente la resistencia que encontraron los mejores soldados de España en Salta, en las repetidas invasiones que llevaron á cabo á territorio argentino por el Alto Perú, los había desmoralizado. El pueblo salteño, con su caudillo Güemes, prestó los más grandes servicios que pueblo alguno puede prestar á la causa nacional. El pa-

triotismo heroico de Salta había demostrado á los invasores que de ahí no pasarían á menos de morir hasta el último de sus defensores. La victoria coronó sus esfuerzos una vez y otra vez. Así que, recordando esos grandes hechos llevados á cabo por los gauchos provincianos de aquellas regiones apartadas, no hemos podido ver sino como una sensible injusticia, el desdén con que ha sido considerado, hasta hace pocos años, por los naturales de Buenos Aires, el morador de aquellas provincias del interior, sin pensar que, argentinos unos y otros, todos dieron en su tiempo glorias inmortales á la patria.

XLII

Llegada la expedición al puerto señalado de antemano, y que sólo el General San Martín y Lord Cockrane conocían,—porque sobre este punto se había guardado la más absoluta reserva,—se dió orden de prepararse para el desembarco. La costa, al parecer, estaba solitaria; los cuerpos procedieron á organizarse en sus buques respectivos, y después de armar aceleradamente las fuertes armadías preparadas con anticipación, dieron principio al desembarco el día 8 de Septiembre al asomar el día.

Los buques de menor calado protegían el acto. Una compañía de infantería embarcada en botes y lanchas, se dirigió rápidamente á tierra, para servir como guerrilla exploradora. Luego llegaron cincuenta granaderos en una armadía, y montando en seguida en los caballos que habían traído, salieron al trote. Vestían éstos el uniforme de parada, y los mandaba el Teniente Florencio Villa-Mayor, llevando por segundo al Teniente Armando Vélez-Suárez.

Les siguieron los batallones 7 y 11 argentinos y 2 chilenos con dos piezas de artillería, asumiendo el mando de esa división el jefe de Estado Mayor, General Las-Heras.

Aun no había terminado el desembarco de la división,

cuando apareció un escuadrón enemigo. Con simples guerrillas lo rechazaron, retirándose aquella pequeña fuerza á cierta distancia, desde donde envió chasques en todas direcciones, permaneciendo entretanto en observación.

Ordenó San Martín que el General Las-Heras se pusiera en movimiento ese mismo día y fuera á tomar el pueblo de Pisco, que, como hemos dicho, se hallaba á diez y nueve kilómetros del lugar donde el ejército efectuó su desembarco. La marcha fué en extremo laboriosa, porque con excepción del general y de la compañía de granaderos, las demás fuerzas marchaban á pie, arrastrando los cañones; aumentaba las dificultades el terreno que tenían que recorrer, pues marchaban por una extensa playa; pero nada era imposible para aquellos hombres, que se sobreponían á las mayores privaciones y fatigas.

El escuadrón enemigo seguía también, fuera de alcance, los movimientos de la columna, sin hostilizarla: verdad es que tampoco podía hacerlo, porque la artillería y los granaderos á caballo se lo hubieran impedido.

Así llegó aquella división, ya cerrada la noche, al pueblo de Pisco; hizo alto en las inmediaciones, y después de un prolijo reconocimiento en todas direcciones, efectuado por los granaderos y guerrillas de infantería, se vió que la población estaba abandonada. Inmediatamente tomó posesión del pueblo el General Las-Heras, dando aviso al general en jefe por medio de un ayudante, que volvió por el mismo camino que había recorrido la columna.

El silencio más profundo reinaba en aquella población: parecía que no había persona alguna, pues no se veía una luz. La división descansó después de tomar las precauciones consiguientes; y, al aclarar el día, los piquetes que recorrían las calles pudieron cerciorarse de que sus moradores habían huído ó la habían desocupado á la fuerza.

Efectivamente, después se supo que los españoles publicaron un bando, por el cual se intimaba, bajo pena de la vida, que todos los habitantes deberían abandonar los pueblos inmediatos á la costa, al avistarse la expedición de los insurrectos que venía de Chile; atemorizábalos ade-

más la creencia de que iban á ser saqueadas sus casas por los insurrectos, pues las autoridades realistas les habían dicho que así procedían siempre aquéllos cuando entraban en alguna población.

Los españoles habían retirado asimismo de las inmediaciones todos los elementos de movilidad y víveres, á fin de que los *insurgentes* no los utilizaran; pero como todo había sido previsto por la administración del ejército expedicionario, los buques conducían lo necesario para los primeros días.

Con toda comodidad se alistó el ejército en la playa de Pisco, tomando posesión del puerto, aduana y depósitos, descansando del viaje y de las fatigas, organizando su material y esperando la ocasión de hacerse de medios de movilidad que le faltaban; pero en esto llegaron los buques retrasados, entre los que se encontraba el que conducía los caballos; de modo que, seguro ya de la empresa, el General San Martín desembarcó á su vez con su Estado Mayor y Cuartel general, ocupando una de las fincas más notables de los alrededores del pueblo, propiedad de un marqués de *Campo Ameno*, que había huido con los demás.

Al saberse por los moradores de la campaña el orden y disciplina del ejército patriota, las familias, comerciantes é industriales empezaron á volver á Pisco, y todos los habitantes de diez leguas á la redonda, impulsados por la curiosidad y la confianza que inspiraban los expedicionarios, se presentaban poco después á ver los soldados de San Martín, cuya fama era notoria ya en el Perú.

Cuando vieron á los soldados y á los oficiales, quisieron ver á los jefes, y finalmente al ilustre caudillo, cuyo nombre era el terror de los españoles. Como esto no era fácil, porque el General San Martín se ocultaba todo lo que podía á miradas indiscretas, esperaban la ocasión de verlo en sus paseos de costumbre, de mañana ó de tarde, en que salía á caballo, llevando por toda comitiva á su ordenanza, que á cierta distancia seguía siempre al general.

Todas las miradas estaban fijas en el general: la de su ejército, que lo esperaba todo de su sabiduría y de su fortuna; la de los habitantes, que pensaban en su suerte futura, con motivo de la lucha que tendría lugar en breve, y la del Virrey Pezuela y sus generales, que desde Lima seguían todos sus actos.

El estado de ánimo de los habitantes del Perú era favorable en aquella época á la conquista que pronto iba á realizar el ejército libertador; pero con todo era menester la dirección de un hombre tan hábil como el General San Martín para llevarla á cabo.

El pueblo indígena, y aun los mismos españoles conservadores, estaban fatigados de la arbitrariedad de los virreyes ó capitanes generales, de su rapacidad desmedida, de las riquezas que acumulaban por ese medio, de la crueldad que usaban con los naturales, y, en fin, de todos los extravíos de una prepotencia sin control.

Con la supresión de los ayuntamientos, los moradores del Perú quedaron entregados á la voluntad absoluta de los virreyes, de las audiencias y del clero, que cada vez más, á medida que declinaba el poder español, oprimía al pueblo. Aislado de todo comercio extranjero, estaba entregado el Perú á la voracidad de las compañías de Cádiz, como antes lo estuviera á las de Sevilla, en virtud de las disposiciones irrisorias de un congreso reunido en Lima tres siglos antes.

Aquel monopolio brutal fué la causa primera de la revolución americana.

La aduana fiscal de la península causó mayores daños á los intereses españoles que las guerras que tuvo que sostener y que los desórdenes de su administración.

Los impuestos, las gabelas, la aduana terrestre, los derechos repetidos en España; en fin, todo un cúmulo de errores y desaciertos, trajeron para esa nación, á principios del siglo, su decadencia y su ruina, con la pérdida de sus colonias.

XLIII

Descansado y organizado el ejército en Pisco, ordenó el general en jefe que una pequeña división, al mando del General Arenales, se adelantase camino de Lima y se posesionase de unas ricas haciendas de españoles que se hallaban á corta distancia de Pisco. Encontró allí el general importantes depósitos de artículos de consumo y productos de la hacienda, y además gran número de negros, que en breve fueron hechos soldados los más jóvenes, con satisfacción de su parte, porque conquistando su libertad de una manera digna, se sustraían á los castigos horrorosos que sufría la esclavitud.

Los negros esclavos de las haciendas del Perú corrían á engrosar las filas del ejército libertador, y los naturales buscaban también su incorporación para alistarse bajo las banderas de la revolución. Desde el Atacama hasta el Amazonas, un millón de hombres gemía bajo el absolutismo y la tiranía de los virreyes: era necesario, pues, á todo trance libertarlos; pero era también indispensable que ellos mismos concurriesen al triunfo definitivo.

El ejército español era poderoso aún en el Perú: más de diez mil hombres se encontraban bajo las banderas realistas, y una fuerte escuadra defendía sus puertos. La empresa parecía superior á las fuerzas materiales de la expedición, pero el genio de San Martín y de Cockrane y el patriotismo del ejército vencerían todos los obstáculos en un plazo más ó menos breve.

La escuadra española no osaba presentarse ante la bandera estrellada de Chile; aquellos marinos que en otro tiempo fueron la admiración de las naciones, y cuyos nombres dejaron recuerdos imborrables en todos los mares desde Lepanto á Trafalgar, no estaban allí. Cockrane, el célebre marino inglés, defensor de la libertad en los dos grandes océanos y en el archipiélago griego, el que

más tarde debería ser almirante del pabellón azul en Inglaterra, una de las más altas dignidades; Cockrane, decimos, imponía de tal modo á los marinos españoles del Pacífico, que á su solo nombre corrían á esconderse en los puertos, bajo las baterías de los fuertes; pero estaba escrito que allí mismo iría á buscarlos personalmente para apresarlos con sus buques. Sin un marino tan audaz como el conde de Dundonald, y tan acostumbrado á las grandes operaciones de la guerra marítima, difícilmente hubiera tenido éxito la expedición del General San Martín al Perú, porque las probabilidades estaban en su contra, y posible habría sido que la escuadra española, dirigida de otro modo, hubiese dispersado el convoy ó apresádolo, de manera que en este caso la expedición habría caído prisionera en todo ó en parte.

Cuando tuvo lugar la expedición libertadora á las costas del Perú, la escuadra española estaba amedrentada: las operaciones sucesivas llevadas á cabo por Lord Cockrane en aquellas dilatadas costas, había acobardado á los marinos españoles: sólo en sus fondeaderos y bajo los fuertes se consideraban seguros.

Verdad es que faltaba á los elementos realistas en el Perú una cabeza dirigente. El Virrey Pezuela era una medianía: palaciego del antiguo régimen, enriquecido y fatigado, al ver que los negocios de España en América iban mal, su único deseo era regresar á España.

Después del desastre de su hijo político el General Osorio, en Maypú, y del abandono definitivo de Chile, su ánimo decayó visiblemente, pues con tantos elementos como poseía, no supo siquiera defender las costas del Perú, ni hacer esfuerzo alguno por impedir el desembarco de los patriotas, ni oponerse á su marcha, lo cual era tan fácil en terrenos áridos, disponiendo como disponía de todos los recursos del país.

El Perú, cuya situación geográfica puede dividirse en dos porciones, esto es: la parte montañosa de cordillera y sierras al interior, y sobre la costa la de extensos y pesados arenales alternados con pequeños valles, tenía tam-

bién en aquella época una población relativa á cada una de esas dos porciones.

En la sierra, el verdadero indígena casi en la misma situación de los tiempos primeros de la conquista, bravo, fuerte y vivaz, dispuesto á todo con tal de mejorar su condición, y en las costas los moradores con costumbres de una civilización relativa, y con ideas y ambiciones apropiadas á su situación y al contacto, aunque limitado, con la navegación y comercio europeos, sentían también necesidad de mayor libertad para sus respectivas industrias.

Reinaba gran turbación en Lima, porque las noticias que se enviaban al virrey eran muy exageradas. Se afirmaba que un ejército de diez mil hombres había desembarcado y marcharía directamente sobre la capital, y que una escuadra de más de veinte buques sitiaría todos los puertos del Perú, apresando al fin la escuadra española. Creyeron, pues, oportuno las autoridades españolas iniciar un armisticio, enviando previamente parlamentos á Pisco, con el objeto, sin duda, de conocer la importancia de la expedición, y á la vez ganar tiempo para concentrar fuerzas y dar la voz de alarma.

El armisticio tuvo lugar, porque al General San Martín también le convenía, para estudiar con mayor detención el terreno que pisaba y ensanchar sus conocimientos. Mientras tanto el general formó definitivamente su plan. Reforzó la división del General Arenales y ordenó á éste que, internándose en la sierra, operase sobre los jefes españoles hasta situarse en Jauja, á fin de dominar completamente esos desemboques y privar así de recursos á Lima. Arenales era considerado como el general más apto para operar en las montañas.

San Martín, á su vez, dispuso reembarcarse con el resto del ejército é ir á situarse al Norte de Lima, con el objeto de buscar la cooperación de los habitantes de las provincias altas, y estrechando á Lima gradualmente, obligar al virrey á entregarle la capital, llave de la dominación.

Como San Martín no se consideraba bastante fuerte para chocar resueltamente con el ejército español, se li-

mitó á maniobrar, apoyándose ya en el mar, ya en las montañas, y buscando con suma habilidad la concurrencia de los naturales, á los que trataba de animar con proclamas impresas que difundía entre los vecindarios, admirados de aquellas ideas nuevas y de la forma de emitirlas. Difícil es, si no imposible, para el simple novelista, y aún para el historiador, interpretar los actos y pensamientos del genio. San Martín, en Pisco, vió como á través de un transparente, los obstáculos que le oponían los hombres y la naturaleza, para llegar y posesionarse de Lima.

Penetró con su mirada de águila la sierra, el curso de los ríos, los lugares en que debía hacer pie firme el español, y en su pensamiento fué desenredando la madeja misteriosa, pesando el pro y el contra de aquella campaña que iba á realizar con tanto brío y seguridad. Dió, pues, sus instrucciones á Arenales con la misma precisión con que un consumado jugador de ajedrez hubiera colocado sus piezas en el tablero. Todo fué previsto para la toma de Lima; operación ésta, á nuestro juicio, de tan difícil ejecución, que para cualquier otro general que no fuera el vencedor de Chacabuco, habría sido de funestos resultados.

XLIV

Á fines de Agosto se reembarcó el ejército en la misma forma que vino de Valparaíso, y tomó rumbo al Norte, llegando con toda felicidad á la hermosa bahía del Callao.

Grande fué el alboroto y agitación de los habitantes de la costa, de los defensores de los fuertes, y de Lima misma, ante aquel aparato de fuerza. Se habían reunido al convoy, accidentalmente, algunos buques mercantes que iban en busca de colocación para los artículos que conducían, y esta circunstancia hacía aparecer á la expedición más respetable de lo que era en sí misma.

Cockrane había dispuesto su escuadra en forma de media luna, y de noche, con lanchas cañoneras que hacía

aproximar hasta la cadena que protegía el fondeadero interior, simulaba ataques disparando sus pequeños cañones y morteros, que en breve ponían en movimiento á toda la bahía.

Los buques españoles y los fuertes rompían á su vez el fuego, iluminando con granadas el espacio, pero sin alcanzar á los buques de la expedición, que estaban fuera de tiro.

El ejército gozaba con estos simulacros nocturnos.

La permanencia del convoy en el puerto del Callao fué corta; después de hacerse admirar de la ciudad de los Reyes, de los castillos «Real Felipe», «San Miguel» y «San Rafael», que consideraban inexpugnables los españoles, estos buques levaron anclas, y saliendo al Norte, fueron á fondear á la bahía de Ancón, como á siete leguas de Lima.

La escuadra independiente bloqueaba mientras tanto los fuertes y la flota del Callao, esperando el Almirante Cockrane una oportunidad para sorprender á la escuadra española.

Después de los preparativos convenientes, en la noche del 5 al 6 de Noviembre, catorce lanchas y botes se desprendían de la capitana, fragata «O'Higgins», tripulados por marinos uniformados de blanco con un distintivo en el brazo, quienes se deslizaban como fantasmas, reflejándose en las aguas cristalinas. Silenciosos, mudos, sin que se percibiese ni siquiera el ruido natural del movimiento de los remos, parecían avanzar movidos por un impulso misterioso y por una voluntad invisible.

Una lancha, la principal, marchaba á vanguardia con toda rapidez; ésta llevaba á su bordo al almirante, que, vestido igual á los demás, y ceñida al cinto su espada de combate, debía subir el primero al abordaje.

En balde sus segundos, los Capitanes Grosbie y Guise, solicitaron para ellos el puesto de mayor peligro; todo fué inútil: Cockrane reservó para sí iniciar el ataque.

Al pasar cerca del fondeadero de los buques de guerra neutrales, los marinos de éstos, apoyados en las bordas, seguían con la vista el movimiento de las lanchas que

continuaban imperturbables su camino; inmediatamente se hicieron cargo del drama que iba á desarrollarse, y silenciosos también, permanecieron en la actitud que les correspondía.

Serían las doce, cuando la expedición nocturna llevaba á cabo la primera parte de su empresa, cruzando la cadena que resguardaba el puerto interior, en donde se hallaba la escuadra española.

Allí, guardando la misma embocadura, estaban dos cañoneras como de guardia avanzada, pero tan mal tripuladas, que sólo sintieron á los patriotas cuando éstos les intimaban rendición.

No tuvieron tiempo ni para dar la voz de alarma. Rendidas las dos cañoneras, fueron encerrados sus tripulantes en la escotilla con una guardia sobre cubierta.

Prosiguió el almirante su marcha hasta envolver á la fragata «Esmeralda», el mayor buque de la marina española en aquellos mares. Sin ser sentido, Cockrane fué el primero que subió á bordo. El centinela español, medio dormido, le dió en el pecho un culatazo, arrojándolo nuevamente al bote; pero ya sus marinos, obedeciendo las instrucciones recibidas, habían invadido el puente, trabándose en pelea con la tripulación española, que habiendo acudido al grito del centinela, hacía esfuerzos por rechazar el asalto.

Lord Cockrane volvió á subir más terrible que antes, y llamando á sus marinos, organizó el ataque, dominando en breve la popa de la fragata y rechazando hacia la proa á los defensores, quienes, viéndose vencidos, diezmados por el fuego que se les hacía desde el puente y las jarcias, se replegaron al interior del buque, rindiéndose finalmente los más y arrojándose al mar algunos, que prefirieron hundirse en las olas antes que rendirse.

Los fuertes, sorprendidos con las descargas de fusilería en el puerto, no tuvieron duda de que se trataba de un ataque contra algún buque de su escuadra, y empezaron á hacer un fuego incesante con sus baterías, que causaron mucho daño á sus propios buques.

En medio de este infierno de cañoneo, de tiros de fusil, de gritos de muerte y de voces de mando, los asaltantes de la «Esmeralda» cortaron sus amarras y se pusieron en franquía, llevando la fragata al fondeadero neutral, primero, para ponerla á cubierto del fuego de tierra, que cada vez era más nutrido, y conduciéndola después al de bloqueo, donde estuvo ya antes de las tres de la mañana.

El combate había sido terrible: los españoles se batieron desesperadamente, y tuvieron 13 muertos y 20 heridos, inclusos 3 oficiales, rindiéndose además 158 hombres.

Los patriotas sufrieron mayores pérdidas: 15 muertos y 50 heridos.

El mismo Lord Cockrane, que se prodigó valientemente, recibió, además del golpe que le infirió el centinela al subir á bordo de la fragata, un balazo en una pierna, al llevar la carga decisiva sobre la proa, en donde estaba concentrada la defensa final del buque.

Los españoles quedaron asombrados de tanta audacia y de tanta fortuna, y ya no se consideraron seguros dentro de sus mismas fortalezas.

Los vivas de los marinos chilenos se confundían con los hurras de las tripulaciones de los buques de guerra neutrales que presenciaron aquel acto de gran temeridad, que hizo admirar el valor de los marinos chilenos, porque aun cuando es verdad que eran guiados por un hombre cuya audacia ha causado asombro á todos los marinos de Europa y América, también es cierto que en la obscuridad de la noche pudieron sustraerse al cumplimiento de un deber que les imponía un sacrificio casi seguro, ó mostrarse menos abnegados; pero no, obedeciendo á los dictados de su patriotismo, sólo se preocuparon, en esa acción memorable, de enaltecer el nombre chileno.

Así es que al día siguiente, al flamear la bandera de Chile sobre los altos mástiles de la escuadra del Almirante Cockrane, parecía lucir con más altivez, con más gallardía.

La importancia del triunfo de Cockrane no se limitaba,

con todo, á la captura de un buque español como la fragata «Esmeralda»: este triunfo, que proporcionaba un número tan considerable de prisioneros, contándose entre ellos todo el Estado Mayor, incluso el jefe, equivalía á una batalla ganada, pues que daba también á la escuadra la satisfacción de devolver al ejército patriota los prisioneros que gemían en las casamatas de los fuertes españoles, por medio de un canje que Cockrane propuso al virrey, y que éste aceptó inmediatamente.

De este modo, los patriotas que habían caído prisioneros en los contrastes sufridos por las armas argentinas en el Alto Perú, y que habían podido resistir á tantos sufrimientos, fueron libertados y devueltos al ejército.

Un sueño les parecía á aquellos bravos soldados de la libertad, caídos en el campo del honor combatiendo por la independencia de su patria, volver, en un momento inesperado, después de largos años pasados en aquellas prisiones inquisitoriales, á la luz de la libertad, en medio de sus antiguos compañeros, cubiertos por su bandera victoriosa, que abrazaban llorando, al solo recuerdo de la patria.

El General San Martín estaba sumamente conmovido ante el aspecto que ofrecían sus nobles compatriotas: unos enfermos, con la mirada apagada; otros envejecidos, con los cabellos blancos, y todos con surcos profundos en la frente, efecto del pensamiento fijo en la patria, en la familia, en la carrera cortada en sus albores, cuando la esperanza y la noble ambición agitaban sus pechos varoniles.

Así es que cumpliendo un acto de justicia, concedió á aquellos patriotas dos grados sobre el que cada uno tenía al caer prisionero.

De este modo San Martín confortó el espíritu de aquellos valientes, haciéndoles olvidar sus pesares, abriendo á la esperanza sus corazones y animándolos para fortalecerse en la idea de que una nueva campaña feliz les ofrecería la ocasión de distinguirse. En seguida escribieron á sus familias tan grata noticia, prometiéndoles regresar pronto victoriosos.

XLV

El convoy estaba fondeado en la bahía de Ancón, mientras la escuadra sitiaba al Callao. El General San Martín dispuso entonces que desembarcasen algunas fuerzas para descubrir á las realistas, pues deseaba tener datos ciertos acerca de su situación.

En estos momentos llegó de Guayaquil la noticia de que un movimiento republicano había tenido lugar allí, aprisionando á las autoridades españolas y declarándose las nuevas en favor de la Revolución.

Este feliz acontecimiento fijó definitivamente el plan del Libertador, quien dispuso que los Generales Luzuriaga y Guido se trasladasen á aquel punto con instrucciones para las autoridades revolucionarias, y determinó desembarcar resueltamente el ejército en Huacho, pequeño puerto, un grado al Norte de la ciudad de Lima.

Efectivamente allí fondeó el convoy y desembarcó el ejército el 10 de Noviembre de 1820.

La suerte estaba echada definitivamente.

La posesión de la ciudad de Lima era el objeto principal que tenía en vista el gran capitán: esa era la base para el triunfo completo, si habían de ser favorecidas con él las armas patriotas. Ya no era posible retroceder. El pronunciamiento de Guayaquil iluminó el espíritu del general y le hizo esperar otros pronunciamientos que en breve deberían producirse.

Por otra parte, era necesario auxiliar la expedición á las montañas, confiada al General Arenales, y operar de acuerdo con él para aislar al virrey en Lima.

San Martín había publicado en Pisco, en el mes anterior, una proclama que explicaba todo su pensamiento, y que en su parte final decía así:

«¡Pueblos del Perú! Yo he pagado el tributo que debo como hombre público á la opinión de los demás; he hecho ver cuál es mi objeto y mi misión acerca de vos-

otros: vengo á llenar las esperanzas de todos los que desean pertenecer á la tierra en que nacieron y ser gobernados por sus propias leyes. El día que el Perú pronuncie libremente su voluntad sobre la forma de las instituciones que deben regirlo, cualquiera que ellas sean, cesarán de hecho mis funciones, y yo tendré la gloria de anunciar al gobierno de Chile, de que dependo, que sus heroicos esfuerzos al fin han recibido por recompensa el placer de dar libertad al Perú y la seguridad á los estados vecinos; mi ejército saludará entonces á una gran parte del continente americano, cuyos derechos ha restablecido al precio de su sangre, y á mí me quedará la satisfacción de haber participado de sus fatigas y sus ardientes votos por la independencia del Nuevo Mundo.»

Una vez en Huacho con todo el material de guerra y recursos que aportaba para continuar la campaña, estableció su campamento en las inmediaciones de la costa.

Por la imprenta del ejército se tiraron miles de hojas sueltas, en que se hacía una ardiente propaganda en favor de la causa de la libertad, determinando los principios de justicia que representaba, llevando á la montaña, al valle y á los lugares más apartados, aquellas ideas desconocidas de los habitantes del Perú, pero que despertaban en ellos la más legítima ambición: la de ser libres.

En breve pudo palparse el resultado: el espíritu público se animaba, los naturales que servían bajo las banderas realistas empezaron á presentarse al Libertador; los ricos manifestaban su adhesión repitiendo á las gentes ignorantes que tenían á su servicio, las ideas y principios de la revolución y del ejército libertador.

Pequeños encuentros entre las fuerzas descubridoras y los realistas iniciaron la nueva campaña, y en ellos ya pudieron ver los españoles que aquel ejército venía resuelto á vencer ó morir.

En las playas de Chancay, el valiente Capitán Pringles, al mando de veinticinco granaderos, es envuelto por tres escuadrones españoles, y, en vez de rendirse, prefiere arrojarse al mar.

Á mediados de Diciembre llegó al cuartel general en Huacho, un oficial de granaderos con pliegos del General Arenales, en que daba cuenta al General San Martín de su marcha por la sierra y de los triunfos obtenidos: éstos eran de la mayor importancia.

En un trayecto de cien leguas, la división del General Arenales había venido arrollando todas las fuerzas españolas encargadas de hostilizarlo en la marcha, hasta que la columna principal, al mando del Brigadier O'Reilly, fué alcanzada y derrotada completamente.

Estas noticias causaron en el ejército la mayor satisfacción, pues se empezaba á dudar del éxito de aquella expedición por la cordillera occidental, rodeada de grandes dificultades y peligros; pero la habilidad suma del General Arenales, y el valor de la columna que dirigía, ofrecieron á la causa de la independencia uno de los triunfos más señalados de la historia americana.

El General San Martín, comprendiendo la importancia de los triunfos de la división de Arenales, ordenó se leyese un decreto, en la orden del día, disponiendo que en oportunidad se acuñaría una medalla conmemorativa de aquellos hechos, destinada á los vencedores de Pasco.

El Sargento Mayor Juan Lavalle fué el que condujo más tarde los jefes y oficiales prisioneros, incluso el Coronel Santa Cruz, y las banderas del Rey, tomadas en la campaña.

El feliz resultado de la campaña de la sierra, obtenido por el General Arenales,—campaña dispuesta por el General San Martín en Pisco, como ya hemos dicho,—permitió al ejército libertador dominar un gran territorio.

Los triunfos de Arenales formaron el lazo de unión con las operaciones del ejército de San Martín y de la escuadra de Cockrane.

La posesión de Lima que se siguió, y la del Callao más tarde, fueron consecuencia natural de aquel hermoso plan combinado y ejecutado con tanta felicidad.

XLVI

El plan de San Martín, que iba desarrollándose con todo éxito, produjo la perturbación consiguiente en la ciudad de Lima.

Á fines de Enero de 1821 fué depuesto el Virrey Pezuela por una conspiración de sus mismos subordinados, tomando el mando en su lugar el General Laserna; pero éste, considerándose impotente para resistir, propuso al General San Martín un tratado de paz, el que fué aceptado, empezando á cambiarse ideas sobre la posibilidad de llegar á un acuerdo completo.

Desde ese momento podía considerarse perdida para la dominación española la ciudad de Lima; porque á medida que pasase el tiempo, los realistas perderían su firmeza y empezarían á creer en la seguridad que demostraba el ejército patriota acerca de su triunfo definitivo.

Así sucedió. Seis meses después, no pudiendo los españoles sostenerse en Lima, porque cada día que pasaba estrechábase el círculo de hierro que amenazaba ahogarlos, abandonaron aquella ciudad, ocupándola inmediatamente el ejército libertador.

Lima, la sultana del Pacífico, la dominadora, asiento de los Virreyes, de las Audiencias, de los Capitanes generales, del Santo Oficio, de la Santa Inquisición, testigo y lugar de la tiranía y de las crueldades ejercidas en nombre de los Reyes y de los Papas, bajaba su altiva frente ante las banderas republicanas y echaba á vuelo las campanas de sus templos, acompañando la marcha de los tambores y el paso marcial de los guerreros vencedores desde el Plata hasta la ciudad misma de los reyes.

La causa realista estaba perdida. La ciudad de los Incas, con sus palacios tradicionales, la armadura y la bandera de Pizarro, los escudos bordados por las damas de la familia real de España, la pluma de oro de los virre-

yes, sólo usada en circunstancias especiales, cuando se dirigían á los monarcas, todo, en fin, en poder del ejército libertador.

Lo primero que hizo el General San Martín fué tranquilizar los ánimos agitados, y en una proclama al pueblo, expresó ideas avanzadas y liberales, que admiraron los habitantes de Lima, pues jamás habían llegado á sus oídos tan nobles palabras de olvido, tolerancia y conciliación. Se expresaba así el general:

«Habitantes de Lima: La capital ha entrado ya en el número de los pueblos libres de América; yo me complazco en saber que sus habitantes gozan de tan señalado beneficio, y haré tantos esfuerzos para promover su felicidad, cuantos he practicado para acelerar su independencia. Estoy resuelto á correr un velo sobre todo lo pasado y desentenderme de las opiniones políticas que antes de ahora hubiese manifestado cada uno.»

La calma volvió á los espíritus y se vió al pueblo de la gran ciudad del Pacífico fraternizar con sus libertadores.

Así como una persona privada de la vista durante largo tiempo, el día en que la ciencia se la hace recobrar, se queda extasiada ante las maravillas que ofrecen la naturaleza y el arte; no cansándose de mirarlo todo, así los pueblos que nacieron y se formaron bajo la férrea mano del conquistador, primero, de los virreyes y de la inquisición después, y vivieron durante siglos agobiados, el día en que se les dice: sois libres, disponed de vuestra suerte, nombrad el gobierno que queráis, formad vuestros códigos, cada uno de vosotros tiene derecho á ser el primero, porque ya no hay más títulos de nobleza que el talento, la virtud y el valor; esos pueblos creen que son víctimas de una pesadilla, pero vueltos de su impresión, tornan á la vida activa y á la libertad con el entusiasmo que les comunica el hecho de haberles estado vedados aquellos beneficios.

Á indicación del General San Martín, el Cabildo de Lima, de buena ó de mala gana, —pues estaba compuesto

de personas del antiguo régimen, que sólo creían en el rey, su señor, —procedió á abrir sus salas capitulares para oir la opinión de los vecinos más respetables, «sobre si el espíritu público en el Perú era manifiesto por la independencia.»

La contestación no podía ser dudosa: fué, pues, afirmativa.

Sobre este punto de apoyo, aunque débil, si se quiere, se juró la independencia del Perú el 29 de Julio de 1821, y el General San Martín, tomando la dirección de los negocios públicos, se proclamó protector de la libertad del Perú y jefe del Gobierno.

Creó un Consejo de Estado para que compartiese con él las responsabilidades y la dirección del mando, y formando un Estatuto preliminar de la ley orgánica, determinó algunos derechos fundamentales, como la independencia del Poder Judicial y una libertad relativa al derecho de la palabra escrita.

Nombró un Ministerio para que, estudiando las necesidades de la administración, indicase las reformas más imperiosas, tales como la instrucción pública, la libertad de comercio, y aun el crédito público; se fundó la biblioteca y se iniciaron otras reformas relacionadas con cuestiones de interés general.

No sabríamos decir si el tiempo que dedicó el General San Martín á los asuntos de administración y de gobierno en Lima, lo perdió en estudiar la forma en que debería aumentar su ejército para buscar al enemigo y concluir con él como en Chile.

La opinión pública ha manifestado la creencia de que sustituyendo el administrador al general, el jefe de gobierno al capitán, faltó en aquella campaña la actividad y la dedicación que asuntos tan graves requerían.

Los encuentros y combates felices del General Arenales no eran bastantes á resolver definitivamente la cuestión; se ha creído que era absolutamente indispensable adoptar un plan de campaña enérgico, con un estudio perfecto de la topografía del país, para batir á los ene-

migos, que aprovechando las ocupaciones del General San Martín en Lima, engrosaban sus filas, se hacían de nuevos elementos, y, reconcentrándose, se preparaban á una lucha tenaz.

La campaña del General San Martín se limitó á la defensiva. Dominaba á Lima, y los enemigos eran impotentes para arrojarlo de allí; pero éstos, á su vez, dominaban el interior del país, y fueron creciendo en audacia, no sólo por disponer de abundantes recursos, sino también por los trastornos que empezaron á sufrir las armas independientes.

Habría sucedido lo contrario si, desentendiéndose el general de las atenciones del gobierno, una vez organizado éste, hubiera dirigido personalmente la campaña, remontando su ejército, y tratando de obtener algunas victorias para impedir á los españoles organizarse en la forma que lo hicieron. De ese error seguramente provino su desprestigio más tarde, error de que se aprovechó el General Bolívar, llamado «el Libertador», para entrar altivo en el Perú y ocupar su puesto.

Entretanto, los generales Laserna, Canterac y Carratalá procedían activamente en las provincias del interior: maniobraban, aumentaban su ejército con todos los hombres útiles, reunían elementos y esperaban darse la mano con las fuerzas venidas recientemente de la península, y que se encontraban á la sazón en Quito.

Sin duda alguna, aquella inacción del ejército libertador en la ciudad de Lima y sus inmediaciones, perjudicó mucho su moral. El General San Martín permanecía en aquella ciudad, ocupado en fundar bibliotecas, centros sociales y científicos, mientras que el enemigo se rehacía en el interior.

Á pesar de todo, la Fortuna dió al general una nueva prueba de su protección.

La importante plaza de guerra del Callao capituló el 21 de Septiembre de 1821. Su jefe, el General don José La Mar, peruano de nacimiento, ya porque simpatizase con la causa de la revolución, ó ya porque creyese perdida á

la dominación española, el caso es que entró en negociaciones con el General San Martín, concluyendo por entregar la plaza con sus castillos y todo el material de guerra.

La división «Los Andes», denominada así por estar compuesta de argentinos, al mando de un valiente entre los valientes, el General don Enrique Martínez, tomó posesión de la plaza. Marchaban sus soldados con ese orden y regularidad tan propios de las tropas de aquel tiempo: silenciosos, con su ilustre jefe á la cabeza, sin hacer ninguna manifestación que alterase la seriedad y corrección de la disciplina, se hubiese dicho que no era la primera vez que entraban en aquella plaza. Esto se debía á la costumbre de vencer y á la forma con que los jefes argentinos como Soler, Las-Heras, Arenales, Martínez y otros, conducían á sus soldados después de la victoria.

Así entraron en Santiago y en Lima, y así entraban en el Callao.

El famoso regimiento de granaderos á caballo, al que pertenecían nuestros amigos el Comandante Villa-Mayor, su hermano el Teniente Florencio y el Teniente Vélez-Suárez, había montado sus mejores caballos, y con sus armas y arneses relucientes, y sus lujosos uniformes, eran objeto de la admiración de los habitantes del Callao y de los militares españoles. Éstos no podían convencerse de que aquellos soldados tan arrogantes, que marchaban de una manera tan natural y perfecta fuesen los independientes, que los jefes españoles pintaban como unos harapientos é indisciplinados.

La posesión del Callao equivalía á una batalla ganada, pero no era un triunfo decisivo. La buena estrella que guiaba al General San Martín iba á eclipsarse, pero antes quiso ésta que, desde lo alto de aquellas fortalezas, último baluarte del poder de los reyes, dominase con su vista de águila el grande océano, como si con ello le fuese concedido también el don de leer en sus ondas movibles su futuro destino. En efecto, cuéntase que, absorto, apoyado en la cureña de un cañón, permaneció largo tiempo,

recordando sin duda su combate de San Lorenzo á orillas del Paraná, punto de partida de su gloria, y su marcha por los Andes, caballero en una mula, como Bonaparte en el San Bernardo, admirando aquella poderosa naturaleza y las montañas, cuyos picos parecen terminar en el cielo, mientras en el fondo rugen los ríos como inmensa catarata bramadora.

XLVII

Al empezar el año 1822, el General Bolívar iniciaba con mucha cautela su movimiento de avance hacia el Sud, después de su victoria de Bomboná.

El General Sucre, que mandaba su vanguardia, sufrió un desastre en Huacho, asilándose en Guayaquil con 500 hombres.

De allí solicitó auxilios del General San Martín, quien no tardó en enviárselos, pues la causa era la misma, y colombianos, argentinos y chilenos, marchando unos del Norte y otros del Sur, debían encontrarse al final en los últimos campos de batalla, luchando por la independencia sudamericana.

Una división de las tres armas, compuesta de cuerpos argentinos, chilenos y peruanos, á las órdenes del General Santa Cruz, marchó á ponerse á la disposición del General Sucre, para operar sobre el ejército español, ensoberbecido con sus recientes triunfos.

De esta división hacía parte el escuadrón argentino de granaderos á caballo que mandaba el Comandante Gerardo Villa-Mayor. En breve debían encontrarse al pie del Chimborazo, habiendo atravesado victoriosos más de mil quinientas leguas.

La división del ejército libertador, reunida á los colombianos de Sucre, empezó á operar.

La vanguardia enemiga y los destacamentos españoles

desprendidos por el grueso de las columnas, empezaron á batirse en retirada.

Una partida de veinticinco granaderos, al mando del Teniente Florencio Villa-Mayor, teniendo por segundo al sargento de brigada Godoy, se adelantó demasiado, picándoles la retaguardia á los españoles.

Al descender á un valle, en una hondonada, se encontraba oculto un escuadrón español, que, al ver á los patriotas, montó á caballo y se dirigió al trote sobre éstos.

El Teniente Villa-Mayor, que vió que el terreno no le favorecía, mandó dar media vuelta, marchando al paso, pero prevenidos y en actitud de hacer un cambio de frente en el momento oportuno.

Los españoles, al notar aquel movimiento de retirada, temiendo que se les escapara lo que consideraban ya una presa segura, apuraron sus caballos, poniéndolos al galope.

El Teniente Villa-Mayor, que se retiraba sin perder de vista los movimientos del escuadrón enemigo, una vez que éste se hubo aproximado, ordenó: «sable en mano», y cuando vió que aquél se comprometía en el mal terreno perdiendo la formación, dió vuelta y lo cargó á fondo.

Como una tabla partieron los veinticinco granaderos á todo el correr de sus caballos, cayendo sobre los españoles como una tromba.

En balde su comandante, que era un hombre alto, de luenga barba, hizo esfuerzos supremos para contenerlos; todo fué inútil: el escuadrón había sido sorprendido en su marcha descuidada, y su formación quedó deshecha en el mismo instante que los patriotas le llevaron la carga. El largo sable del brigada Godoy se levantaba y caía como un rayo.—«No haya cuartel», gritaba en medio de la pelea. Sólo el comandante, dos oficiales y veinte hombres de tropa se iban retirando lentamente, con cierto orden, mientras la mitad de los granaderos con Godoy á la cabeza acuchillaba á los dispersos.

El grupo que dirigía el comandante español empezó á su vez á desmoralizarse, así que vió que lo seguía de cerca el Teniente Villa-Mayor con doce hombres. En vano in-

tentó entonces el jefe español llevarle una carga, pues sus soldados no le obedecieron.

En esta situación, volvió Godoy con ocho hombres, pues había perdido cuatro, y cargando de flanco á los españoles mientras el Teniente Villa-Mayor lo hacía de frente, obligaron á aquéllos á dispersarse en distintas direcciones.

El comandante español y los oficiales no huyeron: agrupándose nuevamente, pretendieron vender caras sus vidas antes que huir.

Al verlos en esa actitud, el Teniente Villa-Mayor mandó hacer alto, y adelantándose les dijo en voz alta que se rindieran, que oficiales valientes como ellos no debían morir. El comandante consultó á sus oficiales, y de común acuerdo entregaron sus espadas al teniente; pero éste se las devolvió, diciéndoles simplemente que quedaban prisioneros bajo su palabra. Agradecieron los españoles tanta hidalguía, admirados de la bondad, del buen porte y del valor de aquel oficial de veinte años, pues ésta era la edad que representaba entonces el Teniente Villa-Mayor.

El sargento Godoy se puso de un humor de mil diablos, cuando vió que su teniente tomaba bajo su protección á los españoles, porque no entendía nada de aquellas cortesías, saludos y palabras amistosas, cuando se estaba con el sable en la mano. Si no hubiera sido por el respeto que le imponía la disciplina, de seguro que habría protestado.

Había hecho alinear á los granaderos,—de los que algunos estaban levemente heridos,—y silencioso, pálido, con los labios apretados, el entrecejo fruncido, y con la mano en la empuñadura del sable, se mantenía erguido y feroz, como diciendo: «¡si yo mandara!»

El sargento Godoy, á pesar de haber ganado mucho en instrucción, aprendiendo á leer y escribir regularmente, gracias al Teniente Vélez-Suárez, que había tomado sobre sí la tarea de transmitirle aquellos conocimientos elementales, no había perdido del todo su rudeza primitiva, principalmente cuando se encontraba frente al enemigo: hombre de pasiones violentas, reconcentrado, cruel en cir-

cunstancias determinadas, era insensible á los sufrimientos propios ó ajenos.

Por lo demás, cumplidor en el servicio, silencioso y discreto, honrado, leal y deferente para con sus superiores, poseía cualidades que compensaban los defectos de su naturaleza selvática y ruda.

Al desembarcar el ejército en el Perú, había sido nombrado sargento brigada.

El Teniente Villa-Mayor, después de su triunfo sobre el escuadrón enemigo, continuó la persecución de los dispersos, y una legua más adelante, á orillas de un río, tomó veinte prisioneros, heridos algunos y otros desmontados, por haber perdido sus caballos.

Hizo alto allí y esperó que se aproximase la vanguardia que mandaba el Comandante Lavalle, á quien dió cuenta de lo ocurrido, presentándole los prisioneros.

Aquel jefe no pudo menos de admirar la bravura de los granaderos, al ver que casi todos tenían una herida de sable más ó menos grave, lo que ponía en evidencia la tenacidad de la lucha.

Para premiar este acto de heroísmo, al pasar el parte al general propuso que el oficial y el sargento fuesen promovidos á los grados inmediatos superiores, y para sargento 1.°, porque el segundo había muerto en la pelea, á un granadero de nombre Lucero, natural de Corrientes, que se había distinguido también de una manera heroica.

Aceptadas esas propuestas, el Teniente Villa-Mayor ascendió á capitán, y el sargento Godoy á alférez.

Los combates y batallas iban á sucederse, porque se entraba ya al territorio de Quito, en donde los españoles se habían reconcentrado, mandados por generales como Canterac, que quería á todo trance violentar á la fortuna en aquella lucha sin cuartel, que ya duraba años.

Allí, en aquellas alturas, límite del poder del coloniaje en el Nuevo Mundo, los últimos ejércitos del rey de España, arrollados hacia el Sur desde el Orinoco por las huestes de Bolívar, y hacia el Norte desde el Plata por los ejércitos dirigidos por Belgrano primero, y San Mar-

tín después, en breve no tendrían sino el terreno que pisaban, y ya no se batirían por la victoria, sino por la vida y por la libertad individual, porque suponían, y con razón, que su fin estaba escrito; *ó muertos, ó prisioneros.*

No había término medio para los últimos defensores de la monarquía española en América; así es que peleaban con furor, y ellos también gritaban, como el sargento Godoy, en medio de la lucha: «no haya cuartel».

XLVIII

Ya hemos dicho que el ejército argentino-colombiano se hallaba á las órdenes del General Sucre, teniendo éste por segundo al General Santa Cruz, que concurrió con las fuerzas argentinas y peruanas que determinó el protector de Chile.

Á mediados de Abril de 1822, este ejército marchaba en dirección á la villa de Río Bamba, encontrándose el enemigo preparado en la parte opuesta del río.

El General Sucre, por indicación del General Santa Cruz, había autorizado algunos cambios en los cuadros de la caballería, con el objeto de darle á ésta mayor consistencia y firmeza, porque aun se resentía de su derrota frente á Quito.

Se resolvió que pasasen á mandar aquellas tropas algunos oficiales argentinos y chilenos, y con preferencia capitanes de compañía, llevando consigo cabos y sargentos del ejército de los Andes.

La caballería colombiana había sufrido mucho en aquella campaña de Quito, tan poco favorable á las tropas con que transmontó Sucre la cordillera occidental, de modo que el general en jefe temía un encuentro con la caballería española, compuesta de criollos en gran parte, orgullosos con los triunfos obtenidos.

Dispuso, pues, que algunos oficiales de granaderos argentinos pasasen provisoriamente á mandar las compa-

ñías de reclutas para instruirlos, y luego darles mayor solidez incorporándolos á los cuadros veteranos.

Del regimiento de granaderos á caballo pasó á mandar medio escuadrón de dragones el Capitán Florencio Villa-Mayor, acompañándolo el Teniente Vélez-Suárez y el Alférez Godoy con otros oficiales y clases necesarios.

El ejército español, después de aparentar oponerse á la marcha del ejército libertador, se puso en retirada, atravesó la villa de Río Bamba, y, prosiguiendo su marcha, parecía como que iba en busca de un terreno apropiado para librar combate.

Picábanle la retaguardia los dragones de Colombia y un escuadrón de cazadores montados del Perú, siguiendo á éstos, como apoyo, el regimiento argentino de granaderos á caballo y medio escuadrón de dragones de Colombia. Estas fuerzas tenían por jefe superior al Teniente Coronel Lavalle.

Los españoles se retiraban, esperando una ocasión favorable para lanzar su caballería contra los patriotas, así es que una vez que se hallaron ocultos por una loma, dieron media vuelta, y cubriéndose con la infantería española, que también hizo alto en un momento oportuno, salieron por derecha é izquierda, cargando á fondo á los dragones de Colombia y cazadores del Perú.

Pretendieron sostenerse estos soldados sin desmontar, pero en breve fueron rotas sus filas, pronunciándose en derrota. Felizmente el regimiento de granaderos argentinos y el medio escuadrón de dragones de Colombia que mandaba el Capitán Villa-Mayor, que estaban á retaguardia, contuvieron al enemigo, flanqueándolo.

La caballería patriota se consideraba deshonrada por aquel revés, y esa tarde, después de lista, nadie hablaba sino de la revancha. Se esperaba el día siguiente con ansiedad, pues si el enemigo no se retiraba, era necesario que la caballería volviese por su honor.

El Murat argentino, Lavalle, aunque no era responsable del contraste sufrido por aquellos cuerpos, estaba desesperado.

«Mañana,—decía con furor,—los he de llevar hasta las bayonetas de la infantería española, para que mueran al menos como lo hacen los valientes, y si retroceden como hoy, he de entregar su bandera al enemigo, muriendo en sus filas. ¡Deshonrarse así por una simple carga de los godos!. Ya verán mañana,» repetía, paseándose agitado como un león en su jaula.

Aun no había alumbrado el día siguiente, y ya los cuerpos de caballería patriota se encontraban prontos.

La caballería española, á su vez, orgullosa por el éxito del día anterior, pensaba en nuevos triunfos.

Temprano apareció maniobrando en la llanura: después de hacer movimientos atrevidos de avance, volvía á emprender la retirada, como invitando á seguirla.

No tardó en ponerse en marcha el Teniente Coronel Lavalle, yendo á vanguardia el regimiento argentino de granaderos á caballo, apoyado por el medio escuadrón de Colombia, que mandaba el Capitán Villa-Mayor.

En ese orden marcharon al trote sobre el enemigo, que aparentaba retirarse, cuando de pronto los españoles dieron media vuelta, pretendiendo, sin duda, repetir la escena del día anterior, y á todo el correr de sus caballos se vinieron sobre los patriotas.

Los españoles no contaron con un callejón que, estrechándolos y haciendo disminuir su frente, los exponía á sufrir un desastre.

Así sucedió. Lavalle, que marchaba también al paso de carga, aprovechó hábilmente aquel momento favorable, y ordenando al trompa que tocase «á degüello», les gritó á sus granaderos:

«¡Soldados, nuestros son!» y sable en mano, partieron éstos como una exhalación, cayendo sobre la caballería española, que se hallaba en difícil situación para defenderse.

Como les fué posible, retrocedieron con graves pérdidas, siendo sableados hasta llegar á donde estaba la infantería.

Entonces hizo alto Lavalle, y volvió grupas, poniéndose en retirada al paso.

El Capitán Villa-Mayor, cumpliendo la orden de su coronel, acompañó á la distancia con los dragones la carga de los granaderos argentinos, pero sin tomar parte en ella.

Los oficiales españoles, á su vez, estaban avergonzados de su derrota, y formando nuevamente su caballería, cuando lo creyeron oportuno salieron de retaguardia de la infantería y cargaron con vigor.

En el acto dió media vuelta Lavalle, alineáronse los granaderos y lanzándose sobre el enemigo con toda la velocidad de sus caballos, al furioso toque de «á degüello», chocaron con los españoles, quienes, al notar la decisión de los patriotas, moderaron el aire de su carga, empezando por desviar sus caballos, lo que en las cargas de esta arma es un mal síntoma.

Así mismo intentaron mantenerse firmes los españoles, pero viendo morir al coronel que los mandaba y á algunos oficiales, empezaron á cejar, pronunciándose finalmente en derrota, y yendo á ampararse nuevamente de la infantería.

Á la segunda carga de los granaderos concurrieron los dragones colombianos mandados por el Capitán Villa-Mayor, haciendo prodigios el Alférez Godoy, que por primera vez lucía en la pelea sus galones de oficial.

Á pesar de haber tocado el clarín «alto», el alférez sigue su carga con una mitad, iracundo, con su largo sable ensangrentado hasta la empuñadura.

Ya bajo los fuegos de la infantería, alcanza al abanderado, le toma la bandera, pero en ese momento un tiro de fusil hiere su caballo y lo abate; cae el alférez debajo, y trata así mismo de defenderse de los que lo cercan, pero es inútil: su sable es impotente. Conserva la bandera conquistada mientras tiene vida y fuerzas, y sólo la cede con el último suspiro.

Todos lloraron la muerte de aquel valiente, que había ganado sus galones con actos de heroísmo.

Dueños del campo los patriotas con la retirada de los españoles, pudieron los compañeros del alférez recoger su

cuerpo, que estaba casi mutilado por las heridas de sable que recibió.

Una tosca cruz indica al viajero que en el campo de Río Bamba murió el Alférez Godoy, combatiendo como bueno por la libertad y su bandera.

XLIX

Aquella victoria de la caballería patriota sobre la española, consolidó su fama, pues si bien no fué por su importancia la principal de las guerras de la independencia, fué sin duda una de las más sonadas por la pujanza y el esfuerzo, desde que la caballería patriota que peleó en Río Bamba representaba solamente la cuarta parte de la española. Aquel triunfo afirmó la reputación de Lavalle, á quien ya empezaba á considerarse como el primer jefe de caballería de su época.

Y lo fué en efecto, aun cuando no tuviese las dotes para ser un buen general como Las-Heras, Arenales ó Paz, que, además de su valor, poseían condiciones relevantes de cálculo, de organización y de estrategia.

La caballería argentina alcanzó con Lavalle la mayor solidez que tropas de esa arma han podido alcanzar en tiempo alguno, como quedó demostrado en la retirada que hizo el ejército argentino, al mando de Alvarado, desde Torata á Arica, en Diciembre de 1822, después del desastre que le hicieron sufrir los generales españoles Valdez y Canterac.

Los famosos coraceros y dragones de D'Aupoul y D'Espagne, de las guerras del imperio napoleónico, no hubieran hecho más que los granaderos argentinos en aquella retirada, salvando, con el honor de las armas, al ejército comprometido en una expedición de las más aventuradas.

* * *

Continuó su marcha el ejército patriota librando combates de retaguardia y maniobrando, hasta que en los cerros de Pichincha, alumbrados, puede decirse, por el volcán que da su nombre á aquellos lugares, á dos leguas de Quito hiciéron alto los dos ejércitos para librar una de las batallas más reñidas, como que los españoles se defendían ahora con la desesperación en el alma, al verse rechazados hasta cerca de la línea del Ecuador.

El espíritu de los primeros aventureros españoles, que tres siglos antes pisaran aquel territorio, debió contemplar desde los altos picos de las montañas el esfuerzo supremo y casi postrero de sus sucesores en la dominación del Nuevo Mundo, presenciando la derrota de sus armas, al despeñarse los combatientes vencidos por las gargantas y laderas de aquellos precipicios, corriendo al llano y buscando su salvación en la fuga.

Aimeric, el bravo general español, después de pelear en aquellos cerros tan elevados que parecen tocar en las nubes, extenuado, haciendo esfuerzos extraordinarios para detener sus tropas que se dispersaban en derrota, rompe su espada cuando ya no puede más, y se entrega prisionero.

La ciudad de Quito cae en poder del vencedor, y la caballería patriota, recorriendo victoriosa la llanura, aumenta á cada momento sus trofeos; pero ¡ay! ¡qué cuadro tan triste ofrecía aquel campo de batalla cubierto de cadáveres de una y otra parte!

Aunque la caballería había tomado poca parte en aquella acción, pues la pelea había tenido lugar en los cerros, una vez pronunciada la derrota de los españoles, ocupó las quebradas y los valles, persiguiendo á los cuerpos que se retiraban en orden, recibiendo y dando varias cargas.

En uno de estos encuentros, los dragones de Colombia perseguían á un batallón español que se retiraba formado en columna de marcha, con guerrillas á los flancos.

Los dragones que mandaba el Capitán Florencio Villa-Mayor picaban la retaguardia de aquellos infantes, y por consiguiente recibían los fuegos de sus guerrillas.

El Teniente Vélez-Suárez cargó sable en mano con su compañía á una de las guerrillas retrasadas, pero con tan mala fortuna, que fueron rechazados los dragones, dejando á su oficial en el campo.

El Capitán Villa-Mayor, que dirigía la persecución y marchaba atento á las fases diversas que ella ofrecía, así que vió el rechazo de los dragones de Vélez-Suárez, se puso al galope y cargó resueltamente á los infantes españoles que avanzaban entusiasmados y aturdidos, haciendo fuego sobre los dragones que huían.

Casi en dispersión, recibieron los infantes la segunda carga que les llevaba el Capitán Villa-Mayor, y al grito de: «Ahí viene la caballería,» huyeron, siendo alcanzados y muertos ó heridos por la espalda en la fuga. Los dragones, con sus largos sables, en caballos pequeños y ligeros como son los del Perú, alcanzaban fácilmente á aquellos soldados á pie, que aun cuando en su huida iban arrojando los fusiles para correr con mayor presteza, como el campo era llano y la distancia á recorrer para ser auxiliados demasiado extensa, pronto quedaban á merced de los dragones.

La columna española, al notar aquel combate á retaguardia, se detuvo para esperar á su guerrilla que consideraba dispersa, pero ya era tarde: la guerrilla había perecido, y los dragones habían hecho alto á distancia conveniente para recoger sus heridos y sepultar sus muertos. Convencida entonces la infantería española de que era inútil su permanencia allí, volvió á emprender la retirada.

El Capitán Villa-Mayor recorría el campo del combate como buscando á alguno con ansiedad: aproximaba su caballo lo más posible á los heridos ó muertos, examinaba con atención el semblante ó el uniforme de aquellas víctimas de la guerra, recogía luego las riendas silencioso para volver á seguir en su tarea, hasta que al distinguir un oficial tendido sobre el césped, en medio de un lago de sangre, con la cabeza descubierta, el sable aun pendiente de la dragona en el puño, los ojos cerrados, pálido, muerto al parecer, soltó las riendas, tambaleó como

un ebrio, se abrazó del cuello del caballo para no caer, siguiendo éste su marcha al paso, sin dirección.

El trompa de órdenes y un asistente, que seguían al capitán, sorprendidos, corrieron á auxiliarlo, colocándose uno de cada lado para sostenerlo, pues sin ese apoyo se hubiese desplomado.

Algunos minutos después alzó la cabeza el capitán: se hubiese dicho que había envejecido en unos instantes, tan cambiado estaba! Volvía de su desmayo, y pasándose la mano por la frente y por los ojos, como quien despierta de un sueño abrumador, dijo:

—Un dolor agudo en el corazón me privó del conocimiento; ya pasó,—y tomando la actitud segura y correcta que le era habitual sobre la silla, agregó, volviéndose en dirección al oficial herido, que se hallaba á algunos metros:

—Levanten sobre uno de sus caballos aquel oficial y condúzcanlo á aquella población que se encuentra en la quebrada, que allá voy yo también: les recomiendo el mayor cuidado.

Los soldados obedecieron, y volviendo grupas, se desmontaron junto al oficial herido, reconociendo en el acto al Teniente Armando Vélez-Suárez.

—Parece que está muerto, dijo uno de los soldados; la herida es en el pecho. Tomémoslo así mismo con cuidado, por si no lo ha abandonado la vida... ¡Era bueno y valiente este oficial! Toda la compañía lo estimaba y lo va á sentir mucho cuando sepa que los godos acabaron con él; porque para mí, Dios me perdone, el teniente está muerto de veras.

El capitán se había quedado en el mismo sitio en que diera la orden, observando la obra piadosa de los soldados con la mano puesta á la altura de la frente, como en actitud de guardarse de los rayos del sol, pero en realidad con el objeto de ocultar su dolor, pues lloraba, y gruesas lágrimas corrían por su semblante. Estaba inmóvil.

Seguro ya de que se cumplía su orden, dió vuelta su caballo y continuó marchando al paso, como guiando el fúnebre convoy.

Momentos después llegaba el capitán á la humilde población campesina levantada en la quebrada, á orillas de un pequeño arroyo de agua cristalina, que corría entre las rocas.

Allí se desmontó y bañó su semblante con agua tomada en el hueco de la mano, enjugándose con un pañuelo de seda blanco que llevaba en el morrión.

Un instante después llegaron los soldados con su triste carga, y el capitán, saliendo al encuentro de su amigo, tranquilo y sereno al parecer, púsole la mano sobre el corazón, que no latía ya, y cubrió su cadáver con una manta de mucho valor, tejida en Tucumán, y obsequio de una dama de Lima, mientras los conductores lo tomaban en sus brazos y lo depositaban á la entrada de la casa.

Un hombre viejo y un muchacho eran los únicos moradores de aquella vivienda, pues los demás habían huido á Quito al rumor de la derrota y por temor á los dispersos.

Los dragones, cumplida su misión en el campo del combate, se formaron, y con el teniente segundo á la cabeza, fueron á incorporarse con su capitán, que ya habían visto dirigirse á aquella población.

Dispuso el capitán que descansase la tropa á orillas del arroyo, con el objeto también de rendir los últimos honores al valiente oficial.

Vinieron los soldados de á dos en fondo á saludar el cadáver del teniente, muerto en el campo del honor.

Esa tarde, al ocultarse el sol en el horizonte, y en medio de los dragones formados en una ladera y entre dos grandes rocas, se depositó en una modesta sepultura abierta al efecto, el cadáver del bravo y noble oficial, haciendo los dragones la descarga de ordenanza.

Varias inscripciones grabadas toscamente en las piedras indicaban su nombre, su categoría y la fecha de su muerte.

* * *

El Capitán Villa-Mayor se paseaba á cierta distancia con las manos á la espalda, la frente inclinada, abrumado y pensativo.

Después de despachar un chasque al Coronel Lavalle, dándole cuenta de lo ocurrido, el capitán mandó acampar allí á sus dragones, no tan sólo para que tomaran el descanso necesario los hombres, sino también las cabalgaduras, que ya no podían más.

El capitán pasó la noche en vela, ya paseándose, ya recostado en su montura, y al otro día contaron los soldados de guardia á sus compañeros, que lo habían oído sollozar.

Una palidez intensa y algunos surcos en la frente, transparentaban su sufrimiento, contrastando esto con su actitud correcta y voz segura, cuando dió la orden de tocar á botasilla y montar á caballo.

Antes había ido á hacer una visita de despedida á la tumba de su amigo, en donde permaneció largo tiempo.

Al ausentarse recomendó al viejo y al muchacho, moradores de la casa, dándoles algún dinero, que cuidasen de aquella sepultura, diciéndoles que los restos que ella encerraba vendrían á buscarlos personas que se interesaban por ellos.

* * *

¡Cuánto debió sufrir aquella joven sensible, noble y valerosa, al dejar en tierra extranjera y perdidos entre las breñas, los restos mortales del hombre amado, á quien el furor de la guerra y el destino cruel le habían arrebatado la vida! Sus sueños de volver, á la terminación de la guerra, que se consideraba próxima, á tierra chilena ó argentina, con gloria y honores, libre ya del uniforme, y poder decir entonces á Armando Vélez-Suárez: «Vuestro capitán era una mujer que os amaba, y va á haceros feliz,» se desvanecían como la estrella esplendorosa que ocultan nubes sombrías. ¿Qué le quedaba ya?...

L

Á mediados de 1822, la situación del General San Martín, como protector del Perú y jefe del Poder Ejecutivo, era hasta cierto punto difícil.

Con el sistema de gobierno establecido, las ambiciones de los peruanos tomaron proporciones desconocidas hasta entonces, de resultas de las cuales formáronse grupos primero, que fueron ensanchando su acción y pretensiones, hasta que pudieron llamarse partidos, disputándose los puestos oficiales á que todos aspiraban. El General San Martín, que había abandonado la dirección de la campaña por la administración de los negocios en Lima, notó que empezaba á faltarle la base firme que da la victoria.

Por otra parte, los jefes argentinos se encontraban fastidiados de su inacción, pues el sistema defensivo de guerrillas no se avenía con su actividad, su valor y la ambición natural de batir al enemigo en batallas campales que resolviesen en un tiempo determinado la gran guerra.

Al presentarse en Quito el libertador de Colombia, General Bolívar, vencedor de los españoles en el Norte, todos los corazones que latían al unísono á impulsos de la grande aspiración de ser libres definitivamente de la dominación de España, se llenaron de gozo y de esperanza. Los mismos militares argentinos y chilenos, que deseaban la terminación de la guerra por el triunfo completo de la libertad, miraron alborozados del lado en que venían las armas colombianas.

Así es que cuando dispuso el General San Martín que concurriesen algunos cuerpos argentinos y chilenos á la campaña de Quito con el General Santa Cruz, para auxiliar á Sucre, que había sido batido por los españoles, como hemos dicho en páginas anteriores, el contento se retrató en todos los semblantes.

Sin el auxilio de la división argentino-chilena, casi im-

posible le hubiera sido al General Sucre hacer frente á los generales españoles que dominaban aquel territorio, ni al Libertador Bolívar salir del atolladero en que se encontraba en Pasto, detenido en el río Juanambú, después de su victoria en Bomboná; tanto es así, que fué más que necesaria, indispensable, la concurrencia del General Córdoba con una división, al día siguiente de la victoria de Pichincha.

De otro modo no le hubiera sido posible al General Córdoba ir en auxilio del Libertador, que pudo así continuar su marcha victoriosa hasta entrar en Guayaquil.

Después de esos sucesos, ¿á qué quedaba reducida la influencia del protector del Perú?

Los pueblos que habían visto gastarse los resortes de su gobierno con su permanencia en Lima, lo esperaban todo del nuevo sol que aparecía.

Bolívar era entonces, para los peruanos, el verdadero libertador. Ya no se acordaban de que, sin la expedición de San Martín, sin los actos de audacia y valor realizados por la escuadra de Chile, mandada por el ilustre Almirante Cockrane, y sin la marcha victoriosa de los argentinos y chilenos, al mando de Arenales, en la campaña de la sierra, los Virreyes, los Oidores y la Inquisición dominarían aún en Lima como dueños y señores de vidas y haciendas, en nombre del Rey de España; pero sucede lo de siempre: el éxito final que corona la empresa, recibe el beneficio y la gloria.

¿Hubiera sido posible que el libertador de Colombia llegase bajo arcos de triunfo á Quito, no decimos ya á Lima, sin las victorias de los ejércitos argentinos y chilenos y de su escuadra, que los hizo dueños de las costas del Pacífico, desde el estrecho de Magallanes hasta Guayaquil, que les dió la posesión de Lima, la ciudad de los Reyes, asiento de las riquezas y del poder español, y de la plaza y fortalezas del Callao, las primeras obras de defensa de costas en esos mares, y abrigo de las escuadras?

No lo creemos, y cuando se escriba la historia impar-

cial de la independencia de la América española, se ha de ver que nosotros, en estas referencias y opiniones, no aventuramos nada al afirmar que la campaña del General San Martín, desde Mendoza hasta Lima, no tiene igual por su importancia en el continente americano.

San Martín, decimos, que veía que el poder se le escapaba de las manos con la aproximación de Bolívar, pues que amenguaba su influencia, determinó pasar á Guayaquil á conferenciar con el libertador de Colombia.

El 22 de Julio de 1822 llegaba á aquel puerto, estrechándose en un fuerte abrazo aquellos dos hombres superiores, que de zonas tan distantes, con iguales propósitos y con igual fortuna, vinieron á encontrarse victoriosos bajo el sol del Ecuador.

Tres días permanecieron juntos estos dos guerreros, sólo comparables á Aníbal y á Bonaparte por su heroico esfuerzo en atravesar las montañas más altas del globo, con ejércitos numerosos que llevaban consigo todos los elementos indispensables para una larga y difícil campaña.

¿Sobre qué versó la conferencia? Nada se ha escrito, que nosotros sepamos, que merezca completa fe, sobre la verdad de las ideas cambiadas entre las dos águilas americanas; pero la carta que el General San Martín dirigió á Bolívar desde Lima, un mes después, ofrece por sí sola bastante luz, y á ella nos remitimos para no perdernos en conjeturas ni en suposiciones que pudieran perjudicar el patriotismo del uno ó del otro.

Nada de eso. El ideal era el mismo: concluir con los ejércitos realistas, aun en pie de guerra, y libertar definitivamente el continente de la dominación española.

Se presentaba, sin embargo, esta cuestión: ¿cuál era, moralmente, el más fuerte de los dos caudillos en aquellas circunstancias?

Lo hemos dicho ya: el nuevo astro que asomaba, Bolívar, porque San Martín se había gastado en su gobierno de Lima.

¿Podrían dos ejércitos tan distintos como el argentino-

chileno y el colombiano coadyuvar con vigor, obedeciendo una sola orden, en la campaña laboriosa que tenían que realizar, con éxito, si dos generales que debían considerarse iguales en méritos, en saber y en fortuna los dirigiesen? ¿Podrían entenderse convenientemente los dos capitanes en la dirección de la campaña, y aun en el mismo campo de acción?

¿No es regular suponer que Bolívar, considerándose más dueño de la situación en el Perú, se considerase también superior á San Martín para llevar á término la campaña, y que, por consiguiente, pusiera en juego todos los medios á su alcance para anular á su émulo?

Sin esfuerzo se comprende que la agitación de los partidos en Lima, en esos momentos, respondía directamente á entregar la dirección de los negocios al General Bolívar, con prescindencia del General San Martín.

La conferencia de Guayaquil, en nuestra opinión, debe de haberse limitado á querer probar el Protector del Perú que era posible y hacedero dividir el mando con el Libertador de Colombia, y marchar de acuerdo, tanto en el gobierno del país como en la dirección de la guerra, tomándose tal vez por límite el territorio de Guayaquil ú otro que designara el dominio civil y militar, prestándose auxilio eficaz, como había ocurrido ya.

Se deduce de la carta de San Martín que mencionamos, que no pudo convencer á Bolívar, quien, orgulloso con su situación, exigía ser único en el mando y único en la gloria.

No hay que negar mérito á la altivez de Bolívar, porque si esperaba cosechar laureles, también podía sufrir reveses que amenguaran la gloria conquistada.

Los ejércitos españoles eran fuertes todavía por su número, y podían concentrarse rápidamente é infligir una derrota decisiva al Ejército Libertador. La responsabilidad de Bolívar aumentaba, al mismo tiempo que se negaba éste á compartir la dirección del mando.

La situación de San Martín se hacía insostenible, pues se veía supeditado. Convencido de ello, se separó de Bo-

lívar. La frialdad de la despedida tampoco le dejó duda acerca de lo que le correspondía hacer para sustraerse á la anarquía que ya empezaba á asomar.

San Martín juzgó débil su autoridad; á no ser así, con los elementos que poseía, superiores á los de Bolívar en un principio, pudo imponerse; pero gastado y sin ánimo para la lucha, optó por abandonar el Perú y la América.

Llegó á Lima á mediados de Agosto, de regreso de Guayaquil; en su ausencia habían pasado muchas cosas: las ambiciones y la anarquía habían tomado mayor vuelo, y ante el desorden que empezaba á producirse, los realistas, llenos de esperanza, creyeron que era necesario aprovechar cualquier momento favorable á su causa, dando principio á trabajos ocultos en ese sentido.

Madurando su pensamiento, el General San Martín activó los trabajos para la reunión del primer Congreso independiente en el Perú.

LI

Hallándose San Martín en su palacio ocupado en dictar á sus secretarios el decreto convocando á los miembros del Congreso, que deberían presentar sus poderes en forma, para declararlo instalado, se hizo anunciar fray Miguel Ángel.

Al oir su nombre, se levantó vivamente San Martín, y dirigiéndose hacia la puerta de la sala inmediata para recibirlo, le dijo, en momentos en que aquél entraba:

—Padre, parece que hubieseis respondido á mi pensamiento, pues deseaba hablaros; hace días que no os veía por aquí y suponía que estuvieseis enfermo.... Pero, ¿qué tenéis? Estáis agitado y parecéis pesaroso. ¿Qué ocurre, pues?

El fraile, después de entornar la puerta que comunicaba con la secretaría del general, dijo, á su vez:

—¿Os acordáis, señor general, de la patriota mendocina?

—Tengo su recuerdo tan presente, que creo recibir, en cualquier momento, alguna nueva agradable que se relacione con ella.

—No, señor general, eso ya no podrá ser, porque ha terminado su carrera en el mundo.

—Pues qué, ¿ha muerto, sin que yo haya podido hacer nada por ella para compensar sus grandes, nobles y desinteresados servicios!

—¡Ah! sí, algo habéis hecho por ella, señor general.

—Explicaos, padre, que estoy bajo el peso de una ansiedad indescriptible.

—Os acordáis de aquel Alférez Villamayor que se presentó por primera vez en el Cuartel general de «Las Tablas» con el parte del combate del «Gavilán»; que al día siguiente de «Cancha Rayada» vino nuevamente trayendo la noticia de que el ejército había sido salvado por el General Las-Heras, y que sucesivamente fué propuesto hasta el grado de capitán, citado en la orden del día por hechos de armas notables, condecorado con la medalla de Chacabuco, los cordones de Maipú, el escudo celeste discernido á los vencedores de «Río-Bamba», con la Orden del Mérito y el Sol de «Pichincha»...? Pues bien: ese heroico oficial era la patriota mendocina, que se alistó como soldado en el primer Regimiento de granaderos á caballo, en la compañía de su hermano Gerardo, hoy coronel, el mismo día de la salida del Ejército de Mendoza.

—¡Es cierto, fray Miguel! Parece que despierto de un sueño, agregó el general pasándose la mano por la frente; pero ¿cómo lo habéis sabido, padre? Decid pronto.

Contó entonces fray Miguel, muy emocionado, que algunos días antes había sido llamado apresuradamente del Convento de monjas Benedictinas-Bernardas, de parte de la Priora, religiosa de mucho mérito por sus virtudes, belleza y talento, natural de Lima y perteneciente á una familia noble.

Que, una vez en su presencia, la Superiora le dijo que se había permitido llamarlo con urgencia porque un suceso extraordinario había ocurrido en el Convento.

El día anterior, ya casi de noche, y en momentos en que las hermanas legas encargadas de la portería cerraban las puertas principales, un militar, envuelto en su capa, solicitó, con insistencia, hablar con la Hermana superiora.

Se le dijo que, como la hora era avanzada, volviese al día siguiente; insistió nuevamente el oficial, diciendo que le era indispensable hacerlo en ese momento, y que pedía humildemente á la hermana Superiora lo recibiese, pues reclamaba un auxilio del Convento.

Las hermanas porteras corrieron á dar aviso, dejando al oficial en el locutorio.

Momentos después se presentó la Priora, y viendo al desconocido, que oraba al pie de un crucifijo que allí había, le preguntó:

—¿Qué queréis, señor, en este lugar de paz, apartado del mundo?

Levantó la cabeza el militar, y dirigiendo una mirada suplicante á la Superiora, le contestó con voz débil y triste:

—Yo también busco la paz, en este sagrado asilo, para mi corazón destrozado por el infortunio; no soy un hombre, noble religiosa: soy una mujer que viste este uniforme de soldado porque el destino así lo ha querido. No me rechacéis ni dudéis de la verdad de mis palabras: me pongo bajo la protección del Salvador de la Humanidad; y uniendo la acción á la palabra, apoyó su frente calenturienta en los pies de la imagen. En esa actitud permaneció durante algunos minutos, cuando de pronto cayó pesadamente al suelo, quedando sin sentido.

Las hermanas porteras hicieron sonar la campana de auxilio, y en el acto aparecieron las demás religiosas silenciosamente, como si hubieran surgido del pavimento.

La hermana Superiora estaba orando arrodillada. Toda la comunidad imitó su ejemplo, asombrada de encontrarse allí con un militar tendido en el suelo, y que no daba señales de vida.

El médico y el confesor del Convento, llamados desde

el primer instante por una de las hermanas porteras, entraron en seguida, enterándose de lo que ocurría. Entonces el médico se apresuró á prestarle al oficial sus auxilios profesionales.

La Superiora ordenó luego que se retirase la comunidad, quedándose ella acompañada de dos monjas.

El médico y el sacerdote, guiados por las monjas, transportaron al oficial á una habitación especial del mismo Convento, en donde volvió aquél de su desmayo, que se prolongó algún tiempo, quedando después nuevamente como aletargado, sin conciencia de su estado.

Al día siguiente, ya en posesión de sus facultades, le manifestó al doctor, que no lo abandonó un solo momento, que deseaba hablar con fray Miguel Ángel, el amigo íntimo del Protector del Perú, General San Martín.

El médico trasmitió al instante la solicitud del enfermo á la hermana Superiora, y ésta, defiriendo al deseo manifestado por el oficial, dirigió con toda urgencia algunas líneas á fray Miguel, á quien en Lima todo el mundo conocía, y muy principalmente en los templos y casas de Religión, que visitaba con frecuencia.

* * *

Después de terminada la relación del suceso que le hizo la hermana Superiora, fray Miguel agregó:

—El mismo día que recibí las confidencias del Capitán Villamayor, que no era otro que la heroica patriota mendocina, vistió el hábito de novicia de la Orden de Benedictinas-Bernardas, entregándome esta joya, que, seis años ha, me disteis, general, para ella, como la expresión de vuestro reconocimiento por el notable servicio que acababa de prestar á la causa de la Independencia.

«Esta cadena, padre, me dijo la heroína, que me entregasteis en nombre del General San Martín, la he llevado constantemente conmigo, como talismán de fuerza y de valor; hoy se la devuelvo, porque ya no preciso sino resignación para mi alma dolorida y para mi espíritu en-

fermo, y todo esto lo encontraré en este santo lugar, que prepara dulcemente á la paz eterna de la otra vida.»

Y diciendo esto, fray Miguel puso en manos del general la cadena de su reloj, de la que se había desprendido, seis años atrás, en obsequio de la ilustre mendocina.

* * *

La tomó el general y estuvo contemplándola largo rato, como si quisiera profundizar el misterioso destino de aquella joya que volvía á su poder después de ser testigo de tantos hechos gloriosos en que había tomado parte la mujer heroica que lo llevaba en su brazo.

Un pensamiento asaltó de pronto al general, y dirigiéndose con viveza á fray Miguel, lo interrogó diciéndole:

—Decidme, padre: ¿cuál es la causa que hace desgraciada á esta noble mujer que priva al ejército de uno de sus más heroicos oficiales y á la independencia de uno de sus más leales defensores?

—Señor general, perdonadme, pero no me es permitido satisfacer vuestro deseo, porque es un secreto que pertenece á una penitente, á una religiosa. Sin embargo, puedo aseguraros, por mi honor, que no hay en el hecho nada que amengüe la hidalguía y nobleza de la heroína mendocina, que jamás faltó á sus deberes. ¡Ah! cuando su alma de ángel vuele al cielo, agregó con voz profética, los cantos de gloria resonarán en las bóvedas celestes!

El general, con la cabeza inclinada, permanecía silencioso y grave, con el entrecejo fruncido y con el puño cerrado sobre la rodilla. Un momento después se levantó y empezó á pasearse con cierta agitación; luego, volviéndose rápidamente hacia fray Miguel, que también seguía absorto en sus pensamientos, dijo:

—Padre, nuestra buena estrella se eclipsa; soy fatalista, y desde este acontecimiento, que cualquiera otro conside-

raría sin consecuencias, tengo la persuasión de que mi carrera pública ha terminado; arreglemos, pues, cuanto antes nuestros asuntos para ausentarnos de esta tierra que hemos libertado del español. Mañana escribiré al General Bolívar manifestándole mi resolución inquebrantable de ausentarme definitivamente, no sé para dónde: será para Buenos Aires, para Europa, para donde me lleve mi destino. Conviene concluir, porque, padre, es necesario no desoir los avisos de la Providencia.

Fray Miguel, que se hallaba de pie, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre el pecho, mientras el general se paseaba á lo largo de la sala, parecía aprobar la resolución del general.

* * *

San Martín escribió, como había dicho, la carta al Libertador de Colombia, en los términos siguientes:

« Excmo. señor Libertador de Colombia, Simon Bolívar.

Lima, 29 de Agosto de 1822.

« Querido general: Dije á usted en mi última del 23
« del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo
« de esta República, con el fin de separar de él al débil
« é inepto Torre-Tagle, las atenciones que me rodeaban
« en aquel momento no me permitían escribir á usted con
« la extensión que deseaba: ahora, al verificarlo, no sólo
« lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la
« que exigen los grandes intereses de América.

« Los resultados de nuestra entrevista no han sido los
« que me prometía para la pronta terminación de la
« guerra: desgraciadamente yo estoy firmemente conven-
« cido, ó que usted no ha creído sincero mi ofrecimiento
« de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando,
« ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que
« usted me expuso de que su delicadeza no le permitiría

« jamás mandarme, y aun en el caso de que esta dificul-
« tad pudiese ser vencida, estaba usted seguro de que en el
« Congreso de Colombia no se consentiría su separación de
« esa República,—permítame usted, general, que le diga que
« no me han parecido bien plausibles. La primera se re-
« futa por sí misma; y en cuanto á la segunda, estoy muy
« persuadido de que la menor insinuación de usted al Con-
« greso, sería acogida con unánime aprobación; con tanto
« más motivo, cuanto que se trata con la cooperación de us-
« ted y la del ejército de su mando, de finalizar en la pre-
« sente campaña, la lucha en que nos hallamos empeña-
« dos; y el alto honor que tanto usted como la República
« que preside, reportarían en su terminación....

« Sin esto la lucha continuará por un tiempo indefinido;
« digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido
« de que, sean cuales fueren las vicisitudes de la presente
« guerra, la independencia de América es irrevocable; pero
« también lo estoy de que su prolongación causará la
« ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los
« hombres á quienes están confiados sus destinos, evitar
« la continuación de tamaños males. En fin, general, mi
« partido está irrevocablemente tomado: para el 20 del
» mes entrante he convocado el primer Congreso del
« Perú, y al siguiente día de su instalación me embarcaré
« para Chile, convencido de que sólo mi presencia *es el*
« *solo obstáculo* que le impide á usted venir al Perú con
« el ejército de su mando. Para mí, hubiera sido el colmo
« de la felicidad terminar la guerra de la independencia
« bajo las órdenes de un general á quien la América del
« Sud debe su libertad: el destino lo dispone de otro modo,
« y es preciso conformarse.

« No dudando que después de mi salida del Perú el
« Gobierno que se establezca reclamará la activa coope-
« ración de Colombia, y que usted no podrá negarse á
« tan justa petición, antes de partir remitiré á usted una
« nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada
« puede ser á usted de utilidad su conocimiento:

« Nada diré á usted sobre la reunión de Guayaquil á

« la República de Colombia: permítame usted, general, le
« diga que creo no era á nosotros á quien pertenecía de-
« cidir este importante asunto. Concluída la guerra, los
« gobiernos respectivos lo hubieran tratado sin los incon-
« venientes que en el día pueden resultar á los intereses
« de los nuevos Estados de Sud-América.

« He hablado á usted con franqueza, general, pero los
« sentimientos que expresa esta carta quedarán sepultados
« en el más profundo silencio: si se traslucieran, los ene-
« migos de nuestra libertad podrían prevalerse para perju-
« dicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la
« discordia.

« Remito á usted una escopeta, un par de pistolas y el
« caballo de paso que le ofrecí: admita usted, general,
« esta memoria del primero de sus admiradores. Quedo
« deseando únicamente que sea usted quien tenga la gloria
« de terminar la guerra de la Independencia de la Amé-
« rica del Sud, y se repite su afectísimo servidor,

« José de San Martín. »

LII

El 20 de Septiembre el primer Congreso del Perú se declaraba solemnemente instalado, y desde aquel momento la Nación estaba debidamente representada, debiendo aquel inmenso servicio al ilustre General San Martín, y á argentinos y chilenos, que con su sangre y sus tesoros llegaron hasta Lima á través de un bosque de bayonetas españolas.

Al inaugurarse el Congreso, el Protector del Perú ocupó la Presidencia en el estrado bajo dosel, que se le había preparado en el salón de sesiones, y despojándose de la banda bicolor, insignia de su alta dignidad de Jefe Superior del Estado, y colocándola sobre la mesa que tenía delante, en la que también depositó el bastón de mando

con borlas de seda, pronunció un discurso, el que terminaba con estas palabras: «Peruanos: desde este momento queda instalado el Congreso soberano, y el pueblo reasume el poder supremo en todas partes.»

El Congreso, obedeciendo á un acto de gratitud y de justicia, extendió el nombramiento de Generalísimo de las armas del Perú á favor del General San Martín; pero éste se negó á aceptarlo, expresándose en términos elevados y dignos.

«He cumplido, señor (decía el general, dirigiéndose al Congreso), la promesa sagrada que hice al Perú; he visto reunidos á sus representantes.

«La fuerza enemiga ya no amenaza la independencia de unos pueblos que quieren ser libres, y que tienen medios para serlo.

«El ejército numeroso, bajo la dirección de jefes aguerridos, está dispuesto á marchar dentro de pocos días á terminar para siempre la guerra.»

En su despedida á los peruanos decía:—«Presencié la declaración de la Independencia de los Estados de Chile y el Perú. Existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el Imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.

«Peruanos: os dejo establecida la representación nacional; si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo, sino, la anarquía os va á devorar.»

EPÍLOGO

Antes de embarcarse para Chile, quiso el General San Martín hacer su visita de despedida al Convento de las Benedictinas-Bernardas, donde se encontraba su fiel aliada, la patriota mendocina, muerta para el mundo, como él había muerto para la política y la guerra.

Comunicado su pensamiento á fray Miguel Ángel, su compañero y fiel amigo, éste lo aprobó calurosamente.

—Es necesario, sí, decía éste, verla por la última vez, vistiendo humildemente su hábito de religiosa, como en días tremendos de guerra y de combate vimos al oficial de granaderos á caballo en lo más recio de la pelea con el semblante sereno, transparentándose en él su alma heroica y generosa. ¿Os acordáis, señor, de aquella mirada dulce á la vez que firme, de su voz armoniosa, clara y expresiva, cuando le pedíais detalles sobre la marcha del General Las-Heras después de *Cancha Rayada?*

—Sí, fray Miguel, muchas veces he pensado en aquellas horas angustiosas, y el despertar feliz que tuve en la hacienda de «Quechereguas», cuando se me anunció la presencia del oficial enviado por el General Las Heras, que me traía la grata nueva de la salvación de casi todo el ejército: fué el momento de mayor felicidad que he tenido en mi vida; porque, creedme, perdida la campaña, me consideraba deshonrado, y además me parecía ver ya á los españoles en Santiago, y luego, después de atravesar la Cordillera, asomar las columnas de su ejército en Mendoza. ¡Qué inmensa responsabilidad!—Sí, fray Miguel, veremos á la patriota mendocina, nuestra buena estrella en los momentos solemnes, y nos despediremos de ella para siempre, porque de seguro no nos volveremos á ver. Avisad á la Superiora, que me honra con su amistad, y decidle también que le entregaré un recuerdo para la biblioteca y museo de su Convento.

* * *

Dos días después, á la hora de misa mayor, se presentó San Martín en la iglesia del monasterio. Salió la comunidad á recibirlo, con la Priora á la cabeza.

Un convento, principalmente de mujeres, en la época que alcanzamos, al finalizar el siglo de las luces, es verdaderamente una novedad. El claustro tuvo su tiempo; el convento español, sobre todo, fué cruel y fúnebre: aquellas construcciones macizas de estilo árabe, de corredores sombríos; aquellas paredes y cerrojos destinados á pre-

senciar tantas tristezas y lágrimas en los siglos de su existencia, helaban la sangre en las venas del que acertaba á traspasar sus umbrales.

Al empezar el siglo, aun se encontraban los conventos, en las posesiones de América, como en los tiempos de su mayor esplendor. La Revolución, con las grandes ideas filosóficas del siglo pasado, iluminando el mundo con su esplendorosa luz, había penetrado tenuemente en las celdas y en los claustros, á manera del crepúsculo de la mañana que se inicia suavemente.

Las Superioras de los conventos, que por lo regular pertenecían á la clase más distinguida de la sociedad, recibían informes de sus propias familias sobre los sucesos políticos que se desarrollaban en América: así es que, ilustradas por su espíritu inteligente,—natural en la mujer, impresionable siempre, aunque se halle encerrada dentro de los espesos muros de un monasterio,—seguían atentas los progresos de las nuevas ideas sobre las viejas, y las victorias de las armas liberales sobre las del antiguo régimen.

Á su vez, como acompañando las conquistas modernas, los conventos fueron modificándose: *el impace, el entierro,* la penitencia ruda y cruel fueron desapareciendo gradualmente, hasta su total extinción, que vendrá luego, como consecuencia legítima del progreso y de la libertad.

Los conventos prestaron su servicio en épocas lejanas de obscuridad y de barbarie, en que hubo que modificar las pasiones alentadas por la ignorancia, sustituyendo lo espiritual á lo brutal; pero á medida que la civilización ha ido avanzando, el claustro ha sido y es estéril; más, es perjudicial.

* * *

Llegó San Martín al convento de las benedictinas, acompañado de fray Miguel Ángel y de un sargento de granaderos.

El sargento, que llevaba un paquete perfectamente acondicionado, se quedó á la puerta esperando órdenes.

Subió San Martín hasta cerca del altar mayor, donde había un sillón, una mesa y un cojín para arrodillarse.

Empezó la misa: las hermanas tocaban el órgano y cantaban los salmos sagrados. La comunidad estaba en fila, de rodillas. Vestía el hábito de la Orden, que lo constituían una túnica de sarga negra de mangas anchas, un gran velo de lana, la pechera que sube hasta la barba, cortada en forma cuadrangular sobre el pecho, y la toca que baja hasta los ojos, llevando un rosario pendiente de la cintura.

Las novicias llevaban el mismo hábito, pero todo blanco: éstas eran solamente diez.

San Martín recorría con la vista la fila de las novicias que oraban de rodillas con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre el pecho. Con su vista de águila trataba de reconocer al capitán de granaderos bajo la toca de la monja. Todo fué inútil: se fatigó en vano; aquellas figuras blancas, inmóviles, como si fueran de marfil, eran uniformes en la apostura y en el recogimiento; unas más altas y otras más bajas: he ahí todo.

Mientras tanto la música y los cantos sagrados resonaban en las bóvedas del templo; el incienso, la voz del sacerdote en el altar, la campanilla del monaguillo tocando en los momentos solemnes de la misa, todo inspiraba el recogimiento é invitaba á la oración.

Terminada la misa, la comunidad recibió la bendición del obispo que oficiaba, y, poniéndose de pie, acompañó la procesión por el templo: ceremonia ésta indispensable en aquel tiempo, y que aun hoy se acostumbra en algunas fiestas religiosas.

Desfilaron las monjas primero, después las novicias. San Martín estaba atento, observando su marcha. Una novicia más alta que las demás, con la cabeza y el cuerpo un tanto erguidos, el paso más firme, pasó por su lado, fijándose en él. Dejó oir un sollozo ahogado, á la vez que inclinaba la frente, lo que hizo comprender al general que estaba en presencia de la patriota mendocina.

La novicia se confundió con las demás, y San Martín

quedó absorto, con la vista fija en aquella toca blanca que sobrepasaba á las otras. Una lágrima silenciosa se deslizó por su morena mejilla, tostada por el sol.

—Me retiro, fray Miguel, dijo luego el general, volviéndose al religioso: esto termina ya. Despedidme de la Priora y de la comunidad; entregad de mi parte el obsequio que hemos traído para el monasterio y disculpadme con todos. Me siento mal, así es que no puedo permanecer más aquí. ¡La he visto y ella me ha reconocido!

Salió el general, y el fraile cumplió su comisión.

El obsequio á que se refería el general, lo constituía un pequeño cofre de oro cincelado, con una inscripción que decía:

«El General San Martín, al Monasterio de las Benedictinas-Bernardas de Lima, al ausentarse del Perú.»

El cofre contenía las condecoraciones é insignias, ricamente bordadas, del capitán de granaderos á caballo Florencio Villa-Mayor, su foja de servicios, y además una libranza contra el banquero del general en Lima, por valor de quinientas onzas de oro, para la biblioteca del Convento. Acompañaba el obsequio con una sentida carta, que decía:

«Reverenda:

«Permitid á mi corazón la satisfacción de ofreceros una modesta ofrenda para vuestro monasterio; ella lleva el sello del reconocimiento y de la gratitud. Las insignias y condecoraciones, así como la foja de servicios que también incluyo, pertenecieron á un noble y valiente oficial, muerto para el mundo, pero vivo en el recuerdo del ejército libertador de Chile y del Perú.

«La novicia de vuestra Orden, que en religión lleva el nombre de Sor Genoveva Florencia de la Cruz, fué aquel heroico militar que, como la doncella de Orleáns, Juana de Arco, vistió el uniforme y las armas del guerrero para libertar á su patria.

«Que sus oraciones y las vuestras acompañen y dirijan los pasos por el mundo, de vuestro humilde servidor,

«JOSÉ DE SAN MARTÍN.»

Al día siguiente, el Aníbal americano, vencedor en Chacabuco y en Maypú, el libertador de Chile y del Perú, dejó las playas de la tierra de los Incas, embarcándose en la goleta *Atahualpa*, que puso su proa en dirección á las costas de Chile, en demanda del puerto de Valparaíso.

RECUERDOS

DE LA GUERRA DEL PARAGUAY

TRASMITIDOS

POR UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ORIENTAL

PASAJE DEL RÍO PARANÁ

16 de Abril de 1866

I

Cada vez que se escribe ó se habla de la guerra del Paraguay (1865 á 1869), siempre hay algo nuevo que contar.

Después de la batalla del 2 de Mayo de 1866, entre el Ejército aliado y el Ejército paraguayo, volvió á Paysandú con licencia, por haber sido herido gravemente, un joven que en la guerra civil de 1863-64, cuando apenas contaba 17 años, se había presentado al General Flores en su campamento de «Sacra», y que después marchó al Paraguay con el grado de alférez en el batallón 24 de Abril, famoso por sus hechos de armas en la gran guerra.

Este valiente oficial hizo toda la campaña del Paraguay, donde fué herido varias veces, habiendo alcanzado el grado de sargento mayor, y murió más tarde, en la guerra civil de 1875, con el grado de teniente coronel.

De sus labios hemos oído muchas y variadas relaciones

interesantes de tan laboriosa campaña, en que fué actor, y tomando de nuestros apuntes la que se refiere al pasaje del río Paraná, en la embocadura del río Paraguay, en Abril de 1866,—pasaje que el Ejército aliado realizó á la vista del Ejército del Presidente López,—vamos á ensayar el esbozo de aquella hermosa operación de guerra, la más importante de las guerras del Plata.

Como se sabe, en Agosto de 1865 tuvo lugar la batalla llamada del Yatay, en territorio correntino. En este hecho de armas el Ejército oriental, al mando del ilustre General Venancio Flores, obtuvo una importante victoria sobre un cuerpo de Ejército paraguayo que había invadido, de concierto con otras fuerzas, y que, á su vez, se rindió en breve en Uruguayana, territorio brasilero.

Éste fué el comienzo de la campaña denominada del Paraguay, que duró cinco años y que terminó con la muerte del Mariscal López, Presidente de aquel infortunado país, digno de mejor suerte por el valor imponderable de sus hijos.

El Ejército aliado, después de sus victorias, siguió marchando en dirección al río Paraná, frente al territorio paraguayo, y llegó á la vista del caudaloso río, sin encontrar resistencia, el 20 de Noviembre de dicho año.

La marcha fué larga y penosa por las condiciones del territorio, la falta de medios de comunicación y de víveres; pero el Ejército aliado venció todas las dificultades con abnegación y patriotismo.

II

El Ejército paraguayo que invadió á Corrientes, al declararse la guerra, se componía de 40.000 hombres, y de ellos sólo volvieron al Paraguay 19.000: los demás, unos habían muerto de enfermedad ó en los combates y otros fueron tomados prisioneros en Yatay y Uruguayana.

En cambio se llevaron cien mil cabezas de ganado.

Este Ejército, con algunas otras tropas, sumaban en el Paso de la Patria, en el río Paraná, alrededor de 30.000 hombres, con una artillería poderosa, á cuyo frente se encontraba el Presidente del Paraguay en persona.

Desde luego, el Mariscal López ha sido juzgado por los militares como un inepto, y su derrota era infalible á pesar del valor de sus soldados.

El Paso de la Patria, en territorio paraguayo, era entonces una aldea; pero en breve se vió poblada, al establecer López su campamento allí: los soldados hicieron viviendas provisorias, ranchos ligeramente construídos, y plantaron maíz para alimentarse. El General López, por su parte, mandó hacer una linda casa con amplios corredores y comodidades para su familia y el obispo, compañero inseparable hasta el momento en que fué sacrificado por la voluntad de su viejo amigo.

Allí se fortificó el Presidente López con zanjas y obras de defensa que construyó el Ingeniero Thompson, inglés al servicio del Paraguay.

El principal fuerte se denominaba Itapirú (Piedra seca); estaba artillado con piezas de grueso calibre, y se levantaba en una punta de tierra, de alguna elevación, que entraba en el río Paraná. La posición estaba bien elegida, y con buenos cañones y hábiles artilleros, era, como lo probó, un peligro serio para los aliados.

López había hecho construir y armar chatas, embarcaciones resistentes de poco calado, que, apoyadas por el fuerte, deberían molestar á la Escuadra brasilera.

Se componía ésta de 18 cañoneras de vapor, de seis cañones cada una, y de cuatro acorazados con la artillería correspondiente, sumando un total de 140 cañones, más ó menos.

El 21 de Marzo de 1866 se presentó la Escuadra frente á las posiciones de López, formando en batalla en toda la línea, bajo el fuego de las baterías paraguayas.

Éstas no se hicieron de rogar, y rompieron el fuego con furor sobre los buques de la Escuadra, los cuales, desde luego, respondieron con igual brío á aquella gentileza.

Las chatas, armadas con cañones de grueso calibre, fueron remolcadas por un vapor, y, puestas á tiro de los buques de la Escuadra, emprendieron una lucha tenaz y sangrienta, pues los brasileros, después de envolverlas y cañonearlas, las echaban á pique, no dando cuartel á los que las servían, según la referencia á que aludimos.

Cuando una chata era reducida á la impotencia, sus tripulantes se lanzaban al río, y como delfines nadaban hasta la costa, asilándose en el bosque.

Esta lucha de titanes, por parte de los paraguayos, duró veinte días, siendo finalmente vencidos.

El fuerte de Itapirú terciaba á la vez en la pelea, pero los brasileros atendían con bravura á todas las exigencias del combate. Un testigo ocular, antiguo militar de graduación, decía admirado: «¡Hermoso espectáculo, que no se verá más en estos ríos, bordados por una selva casi virgen!»

III

Los diversos cuerpos del Ejército de la alianza, á la vista del Paso de la Patria, en territorio correntino, camparon en una extensión de 25 kilómetros, teniendo por punto central el pueblo de San Cosme, y en su proximidad pequeños caseríos ó chacras cultivadas.

Los paraguayos, desde la orilla opuesta, observaban todos los movimientos del Ejército aliado, no perdiendo ocasión de molestar á los habitantes de la ribera con invasiones en ligeras canoas, tripuladas por hombres elegidos.

La más formal de esas operaciones fué la que se llevó á cabo el 31 de Enero contra la División «Buenos Aires», que era la vanguardia del Ejército argentino. Después de una encarnizada lucha, los argentinos rechazaron á los paraguayos. En esta acción, las pérdidas de unos y otros fueron sensibles.

El Ejército aliado ocupaba la mayor parte del tiempo

en ejercicios y maniobras, y el campo de tiro estaba siempre en actividad.

Los soldados, recuperadas sus fuerzas, iban adquiriendo confianza en el éxito de la campaña y todos hablaban de volver con gloria á sus hogares. ¡Ay! ¡cuántos iban á perder la vida en los carrizales del Paraguay!

El Ejército aliado estaba representado en esta forma:

De vanguardia, orientales y brasileros.....	5.160
Argentinos.....	19.981
Brasileros	16.588
Total.....	41.729

Cuarenta y un mil setecientos veintinueve hombres, entre jefes, oficiales y soldados.

Para atender á tan numeroso ejército concurrieron comerciantes de Buenos Aires, Montevideo, y aun del Brasil, con cargamentos de artículos de consumo y forrajes.

Una flota mercante, compuesta de vapores y buques de vela como no se había visto hasta entonces, surcó las aguas del río Paraná, fondeando en Corrientes ó en la costa, bajo la protección de la Escuadra brasilera. Allí hacían su comercio, imponiendo precios fabulosos en relación de la oferta y la demanda. Muchos de estos mercaderes se hicieron pasar después como guerreros del Paraguay, entre sus relaciones íntimas.

Los paraguayos no se daban punto de reposo, apareciendo á cada momento en el gran río en sus canoas, ya amenazando abordar los buques de la Escuadra, ya poniendo en alarma á la población de la margen izquierda del Paraná, ó sorprendiendo las guardias más avanzadas de los aliados.

Cuéntase que algunas de esas operaciones tuvieron éxito momentáneo.

El Presidente López ofrecía gratificaciones de dinero á los soldados que demostraran mayor valor y empeño en

aquellos avances, que concluían siempre con hechos sangrientos.

Un negro llamado Marcial, de estatura gigantesca, que pertenecía al cuartel general de López, había prometido llevar un número de cabezas de soldados brasileros, muertos por él en la pelea.

En efecto, en una de las expediciones á la costa argentina, el feroz etíope se las arregló de tal modo para sorprender una guardia brasilera, que regresó al campamento paraguayo con una cantidad de cabezas en una bolsa, que apiló á la puerta de la morada de López.

Aquel hecho tuvo mucha resonancia en el campo paraguayo, y el negro fué gratificado y cumplimentado por todos, siendo ascendido á oficial por el Presidente, quien lo ofrecía luego como ejemplo á los soldados.

Refiérese que siendo éste el único oficial de color en el ejército paraguayo, fué mirado con repulsión por los demás compañeros; pero el alférez negro, que tenía todas las condiciones de un héroe, pronto se impuso por su valor. Á él se le encomendaban las acciones más arriesgadas, hasta que en una de ellas pereció á manos de los brasileros, que no le dieron cuartel.

En los primeros días de Abril, algunos batallones brasileros realizaron un acto de valor que fué muy considerado por todo el ejército.

Existía un pequeño promontorio de arena y piedra en el río Paraná, á poca distancia de la costa paraguaya y al alcance de los cañones del fuerte de Itapirú; llamaban á este promontorio *el Banco.*

En la noche de uno de esos días, dos batallones brasileros se posesionaron de ese islote y se fortificaron, abriendo trincheras y artillándolas, para poder batir de cerca al fuerte paraguayo.

Tan luego como el Mariscal López se dió cuenta de la operación, ordenó que mil hombres elegidos, en dos divisiones de 500 plazas cada una, se embarcasen en canoas y tomaran *el Banco.*

En la noche del 10 de Abril los paraguayos llevaron

el ataque con gran resolución; pero los brasileros, mandados por un bravo oficial, el Comandante Cabrita, estaban alerta, y recibieron á los asaltantes con un fuego muy nutrido.

Desde luego el combate se empeñó con notable decisión: los paraguayos, prodigándose, tomaron y abandonaron sucesivamente las trincheras, rechazados por los brasileros. Como la obscuridad era densa, los combatientes luchaban cuerpo á cuerpo al arma blanca.

La Escuadra, comprendiendo que se trataba de un asalto, abrió sus fuegos sobre los paraguayos, á riesgo de herir á su propia gente. Las cañoneras se aproximaron al lugar del combate á fin de concurrir á la defensa del islote.

Después de una porfiada lucha, la mitad de los paraguayos asaltantes quedaron muertos ó heridos al pie de las trincheras; el resto huyó como le fué posible hacerlo: los unos en sus canoas, los otros á nado.

Con la primera luz del día ya se pudo ver el estrago en aquel campo de carnicería, porque los paraguayos preferían morir á rendirse. Se hicieron algunos prisioneros, pero no en gran número: entre ellos el jefe de una de las divisiones y varios oficiales, que cayeron heridos.

Los botes brasileros, recorriendo el río, capturaban á los paraguayos, que trataban de salvarse en canoas ó á nado. Nuevas baterías de López, auxiliadas por el fuerte Itapirú, abrieron sus fuegos sobre *el Banco*, pero todo fué inútil: aquella posición, regada con tanta sangre, no debía perderse.

El valiente Cabrita fué muerto por una bala de 68, lanzada desde Itapirú, en momentos que escribía su parte, radiante de alegría.

Espectador impasible del valor y abnegación de sus compatriotas, López, desde su campamento, auxiliado de un anteojo de larga vista, seguía las operaciones de sus soldados en el río. Éstos combatían desesperadamente desde las chatas armadas y las canoas, que se cruzaban veloces.

Inflamaba á sus oficiales y soldados con proclamas, ofreciendo recompensas y diciéndoles que los negros—así llamaba á los brasileros—querían reducirlos á la esclavitud. El Obispo, por su parte, les aseguraba, también, que los que murieran en la guerra, que él llamaba santa, irían á resucitar á la Asunción.

El pueblo paraguayo, sencillo como en épocas primitivas, tenía la creencia de que todo lo que decían el Supremo,—así llamaba á López,—y el Obispo,—que según su parecer era Dios en la tierra,—era la más pura verdad.

Algunos hechos de crueldad tuvieron lugar en su campamento. Varias mujeres correntinas que se hallaban por aquel entonces en el Paso de la Patria por asuntos de familia, no pudieron regresar; y se dió el caso de que fueran entregadas á los soldados y castigadas bárbaramente.

Robles, oficial superior de mucho mérito, que mandaba el ejército que invadió á Corrientes, y el Coronel Martínez, su segundo, que hacía tiempo habían sido presos, engrillados y sometidos á un proceso que terminó con una sentencia de muerte, fueron fusilados, con algunos otros más, en el campamento de López, por su orden. Era el principio del fin.

IV

El río Paraná, en frente del Paso de la Patria, tiene una extensión que ha sido apreciada en 1.500 metros, pero como el pasaje no se verificó por allí, sino por el río Paraguay, una milla más arriba de la confluencia de los dos ríos, la distancia quedó aumentada en mil metros más.

Se ve, pues, que la realización de este plan era muy difícil. El ejército había llegado á la costa del Paraná en Diciembre, y habían transcurrido cuatro meses en preparativos para llevar á cabo la operación con éxito.

El General López estaba, como hemos dicho, en la mar-

gen derecha con 30.000 hombres bien armados y fortificados, con una poderosa artillería en posición para defender el paso y ahogar, como había anunciado, á los aliados en el caudaloso río.

Decían todos los que observaban á los ejércitos, en frente uno de otro, que el pasaje era imposible, porque sólo podía hacerse por el Paso de la Patria ó por Itapirú, y que, como esta línea estaba debidamente guardada, el fracaso era casi seguro.

El general en jefe alentaba esas ideas á fin de mistificar mejor á los paraguayos. Todas las tropas de la alianza se encontraban aglomeradas, en un terreno de varios kilómetros, frente á López. Cambiaban de campo, pero no se alejaban sensiblemente de aquella línea.

El General López tenía formado su ejército desde Paso de la Patria á Itapirú con mucha habilidad, porque sus soldados estaban ocultos detrás de obras de defensa en tierra, fuera del alcance de la vista del enemigo.

Esas obras no sólo se ocultaban por el terreno mismo y por el arte con que habían sido construídas, sino también por la vegetación frondosa que las cubría. En efecto, los árboles, con sus extensas hojas, ofrecían una especie de cortina impenetrable á toda observación.

El generalísimo del ejército aliado tenía que resolver un problema sumamente difícil.

El maestro de la estrategia, General Barón de Jomini, ha tratado magistralmente en sus obras esta cuestión del paso de los ríos. Dice así:

«El paso de los ríos de poco caudal, en los que se halle establecido un puente ó que se pueda tender otro sin dificultad, no ofrece combinaciones que pertenezcan á la táctica sublime ó á la estrategia; pero los pasos por grandes ríos ó principales, como el Danubio, el Rhin, el Pó, el Elba, el Oder, el Vístula, el Yun, el Tesino, etc., son operaciones dignas de meditarse.»

No creemos aventurar nada si decimos que ninguno de esos ríos puede compararse en su caudal con el río Paraná frente al territorio paraguayo.

El Paraná no admite puentes improvisados de una orilla á otra, por la rapidez de su corriente y por su extensión; de modo que el pasaje de las tropas con artillería sólo era posible hacerlo en chatas remolcadas por buques de alguna importancia ó conducidas por éstos.

De todo cuanto hemos leído, la operación de guerra más audaz y más difícil, estando de por medio un río caudaloso, es la ejecutada por Napoleón en el Danubio, en 1808, frente á un ejército poderoso como el del Austria, mandado por el Príncipe Carlos, que se componía de 120.000 hombres con 400 piezas de artillería.

El Danubio, en aquella parte próxima á Viena, elegida por el Emperador para efectuar el pasaje, tiene una extensión de 520 toesas (1), según las memorias del General Marbot, actor en estos sucesos; pues siendo edecán del Mariscal Lannes, fué uno de los colaboradores activos de aquella grande operación.

Esa extensión de *mil cuarenta metros* que representa el número de toesas designadas, se reparten en cuatro brazos del Danubio, unos más, otros menos, divididos por islas, que Napoleón ordenó ocupar y artillar, sirviéndole á la vez de almacenes y parques.

La isla de Lobau, la más próxima á la ribera de tierra firme, en donde se encontraban las tropas del Príncipe Carlos, sólo estaba separada por un brazo de 140 metros.

Como se ve, cuatro puentes principales y algunos accesorios, tuvo que tender el ejército francés, apoyados en las islas que los dividían; y ocultando el lugar próximo en dónde se pensaba efectuar el desembarque, verificóse éste con fortuna en noche tempestuosa, apoderándose de una fuerte posición, donde hicieron pie las primeras tropas que pasaron, protegiendo á las que les siguieron.

Algo parecido, y con mayores dificultades, es lo que hizo el Ejército aliado en el Paraná.

(1) Medida francesa.

V

El 16 de Abril del año 1866, pronto el ejército aliado para invadir el Paraguay, un cuerpo de brasileros y argentinos, compuesto de 10.000 hombres de las tres armas, embarcado en varias chatas y vapores, y al mando del General Osorio, salió del Paso de la Patria, territorio argentino, navegó la vuelta de Itapirú y fué á desembarcar en un recodo del río Paraguay, casi en la confluencia, dejando burladas las previsiones de López, que los esperaba en el Paso de la Patria, á la margen derecha del río Paraná.

En seguida 10.000 orientales y argentinos siguieron aquel derrotero y desembarcaron en el mismo paraje, mientras la Escuadra brasilera bombardeaba las posiciones de López. Escenas diversas tuvieron lugar en el desembarco.

Todo no había podido preverse: la costa era poco abordable y no había planchas á propósito. Los caballos de los jefes caían al río ensillados con todas las prendas. El bravo Olave decía quejumbroso: «Se ha ido al fondo del río toda mi riqueza, y lo que más siento es el sobrepuesto que me bordó una dama correntina; pero no importa: los paraguayos me pagarán todas estas contrariedades.» En efecto, Olave se portó como un héroe, y los paraguayos le obsequiaron... con un balazo en una pierna, que lo imposibilitó por algún tiempo.

Los que hayan conocido al Coronel Olave, saben que su carácter generoso, jovial y humorístico igualaba á su bravura como soldado.

El punto elegido para el desembarco fué sabiamente estudiado: se flanqueaban las posiciones de López, y avanzando un poco más, el ejército aliado se hubiese encontrado á espaldas del Ejército paraguayo.

Pero como el terreno en que se hizo el desembarco era

estrecho, con mucha dificultad pudo el ejército aliado marchar y combatir en los primeros momentos.

La única senda que se podía utilizar era un albardón que no daba paso más que por hileras de á cuatro, según la expresión del Coronel Palleja en su diario.

Al frente, á derecha é izquierda, todo era lagunas, pantanos y carrizales—como se llaman allá—impenetrables, y que sólo podían atravesar los infantes, en algunos lugares, con el agua al pecho.

Al aviso del desembarco ocurrieron fuerzas de López, pero insuficientes para detener á los aliados, que ya habían logrado franquear la angostura y empezaban á desplegarse en un terreno más amplio.

López, viéndose flanqueado, vaciló entre dar una batalla con todas sus fuerzas ó retirarse; optó por esto último y ordenó el abandono del fuerte de Itapirú, que era ya inútil; mandó luego deshacer las baterías de la costa, destruir todo lo que podía ser útil á los aliados, formar las tropas y correrse sobre las líneas defensivas de un estero que denominaban Bellaco, á diez kilómetros del Paso de la Patria.

Diremos dos palabras sobre esta fuerte posición elegida por López para recibir al Ejército aliado.

El arroyo denominado Bellaco se divide en dos líneas que se extienden paralelas de Norte á Sur, y que formando una curva en forma de hoz, van á desaguar respectivamente por un lado al río Paraguay y por el otro al Paraná, á gran distancia.

Estas dos líneas se encuentran defendidas por bosques de palmas, esterales, lagunas infranqueables, que sólo se comunican por estrechas sendas.

Si á estos obstáculos naturales se agregan algunas obras de defensa, aunque ligeras, la posición desde luego podía considerarse inexpugnable.

La División oriental, bajo el mando superior del General Venancio Flores, al desembarcar recibió orden de marchar por la costa del río sobre el fuerte Itapirú, que fué abandonado por los paraguayos. Marchaba á van-

guardia un piquete de caballería de 40 hombres al mando del Sargento Mayor don Luis Eduardo Pérez, que exploraba con prudencia, porque en aquel laberinto de árboles y de lagunas y en un terreno tan poco sólido, toda previsión era poca.

Otras columnas argentinas y brasileras se dirigían al campo de López, provocándolo á la pelea.

En el fuerte Itapirú enarbolaron las fuerzas aliadas las banderas de las tres naciones.

Los Generales Mitre, Flores y Osorio y el Almirante Tamandaré se pusieron á la cabeza de las columnas é hicieron un reconocimiento del campamento paraguayo del Paso de la Patria, que López parecía querer defender. Pero éste se había ausentado ya, quedando al frente del Ejército los Generales Resquín y Brúguez, que ordenaron y dirigieron la retirada.

Los paraguayos, al retirarse, incendiaron el campamento y la aldea del Paso de la Patria. La retaguardia, ocultándose en isletas y detrás de las lagunas, molestaba á las tropas que marchaban en su persecución.

Una columna de más de mil mujeres acompañaba al Ejército paraguayo: las había de toda condición, y marchaban á pie, descalzas las más.

El Ejército aliado empleó once días en trasladarse á territorio paraguayo. La caballería, los bagajes, las municiones de guerra y de boca requirieron todo ese tiempo: tales eran las dificultades que ofrecía el río con sus fuertes avenidas y desbordes.

El pasaje del río Paraná con cuarenta mil hombres, la artillería correspondiente y demás elementos, es un hecho que recordará la Historia, colocándolo entre los más notables que se hayan producido en las grandes guerras. Se siguieron en esa brillante operación los principios del maestro que hemos citado, Jomini, quien dice á este respecto:

«Es de lo más importante engañar al enemigo acerca del punto del paso, para que no acumule allí sus medios de resistencia. Además de las demostraciones estratégicas,

son también precisos ataques falsos hechos en las cercanías del paso, para dividir los medios que pueda haber reunido el enemigo.»

Éste se mostró incapaz, según la opinión del Coronel Palleja, respetada por propios y extraños; pero esto no amengua lo grandioso de la operación.

VI

Hemos nombrado anteriormente al Coronel Palleja, una de las figuras más salientes en la gran guerra; debemos decir ahora algunas palabras más acerca de este valeroso militar:

El Coronel León de Palleja era un sér excepcional, dotado de una alma de bronce, insensible á sus propios sufrimientos y á los de sus soldados en medio del fuego.

Sonaba el clarín de ordenanza, y aquel jefe, que estaba departiendo amigablemente con sus subalternos, mudaba de semblante como por encanto: se ceñía la espada y la disciplina más rigorosa reemplazaba la franqueza de momentos antes.

Tronaba el cañón, y aquel militar correcto y culto, perdía su serenidad habitual: hablaba recio á sus oficiales — á quienes pedía disculpa después, si no había tenido razón — y buscaba el lugar de más peligro, como si fuera en demanda de la muerte y no de la victoria. Aunque el enemigo fuese inmensamente superior en número, él marchaba siempre á la cabeza de sus infantes y se abría paso por entre sus filas acometiendo temerariamente: prodigaba á sus soldados y se prodigaba á sí mismo. No es extraño, pues, que, allá en el Boquerón, donde se libró una batalla muy reñida y sangrienta, después de haber vencido, recibiera la muerte.

Sus rasgos geniales fueron muchos. Si el general en jefe le observaba que la música marchaba á vanguardia, no debiendo ser así, contestaba: «Así se marcha cuando se va á morir.»

Si se le decía: «No olvide que es coronel, para no pelear como simple soldado, como acostumbra,» replicaba: «Antes que coronel soy soldado, y debo dar ejemplo cuando pido á los demás el sacrificio de su vida.»

¡Cómo han cambiado los tiempos!

Llevaba un diario verdadero é interesante de la campaña, que enviaba á Montevideo periódicamente para ser publicado, y el que sin duda servirá de consulta á todos los que escriban sobre la guerra del Paraguay. No excusaba censuras y críticas respecto de las operaciones de la guerra, lo que le proporcionó grandes disgustos con sus superiores; y es de admirarse que fuesen siempre respetadas sus opiniones lanzadas á la publicidad sin miramientos.

Palleja, en la guerra del Paraguay, no era ya joven: contaba más de 50 años, pero conservaba la firmeza y la actividad de la juventud. No se dice nada de más si se afirma que esos ejemplares son muy raros. Su honradez igualaba á su valor.

Las batallas del 2 y 24 de Mayo pusieron aun más en evidencia sus hermosas cualidades.

Éstos fueron los hechos de armas con que se estrenó en el Paraguay el Ejército aliado.

El pasaje del río Paraná, á la vista del enemigo, fué, puede decirse, la tarjeta de visita pasada á López, y el recibimiento en Estero Bellaco, el paraje de la cita.

---

25 DE AGOSTO DE 1825

«La Honorable Sala de Representantes de la Provincia Oriental del Uruguay, etc., etc., sanciona con valor y fuerza de ley fundamental, lo siguiente:

«Artículo 1.° Declara irritos, nulos, disueltos y de ningún valor para siempre, todos los actos de incorporación, reconocimiento, aclamaciones y juramentos, arrancados á los pueblos de la Provincia Oriental, etc., etc.

«Art. 2.° En consecuencia de la antecedente declaratoria, reasumiendo la Provincia Oriental la plenitud de sus derechos, libertades y prerrogativas, inherentes á los demás pueblos de la tierra, se declara de hecho y de derecho libre é independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del Universo, y con amplio y pleno poder para darse las formas que, en uso y ejercicio de su soberanía, estime convenientes.»

I

El 25 de Agosto de 1825 los patriotas orientales reunidos en la Florida, en medio de los tambores republicanos que tocaban generala, proclamaron la independencia de la entonces Provincia Oriental, humillada por la invasión portuguesa y brasilera.

La lucha de la independencia oriental, con sus victorias y contrastes, hasta el triunfo definitivo de la buena causa, debe considerarse representada en dos épocas.

La primera, desde 1811, en que el patriota oriental don José Gervasio Artigas, sobre su caballo de guerra durante nueve años, sostiene una campaña tenaz y activa contra españoles primero, al igual de otros americanos que, en Colombia, la Argentina y Chile, desconocieron la autoridad de los Virreyes y la dominación de España, y después contra portugueses y brasileros, invasores del territorio oriental, aparte de la lucha sostenida en oposición á las injustas pretensiones argentinas de aquella época.

La segunda, que empieza en el Arenal Grande el 19 de Abril de 1825, con la cruzada de los Treinta y Tres, y que concluye con el triunfo completo de la independencia y el tratado de paz de 1828.

II

En 1811, el patriota Artigas, inspirándose en los intereses de la causa de la libertad, preparó y calculó los elementos útiles de resistencia, trasmitiendo á los orientales las palabras de orden: independencia ó muerte.

Nada es comparable á la energía desplegada por los orientales en su lucha con los dominadores extranjeros, sin más auxilio que su patriotismo y su valor. Únicamente otros países, que alumbraron con el incendio de sus hogares el terreno donde combatían por la independencia de la patria, pueden ofrecer actos de abnegación que rivalicen con aquéllos.

«Artigas era un hombre de figura aventajada. Se le conocía que era hijo de una familia decente. Tenía un conjunto de formas y de fisonomía—permítaseme decirlo—trabajado admirablemente por las fuerzas artísticas de nuestro clima y de nuestro suelo. El escultor Pampero le había dado su tipo más acabado (1).»

(1) *Revolución Argentina*, por el doctor V. F. López.

Tal era el hombre, en lo físico, al que la Junta revolucionaria de Buenos Aires nombró, en aquel año, teniente coronel de blandengues y jefe de vanguardia del ejército patriota, argentino y oriental, destinado á operar á las órdenes del General Rondeau sobre el español, que dominaba en Montevideo.

Iniciada la campaña, la vanguardia, compuesta de orientales y argentinos, al mando de Artigas, derrotó á la caballería realista á inmediaciónes del pueblo de Las Piedras, y rindió en él á la infantería y artillería con sus bagajes: esta columna componía la vanguardia de los españoles.

Esa victoria valió á Artigas el grado de coronel y una espada de honor con que fué obsequiado por la Junta de Buenos Aires.

Después de ese hecho de armas, el sitio de Montevideo pudo efectuarse sin dificultad.

III

Los patriotas orientales, desde el primer día que tomaron las armas para combatir al extranjero, comprendieron que se iba á librar la gran batalla de la independencia oriental, y que el triunfo de la causa nacional dependía de la resolución y firmeza con que se procediera.

Artigas, caudillo sombrío y selvático, como lo pintan apasionadamente sus enemigos políticos, tuvo la inspiración y la fe del verdadero patriota, que no tuvieron otros con estudios más prolijos é ideas más avanzadas de civilización.

Comprendió que, para que la independencia fuese una verdad, era necesario combatir al extranjero á todo trance, y rechazar toda idea que asomara, contraria á los principios liberales y democráticos; fundamento de la revolución americana desde el Potomac al Plata.

Las combinaciones de monarquías híbridas ó de nuevos

reyes, que pudieran volver á pisar el continente americano, después que las armas de la revolución habían hecho polvo la autoridad de sus antiguos dominadores, eran asuntos en que el patriota oriental no podía entrar.

Bolívar, el gran Bolívar, pensaba de igual manera en Guayaquil, cuando rechazaba las ideas monárquicas del ilustre General San Martín (1).

«Artigas tendría también un nivel igual al de Belgrano, en la misma escena de nuestra revolución que ambos han ocupado, y aún tendría derecho á ser superior quizás,» etc., etc. (2).

Este paralelo, favorable al patriota oriental, tiene por base que su fe republicana jamás vaciló, y que su solo pensamiento fué el de vencer ó morir por la causa de la independencia.

IV

La política incierta de la Junta de Buenos Aires, que motivó el tratado de pacificación de la Banda Oriental, en 24 de Octubre de 1811, entre las autoridades españolas y argentinas, y en el que se estipuló: «que no se reconocería jamás otro soberano que Su Majestad el señor don Fernando VII y sus legítimos sucesores y descendientes (3),» predispuso á Artigas en contra de la política argentina.

Lastimado en su patriotismo, devolvió á la Junta de Gobierno los despachos de coronel, que mereció por su victoria en Las Piedras, y rechazó todos los ofrecimientos de mando y el grado de general de los ejércitos realistas, que el gobernador español Elío ponía á su disposición.

(1) *La entrevista de Guayaquil*, por Larrazábal.
(2) *Revolución Argentina*, por el doctor V. F. López.
(3) *Bibliografía*, por Antonio Díaz.

El eminente argentino General Mitre, en su *Historia de Belgrano*, se expresa así:

«Artigas, por otra parte, intransigente y soberbio, prescindía del Gobierno Nacional, y, confiado en sus fuerzas, se lanzaba atrevidamente á la lucha, renegando de españoles, portugueses y porteños.»

Y, refiriéndose á la doble política del Directorio, con respecto á la Banda Oriental y al Brasil, agrega:

«Pero, si Artigas no se prestaba á someterse á la nación (argentina), ó al menos á la dirección suprema de su Gobierno; si la Banda Oriental no se ponía bajo la protección de la ley y de las armas de la República Argentina, entonces abstenerse de toda participación directa en la lucha, dejar que la ocupación portuguesa, que no podía evitarse, se produjese, sacando de ella la ventaja de no hacerse de un vecino un nuevo enemigo poderoso por mar y por tierra, y mantener la división de intereses entre España y el Brasil.»

V

El espíritu de libertad, que animaba al patriota oriental Artigas, conmovía á las provincias argentinas de Corrientes, Entre-Ríos y Santa Fe; la influencia de su nombre y de su prestigio llegó á hacerse sentir en Buenos Aires de una manera evidente.

«Pero como en el año 15 se mantenía aún la alianza y lo crudo de la lucha, Artigas predominaba indudablemente en ese movimiento de la insurrección de las campañas; y, aunque nada más que *nominalmente*, era reconocido come jefe de Entre-Ríos y de Santa Fe, donde las masas comenzaban á proclamar la causa federal (1).»

Á la razón era Jefe del Gobierno de Buenos Aires el

(1) *Revolución Argentina*, por el doctor V. F. López.

General don Carlos de Alvear, y sabido es el profundo desacuerdo que existía entre él y Artigas.

La política del Director supremo argentino, que Artigas, con mucha justicia, conceptuaba no ser la que correspondía á los intereses de estos pueblos, que habían sacudido el dominio de la monarquía y que aspiraban á constituirse en repúblicas democráticas, levantaba en contra del Gobierno de Buenos Aires una justa indignación.

Respondiendo á las manifestaciones que se relacionaban con aquella situación, Artigas pasó á Entre-Ríos con un buen número de tropas orientales, y llegó al Paraná, y después á Santa Fe, con el objeto de ponerse inmediato á los sucesos que deberían desarrollarse en la provincia de Buenos Aires, y al habla con los verdaderos patriotas argentinos.

Apoyados por la proximidad del patriota oriental, la revolución en Buenos Aires fué un hecho, derrocando del Gobierno al General Alvear y sustituyéndole con el General Rondeau, por quien Artigas tenía manifiesta estimación.

«La comuna de Buenos Aires se sentía impotente para defenderse de Artigas, si no concentraba rápidamente, otra vez, sus recursos militares para resistir, al menos, las imposiciones imperiosas que el caudillo empezaba á notificarle, como árbitro y dueño de sus destinos (1).»

Fué entonces que el Gobierno Argentino, mal aconsejado sin duda, remitió á Artigas algunas personas afectas al General Alvear, destituído y proscripto, probablemente para que Artigas satisficiera odios de que se le creía animado.

El General Artigas rechazó indignado aquella vergonzosa ofrenda y devolvió los presos á Buenos Aires.

(1) *Revolución Argentina*, por el doctor V. F. López

VI

El Brasil, que aún dependía de la Corona de Portugal y hospedaba á su rey don Juan VI, se alarmó del progreso de las ideas liberales en el Río de la Plata, y muy principalmente de la actitud enérgica del patriota oriental Artigas.

El historiador brasilero Pereyra da Silva, se expresa en esta forma:

«Conoció el Gobierno de Río Janeiro que necesitaba fortificar la Capitanía de Río Grande do Sul y guarnecerlo con tropas siempre prontas á repeler cualquier insulto que cometiese el audaz caudillo, y mandó venir de Portugal una división de ejército: infantería, artillería y caballería (4.831 plazas).»

Éste fué el ejército que, al mando del General don Carlos Federico Lecor, invadió la Provincia Oriental en 1816.

«Determinóse, por fin, el Gobierno de Río Janeiro á declarar la guerra á José G. Artigas, visto que los medios de defensa no le bastaban para detener los peligros latentes de la situación (1).»

El ejército de Lecor se componía de tropas aguerridas, que se habían ilustrado en Portugal y en España contra los ejércitos franceses de Napoleón, y distinguídose al mando de Beresford y de Wéllington, en las jornadas de guerra de Busaco, Albuera, Salamanca y Vitoria.

Otro ejército brasilero, en la frontera del Cuareim, al mando del Marqués de Alegrete, procedía en combinación con el ejército portugués, y una fuerte escuadra brasilera ceñía la costa. Comenzó la lucha. El General don Fructuoso Rivera tuvo la fortuna de ser el primer jefe oriental que se midió con el ejército portugués en su marcha

(1) *Historia de la fundación del Imperio Brasilero*, por J. M. Pereyra da Silva.

de invasión, deteniendo en un combate obstinado de cuatro horas, con mil quinientos orientales, simple caballería,—el 19 de Diciembre de 1817, en India Muerta,—á los famosos soldados que se reputaban victoriosos de los ejércitos franceses en Portugal.

«En el flanco derecho fué más fuerte el acometimiento de los orientales, porque contaban rechazar con sus ardides, lazos y maniobras á los soldados disciplinados de Europa. Los voluntarios reales procedierón desahogadamente, auxiliados por las tropas brasileras del centro, al mando del Mayor Manuel Márquez de Souza, y sostuvieron cuatro horas y media de pelea, siendo obligado, al final, Fructuoso Rivera, á ceder el campo á la victoria (1).»

El General Rivera, en quien la generalidad no ha visto sino al caudillo prestigioso y afortunado de nuestras pasadas guerras civiles, fué en la guerra de la Independencia, contra portugueses, brasileros y argentinos, el más fuerte, el más hábil, el más perseverante de los jefes que obedecían las órdenes de Artigas y que se batían por la causa nacional.

Á partir de esa época, los orientales, dirigidos por Artigas y Rivera, defendieron palmo á palmo el suelo de la patria; y, abrumados por el número y por elementos de guerra, de Portugal y Brasil, continuaban sin vacilar su defensa heroica, no dejando al invasor sino el terreno que acertaba á pisar.

Los contrastes que sufrieron las armas de los patriotas, no hacían más que retemplar su espíritu y su valor; y, cuando los invasores creían que su campaña llegaba al final, la lucha volvía á empezar con más furor.

La batalla de Catalán, en la frontera, que los brasileros consideraron como decisiva, fué un hecho de armas que honra el valor y abnegación de los orientales, por las circunstancias desiguales en que se encontraron.

El historiador brasilero, ya citado, se expresa así:

(1) *Historia de la fundación del Imperio Brasilero*, por J. M. Pereyra da Silva.

«Verdadera batalla puede intitularse á la de Catalán. Estuvo por mucho tiempo indecisa la victoria. Batiéronse denodadamente brasileros y orientales, en número de más de seis mil hombres. La suerte de las armas decidióse por los brasileros, por más disciplinados. Caro fué todavía, demasiadamente caro, el triunfo conseguido, por las pérdidas sensibles que los brasileros sufrieron,» etc., etc

El General Lecor, creyendo halagar al Gobierno de Buenos Aires, y con el objeto de obtener, probablemente, su neutralidad en la invasión portuguesa á la Provincia Oriental, dió un manifiesto ó proclama, diciendo que la guerra no se dirigía á los pueblos orientales, y sí á la persona del caudillo Artigas.

Además, dió seguridades al enviado argentino de que sus instrucciones no lo autorizaban para intentar nada sobre la margen occidental del río Uruguay.

Á pesar de todas las dificultades con que los patriotas tenían que luchar, la defensa continuaba sin tregua.

Hasta 1820, Artigas, el patriota oriental acrisolado,—por más que digan otra cosa aquellos á quienes venció ó supeditó en patriotismo,—sostuvo en alto, con brazo enérgico sin vacilaciones en la frente y sin miedo en el pecho, la bandera de la independencia, limpia de atributos de reyes ó monarcas infelices, con que aun se pensaba en aquella época de libertad, encadenar á la América.

Combatió sin cesar, hasta que, vencido y sin elementos que le hicieran esperar la victoria inmediata sobre los enemigos de su patria, abandonó el teatro de la lucha y pidió hospitalidad al Paraguay.

Treinta años más tarde, casi en la miseria, en país extranjero, entregaba su alma al Criador con la satisfacción del deber cumplido y de que su patria era libre é independiente por el esfuerzo y ejemplo heroico de su patriotismo y de su valor.

Si cometió errores, si marcó sus actos con relieves demasiado enérgicos, no hay que culparlo por ello: la época era de hierro y había que colocarse á la altura de la situación.

Detengamos un momento la vista sobre la historia de todos los pueblos que han pasado por una prueba idéntica y han tenido que rechazar la conquista de ejércitos extranjeros y hacer triunfar la causa nacional á todo trance. Consultemos la de España, y veremos cuál fué su abnegación, su valor y su furia patriótica en 1808. La de Francia y sus hechos cuando declaró la patria en peligro el 92, en momentos en que sus voluntarios se batían con heroísmo sin igual contra la Europa, que se había dado cita en la frontera. Pidamos á las páginas de la Argentina que nos revelen si la revolución de 1810 se anduvo con miramientos y cortesías, cuando los realistas intentaron reaccionar con propósitos nada benévolos para la causa de la libertad.

Un notable publicista argentino, Rivera Indarte, en 1841, en *El Nacional*, con motivo de haber determinado el Gobierno Oriental que el General Artigas (anciano ya octogenario), volviese al seno de la patria, se expresaba de esta manera:

«La magnanimidad de un pueblo quiere que él no olvide jamás los servicios que se le prestaron. ¿Y habrá quién ponga en duda lo que el oriental debe al General Artigas? Cuando era preciso voltear la tiranía de España, fué su brazo el primero que la hirió. Cuando era necesario resistir á las injustas pretensiones de Buenos Aires, fué su voz la primera que clamó contra ellas. Cuando era preciso combatir la invasión portuguesa, fué su lanza la que brilló á vanguardia de nuestras hileras.

«Suyo fué el pensamiento de la nación Oriental; no suyas las desgracias que antes de realizarlo hemos sufrido; no suyos los males y sucesos que marcaron el azaroso tiempo de su protectorado. El Gobierno, intérprete de la voluntad nacional, debe llamar al General Artigas al seno de la patria y llamarlo con toda la magnificencia que á él corresponde.»

VII

En 1821, los portugueses y brasileros, dominadores del Estado Oriental, siguiendo las instrucciones de su Gobierno, anexaban su territorio á los dominios de la Corona fidelísima de Portugal.

«La Banda Oriental fué desde entonces llamada Provincia Cisplatina. Reunida á las demás provincias del reino del Brasil, le correspondía tener en Lisboa diputados á Cortes y acompañar el destino de la monarquía.»

En 1822 habían tenido lugar en el Brasil graves sucesos, y agitándose vivamente el espíritu de independencia del pueblo brasilero, la había proclamado en los campos de Ipiranga, separándose de la Corona de Portugal; y, como consecuencia, el Senado había aclamado al príncipe regente don Pedro, emperador del Brasil. Antes de estos acontecimientos, el Gobierno brasilero manifestó al de Portugal, que la situación de las tropas portuguesas en Montevideo era insostenible, y que había conveniencia en evacuar esa plaza, «para mejor poder negociar con España, cambiando dicha provincia de América por los territorios de Olivenza, en Portugal.»

Llegados á conocimiento del General Lecor los asuntos del Brasil, se dispuso á cooperar al nuevo orden de cosas; pero Álvaro da Costa, vicepresidente de la Junta ó Consejo, con influencia sobre las tropas, se negó á acatar las disposiciones emanadas del emperador del Brasil.

Con este motivo, Lecor se retiró á Canelones, y don Álvaro da Costa, sitiado por mar y tierra, capituló y evacuó la plaza, embarcando las tropas portuguesas.

Quedaron, pues, los brasileros, dueños del territorio oriental, al que siguieron denominando Provincia Cisplatina.

El General Lecor, barón de la Laguna, jefe superior de la ocupación brasilera, no tenía, según lo demostraba,

confianza en la sumisión aparente del pueblo oriental; temía, con razón, que un día ú otro la revolución estallara, y en previsión tomaba todas aquellas medidas de seguridad que su experiencia le indicara.

El General don Fructuoso Rivera era entonces el único jefe capaz de imponerse en la campaña por su prestigio y antecedentes; y, á fin de obligarlo á la causa imperial, por honores que se le dispensarán, el barón de la Laguna creyó oportuno y eficaz extenderle el nombramiento de Comandante general de campaña, «poniendo á sus órdenes todas las divisiones de los distintos acantonamientos del Estado.»

(El artículo entra después á hablar de la guerra que vino más tarde con el Brasil, hasta las convenciones de paz de 1828, y concluye de esta manera:)

Se iniciaron éstas, y el 27 de Agosto de ese año se firmó la convención preliminar, entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, con la mediación de S. M. Británica, ratificada al mes siguiente y canjeada el 4 de Octubre en Montevideo.

En los principales artículos de la convención de paz, el emperador del Brasil y el Gobierno de la República de las Provincias Unidas declararon que reconocían la independencia del Estado Oriental, y su derecho «de constituirse libre é independiente bajo la forma de gobierno que juzgue conveniente á sus intereses, necesidades y recursos.»

Era la obra del gran patriota Artigas, consumada por el patriotismo y el valor de los compatriotas del héroe, que recibía la sanción del tiempo y de los hechos.

Así es que, en 1845, cuando la vida del fundador de la nacionalidad oriental se extinguía en el destierro, con el pensamiento fijo en la patria, tuvo la fortuna de que el ilustre Bompland lo visitara en su retiro y le hiciera conocer la Constitución política de la República. El general, conmovido al leer sus primeros artículos, la llevó

á sus labios, y besando el libro con emoción, exclamó: «¡Bendito seas, Dios! Te doy gracias por haberme concedido la vida hasta ver á mi Patria independiente y constituída.»

XII

Después de cincuenta y ocho años transcurridos, el pueblo oriental se siente conmovido como entonces, al recuerdo de la gloria más pura de la Patria: su independencia; y viva su patriotismo, conmemorando una fecha grabada indeleblemente en el corazón de las generaciones que se suceden (1).

---

(1) Escrito en 1888.

UN SUEÑO DE NOCHE BUENA

DICTADURA DE QUINCE DÍAS

I

Nápoles es la ciudad más alegre y más bulliciosa de Italia.

El clima por su suavidad, el cielo por su luz, y hasta el ruido amenazador del Vesubio en erupción, parece que invitaran al pueblo napolitano á ser feliz divirtiéndose.

Al trabajo acompañan los cantos, el baile y la algazara de las gentes, que en las aceras de sus viviendas ó en la calle ejercen su trabajo ó industria.

Las mujeres y los hombres del pueblo, con sus trajes pintorescos, nuevos ó viejos; el rostro moreno tostado, ojos negros y brillantes, que en las mujeres parecen una promesa y en los hombres una amenaza, hacen reflexionar al viajero sobre este pueblo singular.

Cruzan coches lujosos con caballos de raza, cocheros y lacayos galoneados, llevando á algún personaje de la nobleza, del gobierno ó del clero. Las gentes del pueblo se detienen á admirar, y se hacen señas entre sí como burlándose. Las mujeres, paradas sobre el umbral de las puertas, con grandes arracadas de cobre en las orejas, collar de cuentas en el cuello, y los brazos puestos en jarras, dirigen la palabra en voz alta á sus vecinas ó vecinos, burlándose también de los lujosos paseantes: todo

es movimiento y vocerío en Nápoles. Las gentes del pueblo no hablan á media voz; los más delicados asuntos los tratan al aire libre, y en voz alta. La Noche Buena, en los arrabales, principalmente, de donde se ven el mar y el Vesubio, es lo más bello que imaginarse puede.

Los *lazzaroni*, los habitantes de la costa del mar, cantando y bailando con sus parejas vestidas con el traje de fiesta, al acorde de sus instrumentos nacionales... ¡y quién no toca el tamboril, un violín ó una flauta en Nápoles!

II

En una noche del mes de Diciembre de 1646, un joven pescador contaba á su novia ó amante, un sueño que había tenido durmiendo en su barca, mecida por las ondas inconstantes de la *Margelina*.

La mujer más bella y hermosa, una napolitana de ojos negros y ardientes, lo escuchaba con aire azorado: parecía una Venus del Ticiano.

—Sí, decía el jóven pescador, *per la Madonna*, he soñado que en breve todo Nápoles estará á mis plantas. Se aproxima el momento en que el pueblo napolitano se independice para siempre de los reyes de España. Las gabelas y los impuestos nos tienen agobiados. Sí, *Grazia* mía, es necesario que los ofendidos vuelvan por sus derechos; yo los conduciré hasta el palacio del virrey, y el duque de Arcos tendrá que someterse; yo soy el designado por la Providencia para llevar á cabo este grande hecho, en bien del pueblo; bajarán de las montañas nuestros hermanos, enemigos irreconciliables del gobierno extranjero, y el triunfo es seguro: poco hay que esperar. Tú, *Grazia*, serás la gran duquesa.

Así hablaba en Noche Buena el *lazzarone* Masaniello á su amante compañera.

En efecto, al comenzar el año siguiente, la agitación de Nápoles tomó proporciones mayores.

El imprudente duque de Arcos decretó un nuevo impuesto á los frutos que entraban de la campaña, y que constituían uno de los agradables alimentos de los *lazzaroni* y bajo pueblo.

La medida se colmó. Algunos incendios empezaron á producirse en los barrios apartados, y en las oficinas encargadas de la percepción de los impuestos. Á la autoridad le fué imposible dar con su origen; pero el malestar crecía, á manera de la tempestad que viene anunciándose de lejos.

III

La historia de la sublevación de Nápoles en 1647, comprende sucesos tan singulares y extraordinarios, que no pueden leerse sin entregarse á la meditación, pues parece que fuese la historia, en sus albores, de todas las revoluciones que han tenido lugar posteriormente en Europa ó en América, cuando los pueblos han pretendido destruir el poder de los reyes, virreyes ó procónsules que los tiranizaban.

El recargo de impuestos y gabelas creadas por el virrey de España en Nápoles, preparó la revolución y fué causa de que el pueblo se sublevase.

Surgió entonces de entre la multitud un joven pescador, pobre é ignorante, pero dotado de valor, de buena presencia y de una inteligencia poco común: Tomás Masaniello, ó *Tomás Aniello*, como lo llama la historia.

Este hombre joven se encontró, de la noche á la mañana, á la cabeza de cincuenta mil hombres, sublevados contra la autoridad del virrey.

Erigido en Dictador, y con el título de Capitán general, su poder no conocía más límite que su propia voluntad; y sus pasiones desencadenadas, llegando á los mayores excesos, en breve convirtieron á Nápoles en centro de todos los desórdenes, en que los asesinatos, el incendio y el pillaje finalmente, fueron las consecuencias de aquellas turbas sin gobierno regular.

El duque de Arcos se encerró en los fuertes con las

fuerzas españolas, para ponerse á cubierto de la tempestad, pues era impotente para dominarla.

Mientras tanto, Masaniello era rey y señor de Nápoles; sus órdenes, por más estrafalarias y atentatorias que fuesen, eran al punto obedecidas; la vida de los encargados de ejecutarlas le respondían de su fiel cumplimiento.

En los primeros días, Masaniello era modesto y no abandonaba su pobre traje de pescador, con el que, gobernando á su manera, mandaba sus turbas primero, y sus batallones armados después; pero á medida que fueron creciendo su poder y su autoridad, una idea de grandeza se apoderó de él: se llenó de bordados y se entregó á excesos físicos; de reservado que era, se volvió gritón y charlatán, haciéndolo su presa la manía fastuosa.

Desde ese instante sus facultades intelectuales se alteraron, y su cabeza, tan firme y segura antes, empezó á divagar, sucediéndose los hechos más extravagantes.

Nervioso y anhelante se le veía correr por las calles de Nápoles á caballo, cubierto de bordados, dando sablazos á derecha é izquierda; ó en el púlpito de un templo con el crucifijo en la mano, hablando con gran locuacidad á la multitud, que le escuchaba de rodillas con mayor recogimiento y respeto que al obispo; ó en la popa de la galera dorada del virrey, paseando en las aguas de color esmeralda del golfo, tirando puñados de monedas de oro á las gentes pobres del pueblo, que lo seguían por la costa ó en pequeñas lanchas; gozando con los *lazzaroni* que se echaban al agua para extraer las monedas arrojadas al acaso, festejando á los más hábiles y llenando de insultos groseros á los más infelices, hasta concluir él mismo por lanzarse al mar, cuando se encontraba cercano de la costa, haciendo su desembarco en esta forma, entre los gritos y aplausos de los espectadores.

Pero era tan grande la autoridad de Masaniello, que bastaba que hiciera una seña á las turbas, para que éstas, ya se encontrasen en la plaza pública en número de miles de personas, ó en las calles, desfilaran en el mayor silencio y orden.

Cansado de excesos, y no sabiendo qué hacer, manifestó deseos de tratar con el virrey, duque de Arcos, sirviendo de intermediario el obispo.

El virrey pasó por todo: suprimió los impuestos y gabelas, objeto de la rebelión, y devolvió á Nápoles algunos privilegios concedidos por el emperador Carlos V.

Con este motivo ocurrieron escenas singulares.—Tan pronto aceptaba el Dictador las condiciones del virrey, como las rechazaba. En la ceremonia de paz que tuvo lugar en la iglesia principal, oficiando el obispo, en honor de San Jenaro, Masaniello, delirante, al ver que el virrey recuperaba el mando y poder, de que estaba investido por los reyes de España, y en presencia de miles de espectadores, entre los que se encontraban la nobleza, el clero y el pueblo; Masaniello, decíamos, corría desde cerca del altar mayor, donde estaba bajo dosel, al púlpito ó al puesto de colocación del virrey, arrancándose los bordados de su traje, perorando á la multitud ó llamando en su auxilio á sus fieles *lazzaroni*, hasta que sudoroso y rendido de fatiga, caía extenuado en brazos de sus servidores.

Cuando se creía dominada la rebelión, Masaniello presentaba nuevas exigencias y asumía nuevamente la Dictadura, volviendo á las ejecuciones sangrientas, á las persecuciones y á los excesos, á que su demencia, aumentando siempre, lo impulsaba, hasta que la mano de un asesino, ó de varios, le dió muerte en un convento, adonde se había retirado á descansar de sus fatigas, buscando en horas de exaltación indecible, calma y tranquilidad para su espíritu y para su cuerpo, y en momentos en que estaba mirando pensativo por una de las ventanas del monasterio, la mar azul que golpeaba cadenciosa con sus olas la playa dorada por el sol, el cielo dulce de la *Margelina*, y oyendo el canto de los pescadores, sus antiguos compañeros, más felices que él, que sacaban de las redes el pescado, fruto de su trabajo del día ó de la noche.

Con la frente apoyada en los hierros de aquella ventana, que aun se enseña al viajero, y absorto en sus re-

cuerdos, pensaba el Dictador en su vida pasada, de trabajo, pero honesta, y lágrimas silenciosas corrían por su varonil semblante, como si pidiera á Dios lo volviese á su antigua y humilde condición.

IV

La hermosa *Grazia* también tuvo su parte en la Dictadura del joven pescador: vestida de sedas de colores pintorescos, llevaba en forma de diadema, entrelazados con su profuso cabello, cantidad de *cequíes* de oro; en las orejas grandes aros de oro con piedras preciosas, y en los dedos profusión de anillos.

Ensayaba cortesías de gran señora. Cuando entraba al palacio de la duquesa de Arcos reñía con los criados, y tomando un bastón les propinaba una paliza por falta de respeto, jurando como un corsario: *cane de la Madonna*, porque habían tenido el atrevimiento de reirse al pasar su señoría.

El sueño de la Noche Buena se había realizado.

Nápoles se encontró por limitado tiempo á los pies del Dictador, que pagó con su vida la aventura.

De la montaña había llegado el bandolerismo en masa, y del llano los labriegos, armados unos y otros, á rodear al Dictador, que, según decían, proclamaba la independencia de la patria.

Todo aquello pasó como una nube cargada de electricidad, pero quedó la enseñanza.

1894.

REFERENCIAS

DE UN CAPITÁN DE GUARDIAS NACIONALES DE CAMPAÑA

EN 1870

—«La Revolución del Coronel Timoteo Aparicio sorprendió á los colorados como durmiendo,—decía el capitán.

«Creíamos—agregaba—que los blancos, después de la sableada que les habíamos pegado en la Cruzada con nuestro viejo General Flores, ya no iban á despertar más: error que nos costó caro, pues muchos de mis compañeros duermen el sueño eterno, porque aquella guerra fué larga y sangrienta.

«Al principio fuimos sorprendidos, como decía; pero en breve nos dimos cuenta de que la cuestión iba tornándose seria, y que peligraba la existencia del partido Colorado; y, como quien vuelve de un sueño, empezamos á pelear fuerte.

«Así mismo, en *Severino* y *Corralito*, tuvimos que sufrir las cargas de los blancos, que se venían sobre nosotros como á cosa hecha.»

De la referencia del capitán hemos extractado lo que va á leerse, referente á aquellos hechos de armas de la guerra civil en 1870.

SEVERINO

La revolución había tomado mucho cuerpo y presentó en el campo citado (departamento de Florida) 5,000 hom-

bres, en su mayor parte caballería, contando con 400 infantes.

El General don José Gregorio Suárez mandaba el Ejército del Gobierno, que se componía en todo de 4,000 hombres, seiscientos infantes y tres mil doscientos de caballería, con algunas piezas de cañón.

En el momento de entrar en pelea, la mayor parte de la caballería del Gobierno se fué *de arriba,* según la expresión gráfica de nuestros paisanos; esto es, se desbandó.

Quedaron en el campo con la infantería, como 600 hombres de á caballo.

El General Suárez, que era un militar de carácter, de la madera de que se hacen los buenos generales, se replegó, comunicando á su Ejército su actitud y esforzado continente é imponiendo á la vez al enemigo, que no se atrevió á acercarse.

Después de combatir bravamente todo el día, durante la noche se puso en retirada hacia el río Santa Lucía el General Suárez, sin que fuera hostilizado por el enemigo, pues éste había sufrido mucho.

Pero, con todo, cuando uno de los Ejércitos se retira después de un combate, es porque no puede sostenerse al frente del adversario.

La ventaja en ese hecho de armas, en lo moral perteneció al Ejército revolucionario, que quedó dueño del campo y en aptitud de perseguir, aunque con alguna dificultad.

Esta batalla se libró el 12 de Septiembre de 1870, á los cinco meses de haberse iniciado la revolución.

Los revolucionarios, luego que se dieron cuenta de la retirada de Suárez, se pusieron en movimiento, con el objeto de darle alcance; pero ya era tarde: el General Suárez se había aproximado á la Capital, de donde recibió refuerzos de infantería.

En los días 14 y 15 tuvieron lugar varios encuentros de guerrillas entre los Ejércitos, siendo el más serio el del paso de «Casavalle», próximo á la Capital.

Los revolucionarios fueron rechazados, poniéndose definitivamente en retirada.

Se ve, pues, que si el Ejército revolucionario obtuvo una ventaja en los campos de *Severino*, por haberse dispersado la caballería del Gobierno, en el paso de «Casavalle» sufrió un contraste; pues el General Suárez obtuvo sobre su adversario un triunfo rechazándolo, sin que volviera á dejarse ver por entonces.

El Coronel Timoteo Aparicio, jefe superior del Ejército revolucionario, en la retirada que emprendió, decía en su lenguaje especial á un comerciante español de la campaña, amigo de su causa: —*Don Goyo* (con referencia al General Suárez) *se ha portao bien; verdad es que fué una redota sin redame.*

No sabemos con certeza qué es lo que quiso decir el Coronel don Timoteo, pero suponemos que se refería á la hábil retirada de su adversario.

* * *

El Gobierno no descansaba en poner sobre las armas nuevas fuerzas para dominar la revolución del partido blanco, que progresaba á vista de ojos, presentándose en todas partes con entusiasmo y valentía.

El General don Francisco Caraballo había sido autorizado por el Gobierno para formar un cuerpo de ejército en el departamento del Salto, proporcionándole infantería y artillería.

No era el hombre más apropiado para mandar un Ejército aquel caudillo, valiente hasta la exageración, un magnífico general divisionario de caballería, pero que debía ser dirigido por otro que fuera más capaz.

El ilustre Flores decía: «Caraballo es el hombre más valiente que he conocido, pero no posee cabeza de general.»

En efecto, sus hechos de armas lo han demostrado: era el primer lancero, y, jefe de vanguardia, el primero que descubría al enemigo, el más activo, el más entusiasta por su causa; pero sus facultades se limitaban á mandar una división de caballería irregular, y nada más.

Caraballo formó un ejército al Norte, compuesto de las

tres armas, en número de 3,000 hombres más ó menos, y con él vino buscando al enemigo, pasando al Sur del río Negro en Septiembre de ese año.

CORRALITO

Los revolucionarios, luego que fueron rechazados en el paso de «Casavalle» por el Ejército del Gobierno al mando del General Suárez, se pusieron en retirada y se dirigieron á marchas forzadas al departamento de Soriano, donde se encontraba el General Caraballo con el Ejército del Norte, con el objeto de batirlo.

El 29 de Septiembre se encontraron los dos Ejércitos en los campos denominados «Corralito», en el departamento ya dicho.

Más hábiles, seguramente, los jefes revolucionarios Aparicio y Medina, maniobraron con acierto y colocaron en difícil situación al Ejército del Gobierno, derrotándole alguna caballería, que se fué del campo sin pelear. La infantería y la artillería se batieron bien, conteniendo al enemigo.

El General Caraballo pensó que su situación era insostenible después del combate que tuvo lugar, y parlamentó con el enemigo, á fin de ganar tiempo y desaparecer en la noche con su Ejército. En este punto se mostró hábil Caraballo.

Un testigo ocular digno de crédito, refiere así el hecho:

«Tuvo lugar la acción con ardor de uno y otro Ejército; pero una gran parte de la caballería se derrotó sola con sus jefes. Esta caballería servía de apoyo á las divisiones Paysandú y Salto, mandadas por los Coroneles Irigoyen y Martínez, que pelearon con bravura, conservaron el campo y fueron en un momento victoriosas; pero les faltó el apoyo de la que huyó, y tuvieron que ceder, replegándose al campo de batalla.

«Las aguadas habían sido dominadas por el enemigo; el

Ejército del Gobierno estaba sediento; era un día caluroso.

«Caraballo aceptó conferenciar con el enemigo; se presentó Aparicio con algunos jefes, no contándose en ese número el General Medina.

«Se separaron á un lado, distante del grupó de Estado Mayor, el General Caraballo y el Coronel Aparicio. ¿Qué hablaron? Nadie lo sabe. Aparicio y sus jefes se retiraron, diciendo el primero al General Medina, al llegar á su campo: «todo está arreglado; mañana se entrega Caraballo, con ciertas condiciones de honor.»

«Medina contestó:

—«¿Qué garantías da? ¿entrega su artillería?

—«No le he exigido nada de eso: basta con su palabra, contestó Aparicio.

—«No basta eso, dijo Medina; esta noche se va Caraballo; y se retiró disgustado.

«En efecto, en las primeras horas de la noche, Caraballo se puso en movimiento á la sordina, retirándose en dirección al pueblo de Dolores.

«La retirada estaba bastante adelantada, cuando se presentó el jefe de la División de Soriano, Coronel Galarza (hoy general), y dijo respetuosamente al general: «La dirección que llevamos es la de Dolores, y me parece, salvo mejor opinión, que el Ejército estaría seguro en el Rincón de la Higuera, que es sumamente defendible, y proporciona el estar en comunicación con el río.»

«Así se hizo, y el Ejército tomó la dirección indicada, donde se hizo fuerte.

«La retirada fué laboriosa, sin duda, pero se salvó el Ejército fraccionado, porque la caballería en parte tomó otra dirección.

«Al día siguiente, el Ejército revolucionario siguió las huellas del de Caraballo.

«En la entrada del Rincón mencionado se trabó un furioso combate entre la infantería de la revolución y los batallones del Gobierno, que dirigían los Coroneles don Hipólito Coronado y don Eduardo Vázquez.

«Estos bravos batallones derrotaron á los de la revolución, que mandaban los coroneles Bastarrica y Estomba, á los que consideraban invencibles sus parciales.

«Este hecho de armas impuso á los revolucionarios, y el General Caraballo pudo pasar al Norte, auxiliado por un vapor, con el ejército vencido en «Corralito».

Como se ve, la revolución crecía y se sostenía con éxito, librando combates y batallas con las fuerzas del Gobierno, en que unas veces era vencido y otras vencedor. Sin embargo, la retirada de Caraballo y el combate del Rincón de la Higuera, en donde perdieron los revolucionarios gran número de hombres, entre ellos algunos jóvenes de la Capital, desacreditó un tanto al Coronel Aparicio por su imprevisión.

* * *

El desprestigio del General Caraballo, con motivo de la batalla perdida en «Corralito», fué grande entre los militares, viéndose en la necesidad de renunciar el mando del Ejército del Norte.

Las tropas que lo componían pasaron después á engrosar el Ejército del Sur, que mandaba el General Suárez, quien á todo trance quería volver á probar fortuna con el revolucionario; pues decía:—«Es una vergüenza que no busquemos al enemigo nuevamente y lo obliguemos á pelear;» pero sus jefes divisionarios le hicieron ver que las tropas estaban quebrantadas por los reveses sufridos y que era necesario levantar su moral. Cediendo á estas reflexiones, y casi obligado por la actitud de sus subordinados, el General Suárez pasó al Norte con el fin de organizar su Ejército de modo que estuviera en condiciones de batir al revolucionario, pues con la victoria obtenida sobre Caraballo, su orgullo y audacia no conocían límites.

* * *

La revancha no se hizo esperar, pues la batalla del

«Sauce», en Diciembre de ese año, en que alcanzó una gran victoria el Ejército del Gobierno al mando del ilustre General don José Gregorio Suárez, hizo comprender á la revolución que, día más ó menos, sería vencida definitivamente, como ocurrió más tarde, en la batalla de «Manantiales».

UNIDAD DE ITALIA

LA CONQUISTA DE LAS DOS SICILIAS POR GARIBALDI

1860

Difícilmente se encuentra en los anales de la guerra, entre los pueblos civilizados y con iguales recursos, una campaña tan feliz como la de Garibaldi en el Reino de Nápoles.

Ningún Capitán de los tiempos modernos ha llevado á cabo hazaña más sonada ni de resultados más notables. Diez millones de ciudadanos conquistados para la Unidad Italiana por el solo esfuerzo del héroe de ambos mundos; obra colosal iniciada con mil voluntarios. Precisemos los hechos, condensándolos.

Garibaldi reune mil voluntarios, los arma, y en una noche de Mayo de 1860 se embarca en el golfo de Génova en dos navíos que el patriotismo había puesto á su disposición, en una forma ó en otra: el *Piemonte* y el *Lombardo*.

Antes de lanzarse á aquella campaña milagrosa, con el corazón ulcerado de resentimiento por la cuestión de *Niza*, escribe al Rey lo siguiente:

«Sir, sé que me embarco en una empresa peligrosa; si «escollamos, yo espero que la Italia y la Europa liberal no «olvidarán que esta empresa ha sido decidida por motivos «puros, enteramente patrióticos, libres de todo egoísmo.

«Si la fortuna nos favorece, estaré orgulloso de adornar «la corona de Vuestra Majestad con un nuevo y puede que «más brillante joyel, *á condición de que Vuestra Majestad*

«*se* oponga, si alguna vez vuestros consejeros pretenden ce-
«der esta Provincia al extranjero, así como se ha hecho
«con mi ciudad natal, Niza.»

Era una flecha acerada con que Garibaldi hería el flanco del poderoso ministro, antes de partir. Podía ser también una amenaza, como diciendo: «¡Ah, si vuelvo victorioso!...»

I

Francisco II, Rey de Nápoles, era un hombre joven, sin experiencia en los negocios públicos, ajeno á la diplomacia, y que no supo sacar partido de su situación excepcional.

Aliándose con el Piemonte en la guerra contra el Austria habría conservado sus Estados, pues no se le hubiese olvidado en el tratado de Zurich.

Debió pensar que estando de por medio la Francia, el Austria iba á ser vencida y Nápoles quedaría á merced del vencedor en un plazo más ó menos largo, tanto más cuanto que el patriotismo italiano en aquellas Provincias era manifiesto en favor de la alianza franco-italiana. — Prefirió mantenerse neutral, y esto no lo pueden hacer sino las naciones poderosas.

Garibaldi era por entonces el héroe más popular de Italia: todos los ojos estaban fijos en él, y las poblaciones lo acompañaban con sus votos.

Nápoles tenía una respetable escuadra, y el Gobierno, que estaba sobre aviso respecto del movimiento revolucionario, había puesto en acción á sus cruceros, que vigilaban el Mediterráneo con escrupulosa atención.

Todo fué inútil. Garibaldi, para engañar á los cruceros y á los espías borbónicos, desembarca al Coronel Zambianchi con 100 hombres, dándole la misión de agitar los Estados Romanos y provocar la revolución. La noticia circula como el rayo, y Nápoles cree que la invasión es contra los Estados del Papa.

Mientras tanto, Garibaldi, cinco días después de su salida de Génova, esto es, el 14 de Mayo, aborda las costas de Sicilia y desembarca en Marsala con 1070 voluntarios perfectamente equipados.

Los buques napolitanos cruzan en todas direcciones, pero sólo se dan cuenta del hecho cuando el mismo Garibaldi, tomando la bocina á bordo de su nave, anuncia su desembarco al comandante de un buque inglés que sigue viaje para Génova, con estas palabras: «Decid á los italianos que Garibaldi ha desembarcado en Marsala.» — El eco y las olas repiten esas palabras del genio.

Sin embargo, al aproximarse los navíos de la expedición á las costas de Sicilia, tres buques de guerra de la marina napolitana, al ver flotar al tope la bandera italiana del *Lombardo* y del *Piamonte*, sospecharon de su objeto; pero ya era tarde.

Éstos entraban al puerto. El desembarco comienza desde luego.

Marsala es una ciudad de 25.000 habitantes, situada al Oeste de Sicilia y á 160 kilómetros de Palermo, de una importancia comercial relativa y de notoriedad por sus vinos.

Su puerto es deficiente para navíos de guerra y para buques de gran calado.

Al empezar el desembarco se encontraban en él dos navíos ingleses: el *Argus* y el *Intrépido*.

Al cerciorarse los navíos napolitanos, que mandaba el Contraalmirante Actón, de que eran efectivamente Garibaldi y sus voluntarios los que desembarcaban en Sicilia, rompió el fuego sobre ellos, pero sin causarles daño alguno, porque el desembarco se había efectuado con mucha actividad y la columna estaba ya en salvo con sus armas y bagajes, cuando los napolitanos empezaron á arrojarle sus balas con furor.

Mejor hubiera sido desembarcar sus tripulantes y tropas, para librar combate á los Garibaldinos, siquiera para no exponerse á ser traducido ante un Consejo de Guerra, como lo fué el Almirante Actón. Garibaldi lo espe-

raba así, y al efecto emboscó en la playa sus legionarios, por si intentaban desembarcar los napolitanos.

La nueva del desembarco corrió como una chispa eléctrica, y los voluntarios Sicilianos empezaron á venir de todas direcciones para incorporarse á los Garibaldinos, aunque no en el número que se esperaba. La recepción en Marsala fué un poco indiferente; y entonces Garibaldi dirigió al pueblo una proclama en los siguientes términos:

«Sicilianos: Os traigo un puñado de bravos, que corren al llamado heroico de Sicilia: son los sobrevivientes de las batallas de Lombardía.—Nosotros estamos con vosotros! Nosotros queremos la liberación de vuestro país.—Todos unidos, la tarea es fácil.—Á las armas, pues! Todo hombre que no se arme, es un cobarde y un traidor á la patria.—El pretexto de que las armas faltan, no tiene valor.—Á las armas todos!—La Sicilia mostrará, una vez más, cómo se liberta un país de sus opresores, por la poderosa voluntad de un país unido.—*G. Garibaldi.*»

* * *

Á las 24 horas de haber desembarcado en Sicilia, la expedición de los *Mil* Garibaldinos se pone en marcha hacia el interior del país.

Al día siguiente, 13 de Mayo, Garibaldi da una nueva proclama, asumiendo la dictadura en nombre del Rey de Italia.—El 14 le llegan noticias de que un cuerpo napolitano de 5.000 hombres con artillería, á las órdenes del General Landi, se había detenido en la pequeña ciudad de Calatafimi. Se siguió marchando con precaución, y al llegar á la ciudad indicada, se encontró la expedición con el ejército enemigo fortificado y preparado para la pelea, con reservas que apoyaban debidamente á la línea principal.

Desde luego, Garibaldi se dió cuenta de la importancia de la posición que debía tomar. Se comprenderá que, para el éxito de la expedición, se imponía obtener el

primer triunfo, porque ya se sabe que la fuerza moral es el principal aliado de las grandes empresas.

La imaginación de las poblaciones vuela en alas de lo imposible y de lo sobrenatural.

El romance, sobre todo, entre las gentes sencillas de los campos, toma proporciones superiores á la realidad y la fantasía es un agente invisible que trasmite, infatigable, en la montaña como en la llanura, proezas medianas como si fueran gigantescas. De un hombre se hace un dios.

El nombre de Garibaldi resonaba en la cabaña como en el palacio. Los patriotas lo bendecían y oraban por su triunfo. Las mujeres, los niños y los ancianos salían de sus moradas sólo por verlo; aunque fuera á la distancia, lo saludaban con respeto y cariño.

Mazzini, con su propaganda, desde Londres, había preparado el terreno de la insurrección en las Dos Sicilias, pero el nombre que se repetía con pasión era el de Garibaldi. Sus hazañas en América, en Roma y en Lombardía, se las trasmitía el pueblo como pan bendito.

¡Cosa singular! en la tierra del fanatismo de los Borbones, la víspera del combate de Calatafimi, un fraile franciscano llamado Giovanni Pantaleo, solicita el honor de acompañar y prestar sus servicios á la expedición.

Garibaldi, silencioso, mira con aprensión al fraile patriota; ya iba á negar el permiso, pero interviene el Coronel Türr, su ayudante de campo, y le dice al general: «Concededle lo que pide; su semblante es noble y valiente; tal vez nos traiga buena ventura.» El general hace una señal de asentimiento con la cabeza, y el fraile queda incorporado á la columna de los viejos legionarios, que marchan á vanguardia.

Fué leal, inteligente y activo, y después se le vió siempre cerca de Garibaldi, en su Estado Mayor, hasta el fin de la campaña.

II

Garibaldi, frente al campo del general napolitano, al parecer invencible, empieza á maniobrar: coloca al flanco derecho del enemigo, en una montaña paralela á la que ocupan los napolitanos, las cuatro piezas de artillería, sostenidas por dos compañías mandadas por Bixio, uno de los *Mil.*

De frente y de flanco intenta Garibaldi conmover al enemigo; pero su posición era demasiado fuerte. Entonces opta por un término medio, á fin de que el general napolitano tome la ofensiva abandonando sus posiciones.

En efecto, el General Landi deja firme su centro en la montaña, y mueve hacia adelante sus alas, protegido por una nube de tiradores.

Se sorprendía mucho de que los Garibaldinos no respondieran á su fuego; pero éstos tenían la orden de permanecer silenciosos hasta el momento oportuno. Cuando estuvieron cerca los napolitanos, una descarga cerrada les respondió, mientras que una carga á la bayoneta los hizo retroceder. Así mismo, el General Landi no se turba: se dirige hacia su centro, que le sirve de base, y allí hace pie firme; pero el impulso está dado. Garibaldi llega al galope, mueve sus reservas y las compromete: es necesario vencer á todo trance.

Al dirigir algunas palabras de aliento á sus tropas, un tanto conmovidas por pelea tan porfiada, recibe una fuerte contusión en la espalda.

Entonces los voluntarios se lanzan con furia guerrera, guiados por Garibaldi, que se mezcla con ellos; los clarines tocan á la carga en toda la línea. El general napolitano hace esfuerzos por resistir: sus tambores tocan también á la carga, pero sus soldados retroceden. Pide las reservas, que están en la ciudad, pero éstas se resisten á salir en su auxilio.

No pudiendo sostenerse más, ordena la retirada. Los

Garibaldinos lo siguen, entusiasmados por la victoria: quieren entrar en la población antes que sus enemigos; pero Garibaldi manda hacer alto.

Una parte de la artillería de los napolitanos y varias banderas fueron los trofeos de los voluntarios; pero era de más valor que todo esto, el prestigio de la primera victoria en tierra siciliana.

Las pérdidas de una y otra parte fueron sensibles. Garibaldi hizo enterrar los muertos de los dos bandos, así como atender á los heridos sin distinción.

El esfuerzo hecho por los italianos para vencer fué muy recomendable, porque el número era muy desproporcionado, —*uno contra cinco;* — la posición de los napolitanos bien elegida y fortificada, y además contaban con el apoyo de la ciudad á retaguardia, y con reservas.

El general napolitano, desolado por su derrota, se puso definitivamente en retirada camino de Palermo, mandando pedir refuerzos y abandonando Calatafimi al vencedor.

Si no lo hubiese hecho así, al día siguiente, 15 de Mayo, habría sido envuelto y tomado prisionero.

Los habitantes de la pequeña ciudad, con los notables á la cabeza, se presentaron á Garibaldi. Los voluntarios entraron bajo una lluvia de flores en la población, en medio de un entusiasmo indescriptible. Las banderas italianas flotaban en los balcones y ventanas.

El general tomó posesión de la ciudad en nombre del Rey Víctor Manuel. Ese triunfo aseguraba al cuerpo expedicionario los recursos que le eran necesarios por el momento para marchar adelante.

Garibaldi dirigió luego una proclama á sus tropas, en la que se leen estas palabras: «Mañana el continente italiano «celebrará la victoria de sus dignos hijos y de los valerosos «sicilianos; vuestras madres, vuestras prometidas, orgullosas «de vosotros, recorrerán las calles, citándoos con orgullo.

«El combate nos ha costado la vida de algunos her«manos muertos en primera línea; estos mártires de una «santa causa, no serán olvidados en los anales de la «gloria italiana.»

Al anuncio de la victoria, los voluntarios italianos empiezan á llegar con sus oficiales á la cabeza. Centros de enrolamiento fueron organizados en Calatafimi; y el 17, Garibaldi, que no quería perder tiempo, marchó hacia Alcamo.

En su marcha pudo notar la agitación de los pequeños pueblos: el incendio, el asesinato, llevados á cabo por los partidarios de los Borbones, en lucha con los partidarios de la resistencia.

Garibaldi proclamaba á las poblaciones, recomendándoles el orden y el respeto á la vida y á la propiedad de los vencidos.

El general napolitano, en su retirada, había tenido que hacer frente á los que, sabedores de su derrota, trataban de dificultar su marcha; hubo pueblo que construyó barricadas, haciendo fuego sobre sus soldados desde las ventanas de sus casas, por lo que se vió en el caso de forzar la resistencia arrollándolo todo á su paso. De ahí la agitación y el desorden que el general italiano se esforzaba por calmar.

* * *

Garibaldi marchaba sobre Palermo, capital de Sicilia, que tenía una población de 200.000 almas. Se había puesto en comunicación con los patriotas de la ciudad, y éstos le habían asegurado que las tropas napolitanas eran numerosas, unos 25.000 soldados, al mando de un general de notoriedad, Bosco. Así mismo Garibaldi hizo alto á la vista de Palermo, apoyándose en las montañas: procedía con prudencia suma. Su plan, desde luego, fué engañar al enemigo.

Los fuegos de su campamento, extraordinariamente extendidos, acusaban gran número de tropas, cuando en realidad no tenía sino 1.500 voluntarios.

El general Bosco, notando que Garibaldi no avanzaba, se movió sobre él, pero sólo encontró partidas que le indicaban retiradas de tropas numerosas, de modo que el

general napolitano dividió su ejército, quedándose con una base de 8.000 hombres en Porco, adonde ocurrió Garibaldi con todos sus elementos, iniciando la pelea débilmente con tiradores.

Bosco divide nuevamente su fuerza, tratando de envolver al general italiano en Piano de Greci; pero Garibaldi prevé el plan, forma su base en esa villa protegido por los habitantes, y entretiene con combates parciales al general napolitano hasta la noche, en que emprende la retirada en dirección á la montaña.

Bosco lo persigue, y Garibaldi, á favor de la oscuridad, da media vuelta y se dirige á Palermo, dejando á su teniente Orsini, con la artillería, que continúe la marcha al interior, á fin de que el engaño de Bosco fuese completo.

Orsini, de cuando en cuando, hacía alto, disparaba algunos cañonazos, para que se creyera que iba á tomar la ofensiva, y luego seguía su camino.

Mientras que las tropas napolitanas continuaban su persecución engañosa, Garibaldi llegaba á Misilmeri, casi á las puertas de Palermo.

Allí reunió á sus oficiales superiores, para oir su opinión sobre si debía atacar á Palermo ó retirarse nuevamente, á fin de reunir más fuerzas.

Las opiniones estaban divididas, y entonces Garibaldi, cortando la discusión, exclamó:—«Bueno, *avanti!*»

Lo mismo que Bonaparte en Arcole, que dijo: «Marchemos; adelante!»

* * *

Necesario es reconocer que justificaba la confianza del héroe italiano la situación favorable del país.

Los insurgentes que se agitaban se habían aproximado á él, prestándole su concurso. Los napolitanos, aunque tenían mayores fuerzas, se encontraban en campo enemigo, pues la campaña, los pueblos y las ciudades les eran adversos, ó cuando menos indiferentes.

A Nápoles habían llegado las noticias de los contras-

tes sufridos por las tropas reales que mandaba el General Landi, y de la marcha de Garibaldi sobre Palermo.

Aunque los napolitanos tenían un ejército poderoso en Palermo, el Rey invistió así mismo de poderes amplios al Mariscal Fernando Lanza, para que, trasladándose á aquella ciudad, lo representase y procediera como mejor lo entendiese, á fin de destruir á los Garibaldinos.

El mariscal llegó á Palermo y publicó un manifiesto pomposo, concediendo amnistía en nombre del Rey, ofreciendo mercedes y beneficios á Sicilia, y en seguida proclamó el estado de sitio.

Garibaldi, entre tanto, reune todos los partidarios sicilianos que buscan su incorporación, les da oficiales que los manden, y con 3.500 hombres en todo, marcha resueltamente sobre Palermo el 26 de Mayo. En la noche del 27 sigue cautelosamente sobre la ciudad, y les dice á sus soldados: «Mañana entraré en Palermo, ó no me contaré más entre los vivos.»

El silencio y la oscuridad de la noche fueron auxiliares eficaces.

Á la entrada de la ciudad había un fuerte, defendido por numerosa guardia. Ésta fué sorprendida á los gritos de «*Italia, Italia! Avanti, avanti!*»—El fuerte es franqueado y las tropas reales huyen en derrota.

Al ruido de las descargas de fusil, las baterías de los fuertes de «San Antonio» y «Termire» abren sus fuegos.

El momento es crítico. Garibaldi se adelanta, toma la puerta «Termire» y entra en la ciudad con sus voluntarios en tres columnas. El Mariscal Lanza hace tocar generala en todos los cuarteles y en la ciudad.

Después de un combate de 15 horas, Garibaldi era dueño de las principales calles. Se posesiona de las arterias estratégicas y se atrinchera.

Á la mitad de la jornada, el Hotel de Ville es tomado, y la bandera italiana ondea en él, en la Catedral y en los primeros establecimientos públicos.

Los habitantes, durante la lucha, se refugian en sus casas.

El Mariscal Lanza se encierra en los fuertes y de allí bombardea la ciudad, tirando sobre las posiciones de los invasores victoriosos.

El 23 el combate continúa con más ardor, en medio de las balas de los fuertes y de la escuadra.

La destrucción es grande; la población es la que sufre en primer término, porque los Garibaldinos han elegido posiciones convenientes y pueden sostenerse sin mayores bajas.

El almirante inglés toma la iniciativa de una protesta, á la cual se adhieren los agentes consulares sin distinción de nacionalidad, haciendo responsables á las autoridades napolitanas de aquella destrucción inútil, pues los intereses pasivos y neutrales son los verdaderamente perjudicados.

Esta protesta dió lugar á una entrevista entre Garibaldi y el comisario real, á bordo del buque almirante inglés *Aníbal*, en la que se convino en un armisticio.

Estas conferencias y aplazamientos hacen perder terreno á la defensa de las autoridades napolitanas, favoreciendo á los Garibaldinos.

Se ve que los primeros son impotentes para vencer á los segundos.

En balde el General Bosco, que había perseguido un fantasma en la montaña, y que había pasado ya un parte jactancioso de haber destruído á Garibaldi y sus bandas, retrocede al llamado del Mariscal Lanza. Cuando llega á las puertas de la ciudad con sus 8.000 hombres, se encuentra con el armisticio acordado, que al principio se niega á reconocer, pero que al fin tiene que acatar, porque Garibaldi ha engrosado sus filas con nuevos voluntarios, domina el centro de la ciudad, está atrincherado, y no es fácil desalojarlo.

Á su vez, Orsini, que había engañado tan hábilmente á Bosco disparando cañonazos que resonaban en la montaña, haciéndole creer que era Garibaldi que huía, vuelve también sobre Palermo á incorporarse á su general.

En resumen, después de varias conferencias, el armis-

ticio se prorroga, concluyendo el Mariscal Lanza por capitular con una convención favorable en todo á los libertadores.

III

La ciudad quedó en poder de Garibaldi, con sus oficinas públicas, el Banco Real, los fuertes artillados y cuanto de más notable poseía la capital.

Las tropas napolitanas se retiraron, embarcándose para Nápoles, así como los heridos y las familias que quisieron seguirlas. Desde ese momento, Garibaldi asumía el gobierno de la Sicilia, en su carácter de Dictador, y á nombre del Rey Víctor Manuel, que oía narrar, al parecer distraído, en su palacio de Turín, las hazañas de los voluntarios patriotas que con su sangre fundaban la verdadera unidad de Italia.

Apenas cumplía un mes que el Libertador había partido de las costas de Génova con mil patriotas tan resueltos como él, y ya había vencido á un ejército real de 30.000 hombres, mandados por sus mejores generales: Bosco, Lanza y Landi.

La escuadra y las fortalezas habían sido inútiles para detenerlo, y victorioso en aquella campaña rápida y memorable, había anexado á Italia 2:000.000 de habitantes de Sicilia.

Después de este triunfo, de los que ha de haber pocos ejemplos, Garibaldi, posesionado de Palermo desde los primeros días de Junio, se dedicó á la organización de todos los servicios públicos, principalmente el de la guerra, á fin de formar un buen ejército.

De Italia concurrían, en expediciones sucesivas, voluntarios aguerridos en número de 10.000 hombres, en los meses de Junio y Julio.

Conforme llegaron á Sicilia, Garibaldi formó dos cuerpos de ejército, cada uno de 5.000 hombres, al mando

el primero de los valerosos Coroneles Medici y Consenz, y el segundo bajo las órdenes del hábil Nino Bixio, quien, en compensación de sus notables servicios en esta campaña, fué elevado á la categoría de General de Brigada. Estos cuerpos fueron enviados hacia adelante separados, en dirección á Messina, explorando el país y atrayéndose á las poblaciones.

En Messina, límite de Sicilia, el Mariscal Lanza se hallaba al frente de un ejército de 25.000 hombres, apoyado en la escuadra napolitana, que guardaba el Estrecho.

El Coronel Medici llega con su brigada á Milazzo. El General Bosco es destacado sobre él con 6.000 hombres y obtiene alguna ventaja. Esto ocurría á mediados de Julio. Estas noticias, tan poco satisfactorias, llegan á Palermo.

Entonces Garibaldi se apresta para partir; mientras tanto envía nuevas tropas sobre Milazzo. Deja en Palermo á su jefe de Estado Mayor, Sirtori, y se embarca, llevando refuerzos y artillería, en dos vapores que tiene á su disposición, y que arma provisoriamente en guerra. Su dirección es un puerto intermediario, la rada Patti, para ponerse en comunicación con Medici.

El 19 llega frente á Milazzo, recorre el campo atrincherado de Bosco, y pasa revista á las tropas de Medici; forma su plan de ataque, y el 20 toma la ofensiva. El combate se inicia en toda la línea con tesón y firmeza. Con varias alternativas dura hasta el 23. El cañoneo de parte de los napolitanos era terrible, porque además de su artillería de campaña, contaban con la Fortaleza y la Ciudadela, que tenía 40 piezas en posición, con las que barrían la llanura.

En esta acción corre peligros personales Garibaldi, que se ve desmontado por las balas y cargado por la caballería. Él se defiende con el valor de siempre; recibe sablazos que devuelve, y es protegido á tiempo, pues hubo un momento en que estuvo á punto de perder la vida.

En este día, 23, el General Bosco comprendió que su situación era muy precaria, pues no podía retirarse ni por tierra ni por mar: estaba cercado por los Garibaldinos.

En vista de esto, abrió negociaciones y tuvo que capitular. Su ejército debería embarcarse en seguida, obligándose á no combatir en dos meses contra los Garibaldinos. La Ciudadela, el Fuerte y la artillería de campaña quedarían en poder de Garibaldi.

El 27 avanza Medici sobre Messina. Las tropas reales estaban acobardadas. El General Clary, que mandaba en Messina, abandona la ciudad y firma una convención obligándose á no atacar ni á la ciudad ni á los Garibaldinos durante la guerra. La misma convención entregaba á Garibaldi la Ciudadela de Siracusa.

Desde luego podía decirse que Sicilia estaba toda en poder del Libertador, sin enemigos que combatir.

La población de Messina hizo una verdadera ovación á Garibaldi: quitó los caballos de su coche, y lo llevó en brazos.

Inmediatamente Garibaldi, aprovechándose de las ventajas obtenidas, se aproxima al Estrecho, se posesiona del hermoso faro de Messina, organiza su campamento bajo las órdenes del Brigadier Sachi, legionario de Montevideo, que ya cuenta con 14.000 hombres, y se prepara á pasar á territorio de Nápoles.

Nombra Pro-Dictador en Palermo á Depretis y llama á su lado á su jefe de Estado Mayor, Sirtori, y al General Orsini, Ministro de la Guerra, con todos los elementos de guerra disponibles.

El Coronel Bordoni tenía á su cargo el Cuerpo de Ingenieros, el Parque, la Artillería y los trabajos de preparación del pasaje.

La tarea no era fácil, porque tenía que proveer á la escuadrilla, que debía ser necesariamente numerosa. de todos los elementos necesarios, tales como: puentes, escalas, etc., para realizar el pasaje con éxito.

Del 18 al 22 de Agosto, Garibaldi llega por sorpresa á la costa de Nápoles y efectúa el pasaje, tomando personalmente primero la ciudad de Regio, á la vista de la escuadra enemiga.

Las tropas reales que vigilaban el Estrecho para opo-

nerse á los Garibaldinos, resisten y combaten, pero son envueltos y capitulan, obligándose á no servir contra los libertadores. Abandonan en poder de Garibaldi su artillería, sus equipajes, sus municiones y las fortalezas que defendían.

Con la invasión á territorio napolitano, es decir, al continente, queda terminada la primera parte de la campaña, llevada á cabo en tres meses y medio, y que, si no puede considerarse la más difícil, pues aún queda Nápoles con sus 100.000 soldados, su hermosa capital, su escuadra y sus fortalezas que vencer, y el mismo gobierno de los Borbones que destronar, la campaña de Sicilia era la más peligrosa.

En los comienzos de la guerra, con tan deficientes elementos, un contraste cualquiera habría hecho fracasar por completo la expedición. Indudablemente, Garibaldi demostró ser un gran general y un gran político, en esta campaña.

IV

Después del pasaje del Estrecho de Messina por el Ejército Libertador, y las victorias sobre los Ejércitos napolitanos al mando de los Generales Galotta y Briganti, capitulando el primero en Reggio, después de un reñido combate que duró 12 horas, y el segundo en D'Alta Fiumara, sin combatir, Garibaldi se pone en marcha el 27 de Agosto, con el objeto de cortar la retirada á las tropas que habían escapado de la capitulación. La indisciplina de los napolitanos era extrema: los pueblos y caseríos eran saqueados. En Mileto, los soldados del General Briganti, que se retiraban en cumplimiento de lo estipulado en la capitulación, esto es, *de que no deberían combatir en adelante*, asesinaron á su general y cometieron toda clase de excesos. El 30 llega Garibaldi casi solo, con un escuadrón de Guías, á Soveria, donde se encontraban las

tropas que iban huyendo; les intima rendición, y éstas se entregan con su artillería, bagajes, caballos y todo lo demás.

La noticia de estos desastres de las tropas reales llega á Nápoles por la voz de los dispersos y de los vencidos, produciendo en el Rey y la corte la mayor confusión.

Al partir de Soveria, Garibaldi recibe una carta del Rey Francisco II, que le fué entregada por M. de la Cecilla, en la que aquél hacía al Libertador proposiciones de paz, que se concretaban:

1.° Á reconocer la independencia de Sicilia y cederle todos sus derechos sobre sus antiguas posesiones más allá del Estrecho.—2.° Se obligaba á pagar 12 millones de francos por los gastos de la guerra y acordar al Dictador el derecho de alistar voluntarios en las provincias del Reino.—3.° Ofrecía cooperar con la flota y 50.000 soldados á la próxima guerra contra el Austria, marchando á Venecia contra los austriacos y á Ancona contra los soldados del Papa.

Desde luego se ve que esas bases y proposiciones no eran sinceras; que las circunstancias le imponían el sonrojo de ofrecerlas, pero que, pasado el peligro, quedarían como escritas en el agua. Garibaldi, sin duda, lo comprendió así, y dió el silencio por respuesta, siguiendo su marcha.

La situación del Rey de Nápoles era sumamente grave. Abandonado por la diplomacia europea, como él lo había hecho en la campaña de la Lombardía, no le quedaba otro recurso que combatir.

Después de los desastres sufridos, aún le quedaban 70.000 soldados, que con un general que hubiese marchado resueltamente con la mitad de esas fuerzas sobre el vencedor, habría podido muy bien ponerlo en apuros, y decidir la campaña á su favor. Pero el Rey de Nápoles, incapaz por naturaleza y educado en la molicie por palaciegos y frailes, creyendo de buena fe que San Jenaro sangraba de sus heridas cuando el trono estaba en peligro, y que lo salvaría con sus milagros, no era

hombre para oponerse á la marcha victoriosa del Dictador de Sicilia, y, además, no contaba con ningún general para hacerlo. Por otra parte, los insurgentes, buenos y malos, agitaban la campaña en favor de los Garibaldinos. La camiseta roja de éstos los había cautivado, y todos querían llevarla. En suma, era una causa perdida la del Borbón. La marcha triunfal de Garibaldi hacía recordar la del general francés Championet, sesenta años antes; quien, después de haber derrotado al General Mach, entró en Nápoles y ordenó á las autoridades municipales que inmediatamente cesaran de fanatizar al pueblo con el llanto de la *Madonna* y la sangre de *San Genaro;* orden que fué acatada sin tardanza.

* * *

El Coronel Türr, cumpliendo órdenes de Garibaldi, maniobraba ya sobre Salerno, con el objeto de cortar la retirada á las tropas reales y al mismo Rey, si insistía en permanecer allí.

Francisco II, viendo que su situación era cada vez más alarmante, creyó que debía ocuparse de su persona, y el 6 de Septiembre abandonaba á Nápoles, dando una proclama, que, más bien que la palabra enérgica y varonil de un soberano en momentos de peligro, era la voz quejumbrosa del hombre pusilánime. En vez de marchar hacia el enemigo y defender la capital con las armas y morir en su puesto, se aleja, contando con que los vecinos de Nápoles harían lo que á él correspondía hacer.

Un antiguo liberal, Liborio Romano, que era uno de los Ministros del Rey Borbón, se apresuró entonces á dirigir á Garibaldi, que había entrado en Salerno, una nota así concebida:

« Al General Garibaldi, Dictador de las Dos Sici-
« lias. — Nápoles espera vuestra llegada con *la más*
« *viva impaciencia*, para saludar en vos al *redentor de*
« *Italia* y entregar *en vuestras manos los poderes del*

« *Estado y sus destinos.* En esta espera, yo quedaré para
« mantener el orden y la tranquilidad pública; vuestras
« palabras, que ya he hecho conocer al pueblo, son su
« más segura garantía. Espero vuestras órdenes, y soy,
« con un respeto sin límites, etc., etc. — *Liborio Romano,*
« Ministro del Interior y de la Policía. »

¡Cosa más singular! ¡El Ministro de un Reino, que se apresura á entregar sin condiciones, en manos del invasor, el mismo poder que había jurado defender ó tutelar!

Francisco II, en su proclama al pueblo, decía: «Se ha traído una guerra injusta y *contra el derecho de gentes* á mis estados, á pesar de encontrarme en paz, con todas las potencias de Europa.» Y el Ministro de ese mismo Rey, dice al día siguiente á su enemigo: «que la capital lo espera para saludar en él al redentor de Italia y depositar en sus manos los poderes del Estado.» Pero esto no es todo.

* * *

Garibaldi no se hizo esperar. El 7 de Septiembre llega á Nápoles por el ferrocarril de Salerno, con un séquito modesto, y es recibido en la estación por los tres Ministros de Francisco II, — Romano, Giachi y Cesare, — que le dirigieron el siguiente discurso, que vale la pena de consignarse para que se conozca el espíritu de los hombres que rodean á los reyes:

« General: Veis delante de vos un Ministerio que reci-
« bió sus poderes de Francisco II: nosotros los habíamos
« aceptado como un sacrificio á la patria, en este mo-
« mento supremo en que el pensamiento de todos es la
Unidad Italiana, bajo el cetro de Víctor Manuel. Este
pensamiento que fermenta desde largo tiempo en el ce-
« rebro de los napolitanos, sostenido por vuestra espada
« y proclamado en Sicilia, había adquirido una fuerza
« irresistible. En momentos en que los sufrimientos anti-
« guos y los rencores comprimidos estaban á punto de
« estallar, y en que el país era violentamente agitado

« por el temor de una reacción, nosotros hemos aceptado
« el poder para salvar el Estado de la anarquía y de la
« guerra civil.

« General, todos los pueblos del reino han hecho co-
« nocer ya su voluntad, por la lucha abierta, por la
« prensa y por toda clase de manifestaciones: ellos quie-
« ren también hacer parte de la Gran Patria Italiana,
« bajo el cetro de Víctor Manuel.

« Vos, General, sois la más alta expresión de este pen-
« samiento.

« Todos los ojos están fijos en vos; todas las espe-
« ranzas reposan en vos, y nosotros, depositarios del Po-
« der, nosotros, que somos también ciudadanos italianos,
« hacemos entrega de estos poderes en vuestras manos, en
« la seguridad de que vos sabréis conducir el país hacia
« el objeto que os habéis propuesto y que está escrito en
« vuestra bandera, como en el fondo de todos los co-
« razones: Italia y Víctor Manuel! »

Garibaldi les respondió sonriendo y apretándoles la mano: « *Gracias por haber salvado al país.* »

Nosotros no censuramos el pensamiento patriótico de los ciudadanos que entregaron el poder al Libertador, pero sí censuramos la forma, porque debieron antes dimitir el cargo, devolviendo así su juramento al Rey, para proceder libremente como ciudadanos. Como ex Ministros de Francisco II no podían obrar de esa manera, á menos de incurrir en la censura de la historia.

* * *

Talleyrand tenía razón cuando preparaba sus equipajes para acompañar á los soberanos que caían, y luego se quedaba cerca de las puertas de la ciudad con cualquier pretexto. De ese modo siempre estaba *pronto* para recibir al nuevo soberano.

El Rey ha muerto, ¡viva el Rey!

V

Garibaldi entró el mismo día en la hermosa ciudad de Nápoles, única por su alegría, por su bullicio, por su cielo y por las aguas azuladas del Golfo.

El espíritu meridional de sus habitantes está en relación con la naturaleza sonriente de Nápoles. De todos lados sonríen caras amables que saludan al viajero, sin conocerlo, como si siempre lo hubieran visto: las mujeres, con sus ojos negros como el azabache, su semblante gracioso é insinuante; con sus cellares de colores, dorados, azules, rojos, verdes, imitando el oro y las piedras preciosas, ó siéndolo efectivamente, según la clase social á que pertenecen; con sus trajes pintorescos y sus cabellos renegridos como el ébano, flotando al viento. Nápoles es la ciudad de Italia que reune mayores atractivos, al decir de los viajeros; pues ella, dicen, tiene una parte de Florencia, por sus artes; de Roma, por sus templos y fanatismo; de Venecia, por el canto de los barqueros que gobiernan su esquife con la gracia de los gondoleros de los Dux; de Milán, por la belleza arquitectónica de sus edificios, y de Génova, por la actividad de su comercio.

Su Vesubio da calor, contento y alegría á los napolitanos.

Nápoles es considerada como la ciudad más populosa de Italia, y aun de Europa, después de París, Londres y alguna otra.

Garibaldi entró solo en esta pintoresca y brillante capital, en un landó tirado por cuatro hermosos caballos, que le fué proporcionado por las mismas autoridades del Rey fugitivo.

Vestía su camiseta roja, cubría su cabeza un sombrero de fieltro y llevaba su sable al cinto. El pueblo salió á su paso admirado. Los soldados, que tenían acaso la con-

signa de resistir, presentaban las armas en silencio, al pasar el carruaje por sus puestos militares. Toda la población no manifestaba sino curiosidad. Las mujeres y los hombres se atropellaban para ver al Libertador, y con la mano lo señalaban á sus hijos.

Muchos carruajes seguían al del Dictador de las Dos Sicilias. Los personajes que los ocupaban pertenecían en su mayor parte al régimen caído.

Llegado al Palacio de la Forestería, en la plaza del Castillo, se detuvo, y las diputaciones del pueblo y de la magistratura empezaron á presentarse y á dirigir la palabra á Garibaldi, que contestaba en pocas palabras.

Al vencedor le sienta mejor hacer mucho y hablar poco.

El primer acto del Dictador fué entregar el mando de la escuadra napolitana al Almirante Persano, que enarboló en todos los buques el pabellón italiano.

Conviene que hagamos un alto después de la entrada de Garibaldi en Nápoles, para reseñar rápidamente otros sucesos que se relacionan con esta campaña admirable, y que tienen su historia en la diplomacia dirigida hábilmente por el Ministro Cavour desde Turín.

VI

DIPLOMACIA

En el primer mes de la invasión de Garibaldi á la Sicilia, la situación de Cavour en el Ministerio de Negocios Extranjeros era bastante difícil.

Á los agentes diplomáticos de Inglaterra, Francia, Rusia y Prusia, que lo asediaban para saber noticias y conocer sus opiniones, les declaraba que el Gobierno sardo era ajeno á la empresa de Garibaldi; que éste era un *scellerato* popular, al que era imposible detener; que Ná-

poles contaba con una fuerte escuadra y un poderoso ejército para oponerse á la aventura del héroe italiano; que si aquellos elementos no eran bastantes á detener á Garibaldi en su marcha, ¿cómo podría exigírsele razonablemente al Gobierno de Víctor Manuel que cuidase y defendiese estados extraños?

El Rey de Nápoles, por su parte, hacía oir sus quejas y clamores en París, en San Petersburgo, en Londres, en Berlín y en Viena.

Pero en todas partes se le contestaba:—«¿Qué podemos hacer nosotros en ese asunto? Dirigíos á Turín: allí se os dará la razón, se os hará justicia.

«Tenéis ejército y flota: ¿por qué no destruís á Garibaldi y sus filibusteros?»

«—Si todavía, decía Napoleón III, hubieseis previsto el caso, yo habría podido hacer algo para impedir la expedición, pero ahora ya es tarde, las cosas han marchado muy aprisa, Garibaldi está ya en Palermo, y ¿cómo mezclarme en la cuestión?» Y agregaba:—«Pero de seguro que no pasará el Estrecho de Messina. Vuestra escuadra no lo dejará pisar la Calabria.»

Inglaterra, por intermedio de Lord Russell, decía:—«Esta aventura de Garibaldi no puede durar mucho, tiene necesariamente que ser sofocada;» pero al mismo tiempo enviaba instrucciones á su Ministro en Nápoles, para que vigilara los asuntos del Rey y la marcha del Dictador.

Ni Francia ni Inglaterra encontraban del todo mal que la Sicilia pasara á hacer parte de la Unidad de Italia; pero tratándose de Nápoles ya lo consideraban un peligro, por la marcha posible sobre Roma. Una y otra estaban alerta.

Al Ministro piamontés también le asaltaban temores, así es que cuando Garibaldi entró en Palermo, encargó al Almirante Persano que felicitase al Dictador de Sicilia por sus triunfos y lo animase para terminar la conquista.

Garibaldi, una vez en Nápoles, ya se creía, imprudentemente, autorizado para todo. Envió un emisario á Turín para que hiciese sentir á Víctor Manuel la necesidad de despedir á sus Ministros Cavour y Farini.

Con la mayor naturalidad escribía al Rey en ese sentido, y agregaba: «Enviadme á Pallavicini, el anciano, « como Pro-Dictador, y una brigada de vuestras tropas, y « yo respondo de todo.» El *todo* á que se refería el Dictador de las Dos Sicilias, era Roma.

El Ministro inglés Sir Henry Elliot, había sido enviado por Lord Russell cerca de Garibaldi, á fin de moderar su ardor guerrero y hacerle ver los peligros de ir más allá de la conquista de Nápoles.

Garibaldi contestó al enviado inglés: «La marcha sobre Roma se impone; yo iré hasta allí y ofreceré á Víctor Manuel la Unidad de Italia. Después á él (al Rey) corresponderá libertar á Venecia, y yo seré simplemente su teniente.»

Sir Henry Elliot le objetó: —«¿No veis, general, que si marcháis sobre Roma la intervención de Francia es desde luego un hecho? Ya lo ha dicho Napoleón III: «El honor de la Francia está comprometido en esta cuestión de Roma.»

«Italia no puede hacer frente á la intervención francesa. Austria se aprovecharía de esta ocasión para volver á conquistar la Lombardía, y tendríamos tal vez una conflagración europea, la guerra en Europa.»

Á estas razones replicaba Garibaldi, exaltándose:

—«¿Qué tiene que hacer Napoleón en Roma? ¿Acaso ésta no es una ciudad italiana?

«Lo que hay es que Cavour, con la cesión de las dos Provincias, Niza y Saboya, ha arrojado á Cerdeña á los pies del Emperador.» — «Yo no le temo á Francia, agregaba, y estoy resuelto á marchar sobre Roma: la Unidad debe cumplirse.»

Francisco II, Rey de Nápoles, se había fortificado en el Volturno, y ocupaba la fortaleza de Gaeta con las tropas que le eran personalmente leales.

Esperaba auxilios del Ejército que organizaban los Estados Romanos y que mandaba Lamoricière, oficial general francés de mucho mérito, al servicio del Papa, que había emigrado de su patria después del golpe de estado de Napoleón.

En Turín, la agitación del Rey y sus Ministros era grande. No sabían qué hacer en situación tan excepcional.

Someterse á la voluntad de Garibaldi, que pretendía imponerse al Rey y al Parlamento, era abdicar. Por consecuencia había que tomar una resolución enérgica. El único camino indicado era marchar contra el Ejército del Papa, destruirlo, seguir adelante y auxiliar á Garibaldi, venciendo las últimas fuerzas de Francisco II en el Volturno, y tomando finalmente á Gaeta. En seguida, decirle á Garibaldi: —«General, su misión está terminada con la anexión de las Dos Sicilias á Italia; el Rey Víctor Manuel asume el mando de las tropas y el gobierno de las Provincias conquistadas. Á Roma la dejaremos para otra vez.»

Éste era el plan de Cavour, del que no estaba seguro, porque podían surgir dificultades imprevistas.

No disimulaba su agitación el Ministro piamontés; así escribía á su amiga madame de Circourt: «Si salgo bien de este negocio, trataré de proceder de modo que no se repita. Soy como el marinero que, en medio de las olas embravecidas, jura y hace votos de no volver á exponerse á los peligros del mar.»

Desde luego, Cavour y Garibaldi estaban el uno frente al otro; la partida debía jugarse resueltamente, porque había de por medio intereses muy importantes que no eran conciliables.

Cavour, que nada dejaba al azar, resolvió poner en conocimiento de Napoleón III su plan, á fin de conocer, cuando menos, su opinión. El General Cialdini y el Ministro del Interior Farini fueron los encargados de consultar al Emperador, que, de vuelta de un viaje de recreo, debía pasar por Chambery. El Emperador los oyó en silencio, eludiendo todo compromiso ó promesa. Á la mañana siguiente recién abrió opinión, con estas palabras: «Si el Piamonte cree esto absolutamente necesario para salvar á Italia de caer en un abismo, sea; pero á sus riesgos y peligros. Que reflexione bien, pues si el Austria lo atacase, Francia no podría protegerlo.»

Parece que Napoleón agregó todavía:—«*Fate presto!*»

Efectivamente, Cavour comprendió que el éxito dependía de la rapidez, y como había venido preparando los elementos para abrir la campaña, el Rey colocó bajo su dirección los Ministerios de Guerra y Marina, además del de Negocios Extranjeros, que dirigía; de modo que tenía en sus manos todos los resortes que podían serle necesarios.

En los primeros días de Septiembre hizo marchar un Ejército de 50.000 hombres, á las órdenes de los Generales Fanti y Cialdini, que debía invadir la Umbría y las Marcas, para encerrar por un lado á los Estados Pontificios y por otro á Garibaldi, á fin de que ni aquéllos ni éste pudieran moverse hacia adelante.

Cavour escribía á la vez al Almirante Persano, diciéndole: «El General Cialdini entrará en las Marcas y marchará rápidamente sobre Ancona; pero no podrá hacerse dueño de esa plaza, si no es secundado por vuestra escuadra. Decidme lo que creáis necesario para el éxito de esta empresa, y cómo entendéis deber realizarla.»

Como se ve, el Ministro piamontés tenía gran confianza en el juicio y capacidad de Persano, que hasta esa época había sido muy afortunado en sus empresas, aunque para ser desgraciado después en el combate de Lissa, en el que fué vencido por el Almirante austriaco Tegettof; perdiendo la escuadra que le había sido confiada, y con ella sus honores y su carrera.

El Gobierno del Papa, dirigido por el Cardenal Antonelli y por Mr. de Merode, belicoso prelado éste, que tenía á su cargo el cuidado del Ejército, en su calidad de Pro-Ministro de las armas, se manifestaba intranquilo. Napoleón, espíritu irresoluto, sumamente reflexivo, no decía nada que pudiera tranquilizar á Su Santidad.—«*Los sucesos resolverán,*» se había limitado á decir.

Pero los entusiastas de Roma, temiendo más por el poder temporal del Papa, que por el espiritual de la Iglesia, empujaban á Lamoricière para que á todo trance librara una batalla contra piamonteses y garibaldinos, ase-

gurándole el triunfo, porque, decían, «Dios peleará con nosotros;» pero los que así opinaban,—cardenales, arzobispos, obispos y grandes dignatarios de la Silla Apostólica,—consideraban muy prudente quedarse en Roma, en medio de sus púrpuras y de sus palacios, mientras se libraba la batalla de Dios, como ellos la llamaban.

Castelfidardo llega. El General Lamoricière ataca al Ejército piamontés, que se componía de 40.000 hombres, mandados por Fanti y Cialdini, el 18 de Septiembre.

El Ejército del Papa estaba dividido en dos cuerpos: el primero lo mandaba Lamoricière y el segundo el General Pimodán, llegado ese mismo día de Macerata.

El proyecto del general papista consistía en forzar las posiciones del Ejército piamontés, que le impedía ir en auxilio de Francisco II, y entrar en la ciudad de Ancona. El combate fué tenaz y sangriento. Lamoricière cargó tres veces, pero fué rechazado otras tantas por los piamonteses.

El General Pimodán fué herido gravemente, muriendo esa misma noche. Derrotado el Ejército del Papa, Lamoricière se retira del campo con una débil columna, gana la montaña y se asila en Ancona, que se rindió algunos días después, no pudiendo resistir el ataque combinado del ejército y la flota piamonteses.

El primer acto del plan del Ministro Cavour estaba terminado. El Ejército papal había desaparecido de la escena. Lamoricière hizo lo que pudo. Sus soldados eran bisoños, sin fibra militar, pues ni *los goces de la otra vida,* que les habían prometido los que se quedaron en Roma, pudieron infundirles valor ante el cañón de los piamonteses.

El Rey Víctor Manuel hizo su entrada en Ancona el 2 de Octubre, y como lo había convenido con Cavour, iba personalmente á tomar el mando del Ejército.

El segundo acto del plan se desarrollaría frente á Capua y Gaeta.

VII

BATALLA DEL VOLTURNO

Garibaldi se encontraba en Nápoles, entregado á la reorganización del Ejército, sin olvidar la administración del país.

Hizo promulgar en todo el Reino el Estatuto Sardo, encabezando los actos administrativos con las palabras: *Víctor Manuel, Rey de Italia.*

Conservó en sus empleos á los funcionarios que no habían seguido á Francisco II en su retirada, y puso en libertad á todos los detenidos políticos.

Ordenó la demolición del fuerte San Telmo, que ya no tenía objeto, dado el progreso que Nápoles había alcanzado.

Se ocupó más de lo que debía de otras cuestiones de interés secundario, dejando así de ocurrir á tiempo á donde le llamaba la terminación de la guerra, pues el Rey fugitivo hacía pie finalmente en el río Volturno, esperando la protección de Roma ó del Piamonte, según se presentasen los sucesos; porque los palaciegos y sus amigos de fuera le hacían creer que Austria, Francia, Inglaterra y hasta la misma Rusia, no serían indiferentes á su causa; que la guerra europea era un hecho.

Lo engañaban.

Nada de eso era cierto; no había otra cosa efectiva que la pérdida de sus Estados.

La concentración de las tropas de Garibaldi, que sumaban á la sazón 15.000 hombres, se efectuaba en el Volturno, al mando de Medici, Bixio y Türr, sus principales tenientes.

El General Cosenz había sido nombrado Ministro de la Guerra en Nápoles y dirigía las operaciones de marcha.

El Ejército de Francisco II se elevaba á la cifra de 35.000 hombres, bien pertrechados y fortificados.

Dominaban los napolitanos la derecha y la izquierda del río Volturno, y habían artillado á Capua y los flancos del monte Jerusalén con piezas de campaña.

Garibaldi, después de nombrar á Pallavicini Pro-Dictador de Nápoles, sale para el Volturno, donde ya habían empezado las operaciones.

Llega allí el 19 de Septiembre, reconoce las montañas y hace ocupar la villa de Sant'Angelo, estableciendo su Cuartel general en Caserta.

El Coronel Bordoni fué encargado de los trabajos de defensa, en previsión de un ataque de los napolitanos. Se artilló el monte de Sant'Angelo, llave de las posiciones de los Garibaldinos, construyéndose algunas baterías para sostenerse y dominar el terreno en que se iba á combatir.

El campo que ocupaban los Garibaldinos era histórico, de antigua data, en las luchas de los romanos con Aníbal.

***

El 1.º de Octubre, las tropas napolitanas, bajo las órdenes del General Rittucci, y en número de 30.000 hombres, salieron de Capua en cuatro columnas, mandando una de ellas el Rey Francisco II y los Condes de Caserta y de Trápani. Al encontrarse con las fuerzas de Garibaldi, las atacaron con mucho denuedo.

La batalla fué sangrienta. Los napolitanos, á la vista de su Rey, hicieron prodigios de valor; pero al fin cedieron, después de combatir desde las 4 a. m. hasta el anochecer. La derrota del Ejército del Rey Borbón fué un hecho: perdió 4.000 hombres, entre muertos y heridos; se le dispersaron algunos cuerpos, que no pudieron volver á Capua, y se le tomaron cañones, prisioneros, etc. El resto, desanimado, se refugió bajo los muros de la plaza. Los Garibaldinos también perdieron 3.000 hombres entre muertos y heridos.

La ciudad iba á ser bombardeada, desde luego, y la

retirada de las tropas de Capua en dirección á Gaeta era inminente.

Esta batalla del Volturno, de cualquier modo que se mire, pone en evidencia que, á pesar del valor de los soldados del Libertador y de la propia habilidad de éste como general, el número de aquéllos no era bastante para vencer definitivamente.

Si en esas circunstancias el Ejército papal hubiera podido prestar auxilio al Ejército de Francisco II, Garibaldi hubiera tenido que retirarse forzosamente.

35.000 soldados resueltos de que disponía el Rey de Nápoles y 20.000 con que contaba Lamoricière antes de ser derrotado en Castelfidardo por los piamonteses, sumaban 55.000, que, dirigidos por un general como el francés al servicio del Papa, hubieran puesto en serios aprietos á Garibaldi.

Éste dió á sus tropas, fatigadas de tan ruda pelea, la siguiente orden del día:

« Soldados, hermanos:

« El 1.º de Octubre ha sido una jornada terrible de « sangre y de gloria; nosotros hemos vencido; reposad « algunos instantes y tomad algún alimento, que bien lo « necesitáis; pero en el más breve tiempo. Mientras tanto « yo me ocuparé de lo que nos resta por hacer. Antes « de la noche ya os llamaré nuevamente á las armas.— « *Garibaldi.*»

* * *

El Ministro Cavour había previsto todos los sucesos que se desarrollarían al final de la campaña de Garibaldi, y, de acuerdo con el plan combinado en Turín con Víctor Manuel, éste entraba en acción en el momento oportuno y preciso, derrotando primero al Ejército de los Estados Pontificios y prestando ayuda eficaz á Garibaldi, para vencer finalmente la resistencia de Francisco II.

* * *

El Rey Víctor Manuel entró en Ancona el 2 de Octubre y se dispuso á tomar el mando del Ejército de Garibaldi. El 10 se encuentra con éste en Teano. Garibaldi sitiaba á Capua, cuando los piamonteses tomaron su lugar y el 28 de dicho mes abrieron las operaciones contra los napolitanos. El 30 comienza el bombardeo y el Rey Francisco II se retira á Gaeta. Capua capituló el 2 de Noviembre.

La plaza fuerte de Gaeta, que semeja un nido de águilas suspendido en el mar, tenía los recursos y medios necesarios para una seria resistencia, pero después de ser bombardeada se rindió sin esperar el asalto. Francisco II se embarcó en el buque de guerra francés *La Mouette*, refugiándose en Roma. Así mismo, la defensa fué heroica y el ex Rey se portó con valor; pero ¡cuánto más útil le habría sido, si lo hubiese empleado cuando el Dictador de Sicilia desembarcó en Calabria! Ahora, ya era tarde.

* * *

Desde el momento de la entrevista de Garibaldi con Víctor Manuel en Teano, las relaciones entre estos dos hombres superiores dejaron de ser cordiales.

Previendo el fin de su gobierno dictatorial con la aproximación de los piamonteses bajo la dirección de Víctor Manuel, Garibaldi había expedido un decreto concebido en estos términos:

«Las Dos Sicilias, que deben su libertad á la sangre vertida por los italianos, que espontáneamente me han nombrado Dictador, hacen parte integrante de *Italia, una é indivisible*, bajo el cetro de Víctor Manuel y de sus descendientes.

«Yo depondré en manos del Rey, tan pronto llegue, la Dictadura que me fué otorgada por la Nación. Los Pro-Dictadores quedan encargados de la ejecución del presente decreto. — *Garibaldi.* — Nápoles, Octubre 15 de 1860.»

VIII

FIN DE LA CAMPAÑA.—EL REY ENTRA EN NÁPOLES.—RETIRO DE GARIBALDI

Por medio de un plebiscito, el 21 de ese mes se proclamó á Víctor Manuel *Rey de Italia Una.*

El 4 de Noviembre, Garibaldi entrega la medalla militar de la campaña á los sobrevivientes de los *Mil* voluntarios que desembarcaron con él en Sicilia.

* * *

La ceremonia de la entrega del mando al Rey por Garibaldi, se verificó el 8. Fué imponente y tuvo lugar en la Sala del Trono, donde se firmaron las actas. En seguida el ex Dictador se retira al Hotel de Inglaterra, y el 9 de Noviembre, en las primeras horas de la mañana, sube á bordo del vapor *Wáshington*, partiendo para Caprera, no sin antes dirigir su adiós á sus compañeros de armas, en la siguiente forma:

« Soldados, hermanos:

« Acabamos de hacer la penúltima etapa de nuestra re-
« surrección y debemos prepararnos á terminar la obra
« de veinte generaciones que nos han precedido. Á las
« armas todos, y los opresores desaparecerán como el
« polvo!

« Es necesario que el mes de Marzo próximo vea un
« millón de italianos sobre las armas.

« Italianos de Calatafimi, de Palermo, de Volturno, de
« Castelfidardo! estrechaos con los ciudadanos de esta
« noble tierra, alrededor del glorioso soldado de Palestro,
« que así daremos el último golpe á la tiranía, que debe
« desaparecer.

« Vosotros habéis vencido y venceréis todavía, porque « estáis acostumbrados á las fatigas de la guerra. Os « dejo por pocos días: en la hora del combate estaré en « medio de vosotros y bien pronto marcharemos juntos « para libertar á aquellos de nuestros hermanos que se « encuentran todavía bajo el yugo del extranjero.

« Á esta página maravillosa de la historia de nuestro « país, vosotros agregaréis aún una más gloriosa, y el es- « clavo mostrará al fin, á su hermano libre, los anillos « de las cadenas que vosotros habréis trozado y destruído « para siempre. — *Garibaldi.* »

* * *

La campaña había durado seis meses, conquistando Garibaldi con su solo esfuerzo un Reino, las Dos Sicilias, la joya más preciada de Italia, con diez millones de habitantes; ciudades como Nápoles y Palermo, plazas fuertes, la escuadra napolitana, los arsenales, el Banco Real, Bibliotecas, Museos y obras de arte de subido mérito: todo lo que entregó intacto al Rey Víctor Manuel.

El ex Dictador, el hábil político, el denodado Capitán no había guardado nada para sí, sino su caballo de guerra y su sable.

Se retiraba de aquel Reino conquistado por él, pobre como había venido, sin otra compensación que su inmensa gloria.

La soledad de Caprera lo esperaba, para meditar en ella sobre la gratitud de los reyes y sobre la gloria de los hechos humanos.

LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

1776-1810

> «La declaración de Independencia fué la corona con que el pueblo de la América unida, levantándose como un gigante, ornó sus sienes, resuelto á que nadie le despojara de ella mientras el globo esté habitado por seres humanos, y orgulloso de conservar ese recuerdo de imperecedera gloria (1).»

I

Antes de que los famosos republicanos de 1789 declarasen la abolición para siempre de los privilegios del régimen feudal, que hasta entonces habían hecho del ciudadano un siervo del Señor y del Convento; y antes que la proclamación de los derechos del hombre igualase los derechos de todos los hombres en Francia, los Estados Unidos de América habían dado el ejemplo, proclamando la igualdad ante la Ley y los principios sagrados de Independencia, que dieron libertad á todo el Continente Americano.

El 4 de Julio de 1776, los trece Estados unidos, en el

(1) Discurso de Juan Quiney Adams, pronunciado el 4 de Julio de 1831, refiriéndose á la Independencia de los Estados Unidos.

Congreso que se reunió en la ciudad de Filadelfia, hicieron la declaración de su Independencia, estableciendo los fundamentos que obligaban al pueblo Americano á tomar una resolución de tanta trascendencia.

Se formó el ejército republicano á las órdenes de Wáshington, el que debía sostener aquel acto; y después de siete años de lucha sangrienta con los ejércitos y la marina de la Gran Bretaña, triunfó al fin la buena causa, y en 1783 se fijaron las bases de paz entre los representantes del Rey Jacobo III y los de Estados Unidos, reconociendo Inglaterra la independencia y soberanía de los americanos.

Francia no permaneció indiferente, y auxilió á la revolución americana con elementos de guerra, equipando varias expediciones, dirigidas por valientes caballéros franceses, que, como Lafayette, D'Estaing y Rochambeau, pusieron su espada y su sangre al servicio de la independencia de América.

A partir de esa época, pudo afirmarse que la cuestión de los pueblos americanos con sus opresores, desde el Potomac al Plata, quedaría resuelta; día más, día menos, irían conquistando sus derechos, personalidad política y vida propia, constituyéndose en la forma regular que se ajusta á los derechos naturales del hombre; esto es: libertad é igualdad ante la ley, y bienestar público.

Dificultades sin cuento, contrastes y derrotas, tuvo que arrostrar y dominar el pueblo americano en su guerra con Inglaterra; en más de una ocasión, los revolucionarios, abatidos, volvían la vista al continente europeo en demanda de auxilio; pero recuperando prontamente el valor y la firmeza que acompaña á las causas justas, la victoria volvía á sus banderas.

El Congreso Americano y Wáshington, el gran ciudadano, retemplaban el espíritu de la revolución y le trasmitían el fuego patriótico de su alma, hasta el triunfo definitivo.

Wáshington, al que se le llamó el «Fabio Americano» por sus virtudes, talento y prudencia, supo inspirar el respeto debido á sus enemigos; y más tarde, cuando se ex-

tinguió su noble vida en Monte Vernón; la prensa inglesa, haciendo notar las grandes cualidades que adornaban al paladín de la Independencia Americana, decía: «¡El General Wáshington no era el ídolo de un día, sino el héroe de las edades!»

II

La Constitución de los Estados Unidos, y la proclamación de los derechos del hombre en Francia, despertaron á los pueblos adormecidos en la esclavitud, y pusieron en derrota á los ejércitos de las monarquías absolutas en Europa como en América.

El régimen feudal, ó los resabios del feudalismo, batiéndose en retirada desde Cádiz hasta Moscou, fué abandonando el Continente europeo á las ideas revolucionarias, á los principios de libertad, á los derechos del hombre.

Aun después de 1815, cuando los ejércitos de la República y del Imperio, diezmados por más de veinte años de guerras, victoriosos del Nilo al Danubio, del Elba al Niemen, fueron cercados por la Europa coaligada al pie de las alturas de Montmartre en París, y trasladados más allá del Loira, para su desarme, el espíritu de libertad sembrado por ellos en Austria, en Prusia, en toda la Alemania, dió brevemente su fruto.

La Constitución Española de 1812; la Carta de Luis XVIII al pueblo francés; las reformas liberales en Alemania, y, creciendo siempre, el espíritu inmortal de libertad, en menos de medio siglo, suprimieron el derecho divino é infalible de los Reyes, para sustituirlo con el derecho de la Constitución y de la Ley.

Apenas si existe en Europa un pueblo, enclavado en sus desiertos de hielo, confinando con el Mar Blanco, que,

á pesar de las concesiones obtenidas, aboliéndose la antigua servidumbre y el derecho estúpido del señor, no ha sido bastante feliz para entrar de lleno en los progresos políticos del siglo actual.

Los principios del 89 marchan siempre.

revolución de Hungría en 1848, hirió uno de los tronos seculares de la vieja Europa; la revolución de España hizo polvo el trono de doña Isabel II; la Francia ensaya con éxito, por tercera vez, la República, y á su sombra recupera las fuerzas perdidas por los errores del segundo Imperio.

Inglaterra, la poderosa Albión, la reina de los mares, árbitro de todos los negocios del Continente; la que detiene con una mano los progresos de las armas moscovitas en los Balkanes y en el Asia, y con la otra bombardea á Alejandría y dicta su ley en el Canal de Suez y en la tierra de los Faraones, ante la Europa absorta, á su vez vota una ley agraria en pleno Siglo XIX para detener la revolución que amenaza en Irlanda.

La Gran Bretaña, que consagra en todos sus códigos la libertad de los contratos y el respeto absoluto á la propiedad; el pueblo inglés, que se ajusta en todos sus actos á las prescripciones del derecho, ¿cómo ha podido dictar una ley agraria que impone al propietario de Irlanda la copropiedad del arrendador sobre la tierra, durante un tiempo relativamente largo, — quince años, — y fija el valor del arrendamiento por una Comisión especial?

Se comprende que en Rusia, bajo Alejandro II, en 1864, un úkase del Emperador reformase la condición de los paisanos de Rusia y de Polonia, determinando las bases de leyes agrarias, porque en Rusia la divisa nacional, como dice Leroy Beaulieu, es «Tierra y Libertad», y había que anticiparse á la revolución; pero en Irlanda la cuestión varía. Si bien la lucha que viene sosteniendo el arrendador con el propietario es de aquellas que no ofrecen término medio, Inglaterra tiene elementos de riqueza y recursos incalculables para conciliar aquellos intereses encontrados.

Así lo comprendía Lord Beaconsfield, y por esto se opuso en su tiempo á que se llevasen á cabo las reformas de M. Gladstone, que en la práctica vienen demostrando ya ser impotentes para detener las exigencias de Irlanda.

III

El año 1810 fué el elegido por la Providencia para que los pueblos sudamericanos destruyesen por completo la autoridad absoluta de los virreyes españoles.

El Orinoco, el Plata y los Andes se conmovieron como por un hilo eléctrico, ante el ejemplo de la independencia de Norte-América.

Venezuela y la Argentina rompieron la marcha casi á la vez, como si hubieran estado de acuerdo. Destituyendo á sus respectivos virreyes en Caracas y en Buenos Aires, y siguiendo invariables al mismo objeto, ora vencidos ó vencedores, los ejércitos colombianos y argentinos se encontraron, catorce años más tarde, victoriosos de los realistas en el Perú, cerrándose la campaña de la Independencia Sudamericana con la gloriosa batalla de Ayacucho.

Mañana cumplen 73 años que los patriotas argentinos de 1810 iniciaron la revolución que había de conquistar la libertad en esta parte del Continente.

Las expediciones de los generales ingleses Berresford y Witelocke, en 1806 y 1807, sobre el Río de la Plata, y el triunfo de los porteños sobre las tropas inglesas, reputadas invencibles, prepararon á los sudamericanos para la revolución de la Independencia.

Aquellas jornadas en que los criollos se dieron cuenta, por primera vez, de su valor y del espíritu que los animaba para combatir al extranjero, elevaron su altivez; y, tres años más tarde, llevaron á cabo el primer acto de su vida independiente.

Hoy, después de tantos años transcurridos, y de tantos hechos superiores á toda previsión, ejecutados por el esfuerzo del patriotismo americano, sin auxilio alguno de potencia extraña, causan verdadero asombro aquellos hechos de armas que dieron por resultado la reconquista de Buenos Aires y la capitulación de los Ejércitos ingleses.

Wáshington, después de su brillante victoria sobre el ejército al mando del General Cornwallis, rendido en Yorktown en 1781, dió una orden del día que terminaba con estas palabras: « Mañana se celebrará el oficio divino por todas « las brigadas y divisiones. El comandante en jefe reco- « mienda á todas las tropas que no se hallen de servicio, « que asistan al acto para dar gracias al Todopoderoso « por la intervención de la divina Providencia, que parece « velar por nuestra causa.»

Lo mismo, y con más razón, podría haberse dicho del triunfo argentino sobre las tropas inglesas, en condiciones tan desiguales.

Á pesar del valor desplegado por los ingleses al mando de Witelocke, Craufurd y Pack, en su ataque á Buenos Aires, todo fué inútil.

El doctor López, en su «Historia de la Revolución Argentina», hace resaltar los hechos más notables, como el más justo elogio del valor de los ingleses en ese día:

« —¿Es ésa la iglesia de Santo Domingo? preguntó « Craufurd á Pack. — Sí, contestó Pack. — ¿Estáis cierto, « coronel? — Os lo aseguro bajo mi responsabilidad. — Pues « bien: á ella me mandan subir las órdenes que tengo, para « poner en sus torres la bandera inglesa. ¿Es ése Santo « Domingo, coronel Pack? — Sí, general. — Pues cumpla- « mos con nuestro deber. Camaradas: tres hurras á la « vieja Inglaterra. ¡Abajo las puertas, y adentro! — Las « puertas cedieron.

« La bandera inglesa tremolaba en las alturas.»

La pelea se hizo más ruda desde entonces; y después de haber agotado sus fuerzas los ingleses, y de verse arrollados de calle en calle, con tres mil hombres fuera de combate y sus principales jefes prisioneros en el con-

vento de Santo Domingo, el general en jefe tuvo que ceder y suscribir un convenio que comprendía el reembarco del Ejército inglés y el abandono de su conquista de Montevideo.

Este convenio costó al General Whitelocke el verse obligado á comparecer ante un consejo de guerra en Inglaterra, al que tuvo que explicar su derrota en el Río de la Plata.

Los Generales ingleses Berresford, Craufurd y Pack, que tuvieron que capitular en Buenos Aires, vencieron más tarde, bajo las órdenes del Duque de Wéllington, en sus campañas de Portugal, España y Bélgica, á los ejércitos Imperiales, y el primero llegó á ser el brazo derecho del gran General inglés.

No era extraño, pues, que triunfos tan señalados exaltasen el ánimo de los argentinos y les hiciesen comprender que eran capaces, no tan sólo de declararse independientes, sino también de vencer á los ejércitos realistas.

Por otra parte, las crueldades ejercidas con los naturales en Chuquisaca, en 1809, seguramente determinaron la acción de los patriotas, que de tiempo atrás se venían preparando para el momento oportuno.

Las cuestiones comerciales suscitadas entre los españoles monopolistas, y los argentinos, que defendían los verdaderos intereses del país, reclamando franquicias justas, fundadas en la libertad comercial, por una parte, y luego el desorden en que se encontraba la península, con motivo de la guerra que venía sosteniendo contra la invasión francesa; todas esas circunstancias, decíamos, hicieron que cesasen las irresoluciones de los hijos del país, y concluyesen con el poder de los virreyes.

Los nombres de Belgrano, Saavedra, Castelli y otros, que dieron el movimiento inicial á la revolución de Mayo, que declaró subrogada la autoridad del Virrey Cisneros, figurarán siempre en primer término en la historia de la Independencia del Río de la Plata.

De los patricios y cívicos que se batieron en la ciudad de Buenos Aires contra las invasiones inglesas de 1806

y 1808, y que en Cabildo abierto votaron el 25 de Mayo de 1810 por la suspensión de la autoridad de España, salieron los famosos batallones de la Patria, que, al mando de Belgrano y San Martín, inmortalizaron los campos de batalla de la Independencia Argentina.

Y no fué sólo el pueblo de Buenos Aires el que se inflamó en el espíritu de la época: las demás provincias respondieron también al llamado con abnegación y patriotismo; fueron ellas las que defendieron palmo á palmo su territorio, siempre que los realistas aparecían; fueron ellas las que cubrían los claros que la metralla enemiga hacía en los ejércitos patriotas que pasaban á combatir en el Alto Perú; y después de la victoria como después de la derrota, su ánimo era el mismo para volver á empezar; hasta que, una vez por todas, Chacabuco y Maipo dieron el triunfo definitivo á los argentinos, en la guerra sostenida durante ocho años.

IV

La entonces Provincia Oriental, con Artigas, cooperó también con esfuerzo y perseverancia á los principios de la revolución de Mayo.

En el primer encuentro con los españoles en Las Piedras, los orientales obtuvieron un espléndido triunfo, que facilitó el inmediato asedio de las tropas realistas de Montevideo en 1811.

Desde esa época, los patriotas orientales combatieron con fe y firmeza inquebrantables contra los ejércitos extranjeros que intentaron dominar el territorio sagrado de la Patria; y unas veces vencidos y otras vencedores, conservaron siempre su altivez y decisión, hasta que Sarandí é Ituzaingó coronaron sus esfuerzos.

Los Generales argentinos Belgrano y San Martín, como

Wáshington y Bolívar, han merecido ya de los pueblos que libertaron, las manifestaciones á que se hicieron acreedores por sus servicios y virtudes.

Las figuras de esos héroes de la Libertad se encuentran representadas en bronce en las primeras plazas de las ciudades de América.

Artigas, el héroe del Uruguay, menos feliz que aquéllos, no ha merecido aún de sus compatriotas un modesto monumento que, á la vez que recuerde sus facciones y sus glorias, sea expresión de reconocimiento público y de gratitud nacional.

Escrito en 1883.

SU SANTIDAD LEÓN XIII

FILÓSOFO Y LIBERAL

LA ENCÍCLICA SOBRE LOS OBREROS

EL CAPITAL Y EL TRABAJO

EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA

I

La prensa hace saber que el ilustre Pontífice León XIII ha terminado la Encíclica anunciada, dirigida á la Polonia y á la Rusia, referente á las cuestiones sociales que se agitan en el Norte de Europa.

No hemos tenido tiempo aún de conocerla, pero es de suponer que será un trabajo digno de los anteriores de Su Santidad.

El 15 de Mayo de 1891, el Papa León XIII expidió una *Encíclica*, que denominé: *De la condición de los obreros*, dirigida á los Prelados del mundo católico, y que Leroy Beaulieu, notable economista francés, ha traducido del latín, colocando al frente de su estudio este título: *El Papado, el Socialismo y la Democracia.*

Su Santidad aborda la cuestión en esta forma:

«*Venerables hermanos, Salud y Bendición Apostólica.*

«La sed de innovaciones que desde mucho tiempo se ha «posesionado de las sociedades y las tiene en una agita«ción febriciente, debía tarde ó temprano pasar de las re«giones de la política á la esfera vecina de la economía «social.

«En efecto: estos progresos incesantes de la industria; «estas rentas nuevas que las artes le han abierto; la al«teración de relaciones entre los obreros y los patrones; la «acumulación de la riqueza en manos de un pequeño nú«mero, al lado de la indigencia de las multitudes; la opi«nión más grande que, en suma, los obreros han conce«bido de sí mismos, y su criterio más uniforme, todo esto «sin hablar de la corrupción de las costumbres, ha traído «como resultado final, un censurable conflicto.

«Por todo el mundo los espíritus están en suspenso y «atentos en la mayor ansiedad, lo que basta por sí sólo «para probar cuán graves intereses están por el hecho «comprometidos.

«Esta situación preocupa y pone en actividad el genio «de los doctos, la prudencia de los buenos, las delibera«ciones de las reuniones populares, la perspicacia de los «legisladores y los consejos de los gobernantes; no hay «cuestión en estos tiempos que preocupe más el espíritu «humano con tanta violencia.

«El problema no es fácil de resolver, ni está exento de «peligros. Es difícil, en efecto, precisar con exactitud «los derechos y los deberes que deben á la vez regir á «los ricos y al proletario, al capital y al trabajo.

«Los socialistas, para curar su mal, fomentan el odio «celoso de los pobres contra los ricos, y pretenden que «toda propiedad de bienes debe ser suprimida, que los «bienes deben ser comunes á todos, y que la administra«ción debe volver á las Municipalidades ó al Estado.»

. . . . . .

«Aparte de la injusticia del sistema que se proclama, «no se ven todas sus funestas consecuencias: la pertur-

«bación en todas las esferas sociales, una odiosa é in-
«soportable servidumbre para todos los ciudadanos; la
«puerta abierta á todos los celos, á todos los desconten-
«tos, á todas las discordias; el talento y la habilidad pri-
«vados de sus estimulantes, y como consecuencia forzosa,
«las riquezas estancadas en sus fuentes; en fin, en lugar
«de la igualdad, el embrutecimiento, la indigencia, la
«miseria.

«Por todo esto que *Nos* acabamos de decir, se compren-
«de que la teoría socialista de la propiedad colectiva debe
«repudiarse en absoluto, como perjudicial á los mismos á
«quienes se quiere socorrer, contraria á los derechos natu-
«rales de los individuos: ella desnaturaliza las funciones
«del Estado, turbando la tranquilidad pública. Queda bien
«establecido que el primer fundamento que debe ponerse
«por todos los que deseen sinceramente el bien del pue-
«blo, es la inviolabilidad de la propiedad privada.

«Por consecuencia, expliquemos dónde conviene buscar
«el remedio tan deseado.»

.....

«Es con esta seguridad que nosotros abordamos este
«asunto, y en la plenitud de *nuestro* derecho; porque la
«cuestión que se agita es de una naturaleza tal, que, á
«menos de recurrir á la Religión y á la Iglesia, es impo-
«sible encontrar una solución eficaz. Y como á nos-
«otros principalmente se nos ha confiado la salvaguardia
«de la Religión y todo lo que se relaciona con el dominio
«de la Iglesia, no podemos guardar silencio, pues á los
«ojos de todos faltaríamos á nuestro deber.

«Seguramente un asunto de tanta gravedad exige aun
«de otros agentes su parte de actividad y de esfuerzo:
«queremos hablar de los gobiernos, de los directores y de
«los ricos, y también de los obreros muy principalmente,
«de cuya suerte se trata.»

II

Como se ve, la tendencia del Papado es uniformar opiniones entre todos los que están llamados á resolver la cuestión, constituyéndose el Santo Padre en conciliador de todas las diferencias.

Para llegar al objeto que se propone Su Santidad, los socialistas deberían ser religiosos, piadosos, creyentes y católicos, sumisos y obedientes, abandonando sus ideas de comunismo y socialismo.

Los gobiernos no deben pensar sino en mejorar la condición de los hombres de trabajo, limitando los impuestos de consumo, abordando obras colosales para dar ocupación á los obreros y aumentar por el hecho los jornales.

Los ricos y los fabricantes, limitar sus ganancias al interés legal del capital, y el excedente aplicarlo á mejorar las condiciones de los obreros, de modo que éstos no tuvieran motivos de descontento, haciéndoles la vida sumamente fácil.

Por su parte, las sociedades de temperancia deben ensanchar su esfera de acción, á fin de que el obrero no malgaste el producto de su trabajo en la taberna; establecer vigilancia sobre la embriaguez, el juego y las costumbres del obrero, de modo que la mujer y los hijos vean llegar á su casa al hombre trabajador con los jornales ganados en la semana.

Armonizando todos estos intereses encontrados, se podría llegar al ideal que persigue Su Santidad León XIII; ¿pero es esto posible en el siglo presente?

Lo que puede ser en el transcurso de los siglos por la acción del tiempo, ¿puede exigirse ahora, cuando aun está lejos el triunfo de la democracia en Europa?

Los deseos de Su Santidad León XIII y sus esfuerzos

en favor de la conciliación de los hombres, en la lucha por la vida, son nobles; pero, á juicio de los hombres pensadores, es una utopía en los tiempos que corren.

El socialismo reconoce, á nuestro juicio, otras causas. LA PRIMERA es porque las necesidades de la vida no están en relación con los medios; es la lucha del capital con EL PRODUCTO, ó sea con EL TRABAJO.

El capital exige mayores beneficios.

El trabajo, mayores jornales.

LA SEGUNDA, el grado de desarrollo intelectual de los pueblos por la difusión de la enseñanza. El socialismo quiere estar representado en las Asambleas, quiere la igualdad, y exige que su voz sea oída en el Gobierno; en suma, el triunfo de la democracia, en su más absoluta expresión, la comuna: guerra á los ricos, á las clases más favorecidas de la sociedad y á la aristocracia.

La verdad es que no vemos el resultado eficaz de la propaganda del Papa León XIII; pero hace bien, á nuestro juicio, porque, como ha dicho un sacerdote inglés, NO SE PUEDE PREDICAR EL EVANGELIO Á ESTÓMAGOS VACÍOS.

III

De todos modos, la intención y el propósito de Su Santidad han sido y son muy recomendables; y si no dan fruto en el presente su prédica y sus doctrinas, de seguro que lo darán en el futuro.

El Santo Padre cree que las leyes deben venir en apoyo de la clase trabajadora, á fin de regularizar el trabajo y el salario en las fábricas, fijando el tiempo que debe exigirse á los hombres, á las mujeres y á los niños; las horas y el jornal.

Necesariamente, á medida que la humanidad vaya perfeccionándose, que la Reforma sea un hecho, la uniformidad de las leyes tiene que amparar á la clase proletaria de todos los países.

Así como se reunen congresos para tratar del servicio postal, telegráfico, monetario, ú otros, lo mismo debiera hacerse para organizar el sistema de *conveniencia recíproca* entre el propietario ó fabricante, y el obrero; esto es: entre el capital y el trabajo; pero, á nuestro entender, esa conciliación y reforma aun están distantes.

Los hombres de la presente generación no lo veremos, y tal vez sea necesario todo el siglo venidero para conquistar tan hermosos beneficios.

El nuevo continente africano que hoy se explora con esfuerzos y sacrificios, puede ofrecer tierras fáciles á explotar por el exceso de población que concurra al llamado de los especuladores.

Australia es un ejemplo: millares de hombres concurrieron al ofrecimiento de las tierras para ser explotadas con beneficio de sus pobladores.

El exceso de la población en Europa, que lleva una vida precaria y difícil, agobiada por los impuestos, es una de las causas primordiales de la perturbación social que se siente.

Los ejércitos y escuadras permanentes consumen el producto de las clases trabajadoras. Los impuestos gravan el capital, y éste los hace recaer sobre el trabajo. Esos millones de hombres sobre las armas no producen absolutamente nada, y sin embargo tienen que ser alimentados, vestidos, equipados y pagos.

Son los impuestos y gabelas los que hacen frente á situación tan extraordinaria.

Se dirá que el consumo de los ejércitos permanentes favorece á la industria y la alimenta; pero no guarda proporción con el recargo.

Si los millones de hombres ocupados en el servicio militar estuviesen entregados al trabajo, producirían cuando menos lo que consumen, y en este caso, haciéndose más fácil la vida, el consumo sería mayor, los impuestos serían más llevaderos, pudiendo ser modificados en bien de las clases productoras, y los jornales serían más favorables para el obrero. Éste es nuestro parecer; porque se ha

notado en la historia económica de los países más bien organizados, que la abundancia y el bienestar radican en la paz.

No en la paz armada como la que sostiene la Europa hace ya 20 años, sino en la paz verdadera, que reposa en la confianza recíproca de las naciones y en el respeto de todos los intereses legítimos entre los pueblos civilizados.

¿Qué importa que no se declaren la guerra, si las potencias continentales de Europa están sobre las armas, prontas para entrar en campaña en cualquier momento?

El malestar es evidente; la desconfianza es palpitante; las relaciones no tienen toda la franqueza liberal que deben tener para mejorar la situación de las clases obreras y productoras.

Ya lo hemos dicho: los impuestos, la dificultad de la vida entre las clases proletarias, son las principales causas del socialismo.

Si no existiera la miseria entre los obreros, los alborotadores, los agitadores de profesión, los ambiciosos vulgares no encontrarían el elemento necesario, la materia prima, las multitudes, en fin, que alimentan esas asociaciones.

En América no hay socialismo, ni lo habrá mientras la vida entre los pobres sea fácil.

Sólo el aumento creciente de población podría traer perturbaciones sociales; pero el mal está lejano.

La América está sin poblar aún, con territorios vírgenes inexplorados: verdadera tierra de promisión por las riquezas que encierra y por la belleza natural de su posición, bañada por los dos grandes océanos, con ríos que parecen mares, que la atraviesan en todas direcciones, y con una vegetación que no hay otra más hermosa en el mundo.

IV

Nada más plausible que el socialismo, si se limitase á la protección mutua entre los obreros, formando cajas para auxiliar á los que estuvieran sin trabajo, á los enfermos, á los impedidos en determinadas circunstancias, porque los hombres deben asociarse para procurar el bienestar común.

Su Santidad el Papa hace justicia á la unión entre los hombres, recordando doctrinas evangélicas qué dicen: «Desgraciado del hombre sólo, porque si él cae, no tendrá «quien lo levante. El hombre que es ayudado por su «hermano, es como una ciudad fortificada.»

¿Por qué la Iglesia se preocupa de fomentar las congregaciones y las órdenes religiosas?—Porque ésa es su fuerza; si bien en los siglos pasados,—como hemos tenido ocasión de decirlo, al recordar hechos históricos,—las asociaciones ú órdenes religiosas hicieron mucho mal, habiendo podido hacer mucho bien.

Su extravío transformó el espíritu religioso que únicamente debió animarlos, en el fanatismo criminal de la Inquisición, de los tormentos y de la hoguera.

Las órdenes religiosas que concurrieron y fomentaron esos males en seis siglos, contribuyeron á desprestigiar la Iglesia Católica.

Su Santidad se queja de que la sociedad moderna proscriba ciertas asociaciones religiosas: y ¿cómo no hacerlo si está aún presente en la memoria de todos el recuerdo del Santo Oficio, de los Dominicos, de los Franciscanos que alimentaron las llamas de la Inquisición con la sangre de sus hermanos en Jesucristo; de la Compañía de Loyola, que perturbó las sociedades de Europa con su predicación, sus conspiraciones, sus maniobras políticas, que dieron siempre un resultado funesto?

Hacemos abstracción de lo que ha sido la Compañía de Jesús en América, donde ha hecho mucho bien.

Concluye Su Santidad León XIII la famosa Encíclica sobre *la condición de los obreros*, exhortando á todos los hombres á agruparse alrededor de la Iglesia, que es la verdadera representante de la caridad cristiana, que resume el evangelio, cuya virtud el Apóstol San Pablo ha definido con estas palabras: «La caridad es paciente, es «benigna; no busca sino su propio interés; ella lo su«fre y soporta todo.»

Y termina el Papa diciendo que, como gaje de los favores divinos y en testimonio de la benevolencia Papal, acuerda á todos de corazón la bendición Apostólica en el Señor.

Todo cuanto ha dicho el Santo Padre en su Encíclica, el mundo lo sabe; pero no ha sido de mal efecto que la Santa Sede, siquiera por la primera vez, haya dado á luz un documento con doctrinas sanas y cristianas, sin anatemas ni excomuniones, que no están bien en boca del representante de la Iglesia Católica, que debe ser todo caridad, paz, benevolencia, tolerancia y virtud, y que no debe reconocer enemigos.

Es la escuela del progreso humano, de libertad, de respeto á todas las creencias, y á la que el Pontífice tiene que someterse, porque la experiencia le ha demostrado que la religión, como la política, tiene necesariamente que marchar de acuerdo con su siglo.

.....

V

La historia política universal de Europa repite, en cada una de sus páginas, que el afán de los pontífices y de los reyes fué proclamar, en todos los tonos, el derecho y procedencia divina de unos y de otros, durante diez y nueve siglos.

Los papas y los reyes no permitían que se pusiese en tela de juicio el origen de su poder y de su autoridad.

Estaba reservado al Santo Padre León XIII proclamar el derecho divino de la democracia, de la libertad y de las repúblicas.

En la última Encíclica del Papa á los Obispos franceses y á los Cardenales de la misma nacionalidad, les recomienda la adhesión á la República Francesa y el acatamiento á sus leyes.

La República tiene inscripta en sus banderas y en sus códigos el lema: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

El Papa, al adherirse al sistema republicano, reconoce, por el hecho, la libertad de conciencia, la libertad política y religiosa.

Reconoce la fraternidad y la igualdad entre todos los hombres, sean ellos católicos, mahometanos, luteranos, protestantes, heterodoxos de cualquier religión ó secta.

Se ve, pues, la trascendencia de este hermoso acontecimiento, tal vez uno de los más importantes del siglo.

Los grandes políticos ingleses, franceses y alemanes habrán previsto muchas evoluciones, conquistas y sucesos; pero es muy difícil que se le haya ocurrido á nadie, que el Pontífice, al terminar el siglo XIX, había de proclamarse republicano, adhiriéndose á la República Francesa de hoy, que no es sino la continuación de la que consagró con su sangre y sus victorias los *Derechos del hombre* en 1789 y 1793, que tronchó la cabeza de los reyes, aprisionó á los pontífices y propagó sus doctrinas de libertad y constitución por todo el mundo.

Algunos escritores políticos de Europa suponen que el Papa se ha visto obligado á dirigir palabras de benevolencia y de simpatía hacia la República, porque, no encontrando protección la Santa Sede en las monarquías para el bien deseado de la devolución del *Poder temporal* del Papado, hace cálculos sobre la guerra futura, que se supone próxima entre las principales naciones del continente,—Francia y Rusia contra Alemania, Austria é Italia;—y como espera el triunfo de las primeras sobre los

segundos, supone que los victoriosos convocarán un Congreso que resuelva sobre la devolución de Roma á la Santa Sede y el poder temporal al Santo Padre.

Todo puede ser; pero no es razonable suponer que las naciones europeas vayan á prestarle protección al Papado á fin de que reconquiste el poder temporal y la ciudad de Roma.

Cualquiera nación que tal cosa iniciase, tendría en su contra á las demás, inclusos los treinta millones de italianos, que, salvo pequeñas fracciones, no son partidarios del poder temporal de los pontífices, pues no se le acuerda á la Santa Sede otro derecho que el del poder espiritual.

En nuestro concepto, el Papa, siguiendo su sistema de conciliación, no quiere ir contra la corriente de la Democracia.

Presume, tal vez, que la Monarquía está muerta en Francia; que la República vivirá, y que en el contacto con las demás naciones, con Italia, por ejemplo, puede muy bien sustituir al trono de Saboya la República.

Su Santidad se hará quizás estas reflexiones:

Austria, Alemania é Italia no pueden hacer duradera la triple alianza; su situación financiera no es sostenible.

Dos soluciones distintas puede tener la triple alianza: la guerra, en primer término; ó bien la separación del Austria del tratado.

Si Austria se separa de la triple alianza, Italia la seguirá, y Alemania quedará sola.

Rusia y Francia le declararán la guerra, y el resultado no puede ponerse en duda.

La República tiene que manifestarse en el corazón de Europa, y el Pontificado, entonces, que ha hecho méritos adhiriéndose resueltamente á ella, puede muy bien merecer algún beneficio.

La actitud liberal del Santo Padre es muy censurada por los ultramontanos y por el clero superior.

Los obispos y cardenales, así como los ricos que militan con ellos, le han hecho conocer al Papa los peligros á

que se expone; le han hecho saber que los católicos fervientes han de excusarse de enviar su óbolo al tesoro de San Pedro; pero el Pontífice, hombre superior, les ha contestado que es necesario seguir el movimiento de la democracia que avanza, que sus trabajos son para el futuro, con estas palabras:

«Sé que mi política republicana tropieza en Francia «con grandes resistencias en el clero; pero yo las destrui«ré todas. Por lo demás, el porvenir es mío. La próxima «generación aplaudirá mi obra y recogerá sus frutos.»

Y lo más digno de notarse es que las doctrinas republicanas de León XIII empiezan á ganar terreno en Roma. Algunos de los cardenales, como Rampolla, Secretario de Estado de la Santa Sede, afirman que el porvenir es de la República.

De modo que si el Papa terminase su carrera en el mundo, por su avanzada edad, sin ver difundirse la República por Europa, deja la semilla de la propaganda, y fácil es que el Papa que lo sustituya siga sus aguas en la política por él iniciada.

«Nada es inmóvil en el mundo, ha dicho San Agustín; todo sufre mudanzas. El verano reemplaza al invierno, el día á la noche.

«¿Cuánto no se modifica el hombre al pasar de la infancia á la juventud, de la adolescencia á la edad madura y á la ancianidad? ¿Y las reglas, las leyes, no sufren mudanza en la edad?

«¿Lo mismo pasa con las revelaciones que Dios hace á la humanidad.

«Sabe lo que conviene á cada tiempo, á cada edad; todas esas modificaciones, cuya naturaleza se nos escapa, forman en los designios de Dios una bella armonía.»

¿Qué extraño, pues, que el Papa haya modificado sus opiniones hasta el extremo de declararse republicano? Se habrá dicho: la democracia viene avanzando sin tropiezos; los tronos de los reyes y de los emperadores crujen, destruídos y gastados por el tiempo, amenazando ruina; la República, los derechos del hombre, la libertad, toman

resueltamente su lugar. Acompañemos, pues, la conquista y la reforma de los pueblos, porque cuando menos probaremos que no somos refractarios al progreso de la humanidad.

Los Pontífices, se ha dicho seguramente Su Santidad León XIII, no debemos ser en la tierra sino elementos auxiliares de la Providencia en el orden político y social, para coadyuvar al orden, á la paz y á la justicia entre los hombres.

«Mi reino no es de este mundo,» ha dicho Jesús.

Es una conquista del progreso muy de notarse, que el Pontificado siga é imite la doctrina del Divino Maestro.

Todos los hombres pensadores que asisten al final del siglo XIX tienen su atención fija en la última palabra del Santo Padre León XIII, porque admiran en él al filósofo ilustre que completa la evolución del Pontificado en el centenario de la Revolución política del siglo pasado, — fecha memorable de 1793, — que proclamó los derechos del hombre.

La última Encíclica que se anuncia, abrazará, sin duda, cuestiones políticas y sociales de gran interés, tanto más cuanto que, considerando sea ésta la última, por lo avanzado de la edad del Pontífice, tratará Su Santidad de dejar grabadas en ella sus grandes y extensas vistas.

Así mismo, quiera el Cielo conservar aun por muchos años la preciosa vida de Su Santidad, pues entre los hombres pensadores se tiene la convicción de que su sabiduría y su propaganda cristiana, justa y liberal, ofrecen á la humanidad agradables y benéficos horizontes. En otros artículos diseñaremos, á grandes rasgos, el Pontificado político del ilustre León XIII durante el tiempo que lleva en el trono de la Iglesia.

Escrito en Marzo 30 de 1894.

PONTIFICADO POLÍTICO [1]

DE S. S. LEÓN XIII

Apuntes biográficos.—Paralelo con el ilustre Papa Pío IX.—Diplomacia y relaciones con los demás países.—Origen del socialismo.—La Compañía de Jesús.—La infalibilidad Papal.—Opiniones del Obispo Mr. Dupanloup.—La República es el mejor sistema de gobierno.—El Cardenal Lavigerie.—Visita del Emperador Guillermo II de Alemania á León XIII.

En artículos anteriores ofrecimos diseñar á grandes rasgos el Pontificado político del ilustre Pontífice Romano. Facilitan la tarea las Encíclicas y discursos escritos ó pronunciados por el Santo Padre, tendentes á la unión entre los hombres y fraternidad entre los pueblos, proclamando la justicia.

Últimamente ha concurrido á Roma gran número de peregrinos españoles, con objeto de presentar á Su Santidad los homenajes de su respeto y de su admiración por su sabiduría y sus virtudes.

El Papa los ha recibido dignamente, dirigiéndoles un hermoso discurso, en que condensa sus aspiraciones y los nobles sentimientos que le animan en bien de la humanidad, sin acordarse del poder temporal ni de los bienes materiales del Pontificado; ni una palabra hiriente ni de queja ha salido de sus labios. Su afán es ver resplandeciente la paz y el respeto á los Poderes constituídos. Ha dicho:—«La política y la religión pueden marchar unidas al mismo objeto, teniendo como único punto de mira el bienestar de las naciones.»

(1) Escrito en 1894.

I

Su Santidad León XIII, que sucedió en Febrero de 1878 al Papa Pío IX, es hoy un anciano de 84 años.

Nació el 2 de Marzo de 1810 en Carpinetto D'Agni, Estados Romanos. Su nombre de familia es Pecci (Joaquín).

Su padre fué un noble italiano, oficial en los ejércitos napoleónicos. Su madre, la Condesa Ana Buzzi. Numerosa es su familia, compuesta de las principales del país.

Bajo el reinado del Papa Gregorio XVI, entró en el Gobierno de la Iglesia.

Desde el principio se notaron en él disposiciones de administrador, dotado además de espíritu conciliador.

Fué nombrado Delegado á Benevento, y se concretó á reprimir con mano fuerte el brigandaje ó bandolerismo.

En 1843, Arzobispo de Damieta, *in partibus infidelium*, y enviado como Nuncio Apostólico á Bruselas.

Demostró facultades poco comunes para la diplomacia. En 1853 fué nombrado Cardenal, y en 1878 Papa.

Su carrera eclesiástica, como se ve, ha sido larga, pero sin mayores relieves que lo hubieran acreditado hombre superior. Sin embargo, en el concilio último, en Roma, puso en evidencia conocimientos teológicos que llamaron la atención de aquella numerosa reunión de Obispos que, como se sabe, aparte de los Cardenales, desfilaron ante su Santidad Pío IX en número de 633, procedentes de todas las partes del mundo en donde se halla representado el catolicismo.

De Oriente venían los Patriarcas con sus trajes singulares, cubiertos de pedrerías preciosas. De América, los Obispos con sus vestiduras de seda, de gran precio; personajes los más acaudalados por sus familias ó por la generosidad de sus feligreses, llevaron al Santo Padre ricos dones para el *Tesoro de San Pedro*.

De las posesiones inglesas (católicas) también concurrieron en gran número.

El total del Cuerpo Episcopal en el mundo cristiano se componía en la época de 921 Obispos, de modo que los presentes en el concilio llamado Vaticano, de 1870, representaban más de dos terceras partes.

II

León XIII es una persona de elevada estatura, sumamente delgado, de rostro agradable, simpático y bondadoso.

Al revés de Pío IX, que tenía un carácter expansivo, vivacidad y fácil y elocuente palabra, León XIII es apático, reservado, habla poco y escribe mucho.

Pío IX, rápido en sus resoluciones, vehemente, belicoso, si se quiere, como un antiguo caballero, y León XIII reflexivo como un Abad en contemplación, tardo en pronunciarse, cauteloso, buscando la conciliación en todos los casos que interesa á la Iglesia y á todos, forman un contraste completo, digno de estudiarse.

León XIII, al recibirse del Pontificado, se encontró con querellas pendientes entre la Santa Sede y varios países.

Lo ponía en evidencia el limitado número del cuerpo diplomático en las grandes solemnidades de la Iglesia. Con Bélgica y Austria no pudo la Santa Sede llegar á un acuerdo en sus disidencias religiosas, y los representantes de esas naciones en Roma se retiraron.

El Papa se veía rodeado de grandes dificultades.

La cuestión de la hacienda lo preocupaba seriamente; empezó por hacer economías, y á disgustar, por lo tanto, á los servidores de la Santa Sede. Verdad es que él no aspiraba ni aspira á la popularidad: le complacen la soledad y el estudio.

Los disentimientos de la Iglesia, alimentados por Pío IX, tenían por origen, en casi todos los casos, el desacuerdo de

los ultramontanos con las ideas de progreso que se acentuaban cada vez más. Pío IX, después de 1870, fué muy distinto de lo que había sido antes.

La pérdida del poder temporal lo había descorazonado por completo, y no preocupándose ya mucho de los asuntos del Vaticano en sus relaciones con los demás pueblos, dejaba hacer á los que lo rodeaban.

León XIII, comprendiendo la gravedad de aquella situación, se esforzó por atenuar los malos efectos del pasado y hacer realizable el propósito manifestado por Pío IX en sus comienzos, hacia el año 46 y siguientes; esto es, *conciliar á la Iglesia con las aspiraciones modernas.*

Lo que había sido difícil para su antecesor, en medio de las revoluciones de los pueblos, que exigían garantías de libertad con las armas en la mano, creía León XIII que le sería posible obtenerlo en medio de la paz, de la unidad de Italia y de un gobierno fuerte y conciliador. Por esto su afán en buscar amistades y relaciones útiles en Francia, en Alemania y en Austria.

A pesar de la pérdida del poder temporal del Papado, éste tiene en mucho la política, á la que presta seria atención.

Las asechanzas de que eran objeto en Europa algunos soberanos por parte de los partidos que se agitaban en la sombra, hacían pensar al Pontífice que su intervención podía calmar esas pasiones.

El socialismo había tomado proporciones asustadoras en Alemania, era el único enemigo serio que por entonces tenía á su frente el gran Canciller de hierro Bismarck; él había resuelto todas las cuestiones políticas y comerciales: le quedaba por resolver la social.

Varias veces hemos hablado de socialismo: vamos á esbozar ligeramente su origen, sus propósitos y su progreso.

III

El punto de partida del socialismo está en las dificultades de la vida del obrero. Los artículos de consumo suben por efecto de la demanda ó se mantienen en su precio, mientras que el jornal del trabajador baja por el exceso de brazos.

En suma, la lucha entre el trabajo y el capital, lucha que viene de lejos, se acentuó y organizó en el corazón de la Europa, después de la revolución de 1849. Las asociaciones de obreros, con ese fin especial, empezaron á fundarse con empeño. «La Internacional» sonó entonces en todos los oídos. Los gobiernos le dieron poca importancia, y unas veces Napoleón III, y otras Bismarck, la miraron con ojos cariñosos por sus fines políticos. La misma Inglaterra no fué indiferente á la simpatía que inspiraban esas asociaciones, y la aristocracia alentaba á los obreros á independizarse.

Las huelgas dieron comienzo con el objeto de dominar al capital y ser á su turno los señores. Se fundó en Londres la «Asociación Internacional de los Trabajadores». Ésta fué su denominación oficial.

Karl Marx un joven alemán de espíritu vivaz, inteligente y con bastante valor y audacia, le dió impulso; él había redactado sus Estatutos y dirigido su organización.

Se extiende como una gran red de acero por toda la Europa y liga en sus mallas todos los intereses: los de la burguesía y los de la nobleza, los de la paz y los de la guerra. La Comuna fué su obra, y la agitación de las huelgas constantes, la revolución en perspectiva siempre, y la anarquía con la dinamita, su resultado.

IV

La Santa Sede no estaba en buenos términos con el Gobierno alemán, á causa de las discusiones de Pío IX, que había fulminado anatemas en su contra, pensando ver un nuevo Lutero en Bismarck.

León XIII creyó que era el momento de reanudar las relaciones interrumpidas, y publicó una Encíclica contra el socialismo, encarándose con los que combatían al Gobierno alemán.

Decía que el socialismo no era efecto de otra causa *que de la falta de Religión* en las sociedades, puesto que no teniéndose en cuenta para nada *la noción de Dios, del alma, de la vida futura, el todo de la felicidad ha sido comprendido en la vida presente.*

Á nuestro juicio, ha dicho la verdad en su conclusión, ó sea que *la vida presente primaba sobre todo lo demás*, y esto, en rigor, no puede ser motivo de censura.

Y con este motivo conjuraba á los príncipes á estrecharse con la Religión, pues los intereses de ésta y del Estado formaban uno solo, desde que la decadencia de la primera influía sobre el segundo.

La Encíclica del Santo Padre hizo buen efecto en el Canciller Bismarck, y de ahí que el político profundo resolviera acercarse á la Santa Sede, nombrando un representante de Alemania, que lo fué un magnate del imperio.

El Papa había sido hábil al incensar al Emperador de Alemania, llamando magnánimo al mismo que Pío IX, poco antes, llamara en sus Encíclicas *Azote de Dios.*

Esto demuestra que la diplomacia entre los Pontífices, representantes de Dios en la tierra (según ellos), procede de igual manera que la de los demás hombres, que sólo son representantes de sí mismos.

Esta política de conciliación iniciada por León XIII

ofreciendo á todas las naciones el olivo de paz, era obra exclusivamente suya, pues el Cardenal Antonelli, que había servido los intereses del Vaticano bajo el reinado de Pío IX, no podía hacer ahora lo contrario de lo que había hecho antes.

Cerca del Pontífice actual no era más que un simple Secretario, como los Cardenales Franchi y Nina, haciéndose una excepción con el cardenal Jacobini, que vino después, y que ha sido un verdadero Secretario de Estado, con las mismas vistas del Papa respecto de la actitud que se debe asumir en las relaciones con el Poder civil en Italia y en los demás países.

Además, el Papa, soñando siempre con la restauración del poder temporal, tiene que seguir y acompañar la marcha de los sucesos, por si en el flujo y reflujo de los intereses encontrados de Europa, la tempestad que se produzca llega á levantar una ola que ponga á flote el esquife que se halla á pique en el fondo del mar desde 1870.

Por otra parte, el recuerdo del belicoso y entusiasta Pío IX tiene siempre en agitación á los católicos fanáticos y ultramontanos de todos los países.

El clero, que vive bien y tiene aseguradas *su congrua alimentación* y sus economías, poco se preocupa ya del poder temporal del Papado; porque dice, y con razón, que esos beneficios sólo alcanzaban á la Corte romana, á los Cardenales, á los grandes señores que rodean al Santo Padre; pero á los que influían en sus respectivos países, y que á la vez tenían su lugar en la Corte romana cerca del Papa-Rey, á los agentes de los donativos para el tesoro de *San Pedro*, á esos les importa mucho, porque han perdido la influencia política que el poder temporal del Papa les reflejaba.

Incensando á Bismarck y al Emperador, Su Santidad se dió el placer de ver subir las escalinatas del Vaticano á un plenipotenciario del Imperio alemán, la primera potencia militar por entonces; pero ofendió á la Francia, pues llamar *magnánimo* á Guillermo I era lo mismo

que dar una bofetada á la nación más generosa del Continente para los Pontífices; á la Francia, que había gastado sus tesoros y derramado su sangre por sostener el poder temporal de los Papas durante 30 años de este siglo.

De modo que lo que ganó en amistad con los protestantes del Rhin alemán, lo perdió en consideración con los católicos vencidos del Sena.

Pretendió el Santo Padre quedar bien con las dos naciones, pero el Gobierno francés desdeñó las cortesías de la Santa Sede.

En breve iba á tener la prueba del desdén con que el Gobierno de la República francesa miraba al Vaticano.

La Compañía de Jesús había vuelto á abrir sus colegios en Francia y á reunirse con el modesto nombre de congregaciones: pues bien, en Marzo de 1880, el Gobierno dió un decreto suprimiéndolas y cerrando sus colegios.

El asunto hizo mucho ruido. En balde el Papa, por intermedio de M. Craki, nuncio en París, hizo gestiones cerca de M. Freycinet en favor de las congregaciones suprimidas: el hecho se había consumado ya con alguna violencia tal vez y mucha resonancia, y no era posible volver atrás.

Es necesario también reconocer que la Compañía de Jesús de hoy no es la misma de los siglos XVII y XVIII.

V

EXPULSIÓN DE LOS JESUÍTAS

Reinaba en Roma el Papa Clemente XIII á mediados del siglo pasado, quien veía prepararse en toda Europa la tempestad que amenazaba á la Compañía de Jesús.

La disolución del clero era alarmante, y el Pontífice,

á pesar de sus esfuerzos por contenerla, se consideraba incapaz para dominarla.

Trató también de proteger á los jesuítas contra las persecuciones de que eran objeto, y al efecto expidió una bula, *Apostolicam*, en 1765; pero la causa de los hombres negros, como se les llamaba, estaba perdida.

Carlos III era el Rey de España á la sazón, y se había impuesto la tarea, con sus Ministros Aranda, Campomanes y Florida Blanca, de restaurar á España y arrancarla á su embrutecimiento y decadencia.

Se acusaba á los jesuítas, en todas partes, de acumular sumas fabulosas con perjuicio de los pueblos en que actuaban, y de conspirar contra el poder civil.

De Francia ya habían sido expulsados por decreto del Parlamento en 1764, como lo fueran antes de Portugal.

Sus riquezas en bienes confiscados se elevaban á la suma de sesenta millones de francos de la época, la que, comparada con el valor de la moneda de hoy, subiría á doscientos millones.

En Francia había entonces como 4,000 jesuítas, y según se desprende de la información respectiva, todas las rentas de la Compañía pasaban á Roma.

El Papa protestó contra la expulsión por el Gobierno francés, en el breve ó decreto ya citado.

España siguió á Francia, y en un mismo día, el 2 de Abril de 1767, fueron ocupadas las casas de los jesuítas por gente armada, expulsándolos por la fuerza.

He aquí la orden del Rey:

«Os revisto de toda mi autoridad y poder real para que en el acto os presentéis con fuerza armada en las casas de la Compañía de Jesús, y los conduzcáis como prisioneros al puerto indicado, en el término de 24 horas, donde se embarcarán en los buques que les están destinados.

«En el momento mismo de la ejecución pondréis sellos en los archivos de las casas y en los papeles de los individuos, sin permitir á ninguno llevar otra cosa que los libros de oraciones y la ropa necesaria para la travesía.

«Si quedase un solo jesuíta, aunque sea enfermo ó moribundo, seréis castigados de muerte.»

«*Yo el Rey.*»

El mismo día se publicaba la pragmática-sanción, en que decía el Rey que, «obligado por motivos de la mayor importancia, tales como la obligación en que estaba de mantener *la subordinación, la paz y la justicia* entre sus pueblos, se había *dignado* expulsar de su Reino á todos los individuos de la Compañía de Jesús, y confiscar sus bienes.»

Los jesuítas, decía el Ministro español Roda á Nicolás de Azara, se habían apoderado de los tribunales, de los conventos de religiosos y religiosas, de las casas de los grandes y de los ministros, de suerte que lo oprimían todo; dominaban las conciencias y dominaban á España.

Á las observaciones del Papa, el Rey Carlos III contestó: «Puesto que no son mis vasallos, sino los del *General* de la Compañía y del Papa, que están en Roma, allá se los mando.»

Los buques españoles se hicieron á la vela con destino á *Civita-Vecchia,* llevando á su bordo algunos miles de jesuítas, todos los que se encontraban en España.

Cuando apareció la escuadra á la vista de aquel puerto, fué recibida á balazos por los cañones del Papa. Ni éste, ni el General de la Compañía quisieron recibir á sus hermanos, so pretexto de que no tenían con qué alimentarlos, á pesar de que el Gobierno español decretó una pensión de *cien* pesos fuertes á favor de cada miembro de la Compañía de Jesús expulsado de sus Estados.

La escuadra tuvo que virar de bordo, por no comprometer la vida de aquellos infelices.

A los jesuítas expulsados de Portugal y de Francia se les había recibido antes con mucha frialdad; pero á los

procedentes de España, que eran muchos más, la Santa Sede los rechazaba de los Estados Romanos.

De Génova, de Liorna, también los rechazaron; en ninguna parte de Italia los querían: su fama era nebulosa. La escuadra no pudo desembarcar su misteriosa carga sino en Córcega; pero como en breve fué vendida esta isla á Francia, fueron expulsados nuevamente, concluyendo por dispersarse.

El número total de jesuítas en todo el mundo ascendía, cuando fueron expulsados de España, á 22,787.

De éstos, había en los dominios españoles 5,014.

El número de casas-colegios de la Compañía, en su totalidad, era de 1,365.

En seguida Nápoles, Parma y Malta siguieron el ejemplo, expulsando 4,000 jesuítas.

En balde Clemente XIII excomulgó al Duque Fernando de Borbón y á todos los que expulsaban á los miembros de la Compañía de Jesús.

Esta furiosa excomunión de Clemente XIII hizo perder á la Santa Sede varios Estados. Francia se apoderó de Aviñón y del Condado de *Venaissin*, y el Gobierno napolitano tomó posesión de Benevento y Ponte Corvo.

Entonces se mandó leer la bula *In cena Domini*, del Papa Julio II.

Un Cardenal Diácono la leía, desde el tiempo del Papa Pablo II, el jueves santo, á la puerta de *San Pedro* en Roma, en presencia de Su Santidad, y éste arrojaba en medio de la plaza una tea encendida, para advertir á los pueblos cristianos que Dios quemará en el infierno al que viole las leyes de dicha bula.

De nada valieron esos recursos que hacían temblar en otra época: los jesuítas eran expulsados de todas partes, y, como se ha visto, de los mismos Estados romanos.

Desde entonces la Compañía de Jesús pudo considerarse disuelta de hecho, pero faltaba que lo fuese legalmente.

VI

SUPRESIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN 1773

Sucedió á Clemente XIII en la silla Pontificia un famoso franciscano, Ganganelli, que reinó con el nombre de Clemente XIV.

Á su advenimiento á la Santa Sede, se encontró con que la Compañía de Jesús estaba casi disuelta por la expulsión de sus miembros de una gran parte de Europa y de la América española.

Aquellos hombres en desgracia tenían que someterse á abandonar los hábitos del jesuíta, renunciar á su propaganda y vivir aisladamente de su trabajo, porque de otro modo eran expulsados de todas partes, ó bien ingresar en otras órdenes religiosas que garantizasen sus costumbres en lo futuro.

En esta situación, y urgido el Papa por los Gobiernos de Francia y de España á fin de que suprimiese la Compañía, preparó el célebre Breve que ha sido tan comentado.

Por otra parte, toda la Italia se había alzado contra la existencia de los jesuítas en sus Estados. En la misma Roma, á la vista del Papa, eran objeto de ejecuciones en sus bienes para pagar deudas contraídas por la Compañía.

Desde luego el Papa se vió en la necesidad de ceder á las exigencias de todos, extraños ó no.

Las demás órdenes religiosas, y también la Inquisición General, que siempre vió en los jesuítas enemigos ocultos, resolvieron la cuestión aconsejando al Papa la medida de supresión, que consideraban conciliatoria, porque los tiempos iban marchando á una revolución política, social y religiosa, ya anunciada por los filósofos, y aun

por los hombres superiores de la Iglesia, como el Obispo de Cambray, Fenelón, y no había tiempo que perder.

Finalmente, el 21 de Julio de 1773 se publicó el famoso Breve denominado *Dominus ac Redemptor*, que suprimía la Compañía de Jesús.

El General de la Compañía, el padre Rizzi, fué preso, obligado á vestirse de clérigo y encerrado en el castillo de *Sant'Angelo;* formáronle un proceso, negó que hubiese ocultado caudales, pero confesó sus relaciones secretas con el Rey de Prusia, que á la sazón lo era Federico II, protestante, y amigo de Voltaire, de D'Alembert y de los filósofos del siglo XVIII.

Los Establecimientos y Colegios, incluso el Palacio *Gesù*, de los jesuítas, fueron cerrados, lacrados sus papeles, é impedidos de oficiar, siendo guardados por la tropa.

Los frailes capuchinos se hicieron cargo de sus iglesias.

Cuando el Papa firmó el Breve, dijo admirando su obra: «Ya está aquí la deseada supresión; no me arrepiento de lo que he hecho. No me he determinado á ello sino después de pensarlo maduramente. La firmaría de nuevo si fuese necesario; pero firmando esta supresión, agregó, firmo mi sentencia de muerte.»

Al año siguiente murió, en Septiembre de 1774.

El Breve de supresión de la Compañía de Jesús fué cumplido en todos los países católicos; pero en los *no católicos*, en que toleraban á los jesuítas, éstos no reconocieron la autoridad del Pontífice, porque decían que no tenía facultad para suprimir su Instituto. Sin duda era una jactancia de la Compañía, porque dependiendo en absoluto del Papa y habiendo sido autorizada por él, lo justo era que tuviese autoridad para suprimirla.

Ellos siguieron en Asia, en Prusia, en Rusia y en los países escandinavos, y también en Estados Unidos, donde no hay Iglesia oficial.

El ex General de los jesuítas permaneció preso, tratado sin miramientos, en el castillo de *Sant'Angelo*, en donde murió en Noviembre de 1775, dos meses después del Papa Clemente XIV.

VII

Finalmente, la Compañía de Jesús fué restablecida por el Papa Pío VII en 1815.

En la actualidad no puede ser peligrosa: la experiencia está hecha.

En América, la Compañía no ha podido ser censurada con razón. Sus miembros, esparcidos por todo este continente, han sido ejemplo de virtud y abnegación.

La Inquisición del tiempo del coloniaje miraba á los jesuítas como á enemigos, porque éstos reducían por el convencimiento, por la bondad, y los inquisidores por la tortura y por las llamas.

La historia de las reducciones de los jesuítas en el Paraguay, hace pensar que si esa Compañía hubiese existido en el siglo XV, cuando el descubrimiento de América, y en lugar de franciscanos y dominicos hubieran acompañado á la conquista jesuítas, las reducciones de los indios no hubieran sido tan sangrientas.

Exploraban los desiertos guiados sólo por su abnegación y su fe. Reducían al salvaje por la persuasión y la dulzura, los instruían y les enseñaban el medio de ganarse la vida con honradez, cultivando la tierra y dedicándose á otros trabajos productivos.

Los jesuítas en América eran hombres útiles, y fué una injusticia el expulsarlos.

VIII

Volviendo á Su Santidad León XIII, pensamos que la circunstancia de no ser simpática la Compañía de Jesús en Europa, ha influído para que el Santo Padre no se haya dado por ofendido por el golpe asestado á los je-

suítas en Francia, como hemos dicho, pues han continuado las relaciones internacionales con el Gobierno de la República como si nada hubiese ocurrido.

El Nuncio Apostólico ha seguido en París visitando al Ministro de Relaciones Exteriores y presidiendo al Cuerpo Diplomático, porque es de práctica consagrada después de la caída del Poder temporal del Papado, conceder al Nuncio de Su Santidad, como una deferencia al Jefe de la Iglesia Católica, el primer puesto en las recepciones oficiales.

Como se ve, León XIII no quería alimentar ni fomentar querella alguna.

Seguramente ha comprendido que el medio de hacerse respetable el Papado entre las demás naciones y en medio de la democracia que avanza, es manifestarse humilde y no romper una lanza con nadie ni por nada.

Hace ya diez y seis años que el Santo Padre se encuentra al frente de la Santa Sede, y no hay ejemplo de que en sus Encíclicas haya lanzado un anatema. No es sin duda porque León XIII carezca de firmeza y de carácter, no; porque ha dado pruebas de poseer algo más que simple firmeza,—sino porque dándose cuenta de su situación, alimenta un ensueño, y es el de ver restaurado el Poder temporal del Papado, haciendo méritos de humildad y de paciencia.

De seguro está en error; ¿pero qué ganaría con mostrarse belicoso como Pío IX, haciendo alarde de un poder que no existe ya, y apresurar por la intolerancia la separación de la Iglesia y el Estado?

La Iglesia vive respetada, con el esplendor que la acompaña, por la influencia del poder civil que la protege y la sostiene. El día que ese auxilio le falte, será como cualquiera otra comunión religiosa sin influencia, y exterior sin brillo. Los Pontífices, para ser respetables, tendrán que ser liberales y republicanos, y abandonar para siempre las veleidades de infalibilidad, en que hombres tan eminentes como los últimos Papas, no pueden creer de una manera sincera, como decía Mr. Dupanloup, ilustre Obispo

de Orleáns, al día siguiente del Concilio de 1870 en Roma.

Dupanloup era una autoridad de la Iglesia: por esto lo citamos; y pocos hombres habría en el Concilio, entre el gran número de obispos presentes, que tuvieran más autoridad que él, por su saber, por sus méritos y por su carácter.

Fiel defensor del Papado, no lo acompañaba, sin embargo, en las excentricidades que le hacían perder terreno en el concepto del mundo cristiano, que piensa y observa el movimiento creciente de la democracia.

El Obispo de Orleáns había sentido el golpe dado á la Iglesia por Pío IX con el «Syllabus», — que fué también una decepción para los católicos bien intencionados y liberales, — y trató de explicar el espíritu, que á su juicio era contrario á la letra; en suma, se esforzó en enmendar la plana á su general, pero sin resultado.

En la cuestión de la infalibilidad Papal, introducida en el Concilio casi á última hora, por trabajos de zapa de los católicos laicos, Mr. Dupanloup, en unión con otros obispos, que constituían una minoría, hizo llegar á oídos del Santo Padre Pío IX sus temores de que asunto tan delicado se tratase en pleno siglo XIX; pero fué inútil: todos sus esfuerzos se estrellaron contra la insistencia de los apasionados del pensamiento, que recurrieron á la prensa y á una especie de plebiscito parcial.

La Santa Sede y sus entusiastas partidarios habían perdido la cabeza: querían más, pretendían restaurar el «Schema de Ecclesia». Este «Schema» era una teoría que los Pontífices de la Edad Media proclamaban, y no era otra cosa que la «dominación del poder espiritual sobre lo temporal»; á saber: el poder de los Papas sobre las testas coronadas, ó, mejor dicho, sobre la autoridad civil en cualquier forma que esté representada.

El Obispo de Orleáns y sus amigos obtuvieron que esa monstruosidad fuese retirada ó aplazada; pero no pudieron obtener lo mismo respecto de la infalibilidad pontifical.

La mayoría de los obispos concurrentes al Concilio,

sometidos á la Santa Sede en lo espiritual como en lo temporal, muchos de ellos gobernando diócesis ricas y bien rentadas, y otros, obispos «in partibus», no habían de comprometer su situación porque el Papa fuese declarado infalible ó no.

Desde luego el triunfo era seguro; pero los obispos disidentes, con Mr. Dupanloup á la cabeza, fundaron su voto en contra.

El Cardenal Pecci, hoy León XIII, que ya había tomado el pulso á la cuestión, y que veía seguramente en el horizonte la tiara, porque Pío IX era ya muy anciano y se inclinaba hacia la tierra, defendió el proyecto con sabiduría y sinceridad, convencido de que era perfectamente legal.

Al terminar su vida, Pío IX tenía en su contra, á pesar de sus méritos personales, la opinión de Francia, Alemania, Suiza, Bélgica, Austria y la de su propia patria, la Italia liberal, concluyendo por perder el poder temporal.

Ese fué el resultado del «Syllabus» y de la «infalibilidad Papal».

León XIII, como se ve, ha sido el heredero de todos los odios acumulados en contra del Pontificado, y ha tenido y tiene necesidad de conjurar sus efectos en el mundo cristiano. Ha adoptado por divisa que la forma de gobierno de cualquier pueblo civilizado, no obsta á que sea compatible con la Santa Sede y la Religión Católica.

Se ve en la necesidad, constantemente, de moderar el entusiasmo ó fanatismo real ó aparente de algunos obispos, haciéndoles comprender cuál es la situación del poder espiritual, que no puede pretender más que lo justo.

Los obispos franceses, no hace mucho, se hicieron los sorprendidos y alarmados por el vuelo que tomaba la República en Francia.

El Cardenal Lavigerie, un hombre eminente por su saber y por su talento, Arzobispo de Cartago,—que ha hecho mucho bien á la Religión Católica levantando una

hermosa Catedral y muchos otros templos en las posesiones francesas en África, y por su propaganda piadosa y sabia, —en un elocuente discurso pronunciado en Argel en 1891, así como en muchos escritos publicados bajo su firma, declaró que todos los católicos debían apoyar á la República francesa.

Algunos obispos intentaron hacerle oposición en la tribuna y en la prensa; pero el Gobierno francés se mantuvo firme, reprimió la protesta como un ataque á las leyes vigentes, é hizo entrar en razón á los obispos refractarios.

El Papa, á su vez, aprobó la conducta del Cardenal Lavigerie, censurando la actitud de los prelados y dando una satisfacción al Gobierno.

No satisfecho Su Santidad con ese proceder digno de encomio, más tarde publicó una Encíclica que ha causado mucha sensación, declarando que la república es la mejor forma de gobierno y la que más se adapta á los principios del Evangelio.

Todos los gobiernos católicos y protestantes han dado á Su Santidad pruebas evidentes del respeto y confianza que les inspiran su sabiduría y sus nobles procederes políticos y religiosos.

Es de notoriedad que el ilustre Pontífice ha sido más de una vez el árbitro en los desacuerdos que se han producido en la diplomacia de otros países, por reclamos ó querellas que se han formulado entre ellos, por intereses materiales, sometiéndose á sus decisiones.

Ha sido visitado y consultado por algunos de los príncipes de Europa sobre cuestiones políticas y sociales.

Se le ha demostrado, en las fiestas jubilares últimas, el aprecio y respeto que tiene el mundo por sus grandes y relevantes cualidades morales y cristianas.

No se oye sino una voz para honrar y proclamar al ilustre Pontífice, que predica la paz y la justicia entre los hombres, sean ellos católicos ó no.

IX

LA VISITA DEL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA Á SU SANTIDAD LEÓN XIII

Después de las fiestas jubilares de Su Santidad, han tenido lugar en Roma las fiestas por las bodas de plata del Rey Humberto y de la Reina Margarita.

Con este motivo, el Emperador de Alemania, buen amigo de Italia en razón de la triple alianza, concurrió con la Emperatriz su esposa á cumplimentar á los Reyes de Italia.

La opinión acuerda á esa visita imperial un alcance político y mayor trascendencia que los de la simple cortesía.

Ya en 1888, Guillermo II se presentó en Roma y solicitó visitar al Pontífice.

León XIII puso algunas condiciones dificultando la visita del Emperador: por ejemplo, la de que no había de salir del palacio del Rey Humberto, el Quirinal, ni de la Embajada alemana acreditada cerca del Rey, para trasladarse al Vaticano, porque considerándose el Papa un soberano igual á Humberto, aunque despojado de su poder temporal, no podía permitir se le rindiese visita en segundo término, cuando le correspondía en primero, como soberano de Roma.

También se prohibió al Emperador que concurriese con los coches de gala del Rey Humberto.

El Emperador se sometió á todo lo que le impusieron, no dando importancia á esas puerilidades.

El Cardenal Rampolla, Secretario del Papa, fué á buscar á Guillermo II á casa del Ministro alemán acreditado cerca de Su Santidad, pues, como se sabe, hay dos representantes de Alemania en Roma: uno cerca del Rey de Italia, y otro cerca del Papa.

Después de almorzar, los Cardenales Rampolla y Hohenlohe, este último tío del Emperador, en compañía de éste, en el palacio Caprania, donde residía el Ministro alemán von Schlvesen, salieron en carruaje con libreas obscuras, de uso general, con el equipaje traído expresamente de Berlín.

El Emperador vestía de coracero blanco de Prusia.

La entrevista entre Guillermo II y León XIII fué fría. Ninguno de los dos quedó satisfecho. El Papa pidió mayor protección para los católicos de Alemania, que suman unos *catorce millones* en todo el Imperio.

El Emperador no pudo conferenciar libremente con Su Santidad, porque el Conde Heriberto de Bismarck, hijo del Gran Canciller, y el Príncipe Enrique de Prusia, hermano del Emperador, forzando la consigna, se introdujeron en el gabinete de León XIII.

Probablemente, según se decía, el viejo zorro Bismarck encargó al hijo que no perdiese de vista al Emperador, á fin de conocer lo que hacía en Roma, lo mismo en el Quirinal que en el Vaticano.

Esto ocurría en 1888, cuando aun Guillermo II no se había emancipado de la tutela del Canciller de hierro.

El resultado de la entrevista fué nulo. La visita fué corta, y el irascible Emperador salió de ella silencioso y con el ceño fruncido y amenazador.

El Papa, á su vez, quedó desagradado del entrometimiento de Bismarck (hijo) y del retiro un poco brusco del Emperador, que atravesó los museos y la Basílica con poca ceremonia.

Al día siguiente, el Conde Heriberto de Bismarck volvió al Vaticano á presentar sus excusas al Pontífice, pero se le recibió con indiferencia.

Tal vez este suceso influyó en la caída política del Gran Canciller. Su discípulo ya podía marchar solo; no precisaba del viejo Mentor, que se había hecho importuno, según se decía.

* * *

La visita de 1893, con motivo de las bodas de plata de los Reyes, ha sido más franca, si bien más solemne.

Su Santidad León XIII estaba avisado de que el Emperador y la Emperatriz irían á visitarle en su palacio del Vaticano.

Dió sus órdenes para que los regios visitantes fuesen recibidos dignamente.

El Emperador y la Emperatriz se presentaron con una lujosa comitiva.

Los grandes señores y dignatarios que acompañaban en su viaje á los monarcas, estaban allí.

El equipaje que llevaron era fastuoso y regio. Las carrozas, caballos y conductores alemanes formaban el tren de gala del Emperador.

El Pontífice no quiso ser menos. La guardia del Vaticano la daban los gendarmes pontificios, y la palatina estaba uniformada con esplendor, con sus capas, espadas y alabardas; los unos con trajes al estilo de la Corte de Felipe II, el primer Inquisidor de su tiempo; los otros, como los aventureros del siglo XVI, vestían el uniforme de los voluntarios de Pío IX, esto es, el de la guardia suiza.

Los Cardenales y Monseñores, con sus trajes escarlatas ó morados.

Se hallaban presentes también, los servidores de la Santa Sede que desempeñan cargos antiguos y venerables; los nobles senescales, el escudero mayor, el gran maestro de postas ó correos, el jefe de la Sacristía, y una nube de camareros eclesiásticos y otra de laicos; el introductor de los Reyes, maestros de ceremonias, etc., etc.

En suma, toda la Corte de Su Santidad León XIII se había puesto en movimiento para hacer los honores al Emperador Guillermo II y á la Emperatriz, cuando subieron los soberanos la «Scala Regia».

El Santo Padre, que esperaba el momento oportuno para aparecer, llegó á la antecámara secreta, donde sólo entran los grandes dignatarios, reyes, emperadores ó embajadores.

Con la mayor sencillez tendió la mano á los soberanos de Alemania, diciendo al Emperador, en francés:

«Soy feliz de volver á ver á Vuestra Majestad; y á la Emperatriz, inclinando la cabeza ligeramente: y de ver á Vuestra Majestad.»

De allí marcharon juntos el Papa y sus huéspedes á la gran sala amarilla: el Papa en el medio, la Emperatriz á la izquierda y el Emperador á la derecha.

En este orden se sentaron en tres sillones preparados al efecto, los tres suntuosos y perfectamente iguales.

Transcurrieron diez minutos, y la Emperatriz pidió permiso para pasar al salón inmediato á admirar los hermosos frescos de algunos de los pintores más notables del Renacimiento.

Esta sala es como la antesala ó vestíbulo de las Capillas Sixtina y Paulina.

La Emperatriz se alejó, ya instruída por el Emperador, á fin de que el Papa pudiese expresarse con más libertad.

Un guardia noble, espada en mano, guardaba la puerta que comunicaba con la sala amarilla, donde conferenciaban el Papa y el Emperador.

Dos horas duró esta conferencia entre el representante de la guerra y el de la paz. Nada se ha podido traslucir de lo que pasó entre el Emperador y el Papa.

Todo lo que se ha dicho no son sino suposiciones. Sólo se sabe que el Papa regaló á la Emperatriz un valiosísimo mosaico, y al Emperador una riquísima tabaquera, objetos de gran valor.

X

Terminando, diremos que ahora sólo interesa al Pontífice sostener su prestigio de mediador, en medio de la Europa armada. Puede muy bien que, *quel vecchio* honorabilísimo del Vaticano, sea el pararrayo de la guerra que se

prepara en Europa, y que los Emperadores y los Reyes tomen por pretexto, para no irse á las manos, el que el ilustre anciano de Roma no encuentra razón para la guerra.

El Papa, proclamando la paz, atrae sobre sí las miradas del Universo, y se dirá: «El sabio Pontífice detiene á los combatientes que están prontos á destruirse;» aunque, en rigor, sean sólo los intereses de unos y otros los que los hace ser prudentes.

De todos modos, suya es la gloria de conciliar ó detener á los pueblos armados, prontos para entrar en línea en una guerra sangrienta. Nadie podrá negar al Pontífice los grandes servicios prestados á la humanidad predicando la paz, la justicia y la libertad.

---

25 DE AGOSTO DE 1900

[*Con éste mismo título, y en la fecha que él señala, debió publicarse en* LA NACIÓN *de Montevideo, la relación histórica que sigue. La Redacción de aquel diario político había escrito como introducción el artículo que vá en seguida; pero consideraciones de distinto orden aconsejaron se aplazase esta publicación, que quedó inédita. Ella tiene, pues, un lugar obligado entre las* Páginas Sueltas.]

DATOS PARA LA HISTORIA POLÍTICA DEL URUGUAY

Cumplen hoy tres años cabales desde el día en que, quedando acéfalo el Gobierno, por el acto criminal de un fanático, que dió muerte al Presidente de la República don Juan Idiarte Borda, asumía constitucionalmente el mando el ciudadano don Juan L. Cuestas, en su carácter de Presidente del H. Senado.

Este imprevisto cambio de Gobierno en medio de una situación política muy difícil, agravada por el estado de guerra civil en que se hallaba el país, y de una situación financiera que inspiraba las más graves inquietudes, no se efectuó sin que despertase el temor de peligrosas complicaciones ulteriores.

No tardaron, en efecto, en producirse síntomas alarmantes, de los cuales el más significativo fué la completa impopularidad y descrédito en que vino á caer la Asamblea surgida de las elecciones de 1896.

Desde el primer momento se encontraron en abierto conflicto la mayoría de esta Asamblea y la opinión do-

minante en el país; pues ésta entendía que el señor Cuestas fuese desde luego designado candidato para la elección de Presidente Constitucional de la República que debía efectuarse el 1.º de Marzo siguiente; y aquélla entendía eliminar al candidato popular para imponer otro candidato favorable á la realización de los planes políticos por ella acariciados.

Las manifestaciones públicas del mes de Noviembre, en que se pedía el cese de la Asamblea, y la agitación política que se produjo, hicieron comprender al país que graves sucesos se estaban incubando.

El triunfo popular importaba como consecuencia forzosa la disolución de las Cámaras de 1896; el triunfo de las Cámaras, en cambio, abocaba el país á los peligros de una nueva conmoción armada.

El Presidente vaciló mucho tiempo entre estos dos extremos; pero prevaleció en él el sentimiento de la consolidación de la paz: así quedó resuelta la disolución de las Cámaras para que la voluntad popular pudiese oportunamente designar con entera libertad á los nuevos legisladores.

La opinión preparó el 10 de Febrero de 1898.

Muchos comentarios han surgido de aquel hecho impuesto por las conveniencias del país.

A fin de dejar bien aclarado este punto, unos cuantos amigos personales del señor Cuestas, miembros de la actual Asamblea, le pidieron, no ha mucho, con motivo de un incidente de discusión ocurrido en la Cámara de Representantes, quisiese exponer la verdad sobre el desarrollo de las actuaciones políticas que tuvieron su desenlace el 10 de Febrero; y el señor Cuestas satisfizo aquel pedido, dejando expuestos los hechos en una narración que solicitamos y obtuvimos para reproducir.

Esta narración, á la que damos hoy cabida en el puesto de honor, tiene el doble mérito de pertenecer al ciudadano que fué actor principalísimo en aquellos sucesos de trascendencia evidente y de dejar establecida con exactitud la verdad, evitándose así para más tarde apreciaciones más ó menos inexactas, sobre tales acontecimientos.

Es verdad que mucho de lo narrado aquí ha sido ya oficialmente expuesto por el señor Cuestas en sus varios Manifiestos á la Asamblea y al País; pero no está de más recordar nuevamente esos hechos que pertenecen á la historia, y en fecha que tanta resonancia tiene en la memoria del pueblo.

He aquí esa narración:

SUCESO INESPERADO

EL 25 DE AGOSTO DE 1897

—El luctuoso acontecimiento del 25 de Agosto de 1897 me tomó de sorpresa,—decía el señor Cuestas,—como á todos los habitantes del país. Se podía pensar que el Presidente señor Idiarte Borda, en medio de las dificultades que lo agobiaban por la guerra civil, la política y las finanzas, y cuando la misma Asamblea, obra de él, le había negado razón en la destitución de algunos empleados, resolviera retirarse; pero no pasó por la imaginación de nadie que su fin fuese determinado por el asesinato político.

De todos modos, el suceso, lamentable por más de un concepto, se produjo, causando asombro general.

Algo así como un atontamiento paralizó á los muchos amigos del señor Idiarte Borda; el asesino, tomado in fraganti por los hombres de armas y de policía, que rodeaban al Presidente, fué respetado: no recibió ni una contusión entre aquella multitud azorada.

La policía estuvo incapaz y negligente, se dijo; y bien puede ser que así fuera.

El ejército, formado en línea, presenció el espectáculo con la mayor serenidad y desfiló tranquilamente hacia sus cuarteles. No se oyó una sola voz que protestase contra el crimen; ninguno de sus allegados, que tantos beneficios recibieron, pensó en vengarlo; todos, por regla

general, se retiraron á sus hogares, dejando que los indiferentes ó buenos ciudadanos se hicieran cargo del cadáver del desgraciado Presidente.

ACTOS POLÍTICOS DEL PRESIDENTE DEL SENADO

Producido el hecho, los señores Duncan Stewart, Vicepresidente del Senado, el entonces Ministro de Gobierno, doctor Miguel Herrera y Obes, y el diputado Albín, vinieron en mi busca, para pedirme que me hiciera cargo del Gobierno en mi carácter de Presidente del Senado, como lo determina la Constitución.

Concurrí en el acto á la Jefatura Política, donde se encontraban reunidas las personas más espectables: Senadores, Diputados, Generales, Ministros y notables ciudadanos.

En presencia de todos, tomé las medidas más indispensables para garantir el orden, dirigiendo á la Asamblea un Mensaje en que le daba cuenta del lamentable suceso, haciéndole saber que me había hecho cargo del Gobierno, y solicitando facultades extraordinarias, en previsión de acontecimientos inesperados que pudieran producirse.

El País se encontraba agitado por la guerra civil.

La situación del Tesoro era alarmante, por las obligaciones que pesaban sobre él; el hambre tocaba á la puerta de los hogares que viven del presupuesto, y la situación en general podía considerarse abrumadora. Los Certificados de Tesorería no se cotizaban en plaza. Mis primeros trabajos fueron tendentes á dar confianza á la opinión, ofreciendo hacer la paz sobre bases justas y equitativas, y regularizar la Administración pública, profundamente alterada por el desorden erigido en sistema.

TRABAJOS PARA LA PAZ

El partido de la guerra era numeroso, tanto entre blancos como entre colorados; pero el de la paz era mayor: las clases conservadoras y el bienestar de las familias y de la sociedad en general, reclamaban la paz á todo trance.

Ya iban transcurridos siete meses de guerra civil, sin otro resultado que derramar sangre y empobrecer el País. Se imponía poner término á aquella situación desesperante.

Se tiene conocimiento de lo demás. Los buenos ciudadanos, á mi indicación, se pusieron á la obra y formularon las primeras bases con las instrucciones que dí á los señores Pedro Etchegaray y José Pedro Ramírez, que tomaron á su cargo abrir las negociaciones.

Conviene hacer conocer un detalle. Á raíz del luctuoso suceso, ciudadanos de diversos partidos se agitaron en favor de la paz; pero yo consideré que el más á propósito para desempeñar comisión tan delicada, auxiliado de algún otro ciudadano, lo era el señor Etchegaray, por su carácter pacífico y conciliador.

Al efecto le indiqué que solicitase el concurso del doctor José Pedro Ramírez, cuyo nombre había sonado en las primeras tentativas de paz en Aceguá, en la época del Presidente Idiarte Borda.

Así lo hizo el señor Etchegaray, y después de algunas vacilaciones del doctor Ramírez, obtuvo su concurso.

Con mis instrucciones, que no eran otras que las que tenían por base la paz de Abril de 1872, partieron al campo de los revolucionarios.

Volvieron á los pocos días un tanto desalentados por las exigencias de los revolucionarios, sobre todo el doctor Ramírez, que consideraba fracasada la negociación de paz si no se modificaban las bases en el sentido que aquéllos exigían.

Ante esa situación invité á los señores Etchegaray y Ramírez á una conferencia en mi casa-habitación y les expuse cuál era la posición de los revolucionarios, que precisaban la paz á todo trance para salir del compromiso, y los invité para que saliesen nuevamente á reanudar las negociaciones, asegurándoles el éxito. De este modo se obtuvo la paz.

La Asamblea, reunida á mi solicitud, aprobó los actos del Gobierno y lo estipulado en el Convenio de Paz, que habían firmado los Ministros Secretarios de Estado con la Comisión que representaba á los revolucionarios.

El desarme se efectuó sin dificultad alguna y los ciudadanos volvieron á sus hogares abandonados, satisfechos de encontrarse de nuevo en ellos, para dedicarse al trabajo, fructífero en ese año, pues la cosecha alcanzó proporciones halagadoras por su cantidad y precio.

LA OPINIÓN PÚBLICA Y LA ASAMBLEA

Inmediatamente después de hecha la paz, surgió la cuestión de si la Asamblea debería continuar ó no. El País en general se manifestaba por su cese, fundándose en que había sido electa durante la guerra civil, y en que, no respondiendo á un orden regular de administración, debería dar lugar á una nueva elección que ofreciera una composición más en armonía con las aspiraciones nacionales.

De esas ideas, que avanzaban cada día más, surgieron las manifestaciones públicas y numerosas de la Capital, sancionadas por los Departamentos, pidiendo al Presidente la disolución de la Asamblea.

La manifestación que tuvo lugar el 28 de Noviembre, la más importante por su número, que se calculó en treinta mil personas de todas las clases sociales, llevaba escrito en sus banderas: *Abajo la Asamblea;* y desfiló debajo de los balcones del Presidente repitiendo esas mismas pala-

bras con gritos unánimes y atronadores. Los oradores, ya en la calle, en las plazas ó en los balcones de mi casa-habitación, terminaban su peroración repitiendo esas palabras, y los más conciliadores agregaban: «Es necesario abordar la reconstrucción del País *con la Asamblea, sin la Asamblea ó contra la Asamblea.*»

La impaciencia se retrataba en todos los semblantes. Cada ciudadano exigía que ese mismo día se declarase el cese de la Asamblea; pero yo miraba la cuestión con más calma.

PREVISIÓN DEL GOBERNANTE

No se llevan á cabo evoluciones políticas de ese orden, sin más apoyo que el de la opinión, públicamente manifestada. La cuestión que se suscitaba era en realidad la de cambiar el sistema de varios años de procedimientos del gobierno del país, lo que importaba una evolución radical. Las raíces de las Administraciones irregulares eran fuertes, y había que arrancarlas de cuajo, gradualmente. Había que sustituir el desorden por el orden, y á ese fin se hacía indispensable preparar los elementos para asegurar el éxito. Las multitudes no reflexionan; sin embargo, para conseguir aquel fin era necesario infundir á todos el convencimiento de que el País no podía continuar su marcha regular sin administración y sin orden, haciéndose indispensable poner mano fuerte sobre esta cuestión, con el objeto de que administrados y administradores no abrigasen dudas sobre los propósitos del Gobierno.

Los malos elementos tenían necesariamente que congregarse para hacer fracasar este plan, que el Gobierno puso desde luego en ejecución.

Se imponía, pues, como una necesidad, la separación de los elementos de fuerza, que apoyarían en caso dado á los continuadores del desorden.

ERROR DE LA ASAMBLEA

La Asamblea estaba considerada por la opinión como el primer factor de las irregularidades cometidas: así lo creía el País; y hubiera convenido que la Asamblea, por algún acto levantado de patriotismo, se reconciliase con el País y con la opinión.

Mis esfuerzos en ese sentido fueron inútiles; al contrario, la Asamblea puso su actividad en fijar anticipadamente el nombre del futuro Presidente de la República.

No pudiendo presentar un candidato que la opinión aceptase sin discusión, se fijó en un sujeto que había dado pruebas de patriotismo y de honradez en otras épocas, pero que á la sazón era casi nonagenario, retirado y pensionado y ya fuera de juego para la actividad del Gobierno ó de cualquier otro puesto público.

La opinión consideraba que esta elección era una maniobra ó superchería, para que los Ministros, sujetos á sortearse en el seno de la misma Asamblea, gobernasen en su nombre.

«Es asunto averiguado,—decía un estadista argentino, el señor Salvador del Carril, Presidente de la Alta Corte de Justicia, al solicitar su jubilación,—que un hombre que haya trabajado activamente en la política ó en la Administración, debe retirarse á los setenta y cinco años, porque es regular suponer que las facultades no tienen á esa edad el vigor que los primeros puestos públicos requieren en las altas funciones que se ejercen.»

Someter á un nonagenario al peso del gobierno de un País como el nuestro, en que hay que hacer tanto en la política, en las finanzas y en la dirección general, es una crueldad, aun en el caso en que se tratara de un estadista de notoriedad y de primera fila; no pudiendo llamarse así, ni mucho menos, el candidato designado por la mayoría de la Asamblea, por tratarse de una personalidad modestísima, si bien honorable.

SE EMPEÑA LA LUCHA

Con esta actitud de la mayoría de la Asamblea, la minoría tomó posiciones á su frente, proclamándome candidato á la Presidencia de la República.

La lucha se empeñó con calor, y se formaron clubs políticos que proclamaban la misma candidatura que respondía á la minoría de la Asamblea, adquiriendo mi modesto nombre, desde el primer momento, el agregado de «Candidato popular á la Presidencia Constitucional de la República».

Ya que menciono la minoría de la Asamblea, debo agregar que, aunque su número representase sólo la cuarta parte del total del Cuerpo Legislativo, ella se componía de hombres principales: ex Ministros Secretarios de Estado, ex Plenipotenciarios, escritores, oradores parlamentaristas, como don Francisco Bauzá que presidía la minoría, cuyo solo nombre abonaba la rectitud de intenciones y probidad acrisolada de aquella agrupación que debería vencer al fin, por su perseverancia en acompañar las corrientes de la opinión.

Aun en los lugares más apartados del País, se instalaba algún club con el nombre de «Juan Lindolfo Cuestas».

LA ACCIÓN DEL GOBIERNO

Ajeno á este movimiento de opinión en favor mío, sólo pensaba en perfeccionar la administración pública, extirpando los abusos, haciendo economías y estableciendo orden y regularidad en todos los servicios del Estado.

La cuestión financiera merecía mi preferente atención, porque está fuera de duda y evidenciado en este país, que la política se subordina al pago corriente de las obligaciones del Tesoro; y, si á la regularidad administrativa y á la

percepción y distribución de las rentas, se presentan años favorables por una producción floreciente, el problema del balance del Presupuesto está resuelto y los perturbadores y agitadores del orden público se quedan mirando á la luna.

En los Manifiestos que he dado periódicamente al País, he declarado que la Presidencia de la República no me preocupaba ni poco ni mucho como candidato á ella; soy fatalista, y pienso, ya lo he dicho, como el gran Capitán americano: — *Serás lo que debas ser.* — Un hombre que piensa así no puede ser un ambicioso vulgar, puesto que lo espera todo de la corrección de sus actos y de su buena estrella.

Mi ambición se cifraba únicamente en regularizar la administración pública, y demostrar de manera incuestionable que, procediendo con honradez y conocimientos bastantes de las cuestiones que aquélla comprende, las fuerzas productoras del País bastarían para solucionar las cuestiones más complejas de la hacienda pública.

En la parte política he considerado y considero que el espíritu de conciliación debe primar sobre las pasiones políticas, para felicidad de la Nación, exclusión hecha de los enemigos de la paz y del orden.

Á la altura de civilización que ha llegado el País, no se puede, sin herir intereses muy respetables, prescindir de los diversos partidos militantes; al contrario, su participación en los asuntos públicos será una fuerza para el partido que está á la cabeza de los destinos de la Nación.

Debe ser una satisfacción para el Partido Colorado, que un hombre de su credo político haya llegado á fundar la libertad en el orden, y el orden en la libertad; que haya obtenido establecer en la práctica los principios de honradez y buena administración consignados en los libros y en las leyes, lo que hasta hace poco tiempo se consideraba como un problema difícil de resolver en la práctica.

MEDIDAS DE ORDEN PÚBLICO

Continuando esta narración diré que, después de los sucesos del 28 de Noviembre de 1897, en que cayeron algunas personas que hacían parte de aquella imponente manifestación, víctimas inocentes de la agresión que varios criminales perpetraron, ya no me quedó duda de que los apasionados en la lucha irían hasta la revolución.

Las medidas de orden público y de seguridad se impusieron; y á fin de calmar la agitación de los espíritus, que se traducía por reuniones de ciudadanos excitados en las plazas y calles públicas, determiné el alejamiento de tres ciudadanos que la opinión designaba como cabezas dirigentes de la Asamblea, contra la que se conjuraban las iras del pueblo.

Determiné que las manifestaciones públicas cesaran, y dí orden al Jefe Político de la Capital para que hiciera respetar el recinto de la Asamblea y sus deliberaciones, amenazadas por grupos hostiles de pueblo, estacionados en la plaza Constitución.

El acto de alejamiento de aquellos ciudadanos á que me refiero, despertó en la Comisión Permanente un exceso de celo, muy loable en otras circunstancias.

La Comisión se reunió y declaró que el Gobierno había violado la Constitución.

Fué inútil que el Gobierno hiciera saber á la Comisión Permanente las causas de orden público y de bienestar social que lo habían obligado á tomar aquellas medidas de seguridad: la Comisión Permanente continuó en sus apremios al Gobierno y, lejos de conciliar, provocó las consecuencias.

CEGUEDAD DE LA ASAMBLEA

No se podía dudar de mi lealtad, desde que era evidente mi resistencia ante el País entero para hacer cesar á la Asamblea; y al contrario, se veía bien claro mi interés en protegerla cuando me resistía á aceptar la solicitud que las manifestaciones populares formulaban hasta con aire amenazador.

Prefería perder mi popularidad, obtenida con la pacificación del País y el orden administrativo implantado con vigor, antes que dar motivo para que se creyese que sacrificaba á la Asamblea por beneficios personales.

De manera que si llegué al extremo, fué por la ceguedad de la mayoría del mismo Cuerpo Legislativo, al que me esforzaba por salvar.

Ante esa actitud inconsiderada, la opinión pública, á su vez, y por medio de los órganos de publicidad y conferencias, exigíame la disolución de la Asamblea como único medio de restablecer el orden profundamente alterado, pues era evidente que mi autoridad iba perdiendo terreno por negarme á esa solución.

Ante la agitación pública, creía yo de mi deber tomar todas aquellas disposiciones indispensables para garantir el orden y la paz amenazados, dentro y fuera de la Capital.

El Ejército se encontraba tranquilo, pero era de notoriedad que algunos jefes y oficiales simpatizaban con la actitud de la Comisión Permanente, incluso el entonces Ministro de la Guerra; actitud que en un momento dado podía traer perturbaciones sensibles.

En tal situación, el Presidente empezó por separar con prudencia á los jefes que en circunstancias excepcionales podían no obedecer sus órdenes, y sustituyó el personal de oficiales que se encontraban en el mismo caso.

Habiendo notado que el Ministro de la Guerra mani-

festaba descontento por aquellos cambios en el Ejército, creí conveniente pedirle su renuncia para evitarle contrariedades en lo sucesivo, sin por esto desconocer sus buenos servicios prestados al País y al Gobierno.

Efectuados los cambios antedichos, la situación podía considerarse asegurada, y no había por qué negarse á derogar el decreto respecto de los ciudadanos que fueron alejados del País.

Así se hizo, y en cambio el Gobierno creyó deber movilizar cuatro batallones de Guardias Nacionales, preparándose al golpe de Estado, si éste fuese indispensable, á fin de salvar al País de la guerra civil que se proyectaba por algunos de los partidos políticos.

—La Guardia Nacional,—decía el Presidente,—dará la nota final, y no se dirá que se ha hecho intervenir al Ejército de línea para la evolución política que á todas luces se impone, y está en la fuerza de las cosas, si la Asamblea no se inspira en el más puro patriotismo.

Todas estas medidas de orden político, las iba yo organizando á medida que los sucesos así lo reclamaban, y todo por la paz y el orden.

En esos actos, sólo los sucesos y la opinión eran los consejeros del Jefe del Estado.

LA SOLUCIÓN

Planteada ya la lucha, á principios del año 1898, en el terreno de los hechos, pues la prensa que pertenecía á la mayoría de la Asamblea, dirigida y redactada por miembros de la misma, llegó hasta proclamar el asesinato político como solución del problema, el Presidente empezó á prepararse para solucionar la cuestión en forma más humana.

Había dicho á mis amigos:—Pondré todo mi esfuerzo porque no corra una sola gota de sangre. Durante mi Gobierno se debe gastar tinta en discutir libremente, y

preferir las evoluciones y maniobras á toda acción armada. Ya verán ustedes,—agregaba,—como llegamos al final de la jornada con felicidad.—La buena estrella de que habla Carlos María Ramírez, ha de brillar.

La Guardia Nacional, en el número indicado de mil plazas, cuando más, organizada en cuadros seguros, y con jefes que respondían resueltamente al orden político establecido, sería la base sobre que debería girar la evolución que se aproximaba á paso de carga. Ciego de nacimiento debía ser aquel que no viese que el círculo de hierro se estrechaba cada día más alrededor de la oposición, ya estuviese ella representada por la Asamblea ú otros círculos políticos.

Así mismo, creí de mi deber anunciar á los adversarios del orden, que todavía había tiempo para hacer una conversión, reconciliándose con el País; pero nada había que hacer: la Asamblea, enceguecida, no advertía que se estaba tocando generala en los cuarteles de la Guardia Nacional, y que el pueblo se aprestaba á librar la última batalla para obtener el cese del Cuerpo Legislativo y entrar de lleno en la reconstrucción nacional.

LA REVOLUCIÓN POPULAR

I

La revolución popular estaba hecha desde el 28 de Noviembre, cuando aquella numerosa manifestación pública, secundada por la voz general del País, pidió en todos los tonos la disolución de la Asamblea, y que el Gobierno de hecho sustituyese á los Poderes existentes, á fin de restablecer el orden y hacer entrar al País en la regularidad que se deseaba.

En esta parte se ha estado en lo cierto cuando en una de las Cámaras se afirmó que la revolución popular fué la que hizo cesar á la Asamblea, impulsando al Presidente y haciendo de él el factor principal de los hechos que se llevaron á término.

Debióse, sin embargo, haberse agregado que esa revolución popular tuvo por origen la marcha regular del Gobierno, iniciada desde el advenimiento al poder del Presidente del Senado, el 25 de Agosto.

El Presidente, á raíz del suceso, dirigióse á sus amigos en este sentido: «Se impone la pacificación del País desde luego; nombraré un Ministerio que responda á ese fin, y que sea bien aceptado por el País. En suma, gobernaré con la opinión pública, que es la fuerza en que deben apoyarse los Gobiernos.»

No se debe, en efecto, olvidar que la evolución moral y radical partió de las primeras disposiciones honorables y justicieras del Gobierno, que la opinión encontró acertadas, acompañándolas desde entonces.

La revolución popular no se hubiera producido sin esos antecedentes. El País esperaba un hombre que tutelase sus intereses; declaró que lo había encontrado en el Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, y se lanzó á la calle proclamando la revolución, para llevar á cabo la reorganización del País en el orden político, financiero y económico.

Estuvo, pues, en lo cierto un señor Diputado, cuando aseguró que la solución final impuesta por los sucesos, hábilmente combinada, como se ha reconocido, me perteneció exclusivamente;— agregando con verdad que, si bien tuve colaboradores en el campo de acción, como mis Ministros, en primer término, no tuve consejeros en el plan iniciado por mí; plan pacífico, desarrollado pacientemente desde que empezó la cuestión política que dió por resultado el cese de la Asamblea sin combates y sin protestas.

De cualquiera manera que se aprecien los sucesos, debe reconocerse que mi colaborador más eficaz ha sido la opinión, y mi fuerza la conciencia de hacer un gran servicio á mi País.

DILEMA FORZOSO

En resumen: en aquellos días agitados, el dilema era de hierro: ó disolver la Asamblea, ó retirarse; el pueblo había preparado la revolución: al Gobernante tocaba ejecutarla. Tenía para esto los dos elementos principales: la fuerza y la opinión; y retroceder en aquel momento, hubiera sido abandonar el País exhausto á la guerra civil y hundirlo en la anarquía.

Lo repito: el 10 de Febrero es el triunfo de una revolución popular que había aclamado por su jefe al entonces Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo. Los sucesos hicieron de mí su primer factor; me llevaron adelante, colocándome en primera fila, la que no podía abandonar por deber, por convicción y por patriotismo.

La historia me juzgará.

Colocado en esa situación extrema por la fuerza de los sucesos, había preparado las piezas en el tablero, donde esa campaña política debería desarrollarse, con el objeto de asegurar el éxito; y preparé también á tiempo el Decreto del 10 de Febrero, cuando me convencí de que no había nada que esperar del patriotismo de la Asamblea.

Pensé detenidamente en que un Gobierno de hecho necesitaría rodearse de la mayor fuerza moral posible en situación tan grave, porque no bastaba el éxito del momento: era necesario, indispensable, asegurar dentro de la previsión humana, el sostenimiento del Gobierno Provisional, al que le estaría reservado reorganizar el País, reconstruyendo los Poderes públicos sobre bases de legalidad indiscutibles.

EL CONSEJO DE ESTADO

Determiné al efecto la formación de un Consejo de Estado que prestase fuerza moral al Gobierno; y esto por inspiración propia y acertada, no tan sólo por el pensamiento en sí, sino por la composición del mismo.

Se ha visto cómo ha sabido ese alto Cuerpo llevar á término su difícil cometido, con firmeza, seriedad y patriotismo.

Mi inspiración, al crearlo por el Decreto de 10 de Febrero, quedó justificada.

Sólo informes inexactos pudieron dar base á otro señor Diputado, para asegurar que un personaje de la situación había discutido conmigo el Decreto de disolución de la Asamblea

Desde luego, no se podría nombrar á esa persona, sin que en el acto fuese desautorizado. El Decreto del 10 de Febrero, nadie absolutamente lo conoció con anticipación, con excepción de mi Secretario íntimo, de mi familia; ni con persona alguna fué consultado. Sólo fué conocido por los Ministros en el momento de firmarlo, y ellos lo apreciaron y discutieron. Falla, pues, por su base la afirmación de que un personaje, que no se nombra, me haya sugerido el pensamiento de incluir en el cese al Poder Judicial.

El Consejo de Estado en 1898, quedará como ejemplo de Asambleas discretas y sensatas, concurriendo con sabiduría y resolución á las más notables reformas políticas y administrativas que un Gobierno puede abordar en el período relativamente limitado de un año; Asamblea en que no se pronunció, por lo general, una palabra de más ni de menos (no hay regla sin excepción).

Yo no podía dudar de la actitud pasiva del Ejército: mis ideas eran las suyas; obediente y sumiso, sólo esperaba mis órdenes, que no fueron otras que la de permanecer en sus cuarteles tranquilamente.

La opinión pública sólo pedía el cese de la Asamblea y el de la Junta E. Administrativa, que se había hecho odiosa.

No podía ni debía yo ir más allá, desde que no era sino el ejecutor de las aspiraciones nacionales.

Por ellas comprometí mi situación personal y la de los míos, y jugué la vida y mi bienestar en aquella evolución. Los sucesos han dado la razón á la opinión pública, que así lo exigía.

CONCLUSIÓN

Hoy el País navega, como se dice entre los marinos, con *viento de almirante;* y cuando veo al comercio floreciente, la campaña productora enriquecida, entregada á la labor; el oro haciendo oir su sonido, simpático á todas las clases sociales, en el bolsillo del estanciero, del cultivador y del obrero, no puedo menos de agradecer á la Providencia sus favores, con que ha compensado mi dedicación y esfuerzo en bien de los intereses de la Patria.

RENDICIÓN DE MONTEVIDEO

EN 1865

Á LA REVOLUCIÓN DENOMINADA CRUZADA LIBERTADORA (1)

Tomamos por epígrafe de este ligero estudio, la rendición de la plaza de Montevideo al ejército del General Venancio Flores, por considerar que los hechos que se desarrollaron en ella, después de la heroica defensa y toma de Paysandú, tienen verdadera importancia.

LA GUERRA CIVIL EN 1865

En la biografía del General Fausto Aguilar, que escribimos anteriormente, bosquejamos á grandes rasgos los acontecimientos políticos y militares en que él había actuado directa ó indirectamente, hasta su muerte, ocurrida en 1865, en la ciudad de Paysandú.

Entre esos sucesos se encontraba el sitio, defensa y toma de la plaza de Paysandú, que tuvo lugar el 2 de Enero de ese año, después de veintisiete días de sitio.

El drama final de la lucha fué la ejecución del General Leandro Gómez, jefe superior de la plaza, del Comandante Braga, de Mercedes, jefe del *Caballero*, arti-

(1) Este estudio fué escrito en 1882, con datos de algunas de las personas más importantes que actuaron en aquellos sucesos.

llado levantado en la plaza principal, y de los capitanes Fernández y Acuña, el primero de éstos, oficial artillero de mucho mérito, y el segundo, ayudante del General Gómez. Como se ve, con excepción del General Gómez, los demás no eran los jefes principales de la Defensa, porque éstos habían muerto, como Píriz, Rivero y Azambuya. Raña estaba gravemente herido (1).

Algunos otros habían caído prisioneros, ó se habían ocultado en casas de personas benévolas, que los habían amparado. La casa de comercio de un señor Dufrechou, que tenía un sótano, ocultó á varios que, horas después de la toma de la plaza, fueron embarcados por los mismos vencedores.

En el primer momento no pudieron evitarse algunas desgracias y venganzas personales. No se lucha casi dos años, perdiendo amigos y deudos, sin que la razón se extravíe y los sentimientos se manifiesten alterados en la hora suprema. De todos modos, esos actos son condenables.

El fusilamiento del General Gómez tuvo lugar en una casa central de la población, muy conocida por pertenecer á personas notables del pueblo, partidarias entusiastas de los vencidos, en cuyo número se encontraban.

La casa en que se llevó á cabo la ejecución tenía dos patios. En el principal fueron formados los prisioneros, conduciéndoseles de á uno, por categorías, al segundo, para ser ejecutados.

Gómez y sus compañeros murieron con valor, sin exhalar una queja.

Una hora después, sus cadáveres, colocados en un carrito tirado por un caballo, fueron conducidos al cementerio y arrojados en la fosa común.

El encargado del cementerio era un honrado bearnés, á quien un curioso le preguntó: —¿Cuántos cadáveres ha-

(1) Raña murió el 4 de Enero, rodeado de amigos colorados, que lo acompañaron á su última morada. En ese número se encontraba el autor de estos apuntes.

brá en la fosa?—Más de cien,—contestó;—ahí están durmiendo.—*Sí, sí,*—agregó:—colorados, blancos y brasileros, combatientes caídos en la lucha, los traían y arrojaban ahí; eso sí, todos desnudos.

El sepulturero era un anciano de cabellos blancos; á los 18 años había sido soldado del primer Imperio napoleónico; perteneció á la quinta de 1813 y se batió en Sajonia á las órdenes del mariscal Macdonald, siendo herido en la batalla en que éste fué derrotado por Blücher. El *quinto* quedó prisionero en Leipzig (1).

Era un buen hombre, daba detalles interesantes y recordaba el nombre de sus superiores. Tenía una hija, casada en Paysandú con un industrial enriquecido. Ese buen viejo cultivó el jardín del antiguo cementerio, que guarda hoy tumbas ilustres de la guerra civil.

De esta fosa fué extraído, al año siguiente, un esqueleto que, comparado minuciosamente con los otros, se dijo ser el del heroico General Gómez.

El doctor Mongrell y un señor Lenguas fueron los encargados de esa fúnebre operación, que cumplieron como buenos (2).

La autoridad los auxilió en todo aquello que pudieron precisar. El Jefe Político á la sazón lo era el Coronel don José Mundell.

Es muy sensible relacionar hechos sangrientos de la guerra civil, llevados á cabo por partidarios embravecidos durante la lucha.

Casi al mismo tiempo que tenían lugar en Paysandú esos sucesos luctuosos, se dirigía al Gobierno de Montevideo, por el General en Jefe de vanguardia de su ejército, la siguiente nota:

«Señor Ministro (al de Guerra):

«Hago saber á V. E., para que lo eleve al Excmo. Gobierno, que hoy han sido fusilados, al frente del ejército,

(1) Referencia del mismo al autor de estos apuntes.
(2) Referencia del doctor Mongrell al autor de estos apuntes.

por traidores á la patria, los jefes y oficiales que expresa la siguiente relación.—Dios guarde á V. E. (1).»

En seguida iba la lista de algunos partidarios, paisanos, tomados en la campaña por el Coronel Timoteo Aparicio y fusilados en un paraje llamado Los Molles.

Se ve, pues, que los hechos de ese orden se suceden, cuando las pasiones de los hombres toman el lugar de la razón y de la humanidad.

¿Quién ordenó la ejecución del General Gómez y compañeros?

—Las circunstancias, contestaría el filósofo.

Los que, como nosotros, son partidarios de la paz, del orden y de la fraternidad entre los hombres, dirán:—La Fatalidad.

II

El 3 de Enero de 1865, el ejército del General Flores que se hallaba frente á Paysandú, rompió la marcha con dirección á Montevideo, que era la última plaza que quedaba por rendir.

Pasó el río Negro, frente á Mercedes, y en los pasos inmediatos.

Desde allí el General Flores, con fecha 12 de Enero, protestó por documento público contra los actos del Gobierno de Montevideo que pudieran comprometer á la República por contratos que se llevasen á cabo, desconociendo una vez más al Gobierno del ciudadano don Atanasio Aguirre por ilegal é inconstitucional.

La situación de la Capital se agravaba cada día, en lo moral como en lo material.

En lo moral, porque los hombres de armas que se encontraban al frente de las fuerzas, comprometidos por hechos anteriores, viendo que se estrechaba el círculo de hierro al rededor de Montevideo, sintieron desmayar el

(1) Historia de las Repúblicas del Plata.

corazón. El ejército del General Flores, con los brasileros y la escuadra, tomaban posiciones.

Los políticos, aquellos que algo tenían que ver con los sucesos de Quinteros y con la quema de los tratados con el Brasil y el arrastre de su bandera, estaban agitados.

El Ministro plenipotenciario del Brasil, con fecha 19 de Enero, y desde Buenos Aires, pasó una circular al Cuerpo Diplomático y al Ministro argentino Elizalde, declarando que el Brasil había resuelto concurrir con sus armas y sus consejos á la pacificación de la República, y que reconocía al General Flores como legítimo beligerante en la guerra contra el Gobierno de Montevideo.

Mena Barreto, jefe del ejército brasilero, que había concurrido á la toma de Paysandú, también manifestó, en una proclama á sus soldados, el espíritu de que estaba animado.

El 2 de Febrero, el jefe de las fuerzas navales del Brasil, Barón de Tamandaré, en una circular al Cuerpo Diplomático, anunció que el puerto de Montevideo se encontraba en estado de bloqueo y manifestó cuál sería su actitud en caso de resistencia de la plaza.

El Gobierno de Montevideo dirigió, á su vez, á los representantes de las naciones extranjeras, una nota protestando contra la declaración de bloqueo, y pidiendo se concediese á los extranjeros que quisiesen salir de Montevideo la debida protección que les pusiera á cubierto de los sucesos de la guerra.

Cuando el ejército del General Flores, auxiliado por el del Brasil, se encontraba frente á Montevideo, en los últimos días de Enero, un parte oficial del Coronel don Basilio Muñoz á su Gobierno, hizo saber que había pasado al Brasil sin encontrar enemigos hasta la ciudad de Yaguarón, en donde halló resistencia.

Algunos vecinos se armaron allí y rechazaron al invasor, que cuando sintió que el Barón de Cerro Alegre venía en auxilio de Yaguarón con una división, se retiró definitivamente al Estado Oriental (1).

(1) Historia de las Repúblicas del Plata.

Aquella ridícula invasión al Brasil, con caballería solamente, sólo ofreció al Gobierno de Montevideo sonrojo y vergüenza.

El Gobierno del señor Aguirre hacía manifestaciones de querer resistir: algunas medidas de defensa así lo hacían creer. Se ha dicho que los hombres de Montevideo, en esa época, esperaban ver aparecer de un momento á otro á los paraguayos y á Urquiza con un ejército en su auxilio; así se lo referían algunos políticos de Entre-Ríos, que no teniendo nada en que ocuparse, empleaban el tiempo en embustes y majaderías.

El señor Aguirre, ilusionado, envió persona de su confianza á conferenciar con Urquiza, á fin de saber la verdad, y éste le dijo:—Parece imposible que el señor Aguirre no comprenda mi situación: yo no soy Presidente de la República, y no puedo disponer del ejército de la provincia sin orden del Gobierno Nacional.

El comisionado no volvió: escribió desde Concepción del Uruguay diciendo que todo estaba terminado con la contestación de Urquiza; que no había que esperar entrerrianos ni paraguayos; que todo eran falsedades, y que era necesario salir del apuro como mejor se pudiera.

Con estas noticias, que no dejaban lugar á dudas, el partido exaltado, dirigido por Carreras y Nin Reyes, empezó á caer en la desesperación.

El señor don Atanasio Aguirre era el más dueño de sí, en situación tan afligente; á él se dirigían las miradas de los hombres más sensatos; los que antes exigían de él medidas extraordinarias, como la quema de los tratados, ahora aparecían sumisos y le decían:—Señor Presidente, todo lo esperamos de su buen juicio; V. E. es el que debe decirnos si es posible continuar la guerra, ó si conviene buscar un avenimiento honroso.

El señor Aguirre los tranquilizaba, y pedía solamente disciplina y respeto á la autoridad del Presidente.

Algunas prisiones y destituciones tuvo que hacer el señor Aguirre, entre los que querían extremar más la situación con movimientos militares dentro de la plaza,

para dar vigor, — decían, — á la defensa. Éstos eran unos cuantos soñadores, á los que hubo que enviar presos al Cerro.

En discusiones y conferencias entre los hombres de la plaza, corrían los días y se aproximaba el 14 de Febrero, en que debía hacerse la elección de Presidente del Senado.

Desde que se había alejado la esperanza de todo auxilio de paraguayos y entrerrianos, los ánimos empezaron á inclinarse en favor de una combinación de paz.

El general sitiador, por su parte, deseaba evitar el bombardeo de la Capital y una entrada á viva fuerza, no tan sólo por la pérdida de vidas que el hecho originaría, sino también por los intereses importantes que la Capital representaba; esperaba, pues, el 15 de Febrero, por si el ciudadano que se eligiera para la presidencia del Senado, presentaba ó no garantías para poder tratar con él.

El señor Aguirre, comprendiendo la gravedad de la situación, pensó en la persona que pudiera sustituirlo, á fin de llegar al resultado de una paz honrosa.

Varias reuniones tuvieron lugar en casa de ciudadanos de significación, y concluyó por indicarse como candidatos á la presidencia del Senado, á los señores don Tomás Villalba y don Juan Caravia.

Á estos trabajos no era extraño el señor Aguirre, que estaba empeñado en que se llegase á un avenimiento para la paz, por convenir así á los intereses públicos y á las personas comprometidas en la lucha.

Casi simultáneamente á la indicación de candidatos para la presidencia del Senado, el Presidente señor Aguirre ordenó al General Antonio Díaz, jefe superior, se presentase con los generales que mandaban fuerzas, y con un estado de las mismas en situación de batirse.

Esto sucedía el 12 de Febrero, y la reunión debería efectuarse esa tarde, en el mismo Estado Mayor.

El estado pedido daba presentes: 7 generales, 90 jefes, 500 oficiales y 3,307 individuos de tropa, con 30 piezas de artillería prontas, y una cohetera á la Congreve.

El Presidente, después de imponerse del estado de fuerzas, preguntó si con aquellos elementos podía llevarse á cabo una defensa digna.

Algunos generales, los menos, dijeron que respondían de sus puestos; los otros enmudecieron.

El General don Antonio Díaz, español, pero vinculado al país por largos servicios militares, era á la sazón el jefe superior del Ejército; el señor Aguirre lo había nombrado para ese alto destino, porque era el que menos dividía; militar culto y de escuela, ejercía cierto espíritu de conciliación y de orden muy necesario en aquellas circunstancias; hombre anciano, el señor Díaz era considerado por los más jóvenes como incapaz, en la práctica, para una defensa heroica.

—Esos *son partes* del gallego Díaz, —decían, cuando éste proponía alguna medida de orden y de disciplina.

Por otra parte, ciertos generales no querían oir hablar, después que vieron que venía el Ejército de Flores sobre la Capital, de otras responsabilidades que de las de simples jefes de línea en la defensa.—«El General en Jefe, *que sea otro*», —decían, cuando los indicaban para el mando superior, aunque fuera por incidencia.

Los sucesos finales de la toma de Paysandú por la fuerza de las armas, habían hecho sin duda reflexionar á los militares de graduación superior; y ellos, que antes decían que harían la guerra á todo trance como en Rusia (1), en esa situación demostraban ser más razonables y humanos.

La fecha fatal del 14 de Febrero, en que debía tener lugar la elección de presidente del Senado, se aproximaba entretanto.

El señor Aguirre, con mucha habilidad, empezó á hacer preguntas á los generales sobre el tiempo que se defendería la plaza. Unos y otros se miraban sin contestar; sólo el señor Díaz, jefe superior, dijo:—La fuerza que tenemos puede rechazar el primer asalto sobre trincheras; ahora,

(1) Referencias del señor Tomás Villalba.

acerca del tiempo que puede durar la defensa, eso depende de varias circunstancias, como, por ejemplo, del bombardeo de los buques, de las pérdidas que se sufran y de otras que no se pueden prever.

Los demás generales observaron la prescripción árabe: «Del silencio pende la felicidad».

Entonces el señor Aguirre dijo: —Bueno, allá veremos; pero ahora tenemos que preocuparnos del cambio de presidente del Senado; yo podría ser reelecto, pero no aceptaré; el enemigo no tratará de la paz conmigo, porque he autorizado la quema de los tratados y tolerado el arrastre de la bandera brasilera.

Sucedía con la presidencia del Senado, lo que con el Ejército.

El año anterior, los políticos se disputaban la presidencia, y los generales el mando en jefe.

Ahora nadie quería ser presidente del Senado, ni general en jefe del Ejército.

Los generales se volvieron á mirar, y un nuevo silencio fué la contestación.

Viendo el Presidente que nadie abría opinión, agregó: —Si se quiere la paz como solución, hay dos candidatos: los señores Caravia y Villalba; éste reune más votos, según me informan los Senadores.

Entonces los generales, que habían permanecido silenciosos, dijeron unánimemente: —Villalba no, porque es colorado, y nosotros lo que queremos es una transacción que nos dé garantías.

El señor Aguirre, que ya sabía lo que quería saber, esto es, la disposición en que estaban los hombres de guerra, convenciéndose de que lo que menos deseaban era batirse como en Rusia, —y tenían razón, porque hubiera sido el «Canto del cisne»,— levantó la sesión, retirándose los generales á sus cuarteles con bastante ansiedad, porque la situación se tornaba cada vez más nebulosa.

El señor Aguirre, al contrario, después de esta reunión de los generales, adquirió confianza en que la cuestión se solucionaría satisfactoriamente.

El Senado no se reunió el día 14, en que estaba citado, diciéndose que, desde que los generales no aceptaban á Villalba, que era el que contaba con más votos, consideraba inútil reunirse, y que después del 15, si no se nombraba Presidente, el General Flores abriría operaciones sobre la plaza, porque, no habiendo gobierno con quien tratar, el cañón sería la última palabra.

Ante esta disyuntiva, los generales reflexionaron é hicieron llegar á oídos de Aguirre que ellos no serían un obstáculo; que lo que querían era la paz, y garantías, eso sí, para sus personas.

Con este antecedente los reunió nuevamente el señor Aguirre, y les expuso la situación, esto es, la paz con Villalba, ó la guerra con la acefalía del Gobierno.

El silencio más profundo se produjo en la sala del Consejo; «se hubiera oído el volido de una mosca,» al decir de uno de los presentes.

El General Servando Gómez, viendo que nadie tomaba la palabra, dijo: — Así como fuí el primero, en la reunión anterior, en rechazar la candidatura del señor Villalba para presidente del Senado, debo decir ahora que he reflexionado y que acepto esa candidatura, porque creo que efectivamente nos dará la paz, con las garantías que anhelamos.

Los demás generales se expresaron en el mismo sentido, con excepción de Medina, que dijo: — *Nada bueno espero de ese hombre*, porque ni es blanco ni es colorado; en todo caso, más bien estará con los *salvajes*.

¡Y era Medina el que se expresaba de esa manera!

Su única preocupación, — decía, — eran las garantías personales que podía ofrecerle el vencedor.

Resuelta la cuestión por parte del Ejército, el Senado se reunió el 15 y eligió por unanimidad al señor don Tomás Villalba presidente del Senado.

Como se sabe, el funcionamiento del Senado, sin la otra rama del Cuerpo Legislativo, la Cámara de Representantes, que había cesado el año anterior, era ilegal, y por eso el Gobierno de Aguirre era considerado *de hecho;* lo mismo sucedía con la presidencia de Villalba.

La acefalía del Gobierno hubiera traído perturbaciones mayores, y había necesidad de investir al gobernante con cierto carácter, ya fuese para la paz ó para la guerra.

* * *

Villalba, Aguirre y el General Díaz, jefe superior del Ejército, conferenciaron el mismo día en la Casa de Gobierno.

Villalba pidió á Díaz el plano de fortificaciones, y datos sobre el número de hombres prontos para la defensa; Díaz satisfizo inmediatamente á Villalba.

Hablaron sobre la necesidad de llegar á una paz honrosa, porque la defensa no tenía objeto.

Al día siguiente recibió Villalba á los generales y jefes superiores; se cambiaron palabras de congratulación y de esperanza en la paz, pues ya nadie pensaba en combatir.

El 18, Villalba hizo algunos cambios, con el objeto de concentrar su autoridad y vigorizarla.

En seguida llamó al distinguido hombre público doctor Manuel Herrera y Obes, y encerrándose con él en su despacho presidencial, cambiaron pareceres sobre la situación, concluyendo por estar perfectamente de acuerdo con las ideas de paz que predominaban en todas las clases sociales, incluso el ejército.

—Debo decir á usted, estimado doctor,—le dijo Villalba muy confidencialmente,—que los principales jefes de la defensa están muy moderados; que sólo hablan de garantías para sus personas, en una paz honrosa; los he observado detenidamente y he tomado informes muy respetables, que están de acuerdo con esta opinión.

Los autores ó cómplices en los crímenes políticos ejecutados en 1858, ya al Sur ó al Norte, están azorados: ninguna garantía les parece bastante.—«Todavía si los Ministros extranjeros intervinieran, podía uno estar tranquilo»,—decía á un amigo uno de los actores principales de aquel drama de Quinteros;—pero «temo mucho,—

agregaba,— que este Villalba nos entregue como corderos.»

«Entonces,—se le replicaba,—hagan ustedes una defensa como la de Leandro Gómez, y mueran como él con las armas en la mano.» El otro objetaba:—«Eso está bueno para decirlo, pero no para hacerlo; no tenemos elementos.»

—En estas pocas palabras,—decía Villalba á Herrera,—se condensa la situación de espíritu de estos hombres que están obedientes y sumisos, muy al contrario de cuando obligaron al señor Aguirre á que autorizara la quema de los tratados con el Brasil.

—«El ejército lo exige»,—decía entonces al Presidente Aguirre el comisionado, á fin de ejercer presión sobre él para aquel acto.—«Si no se lleva á cabo esa satisfacción nacional,—agregaba,—Montevideo será teatro de sucesos lamentables;» y el señor Aguirre tuvo que ceder.

Pero esta situación debe ser conocida solamente de nosotros,—continuaba Villalba.

Según mis noticias, el General Flores está bien dispuesto para conceder garantías personales á todos los jefes y oficiales del ejército sin distinción; pero parece inflexible sobre la rendición simple ó incondicional de la plaza; no admitirá cláusulas de ninguna especie, porque dice que él sabe mejor que otros lo que conviene al país y á los intereses de la nación.

Estas noticias me las ha trasmitido un Ministro extranjero que trabaja por la paz, y que las ha obtenido de buena fuente.

De manera, pues, que,—continuaba Villalba,—mis instrucciones tienen que ser muy limitadas; la negociación quedará librada á su buen juicio, á su experiencia y á su acrisolado patriotismo, de que tantas pruebas tiene ya usted dadas, estimado doctor y amigo.

Entonces el doctor Herrera y Obes dijo al Presidente:

—Está bien; yo acepto la delicada misión que se me da, porque tengo gusto en prestar este nuevo servicio á mi país; pero desearía me diese usted bases concretas, escritas, que me sirvieran de regla. Porque es necesario tener

presente,—agregó,—que el General Flores tiene á sus órdenes hoy un ejército y una escuadra, que puede imponer condiciones y apoyarlas con la fuerza; debemos ponernos en situación de que acepte el General Flores las que se le propongan sin mayores discusiones, desde que nuestro principal objeto es la paz, con garantías personales para los militares de la plaza.

—Había pensado en eso,—contestó Villalba;—y sacando del cajón principal de su mesa-escritorio un pliego, escrito con la letra menuda que le era peculiar, se lo extendió al doctor Herrera.

Éste lo leyó con atención, observando á Villalba en seguida, que el General Flores no consentiría en compartir el Gobierno con sujetos que él no indicara; que nombraría sus Ministros y todos los empleados de la Administración; que debía pensarse que no había llevado á cabo una revolución con sacrificio de hombres y dinero, para después del triunfo gobernar con extraños, y administrar con los mismos elementos del partido vencido.

—Sí, ya lo sé,—contestó Villalba;—pero yo tengo deberes que cumplir, y debo empezar por proponer las bases que juzgo de acuerdo con nuestra situación.

El General Flores las aceptará ó no; pero de ellas quedará constancia, y algo hemos de obtener que sea benéfico á los intereses públicos.

En este sentido,—agregó Villalba,—voy á pasarle una carta que le sirva á usted de credencial, acompañándole el pliego de las bases de pacificación.

Confidencialmente debo decir á usted, estimado doctor, que la defensa es imposible con los elementos de que se dispone. ¿Qué objeto habría en exponer á la Capital á un bombardeo, para rendirse después de ver una parte de ella en ruinas?

¿Qué beneficio reportaría al país una defensa más ó menos tenaz, encontrándose sin aliados y sin esperanza de auxilio alguno?

¿El vencedor ofrecería las mismas garantías á los sitiados después de un combate sangriento?

Como mi objeto principal es salvar la Capital de un desastre como el de Paysandú, —siguió diciendo Villalba,— y obtener garantías para las personas comprometidas que se encuentran en la plaza, abandonaré otras cuestiones, que más son de forma que de fondo, al patriotismo del General Flores, que desde luego es el principal interesado en restablecer el orden sobre bases legales y justas.

Los documentos que el señor Villalba puso en manos del doctor Herrera, son los siguientes:

«Montevideo, Febrero 17 de 1865.

«Decidido á evitar, por todo medio que esté en mi poder «y sea decoroso y digno, la efusión de sangre oriental y las «ruinas y desgracias que atraería sobre esta ciudad un ata«que de las numerosas fuerzas que la asedian sobre nuestras «líneas de defensa y demás puntos porque la ciudad puede «ser agredida, he tenido á bien comisionar á usted para que, «con el carácter de Agente Confidencial, negocie con el ge«neral sitiador las condiciones de un arreglo pacífico que «llene aquel objeto.

«No siendo posible, por la premura y gravedad de los «momentos, dar á usted instrucciones escritas que le sirvan «de guía en esa negociación, acompaño á esta comunica«ción las últimas condiciones á que suscribiré, toda vez que «no pueda arribarse á más; cuyo trabajo dejo á la habilidad «y patriotismo de usted.

«Al encargarle de esa delicada misión, juzgo de mi deber «hacer saber á usted que, antes de decidirme á ella, he «tratado de averiguar por personas caracterizadas y de res«petabilidad, las disposiciones del general sitiador para «entrar en esa negociación y las bases sobre que lo haría, «resultando de esa averiguación que, si bien se presta á lo «primero dicho general, sobre lo segundo tiene pretensio«nes que presenta como indeclinables y que difieren com«pletamente de las bases que doy á usted.

«Espero, pues, que el señor Herrera y Obes querrá pres-

« tarse á este nuevo servicio que le piden su país y esta afli-
« gida población.

« Dios guarde á usted muchos años.

«TOMÁS VILLALBA.

« Senor doctor don Manuel Herrera y Obes.»

BASES DE PACIFICACIÓN PRESENTADAS POR EL SEÑOR VILLALBA

« 1.ª El Presidente del Senado, encargado del Poder Eje-
« cutivo, resignará sus facultades en un Gobierno Provisorio
« que deberá regir el país hasta la instalación del nuevo
« Gobierno Constitucional que se elija.

« 2.ª El Gobierno Provisorio será compuesto de la per-
« sona del General Flores, que lo presidirá, teniendo por
« colegas á los señores don Juan M. Martínez y don An-
« tonio Rodríguez Caballero.

« 3.ª Este Gobierno hará proceder á las elecciones de
« Senadores y Representantes y Juntas Económico-Admi-
« nistrativas, haciendo observar en dichos actos el más
« perfecto orden y la más completa libertad de sufragio.

« 4.ª Entre tanto, las Juntas Económicas serán suplidas
« por Comisiones especiales compuestas de vecinos respeta-
« bles designados por el Gobierno Provisorio.

« 5.ª Las propiedades serán inviolables conforme á la
« Ley. El Gobierno Provisorio empeñará todo su poder y
« el concurso de los ciudadanos para garantirlas y hacerlas
« respetar, haciendo que se devuelvan inmediatamente á
« sus dueños las que por cualquier título les hayan sido
« tomadas.

« 6.ª Las opiniones políticas serán igualmente inviolables,
« no pudiendo ninguna persona ser perseguida judicial ni
« administrativamente por hechos, escritos ó palabras ante-
« riores ó durante la guerra civil. La opinión pública será

« el único Tribunal en estos casos para todos los ciuda-
« danos.

« 7.ª De los empleados civiles y judiciales no podrá dis-
« ponerse sino con arreglo á las Leyes, quedando garantidos
« los empleos y grados militares conferidos en uno y otro
« campo.

« 8.ª Las deudas públicas y las rentas que les están afec-
« tas quedan especialmente garantidas, tomándose las más
« eficaces disposiciones para que las Leyes de la materia
« recobren inmediatamente su entero vigor.

« 9.ª El Gobierno Provisorio procederá sin demora á
« hacer los ajustes necesarios con los jefes del Ejército Im-
« perial ó con los Representantes del Imperio, para la
« cesación de las hostilidades y evacuación del territorio,
« debiendo tener lugar dicha evacuación antes que empiecen
« los comicios públicos, sin perjuicio de poner término deco-
« rosa y definitivamente y en la forma más hacedera y
« amistosa á las desinteligencias que desgraciadamente han
« surgido entre los dos países, bien entendido que, para el
« arreglo final de que se trata, el Gobierno Provisorio no
« podrá prescindir de las siguientes bases:

« Independencia absoluta de conformidad al tratado con
« la República Argentina de 4 de Diciembre de 1828.

« Integridad del territorio de la República conforme á la
« demarcación actual de límites.

« Conservación de su sistema aduanero bajo el principio
« de la igualdad de tarifas y favores para todas las naciones.

«VILLALBA.»

En consecuencia, el doctor don Manuel Herrera y Obes se trasladó á la Unión el día 18 de Febrero, á iniciar gestiones de paz con el señor General Flores, que se encontraba en la quinta de Peña, acompañado de su Estado Mayor.

Fué recibido perfectamente, y después de varias conferencias, estando presentes en la última el Ministro del Brasil señor Paranhos, el General Mena Barreto y el Almirante Tamandaré, quedó terminado el ajuste de paz.

Las bases fundamentales fueron:

1.ª Restablecimiento del orden.

2.ª Garantías individuales, exceptuándose los casos de crímenes y delitos comunes.

3.ª. Gobierno Provisorio del General Flores, con los Ministros que él nombrase.

4.ª Las elecciones de Senadores, Diputados y Juntas se harían cuando fuera posible.

5.ª Reconocimiento de grados militares.

6.ª Garantías á los intereses particulares.

7.ª Licenciamiento de las fuerzas de la Capital.

8.ª El Brasil, por su parte, se consideraba satisfecho con las reclamaciones iniciadas antes, y nada tenía que agregar.

Esta Convención fué firmada por el Ministro del Brasil señor Paranhos, el señor General Flores y el doctor Herrera el 19 de Febrero de 1865, y ratificada por el Presidente señor Villalba el 21 del mismo mes y año.

Luego de ajustadas las bases del Convenio de pacificación, lo primero de que se preocupó el doctor Herrera, fué de obtener del General Flores salvoconductos para los generales de la plaza y para los jefes más comprometidos.

Cuando Medina recibió el suyo, dijo: —«Con la paz ó sin la paz, me embarco.» Otro general, que también fusiló por su cuenta á prisioneros rendidos allá por Paysandú, en el arroyo Rabón, dijo: —«Esto es lo que quería yo.»

Medina se hacía leer y releer el salvoconducto del General Flores, y, como si supiera distinguir, tomaba el documento y miraba la firma con fijeza; doblándolo después con mucho cuidado, lo guardaba en el bolsillo del pecho de su casaca.

Los unos más, los otros menos, todos recibieron con mucho contento el documento salvador (1).

Un coronel, á quien había olvidado el doctor Herrera, detuvo el coche en uno de los viajes que hizo el negociador, y le dijo con mucho respeto, sacándose el kepis:

(1) Referencia del señor Villalba al autor de estos apuntes.

—Doctor, usted me ha olvidado; no tengo el salvoconducto, que tienen otros.

El doctor Herrera le contestó con benevolencia:

—Es verdad; á la vuelta se lo traigo.

En efecto, cuando el negociador volvió de la Unión, ya tarde, el coronel lo esperaba á la altura de la plaza de Artola, y saliéndole al encuentro, le dijo:

—Doctor, ¿se acordó de mí?

Herrera, sonriendo, le contestó:

—Sí, aquí está; y sacando del bolsillo el salvoconducto, se lo entregó al coronel, que se deshizo en cumplimientos (1).

Cuéntase que, cada vez que el doctor Herrera pedía al General Flóres un salvoconducto para determinado jefe, el general decía bondadosamente:

—Pero, doctor, ¿no decía usted que estos señores combatirían hasta morir?

Entonces Herrera, con su gravedad habitual, contestaba:

—Así lo decían ellos.

En efecto, el doctor Herrera, desempeñando con lealtad su misión de negociador, había hecho ver al General Flores los peligros de un ataque á viva fuerza; pues los defensores sumaban un número bastante crecido y estaban armados para resistir con ventaja.

—Mucha sangre va á correr, general,—decía Herrera,—y es necesario evitar esas desgracias.

Flores respondía con calma:

—Yo estoy más bien informado que usted, mi estimado doctor, de lo que pasa en Montevideo; hay armas y hombres, es verdad, para una defensa honrosa, aunque sin éxito, pero no hay cabeza dirigente, todos los generales, sin distinción alguna, están abrumados: quieren la paz á todo trance, y un salvoconducto para embarcarse en seguida.

Y departiendo amigablemente con el doctor Herrera, le entregaba los salvoconductos con toda fineza, diciéndole:

—Estimado doctor y amigo, estoy á la disposición de

(1) Referencia del mismo doctor Herrera.

usted, en esto como en cualquier otra cosa en que pueda servirlo.

El doctor Herrera, que era un perfecto caballero, á la vez que hábil diplomático, se limitaba á solicitar del General Flores sólo aquello que se relacionara con el orden de la Capital, y las garantías para los compatriotas en desgracia.

El convenio de pacificación, sobre la base de la rendición del ejército de Montevideo, no pudo ser más razonable; el mismo Villalba decía después á los que querían oirlo:

«El General Flores procedió con toda generosidad y patriotismo en aquel acto, uno de los más difíciles por que ha pasado el país; dió todas las garantías que se le pidieron para sus enemigos, y tuteló todos los intereses.»

En la contestación que dió Villalba al doctor Herrera, acusándole recibo del memorándum que el negociador le pasó dándole cuenta de las bases acordadas para la pacificación, se ve que estaba prevista por estos distinguidos estadistas la solución definitiva de la cuestión.

Transcribimos algunos párrafos de esa comunicación de Villalba al doctor Herrera, en que se pone en evidencia la verdad de cuanto hemos referido:

CONFIDENCIAL

«Al señor doctor don Manuel Herrera y Obes, comisio-
«nado, etc., etc.

«Montevideo, Febrero 18 de 1865.

«He tenido el honor de recibir la confidencial de usted
«fecha de hoy, adjuntando las bases que le ha sido posi-
«ble ajustar con S. S. E. E. el señor General Flores y el
«señor Consejero Paranhos, Ministro de S. M. el Empera-
«dor del Brasil.

«No necesitaba ciertamente leer el memorándum que us-
«ted se ha servido pasarme, para quedar persuadido de
«los vigorosos esfuerzos que su ilustrado patriotismo ha

« debido hacer para salvar, en el interés bien entendido
« del vencedor, el principio de autoridad, representado en
« la persona del Encargado del Poder Ejecutivo; circuns-
« tancia que por sí sola hubiera bastado para hacer acep-
« table por todos ó con raras excepciones, la negociación
« en que estamos empeñados, facilitando sobremanera la
« ejecución de las estipulaciones y la reorganización del
« país. Sin tal condición, las resistencias al provisoriato de-
« ben ser necesariamente fuertes y perseverantes, haciendo
« quizás muy precaria la paz.

« Desgraciadamente, al enviarlo á usted al campo de los
« Aliados, yo no podía hacerme ilusiones acerca de este
« punto, aun perfectamente teniendo, como tengo, la más
« elevada idea de su aptitud para una negociación grave.
« Conocía perfectamente el carácter y la tendencia de los
« convenios que los ligaban, y sabía desde las primeras
« conferencias que el establecimiento de un gobierno en la
« persona del General Flores, era condición *sine qua non*.
« En una palabra: la fatal política de los gobiernos ante-
« riores, de que absolutamente, usted sabe bien, no puedo
« hacerme solidario, y la exigüidad de nuestros elementos
« de resistencia, nos tenían colocados de antemano entre
« una rendición á discreción ó un desastre mucho más
« grande, más doloroso y más inútil que el de Paysandú;
« y en esa alternativa mi elección no puede ser dudosa.
« Llevaré la abnegación, el sacrificio, hasta sus últimos
« límites. Me sobra energía y voluntad para hacerlo, y lo-
« graremos, señor doctor, contando con su valioso concurso
« y aun con la concurrencia del mismo General Flores, sal-
« var, en cuanto es posible, los intereses comprometidos,
« garantiendo el restablecimiento del régimen constitucio-
« nal dentro de un término breve, el crédito público, las
« propiedades, las personas, las opiniones, los derechos de
« todos; y conservaremos para la patria las vidas precio-
« sas de tantos valientes, que no tienen ciertamente la culpa
« de los males que las faltas y las pasiones de otros nos
« hacen sufrir en este momento. Acepto, pues, la responsa-
« bilidad de la primera base, para ante la ley y para ante

« la opinión, como para ante los contemporáneos y para
« ante la historia. »

. . . . . .

. . . . . .

« Excusado me parece indicar á usted que no debe pres-
« cindir en manera alguna de la garantía oficial de S. E.
« el señor Ministro brasilero, como representante del Go-
« bierno imperial, beligerante en la ocasión y garante, con
« el de la República Argentina, de la independencia ab-
« soluta de este país y de la integridad de su territorio.

« También debe usted insistir, hasta conseguirlo, en los
« artículos de sus instrucciones que le prescriben estipu-
« lar el desembargo y la más plena garantía de la pro-
« piedad, así como de la deuda interna localizada en Lon-
« dres. Conoce usted ya íntimamente mis opiniones so-
« bre una y otra cosa, y son, por otra parte, tan obvias
« las razones que pueden aducirse á ese respecto, que no
« dudo conseguirá las estipulaciones convenientes.

« Dejo todo lo demás al patriotismo, al celo é inteligen-
« cia de usted, saludándolo con mi más perfecta considera-
« ción.

« TOMÁS VILLALBA. »

Transcribimos también la carta que el General Flores dirigió al doctor Herrera, explicando la razón porque alguna de las bases enunciadas por Villalba no había sido estipulada en el convenio, y dando las mayores seguridades de respeto á todos los intereses legítimos:

« Señor doctor don Manuel Herrera y Obes, Comisionado
« Especial por el Gobierno actual de Montevideo para
« convencionar la pacificación del país, etc.

« Señor:

« En las conferencias habidas para ajustar las condi-
« ciones sobre que debe restablecerse la paz del país, ha
« ciendo cesar de todo punto la guerra interna y externa

« que hoy pesa sobre él, he tenido que negarme á las exi-
« gencias de usted para que entre los artículos de la Con-
« vención celebrada se consignase la obligación del Go-
« bierno Provisorio de poner en inmediata y completa eje-
« cución las leyes relativas al pago de los intereses de la
« deuda pública, reconocida como tal, y su amortización.

« Pero como usted ha visto, para proceder así he tenido
« otra razón que la de creer desdorosa para dicho Go-
« bierno la consignación de una obligación de esta natura-
« leza.

« Reconocido, pues, el fin loable y patriótico que deter-
« minaba la exigencia de usted, y respetando todas las
« consideraciones y excelentes principios de moralidad y
« economía política en que usted basaba aquella pretensión,
« y la necesidad de prevenir las equivocadas ó falsas
« interpretaciones á que podría dar lugar, con grave daño
« de los intereses públicos, la falta de una declaración de
« esa especie, creo de mi deber declarar á usted, por la
« presente carta, que me haré un deber de honor y patrio-
« tismo, en dictar, inmediatamente que me reciba del Go-
« bierno, una resolución que tranquilice á los acreedores
« del Estado y deje perfectamente establecido que nadie es
« más celoso que yo del cumplimiento de los empeños
« nacionales y la confianza que debe depositar en la fe de
« aquellas promesas, sin las que no hay crédito posible
« para los Estados, ni la respetabilidad y seguridad á que
« deben aspirar.

« La espontaneidad de esta declaración, espero que satis-
« fará á usted, pues aunque en otra forma, yo la consideraré
« siempre como parte integrante de la Convención que he-
« mos firmado en esta fecha.

« Con tal motivo, me es grato decirme de usted muy
« atento y S. S. Q. S. M. B.

« VENANCIO FLORES.

« Unión, Febrero 20 de 1865. »

III

De acuerdo con el convenio de pacificación, el General Flores expidió el siguiente decreto:

« Gobierno Provisorio.—Considerando que, en virtud del « Convenio celebrado el 20 del corriente, queda reasumida « en mi persona la primera magistratura de la República, « queda establecido desde esta fecha el Gobierno Provi- « sorio, debiendo autorizar todos sus actos el señor don « José Cándido Bustamante como secretario interino, pu- « blicarse y circularse á los Agentes Diplomáticos y Consu- « lares.

« VENANCIO FLORES.

« Villa de la Unión, Febrero 21 de 1865. »

El mismo día fué nombrado el General Francisco Caraballo jefe de la plaza de Montevideo, el que entró con una escolta de tiradores y lanceros, se posesionó del Fuerte y del Cabildo, y dió sus órdenes para el desarme, que se llevó á efecto de inmediato.

Tenía su cuartel general en el Cabildo, y desde allí daba sus órdenes.

El General Díaz, jefe de la plaza, estaba también allí, y tomaba las últimas disposiciones para cumplir lo pactado.

Vestía de uniforme con espada al cinto el viejo Díaz, y un testigo ocular nos refiere que su actitud correcta ponía en evidencia al soldado de escuela que cumplía con un penoso deber.

Caraballo, general llegado recientemente de campaña, vencedor después de una lucha constante de dos años, vestía de bombacha, saco y sombrero de paja, y con una pierna cruzada sobre la otra, recibía con aire placentero y benevolente las informaciones que le daba, con aire

serio y digno, el adversario de ayer, al hacerle entrega de la plaza.

Terminada la operación, el General Díaz se retiró con toda cortesía.

En la madrugada del 21, las tropas de Flores habían entrado en grupos á la ciudad, y en la calle 18 de Julio y Sarandí se veían clavadas las lanzas, con banderolas coloradas unas, con banderolas blancas y cruz punzó en el centro otras, signo de la cruzada.

El General Flores hizo su entrada el 22, acompañado de los jefes superiores de su ejército, y tomó posesión del fuerte.

Los batallones de infantería iban á retaguardia batiendo marcha.

Cuando el general llegó al fuerte, el pueblo, representado por todas las clases sociales, lo recibió en brazos, y hubo entusiastas que, colocándolo sobre sus hombros, á pesar de su resistencia, lo llevaron así hasta la escalera que daba acceso al Tribunal de Justicia.

De allí se dieron vivas al ilustre General Flores, al Ejército libertador y al Brasil, vivas que fueron acompañados calurosamente.

El orden más perfecto reinó en aquellas manifestaciones. Los vencedores guardaban la mayor consideración con los vencidos; no se oyó una palabra agresiva, ni tuvo lugar acto alguno de que pudieran quejarse los que supieron negar honras fúnebres á los ultimados en Quinteros en 1858.

Los vencidos, una vez desarmados, se retiraron á sus casas, ya en la ciudad ó en la campaña; algunos se ausentaron para Buenos Aires y Entre-Ríos, donde fueron propalando *la traición de Villalba*, para disimular su situación. Éstos eran los más comprometidos en asuntos políticos nebulosos, y á los que Villalba había salvado, pactando la garantía del vencedor y el salvoconducto para sus personas.

Don Tomás Villalba, ciudadano austero, patriota acrisolado, persona principal por sus grandes dotes de esta-

dista, de honestidad proverbial, estaba á cubierto de la maledicencia y de la calumnia; pero los vencidos, los más exaltados, decían, en Buenos Aires y en Entre-Ríos:—«Villalba nos ha traicionado.»

—¿Por qué se han dejado ustedes traicionar?—decía Urquiza en San José á uno de los prohombres del partido blanco, que fué á morir en el Paraguay, martirizado por López.—¿Por qué el ejército de ustedes no impidió que Villalba los traicionase? ¿por qué no quemaron hasta el último cartucho como en Paysandú? ¿por qué se entregaron ustedes como corderos?—agregaba Urquiza con aire zumbón.

El prohombre *blanco* no sabía cómo explicar todo eso; tejía y destejía, concluyendo por afirmar que Villalba los había traicionado de acuerdo con Herrera y Obes.

—¡Hum!... ¡hum!...—refunfuñaba Urquiza.

El prohombre *blanco* se retiró sulfurado, y en breves días tomó caballos en Concepción del Uruguay y partió para Corrientes á incorporarse á las tropas paraguayas (1) que maniobraban en esa provincia argentina.

IV

En los días siguientes á su entrada en Montevideo, el General Flores tomó varias medidas de orden administrativo.

Nombró autoridades en la Jefatura Política, Capitanía del Puerto y Dirección de Aduanas.

Fué nombrado, para la Jefatura, el Coronel Manuel Aguiar, y para la Capitanía del Puerto, el General Acosta.

El 28 de Febrero, el General Flores formó el Ministerio siguiente: Gobierno, doctor Francisco Antonino Vidal; Relaciones Exteriores, doctor don Carlos de Castro; Gue-

(1) Referencia del General Urquiza á persona de su amistad.

rra y Marina, Coronel don Lorenzo Batlle; Hacienda, don Juan Ramón Gómez.

El señor don Tomás Villalba fué nombrado Contador General del Estado, y el señor don Juan Peñalva Colector General de Aduana.

El 28 de Febrero, el Gobierno Provisorio publicó un decreto dejando sin efecto el del ex Presidente Aguirre, que había ordenado la quema de los tratados con el Brasil, y declarando vigentes dichos tratados, debiendo continuar como ley común de los dos países.

Esta satisfacción al Brasil se imponía, porque aquel acto de la quema de los tratados, de cualquier manera que se mire, no es otra cosa que una manifestación de insensatez en que caen los partidos y los gobiernos cuando tocan á su fin.

En seguida de estas cuestiones preliminares, el Gobierno Provisorio entró en un período de actividad extraordinaria.

El país tenía sed de paz y orden. Se dieron decretos sobre hacienda pública, sobre organización de los Tribunales, sobre propiedad raíz, sobre establecimientos de crédito, sobre telégrafos, sobre comercio y navegación, y finalmente sobre la Universidad, en la organización de los estudios teóricos y prácticos.

Todas las cuestiones más importantes de progreso moral y material fueron tratadas y reglamentadas por el Gobierno Provisorio en menos de tres meses.

La capital se embelleció con calles empedradas, caminos y construcciones nuevas que dieron valor á la propiedad urbana y suburbana.

Fué aquel movimiento febril de progreso una verdadera restauración. Los ricos ofrecían sus capitales para formación de Bancos; el comercio hacía pedidos á Europa como nunca los había hecho de igual importancia; las rentas crecían y la prosperidad se manifestaba en medio de un espíritu de libertad práctica que podía notarse en todas partes.

En los departamentos sucedía lo mismo. Los pueblos

despertaban del marasmo en que los había sumido la guerra.

Las Comisiones Extraordinarias nombradas por el Gobierno Provisorio se afanaban por borrar las huellas de aquella lucha cruenta de dos años.

Los Jefes Políticos ponían su actividad y su patriotismo al servicio del progreso y de la libertad.

Las víctimas de Quinteros en 1858,—hecho sangriento que deshonró al país,—no fueron olvidadas.

Un decreto del Gobierno los declaró Mártires de la Patria, disponiendo que á costa del Estado se levantase en el cementerio público un monumento que perpetuase la memoria de aquellos ilustres guerreros y la execración del crimen.

V

Á la pacificación de la República Oriental se sucedió el Tratado de alianza ofensiva y defensiva de fecha 1.º de Mayo de 1865, entre el Brasil, la República Argentina y la República Oriental, contra el tirano del Paraguay, que de hecho había declarado la guerra al Brasil y á la Argentina, invadiendo Matto-Grosso, territorio brasilero, posesionándose de Corrientes, territorio argentino, y tomando algunos vapores de una y otra nación.

La República Oriental contribuyó con 4,000 hombres, de infantería, caballería y artillería, á cuyo frente se puso el invicto General Flores, que por sí solo valía un ejército, como decía el Emperador del Brasil.

En el mes de Junio, el General Flores se ausentó de Montevideo para Concordia (provincia de Entre-Ríos), donde se reunían los ejércitos de la alianza, dejando el Gobierno á cargo del doctor don Francisco Antonino Vidal, en el carácter de Gobernador delegado.

El doctor Vidal desempeñó el puesto con patriotismo y

discreción, conciliando todos los intereses y haciendo todo el bien posible, sin distinción alguna, ya se tratase de blancos ó colorados, nacionales ó extranjeros: era un hombre de bien y de ciencia, en la verdadera acepción de estas palabras.

El Brasil reunió un ejército formidable y una fuerte escuadra. La Argentina, en la medida de sus fuerzas, concurrió con un ejército superior al oriental por su número, é inferior al del Brasil por su número también.

La carga principal la llevó el Brasil, que perdió cien mil hombres y gastó doscientos millones de pesos en aquella lucha homérica que duró cuatro años.

El ejército oriental hizo notable figura: se encontró siempre á la vanguardia en todas las batallas, y sus restos gloriosos volvieron en 1869, representados por un grupo de valientes veteranos alrededor de sus banderas, de las que no quedaba sino el sol bordado en oro, pues lo demás había sido destruído por el fuego enemigo.

Durante este tiempo, el ilustre Flores, al que habían respetado los cañones enemigos en las sangrientas batallas que había librado, mandando orientales, argentinos y brasileros, fué asesinado por sus enemigos políticos en las calles de Montevideo, el 19 de Febrero de 1868.

Murió Flores después de haber terminado su Gobierno Provisorio y cuando la República había entrado ya, por el patriotismo del héroe, en el orden constitucional, y después de haberle dado paz y progreso.

El General don Lorenzo Batlle fué electo Presidente constitucional el 1.º de Marzo de 1869.

Su Gobierno fué laborioso y combatido por amigos y adversarios; pero á la manera de un esquife asaltado en alta mar por las tempestades, sostúvose firme y terminó su Presidencia en la alborada de la paz, en 1872!

ANÍBAL

SUS CAMPAÑAS AL TRAVÉS DE LOS ALPES

«Fué el duelo de un gran hombre
con un gran pueblo.»

En la historia de los grandes sucesos militares destinados á ser el ejemplo de las épocas que se suceden, surgen tres personalidades notables que han absorbido la atención de todos.

Aníbal, atravesando los Alpes con un ejército numeroso, desplomándose como avalancha sobre los pueblos de la antigua Roma; César, llevando sus legiones hasta los últimos límites de la Galia al Norte, y por último, Napoleón, demarcando con su espada ciclópea los límites de un imperio que amenazaba ocupar la mitad del mundo.

Inmortalizados los tres por su gloria inmensa, conquistada por sus méritos de soldados, se han originado serias controversias para deducir en cuál de las tres personalidades se destacó con perfiles más enérgicos el genio de gran capitán. No es nuestra mente entrar en ello: sólo nos dedicaremos á narrar en este modesto trabajo las campañas más notables del héroe cartaginés.

I

Con la destrucción de Sagunto en el año 219, antes de la era cristiana, comienza, puede decirse, la carrera militar de Aníbal. Se estrena con la toma de esta ciudad, posesionándose después de ocho meses de una defensa desesperada, en que los defensores queman la ciudad para que el vencedor no posea más que escombros. Después de la toma de Sagunto, Aníbal resolvió marchar directamente sobre Roma; mas, para esto, tenía que atravesar los Pirineos, la Galia y los Alpes. Los romanos, después de la toma de Sagunto, pusieron en juego la intriga, el oro y las amenazas, para extraviar, seducir ó conmover la firmeza del Senado de Cartago, á fin de que éste retirase el mando al general cartaginés; pero el Senado, que si bien estaba dividido, como lo probó la disensión habida, no habría podido cometer semejante cobardía con facilidad, pues Aníbal tenía la sangre de los grandes guerreros que no reconocen vallas en sus empresas, había jurado á su padre que su corazón destilaría siempre odio y guerra contra los romanos, y esta clase de juramentos, que la tradición hacía sagrados é inviolables, tenían que cumplirse;—para disuadirlo de su marcha sobre la Italia, hubiera sido necesario arrancarle la vida.

Al volver á sus cuarteles en Cartagena, el ejército de Aníbal se componía de 90,000 infantes y 12,000 jinetes, que debían atravesar altas montañas, ríos caudalosos y territorios inmensos, dando batallas y combates sin número, viviendo siempre sobre el campo enemigo, siempre pronto para la lucha, y con el propósito firme de acampar á las puertas de Roma.

El ejército de Aníbal debía empezar por el pasaje de los Pirineos, seguir por la Galia hasta el Ródano, pasarlo á viva fuerza, trasponer los Alpes y lanzarse sobre la Italia por el valle de *Chisone*.

Se ha asegurado que Aníbal, antes de iniciar su campaña, había enviado á Italia agentes secretos encargados de estudiar la situación de los romanos, los lugares más apropiados para el ejército invasor, y, disponiendo de fondos considerables, preparar relaciones favorables al plan cartaginés.

Aunque esto no ha sido probado, se comprende y se explica que así haya sucedido, pues sería un absurdo el suponer que Aníbal se lanzara á una expedición de aquella importancia sin trabajos previos que, cuando menos, allanasen algunos obstáculos de los muchos que encontraría á su paso.

Lo que puede afirmarse es que Aníbal esperaba de la enemistad evidente de parte de la Galia hacia los romanos, que los pobladores de aquélla no le fueran hostiles, creyendo encontrar en ellos espléndidos auxiliares para la pronta realización de su vasto proyecto.

Contaba también con que, una vez que franquease los Alpes, los partidos de oposición entre los romanos mismos, fuesen los más eficaces amigos de la invasión cartaginesa, y le sirviesen de vanguardia al frente de su ejército.

Los romanos, por su parte, al darse cuenta de los aprestos de Aníbal, enviaron diputaciones, según refiere Tito Livio, á los galos del mediodía, para prevenirles en contra del vencedor de Sagunto, á fin de que se le pusiera toda clase de dificultades materiales, aun por medio de las armas, si fuese necesario, hostilizando de esa manera la marcha del cartaginés.

Reuniéronse los guerreros galos para oir y tomar en cuenta las pretensiones de los romanos, y luego que éstos hubieron terminado, con aquella seriedad ceremoniosa que les era peculiar; después de exagerar con entusiasmo el poder del pueblo romano, contestaron los galos con risas insultantes á la gestión de aquéllos, y hubiera sin duda concluído de manera poco diplomática la sesión, si los ancianos no se hubieran encargado de moderar demostraciones tan poco corteses y explicar hasta donde

era posible la risa gala, que resonaba desagradablemente en los oídos de los agentes romanos.

De todos modos, la reunión se disolvió con el convencimiento de que, detener á Aníbal una vez que hubiera atravesado los Pirineos, era asunto poco menos que imposible, por dos razones: primero, porque contaba con la simpatía, que importaba casi una alianza de los galos, y segundo, porque el ejército que acaudillaba era numeroso y valiente.

Así, pues, los agentes romanos partieron llevando la noticia de que no había que contar con el pueblo galo para detener á Aníbal.

Marsella era la única región que podía ofrecer resistencia seria á la marcha del enemigo de Roma, pues los romanos no habían de dejar de utilizar los rencores de los marselleses, marinos como los cartagineses, que más de una vez resolvieron sus querellas en medio de las agitadas olas del Mediterráneo.

Los galos recordaban orgullosos como una gloria propia, el sitio y toma de Roma; así es que la Galia miraba como una ofensa el dominio de los romanos en la Cisalpina y la fundación de las colonias de Cremona, de Plasencia y de Verona, de modo que Aníbal tenía en la Galia un auxiliar secreto, pero eficaz.

Preocupaba seriamente á Aníbal la manutención de un ejército tan numeroso en territorio tan extenso como el que debería recorrer, así es que antes de salir de España dejó varias divisiones á sus lugartenientes, reforzó la flota que debía vigilar las costas de España y licenció los soldados de edad más avanzada; de modo que al pasar los Pirineos se encontró con 50,000 hombres de infantería, 9,000 jinetes y una división de elefantes, siendo el todo la flor del ejército vencedor en Sagunto.

II

Muy oscuras son las noticias llegadas á nuestros días, sobre los puntos ó desfiladeros en que ejecutó su pasaje el ejército cartaginés de España á la Galia, franqueando los Pirineos. Si escuchamos la tradición trasmitida por los moradores de aquellos montes, tendríamos que Aníbal ha pasado por todos los puntos, porque todos pretenden que sus antepasados vieron desfilar á los cartagineses.

No se ha podido comprobar aún, que nosotros sepamos, el lugar exacto del pasaje. Se supone que Aníbal inició su marcha lo más próxima al mar, con el objeto de apoyarse en la flota que vigilaba las costas de España, y que llevaba gran número de bastimentos y municiones de boca.

Se preguntará por qué, si los cartagineses, pueblo marino por excelencia, dado su espíritu comercial y aventurero, y que contaba con flotas numerosas; por qué, decimos, no llevó su expedición sobre Roma por mar?—Seguramente aun estaban frescos en la mente de los cartagineses los recuerdos de aquel Cónsul que sobre las primeras naves de guerra romanas, venció á los entonces dominadores soberanos de los mares; el fantasma soberbio de Duilio se alzaba sobre las olas del Mediterráneo y guardaba las costas de la Patria.

Volviendo al pasaje de Aníbal por los Pirineos, diremos que lo que se sabe á ese respecto con certeza es que el primer campamento de los cartagineses en territorio galo se señala en una antigua villa, nombrada D'Elna, próxima á los desfiladeros ó desemboques llamados *Massane* y *Banyuls*.

La Galia Meridional era la que tenía necesariamente que atravesar Aníbal, ¿y cómo hacerlo sin herir la susceptibilidad del pueblo?

Es en esta ocasión que se manifiestan las grandes do-

tes del capitán cartaginés, mostrándose soldado enérgico, á la vez que negociador hábil; habla á las mujeres de la Galia con sentimiento, diciéndoles que los verdaderos enemigos de sus esposos y de sus hijos son los romanos, y que sus leales amigos son los cartagineses; que éstos tienen algunas quejas de los galos, pero desde el momento en que pisa su territorio somete todas las cuestiones pendientes á un tribunal compuesto de mujeres galas, sometiéndose desde luego á su deliberación. Con este motivo formóse una convención entre los principales jefes de la Galia Meridional, es decir, de la zona que abraza las faldas de los Pirineos Orientales y el Ródano, dominada por guerreros valientes, procedentes de un pueblo numeroso, venido hacía dos siglos del Norte y asentado al pie de las montañas.

Á pesar de la habilidad de Aníbal, todo hace creer que los inconvenientes que tuvo que vencer fueron grandes. La desconfianza de los galos iba en aumento á medida que avanzaba aquél en su marcha. Toda la negociación de Aníbal fué inútil al llegar al Ródano: allí empezó á sentir una resistencia seria que amenazaba impedirle el pasaje, y la lucha era inminente.

Varias son las causas que la tradición indica como efectivas de la hostilidad que al llegar al Ródano se manifestó entre los galos. Una fué la desconfianza creciente de este pueblo, despertada y animada por los marselleses; la otra, las riquezas que en armas bruñidas y brillantes, en caballos hermosos y elefantes domesticados, llevaba el ejército cartaginés. Tal vez creyeron los habitantes de la Galia Meridional que hostilizando á Aníbal é introduciendo el desorden en sus filas, se produciría la deserción y con ella la posibilidad de adquirir todas aquellas riquezas, que para ese pueblo ignorante, semi salvaje y pobre, constituían la más sincera admiración.

Llegó Aníbal á la margen derecha del Ródano, advirtiendo en el instante que en la margen izquierda del mismo río se encontraban reunidos los principales jefes de la zona que concluía de atravesar, en actitud hostil y guerrera.

¿Por dónde pasó Aníbal el Ródano y en qué forma, para desviar á los guerreros galos que pretendían detenerlo?

Los historiadores que han escrito sobre aquella campaña, admiración de los siglos, no se han puesto de acuerdo aún para fijar el punto mismo donde Aníbal hizo pasar sus legiones: se supone con probabilidad de acierto, que el pasaje debió efectuarse por *Ardoise*, cerca de *Roquemaure*, ó mejor dicho, entre *Durance* y *Ardèche*.

Aníbal, en su alta previsión y prudencia, no debió pasar el Ródano violentamente: debió negociar haciendo ofrecimientos á los guerreros galos, y efectivos tal vez desde luego, con oro, armas y caballos que poseía en cantidad; porque no es presumible que teniendo que buscar con detención el lugar aparente para internarse en las montañas, se expusiera á dejar enemigos á sus espaldas, que le dificultasen la marcha, y en caso de un desastre, concluyesen con su ejército en la retirada.

Sin embargo, estudios serios afirman que se efectuó forzando el paso con las armas.

Dispuso Aníbal que el guerrero Hannón con un cuerpo de auxiliares españoles, resueltos y valientes soldados, atravesaran sobre troncos de árboles y á nado, en una noche oscura, algunos kilómetros más abajo de donde se encontraba el grueso del ejército acampado, y frente á unas islas que neutralizaban el ancho del río. En aquellas islas, Hannón hizo que descansaran sus soldados 24 horas, pasando á la orilla izquierda en el mismo orden.

La operación se realizó con la mayor fortuna y prudencia, de modo que con un movimiento de avance, vendría Hannón á encontrarse á retaguardia de los galos.

Un ligero humo que surgía del bosque en que se encontraba Hannón, anunció á Aníbal que podía forzar el pasaje, pues las tropas de aquél acometerían á los galos por la espalda, tan luego como Aníbal los combatiera de frente.

Aníbal se había provisto de gran número de pequeñas embarcaciones, requisándolas ó construyéndolas de troncos de árboles á manera de piraguas. La caballería

de los cartagineses lanzóse al río; iban venciendo las dificultades del pasaje, y los galos los esperaban ya en la orilla izquierda del río, blandiendo sus armas con gran vocerío y gritos de guerra, cuando las llamas, iluminando el campo á retaguardia de los galos, les hace comprender que las cabañas de su campamento, donde se encuentran las mujeres y los niños, han sido incendiadas, creciendo el tumulto con la oscuridad de la noche: era Hannón que en el momento preciso en que Aníbal comprometía sus legiones en el paso del río, atacaba vigorosamente la retaguardia de los galos, introduciendo la confusión y el espanto en sus filas.

Así mismo, el ejército de Aníbal tuvo que luchar al pisar la orilla izquierda; pero en condiciones ventajosas, ó cuando menos iguales, que le permitían esperar la victoria.

Los galos, sorprendidos por la división de Hannón emboscada á su retaguardia, cedieron á aquel empuje combinado, dispersándose.

Todo parecía concurrir en favor del general cartaginés; la fortuna se había declarado su aliada, y por consecuencia, el éxito debía coronar su empresa, hasta que, fatigada á su vez esa diosa inconstante, le volviese la espalda ó se pasara á otras banderas.

III

Los romanos, previsores y activos, al darse cuenta de la importancia de los triunfos de Aníbal en España y de su marcha victoriosa en Cataluña, resolvieron enviar un ejército con el Cónsul Publius Cornelius, compuesto de más de 30.000 hombres, y una escuadra de más de 60 naves de guerra, para detener á aquél en caso de que la escuadra cartaginesa secundara la marcha de Aníbal, dando lugar á nuevos aprestos y envíos de tropas, para vencer completamente á los cartagineses.

Las instrucciones que llevaba el Cónsul le prescribían detenerse en Marsella, tanto para la provisión de víveres, cuanto para tomar noticias más ciertas de la marcha del ejército invasor.

Se informó, pues, á su llegada á Marsella, de que Aníbal ya no se encontraba en España, y sí en la Galia, detenido en la margen derecha del Ródano por los guerreros galos que se oponían á su pasaje.

Después de consultar con sus generales, resolvió el Cónsul desembarcar su ejército en la embocadura oriental del Ródano y marchar sobre Aníbal, que tomado así, se encontraría en una situación aflictiva y su derrota sería casi segura.

Marchó el Cónsul Publius Cornelius con resolución, pero al mismo tiempo con mucha prudencia, pues temía chocar con los cartagineses, y su plan era unirse á los galos, y con fuerzas dobles concluir en una sola batalla con Aníbal. El plan no era malo, pero era necesario contar con la fortuna, que por esta vez se encontraba en las filas del ejército de Aníbal.

Marchaba el Cónsul por la orilla izquierda del Ródano cubriéndose con este río, cuando acertó á chocar con los escuadrones de jinetes númidas que Aníbal había desplegado á su vanguardia para explorar al frente del ejército después de haber pasado el Ródano y derrotado á los galos. También eran exploradores los escuadrones romanos, de modo que aquellas fuerzas se vinieron á las manos luchando con furor, llevando la peor parte los númidas, que retrocedieron velozmente, yendo á llevar á Aníbal la noticia de la proximidad de los romanos.

Éste ya estaba pronto, después de haber pasado con todo su ejército el Ródano, — operación penosa y tremenda, llena de dificultades, si se tiene en cuenta lo numeroso del ejército invasor y la cantidad de materiales que llevaba consigo.

Al saber Aníbal la proximidad del enemigo, activa sus movimientos y apresura su marcha en dirección contraria á la de aquél, internándose en desfiladeros y terrenos poco

conocidos, costeando las riberas de ríos de difícil paso, con los cuales se cubría, y donde si Publius Cornelius hubiera intentado seguirle, habría obtenido por resultado un desastre seguro.

Continuaba su marcha tranquilamente, subiendo por la orilla izquierda del Ródano hasta un territorio que se llamaba, según Tito Livio, la Isla de Galia, haciendo alto allí Aníbal para recuperar las fuerzas perdidas en la marcha, avituallarse y estar en aptitud de continuar, llegado el momento, su marcha por los Alpes. En aquella región encuentra Aníbal un auxiliar eficaz, un jefe galo que le ofrece su concurso, conocimientos y experiencia para su marcha.

Allí encontró Aníbal lo que Hernán Cortés en Méjico: tribus enemigas unas de otras, caudillos que se disputaban el mando y la supremacía, y de inmediato le fué fácil al general cartaginés erigirse en árbitro de aquéllos, inclinándose en favor de los que más garantías le ofrecieran como auxiliares. De este modo, conquistando amistades y haciendo alianzas, pudo proveerse de todo aquello que esos pueblos amigos podían ofrecerle, reparando su material, que marchas largas y forzadas, el pasaje de los ríos y los combates habían hasta cierto punto deteriorado ó inutilizado.

Se ha supuesto por algunos historiadores y escritores, que la alianza y el apoyo que encontraba Aníbal en aquella parte de la Galia, era asunto previsto y arreglado por Aníbal, y que aun los elementos para reparar sus armas y materiales, estaban de antemano ordenados, habiendo enviado fondos y emisarios con ese objeto.

Si no es imposible, al menos no es probable que no haya sucedido así, como lo hemos hecho notar al principio de este ligero estudio. Sin embargo, los inconvenientes con que debieron luchar los agentes cartagineses en ese caso serían numerosísimos, pues para hacer llegar elementos materiales á regiones casi desconocidas y á distancias inmensas pobladas con tribus guerreras que hacían suyo cuanto pasara por su territorio, era cuestión dificilísima; pero

el mayor aliado que encontró Aníbal en su marcha fué la hostilidad de las tribus entre sí, de cuya situación supo sacar un partido que honra su habilidad.

Llega ya el momento de las grandes operaciones: «el pasaje de los Alpes».—¿Por dónde fué ejecutado? ¿cuál fué el lugar preciso que eligió Aníbal para comprometerse en aquellas montañas, ventisqueros y quebraduras, que aun después de 19 siglos, se miran con respeto y pavor?

IV

Conservaba Aníbal, al pie de los Alpes, un ejército compuesto alrededor de 40.000 hombres, incluso la caballería con que pasó los Pirineos, y además una división de elefantes.

¿Fué el San Gotardo, ó el Simplón, ó el Gran San Bernardo los que tuvieron la gloria de ver pasar las huestes cartaginesas? ¿Ó fueron el Monte Cenis ó el pequeño San Bernardo los que tuvieron ese honor?

Nadie lo sabe. En la cumbre de aquellas montañas cubiertas de nieve, permanece aún enterrado tan valioso secreto; en vano la ciencia ha venido en auxilio de la historia: nada se ha conseguido. Para llenar semejante vacío en la historia militar de los siglos, ha sido necesario que Napoleón el Grande, más de 19 siglos después que Aníbal, parodiara á aquél y demostrara de una manera incontestable, pasando á su vez los Alpes, cómo se lleva á cabo tan grande empresa.

Sin embargo, estudios modernos hacen suponer, sin que nada se sepa aún de cierto, por la marcha que llevaba el general africano hasta llegar á los Alpes, que partiendo Aníbal de la confluencia de los ríos Isere y Ródano, país de los *Allobroges* ó *Isla de Galia*, remonta el curso del Isere, y por Grenoble, valle del Drac, se compromete en los desfiladeros del monte Genoveva, y baja sobre Turín por la llanura ó valle del Chisone.

El historiador Polibio cuenta el número de días empleados por Aníbal en su marcha después del pasaje del Ródano, hasta encontrarse en Italia, en la forma siguiente: cuatro días para recorrer la distancia entre el Ródano, su pasaje y la Isla de Galia, donde encontró medios de descanso y reorganización; diez días para ganar la entrada propiamente dicha de los montes Alpinos, marchando por un terreno escabrosísimo y de difícil acceso; y finalmente, quince días para franquear los desfiladeros y cadena montañosa de los Alpes: en todo, veinte y nueve días ó sea un mes.

Las dificultades del ejército cartaginés fueron grandes hasta entrar completamente en la montaña, pues diversas tribus se agrupaban en actitud hostil á su paso; pero sus amigos conquistados en la Isla de Galia le servían de guías, de vanguardia y de intermediarios: eran fuertes y valerosos los allobroges, y su número respetable.

¿Cuál hubiera sido la suerte del ejército cartaginés sin esos auxiliares? ¿Cómo franquear un territorio tan escabroso rodeado de tribus bárbaras y hostiles? — Seguramente, sin aquel apoyo y auxilio, la campaña del general africano hubiera concluído entre el Ródano y el Isere, pero las grandes facultades de Aníbal utilizaban los menores incidentes susceptibles de inclinarse á su favor.

Prudente y sagaz, pactaba cuando era necesario, reservando la espada y la fuerza para los casos indispensables. De esta manera llegó hasta el estrecho desfiladero de *Piol*, ocupado por los montañeses en actitud guerrera, impidiendo el pasaje resueltamente.

Ya no era cuestión de negociar: había que combatir para abrirse paso, y Aníbal tomó sus disposiciones con la rapidez y energía de siempre. Simuló un ataque al aproximarse la noche, y fingió que se retiraba vencido. Los montañeses creyeron de buena fe que habían rechazado á los cartagineses, y se retiraron á su vez á un lugar inmediato á celebrar su victoria, y Aníbal, que esperaba este momento, observando los movimientos del enemigo, cayó sobre el desfiladero, lo tomó, y esa misma noche hizo desfilar el ejército.

En vano con la luz primera del día vuelven los montañeses en gran número, atacando con furor los flancos y retaguardia de la columna, pues los cartagineses hacen frente y el orden se restablece con pérdidas de algunas cargas que ruedan por los abismos; siguiendo la columna su marcha después de haber ahuyentado aquellos enemigos.

Encuentra á su paso á Chorges (Katonragen), ciudad antigua de construcción romana; se posesiona con su ejército de ella, proveyéndose de los recursos que le eran indispensables.

Estos triunfos y la actitud enérgica imponen el respeto á su alrededor y concurren á su campo muchos jefes de la montaña con presentes y ofrecimientos, los que acepta Aníbal, manteniendo así mismo su desconfianza y conservándose alerta y prevenido. Adopta un orden de marcha de precaución suma, envía adelante su caballería y los elefantes, y cubre él personalmente la retaguardia de sus huestes con la infantería.

Había vencido ya muchas y grandes dificultades, pero le restaba lo principal. Ya hemos dicho que el plan de Aníbal era descender al valle del Chisone por el collado del Monte Genoveva, y siguiendo esa dirección debía encontrarse con montañas y gargantas al parecer insalvables; pero Aníbal no podía retroceder: se había comprometido resueltamente en territorio enemigo, y un paso atrás bastaría para tener en su contra á los mismos que se habían declarado sus amigos.

Su base de operaciones estaba á una distancia que no podía pensar en volver á tomar: no tenía otra cosa que hacer sino seguir adelante, llegar á Italia, la tierra de promisión para sus soldados, y aunque en campo enemigo, tenía probabilidades de vencer: sueño perenne de todamente cartaginesa.

Una garganta tenebrosa, la *Fertuis Rostang*, debía pasar el ejército indispensablemente, y allí se habían dado cita los bárbaros de la montaña para detener á la expedición. Continuaba subiendo el ejército aquellas cortaduras, flan-

queadas por precipicios y torrentes subterráneos, que conmovían el espíritu valiente de Aníbal.

La calma parecía precursora de una tempestad próxima; de pronto la marcha de la inmensa columna se ve detenida: de las altas cumbres de las montañas se desprenden peñascos formidables que, rebotando de pico en pico, caen sobre los hombres, caballos y elefantes, destruyéndolo todo á su paso y arrastrando consigo á perderse en el torrente lo que encuentran en su marcha devastadora.

El ejército cartaginés es atacado en todas direcciones: no puede avanzar ni retroceder; los enemigos son dueños de la montaña y hacen esfuerzos sobrehumanos para destruir las falanges africanas; pero allí está Aníbal sereno y activo, imponiendo y alentando á todos con su presencia.

Se traslada á una roca más alta que las otras: todo el ejército lo ve; los enemigos lo amenazan, pero no llegan hasta él; da sus órdenes, restablece el combate en el centro, fija el avance á la cabeza y la columna sigue su marcha combatiendo. Aníbal queda el último y cubre la retaguardia con sus tropas de preferencia.

Las pérdidas sufridas fueron sensibles; muchos hombres desaparecieron arrastrados por las rocas desprendidas de la montaña, y gran número de animales perecieron del mismo modo, cayendo con sus cargas al fondo de los precipicios.

Con obstáculos al parecer insuperables, continúa subiendo el ejército cartaginés, y cuando se encuentra á 2,000 metros de altura, Aníbal habla á sus soldados en términos llenos de confianza y de energía, diciéndoles: —«En breve terminarán nuestros sufrimientos; los Alpes son el Acrópolis, la defensa de Italia; estáis en vísperas de haberlos franqueado: mirad delante de vosotros, dirigid vuestra vista á las llanuras que baña el Po, ved en esa dirección á Roma, que nosotros tomaremos al precio de una ó dos batallas; á vuestros pies se encuentran los galos cisalpinos, vuestros aliados naturales en esta expedición, y que están ansiosos por reunirse á vosotros para vengar las injurias recibidas de los romanos.»

De este modo el gran Capitán cartaginés retemplaba el espíritu de sus soldados, fatigados y casi al límite de sus fuerzas físicas; pues si bien se encontraban al término de la jornada en la ascensión de los Alpes, les faltaba aún la laboriosa tarea de descender, tan peligrosa ó más que la subida.

Cuéntase que Aníbal se vió detenido muchas veces por precipicios insondables, imposibles de franquear, teniendo entonces que abrir caminos en la ladera de la montaña, por los que los hombres uno á uno trepaban penosamente, haciendo lo mismo los caballos y elefantes, que con frecuencia se desplomaban, yendo á caer en los torrentes.

Un guía, Magil, jefe de una pequeña tribu, en la Galia Cisalpina, con resentimientos que satisfacer de los romanos, sirvió á Aníbal de manera eficaz en el pasaje de los Alpes. Decidido amigo de los cartagineses, no omitió sacrificio alguno para que la empresa tuviera buen éxito; fué guiando á la columna paso á paso y con éxito, y en el descenso la hizo pasar por la zona que ocupaban sus amigos y compatriotas, de modo que el ejército obtuviera de ellos los auxilios necesarios.

El ejército al fin descendió al valle de *Chisone*, en situación muy alarmante, por el estado de los hombres, que ya no podían sostenerse en pie, ateridos de frío y de hambre, con los pies y las manos sangrando, la vista inflamada y el desaliento en el alma.

V

Contaba el ejército, al pasar el Ródano, alrededor de 56.000 hombres; al bajar á las llanuras de Italia estaba reducido á 26.000, inclusos 6.000 de caballería.

Felizmente, ignorando los romanos el punto por donde Aníbal debía pasar la montaña, y aun si se resolvería á pasarla, le dejaron el tiempo material bastante para reponer su ejército moral y físicamente, y renovar muchos

elementos que había destruído ó perdido en aquella campaña horrorosa.

El sueño de Aníbal, de invadir á Italia con un ejército, era ya una realidad, aunque en condiciones deficientes; pues sus pérdidas por la deserción, las enfermedades y los muertos en la montaña eran crueles; contaba con recursos, es decir, contaba con reforzar sus líneas con los galos cisalpinos, que ardían en deseos de cooperar á la destrucción de los romanos, y de ahí su aliento y seguridad; sus facultades de hombre político entraron en acción á fin de conquistar aquellas tribus en una alianza resuelta y de efectos inmediatos. Esperaba también la alianza natural de algunos pueblos italianos quejosos de la supremacía de Roma.

En resumen, Aníbal se encontraba al fin en las orillas del Po; sus jinetes, restablecidos después de algunos días de descanso, sobre sus buenos caballos, galopaban por destacamentos en aquellas fértiles llanuras, reconociendo el terreno, el paso de los ríos y poniéndose en contacto con los habitantes de aquellas comarcas, los que se admiraban de aquella invasión que, para llegar hasta ellos, había tenido que franquear montañas que siempre se habían considerado inaccesibles é insalvables. Los galos cisalpinos, aliados desde el primer momento con los cartagineses, ilustraban á los italianos sobre la procedencia de aquellos hombres que desde lejanos países venían solamente en busca de los romanos para destruirlos, librando de esa manera á los demás pueblos italianos de la supremacía romana.

El Cónsul Publius Cornelius, que, como ya dijimos en páginas anteriores, fué á Marsella con un ejército, desembarcando apresuradamente en la embocadura del Ródano para oponerse al pasaje y marcha de Aníbal, lo que no pudo obtener, regresó apresuradamente á Italia por Génova para batir á los cartagineses en su marcha sobre Roma. Reforzado por el ejército del Pretor Manlio, siguió resueltamente en busca de Aníbal; le alcanzó cerca del Tesino, donde el general cartaginés lo fatigó con hábiles

maniobras, concluyendo por presentarle batalla, en la que quedó derrotado el ejército romano y herido su general el Cónsul Publius Cornelius.

No fué, sin embargo, decisiva la victoria de Aníbal, porque reunidos los restos del vencido á las tropas que mandaba su colega el Cónsul Sempronio, atacaron valientemente á los cartagineses, siendo derrotados nuevamente por éstos. Esta batalla, que tuvo lugar sobre las riberas del Trebia, produjo gran alarma en Roma, haciendo que se desplegara gran actividad, reuniendo y organizando varios ejércitos, con los que creyó obtener pronto la victoria.

Aníbal, preocupado con los ejércitos que le cercaban, no pensaba marchar resueltamente sobre Roma mientras existiese un ejército enemigo en campaña que no hubiese destruído. El duelo entre el gran hombre y el gran pueblo, cada vez tomaba un carácter más grave.

Después de las primeras victorias de Aníbal sobre Publius Cornelius y Sempronio, marcha en busca de Flaminius; atraviesa con ese objeto el Apenino, venciendo toda clase de obstáculos, enfermo, falto de salud: su carácter superior lo sostiene; pierde un ojo en los pantanos de Clusium, sufriendo horrorosamente, pero marcha adelante; ha visto destruirse los caballos y ha perdido en la marcha el último elefante.—«No importa,—dice;—en Italia hay buenos caballos y excelentes ganados: lo que nos interesa es vencer á nuestros enemigos.» En este estado encuentra á Flaminius á orillas del lago Trasimeno, y lo derrota, quedando muerto sobre el campo el general romano. El desastre de los romanos fué completo; los cartagineses hicieron en los vencidos gran destrozo: quince mil muertos y otros tantos prisioneros, mientras que el resto huía en completo desorden. Todos los elementos del ejército romano en armas, caballos, etc., cayeron en poder del vencedor.

Queriendo Aníbal rendir honores á los restos del general romano, lo hace buscar entre los muertos; pero es en vano: no se le encuentra.

Roma estaba consternada por sus derrotas sucesivas; el pueblo había sido engañado hasta entonces: se le había hecho comprender que las batallas del *Tesino* y del *Trebia* habían sido simples encuentros sin resultado, combates en que había quedado indecisa la victoria; pero la derrota de Flaminius y la destrucción de su ejército era asunto demasiado serio y alarmante para ocultarlo más. El Pretor Pomponius, conociendo la gravedad de la situación, convocó la asamblea y llanamente le dijo: — « Romanos, hemos sido vencidos por los cartagineses en « un gran combate; el ejército ha sido hecho pedazos; « el Cónsul Flaminius ha perecido. Deliberad sobre lo « que exige la salud de Roma y nuestra propia seguridad.»

La fatal nueva llena de confusión á todos, y recién se comprende que es bien posible que el cartaginés se encuentre pronto vencedor á las puertas de Roma; se piensa en la salvación, y entonces se designa un hombre: *Fabius Máximus;* él sólo, por la grandeza de su alma y la virilidad de su carácter, puede salvar á Roma; pero es necesario investirlo de autoridad bastante para que la obediencia sea ciega y el mando no sea discutido. Se le erige en Dictador.

VI

Fabio Máximo comprende la responsabilidad inmensa que sobre él pesa, y ejerce con resolución la dictadura desde el momento en que fué nombrado. — Empieza por desplegar en la forma de mando la majestad de su alta posición; siempre que se presenta en público, lo hace precedido de veinticuatro lictores, no permitiendo que otro Cónsul lo haga con aparatos de dignidad alguna, pues considera absoluta y única la que él ejerce de Dictador.

Hace sacrificios á los dioses implorando su protección, después de los cuales Fabio se dirige al ejército y le anuncia que es necesario no ser imprudente; que para vencer

á Aníbal es preciso no apresurarse; que el ejército cartaginés está compuesto de veteranos acostumbrados á vencer; que sólo una larga campaña, el agotamiento de recursos y de fuerzas podrá vencerlo; que solicita del pueblo romano y del ejército que tengan confianza en sus planes, que ya llegará el momento de vencer á Aníbal con seguridad.

Desde luego empezó Fabio á ejecutar su plan; temiendo mucho á la caballería cartaginesa, compuesta de los mejores jinetes conocidos hasta entonces, acampa el ejército romano siempre de noche en campos escabrosos, de modo de ponerse á cubierto de los ataques nocturnos de las tropas de Aníbal.

Cuando éste, á la luz del día, emprende algún movimiento de marcha ó de retirada, el general romano lo sigue, lo hostiliza aprovechando los pasos difíciles de un río ó de un monte; cuando el general cartaginés da media vuelta y hace frente para combatir, Fabio se retira y excusa todo encuentro, pero sin perder de vista al enemigo, interceptando siempre los medios de subsistencia del invasor.

Este plan sabio era el único que podía ofrecer resultados, pero tenía un serio inconveniente, y era el del desprestigio que atraía sobre sí el Dictador. Lo creían cobarde, incapaz de presentarse en línea contra Aníbal; murmuraba el ejército; censuraba su proceder el pueblo, que exigía una victoria pronta; algunos jefes, con Minucio, el general de la caballería, á la cabeza, hablaban mal de su general en jefe, considerándolo inepto; así mismo Fabio insistía en su plan y tenía razón. En balde Aníbal, ansioso por dar una batalla decisiva, buscaba al ejército romano: no lo encontraba nunca; en vano fingía y simulaba marchas desordenadas para hacer caer á Fabio en la tentación: también era inútil, porque el romano seguía imperturbable su plan. Los dos ejércitos estaban ebrios de coraje por venirse á las manos, con la diferencia de que el general cartaginés agotaba todos los medios á su alcance para obligar y combatir á Fabio, y éste apuraba todo su ingenio y los medios de que disponía para no dar batalla á Aníbal.

Mientras tanto, el desprecio del ejército romano por su general, crecía á cada instante, á la vez que enaltecía á Minucio, que quería la batalla á todo trance.

Sostiénese firme, sin embargo, el Dictador, y desprecia á su vez á los que no comprendiendo sus altas miras y elevados cálculos, le llamaban por burla *el pedagogo* y se reían de su timidez aparente.

Pasaba el tiempo, y Aníbal desesperaba de no poder encontrar en línea á su enemigo. Ocurrió que deseando el general cartaginés marchar á las llanuras para fortificar los caballos de su ejército, dió órdenes en sentido de alejarse de Fabio por una marcha rápida; pero ya fuese que los guías procediesen de mala fe, ó ya que efectivamente se extraviasen, el caso es que llevaron á Aníbal á parajes escabrosos y peligrosísimos para un ejército que entrase en ellos, pues quedaba, por decirlo así, encerrado por los flancos, sin otra salida que el mar.

Tan luego como Aníbal fué entrañado en aquellas gargantas, Fabio, que no lo perdía de vista, se mueve rápidamente cerca del cartaginés desde las alturas, y ataca su retaguardia con vigor. Se siguió un combate reñido, en el que tuvo la peor parte Aníbal, pues perdió ochocientos hombres.

Dándose cuenta el general cartaginés de su difícil situación, comprendió que había sido vendido por sus guías, y los hizo crucificar, que era el suplicio de la época; y después de esfuerzos inmensos para romper el círculo que lo estrechaba, comprendió que por la fuerza era imposible.

Recurre entonces á una estratagema hábil, que fué coronada por el éxito. Hizo reunir 2,000 animales vacunos, y haciendo atar á los cuernos de éstos haces de paja, espera que llegue la noche; los hace conducir del lado del ejército romano, y, á una señal, préndese fuego á aquellos haces, que en forma de antorcha iluminan la montaña; martirizados los animales por el fuego que los quema, se lanzan velozmente hacia el lado donde acampa el ejército de Fabio.

El ejército romano, que no se daba cuenta de aquello, huye amedrentado, dejando desamparados los puntos prin-

cipales. Aníbal, que estaba pronto, formado en orden de marcha, ataca primero y toma las alturas principales, haciendo desfilar su ejército con seguridad. Dueño ya del campo, acentúa el movimiento de ofensiva ya tomado, lanzando sobre la retaguardia de Fabio un cuerpo de tropas ligeras, compuesto de españoles, que en breve alcanzan á los romanos, poniéndolos en rápida y desordenada retirada.

De este modo triunfa Aníbal de una situación desesperante; debido á su energía y á su habilidad salvó al ejército, batió al contrario y se hizo de todos los elementos que poseía el ejército romano.

Aquel hecho de armas causó grave impresión en el ánimo de Fabio y en el de su ejército, pues cuando se creía que pronto iba á concluir todo, destruyendo el ejército enemigo y apoderándose del general cartaginés, éste los derrota á pesar de su posición desventajosa, obteniendo los romanos, en lugar de una victoria casi segura, el más sensible de los desastres.

VII

La desesperación de los romanos en las ciudades y pueblos fué inmensa: no comprendían cómo podían tener lugar aquellas victorias, y acusaban al Dictador de falta de valor y capacidad.

Aníbal, comprendiendo que Fabio era el único romano capaz de detenerlo en su marcha triunfal, coopera al enojo público contra el Dictador haciendo que las tropas cartaginesas incendien y destruyan todas las propiedades inmediatas á las de Fabio, pero que respeten las de éste, obteniendo de esa manera el encono para el vencido, dando pábulo para que la calumnia y la injuria se cebasen en él.

Concluyó de irritar los ánimos el convenio celebrado entre Fabio y Aníbal, por el cual se acordó que los dos generales se entregasen recíprocamente los prisioneros he-

chos en la campaña, y que el que tuviera exceso recibiría por cada hombre que entregase al contrario una suma de 250 dracmas.

El Senado encontró que aquello era el colmo del sonrojo, y le reprochó á Fabio el haber suscrito aquel acuerdo que consideraba como una ofensa inferida á la dignidad de Roma, negando la suma que debía entregar al general cartaginés. Fabio devoró el desaire; mas, como no quería faltar á su palabra, ni abandonar los prisioneros en favor de Aníbal, mandó su hijo á Roma para que vendiera sus tierras hasta la suma necesaria y volviese para terminar aquel enojoso asunto.

El joven volvió en breve con el dinero necesario, el que envió el Dictador á Aníbal, retirando los prisioneros. Algunos de éstos, en situación de reembolsar á Fabio, pretendieron hacerlo así, pero éste no quiso aceptar ninguna devolución.

Con ánimo entero, aunque herido por el juicio injusto de sus conciudadanos, insiste nuevamente en su plan de no combatir á Aníbal y de gastar sus fuerzas en marchas y en movimientos estratégicos.

Por este tiempo fué llamado Fabio á Roma, dejando entretanto al frente del ejército al general de caballería Minucio, con orden expresa de no dar batalla alguna al cartaginés, explicándole todas las probabilidades de un desastre para los romanos si se despreciaban sus consejos.

En su ausencia, Minucio, rodeado de una camarilla presuntuosa que, llena de aturdimiento, le incitaba á caer sobre Aníbal y vencerlo, inició algunas escaramuzas de que salió bien, porque Aníbal, que buscaba una batalla decisiva, parecía querer animarlos con encuentros insignificantes favorables á los romanos.

Cuando llegaron á Roma estas noticias, el pueblo inconsciente atronaba el aire con víctores y aclamaciones de triunfo por las victorias imaginarias de Minucio.

En el Senado por algunos senadores, y en las plazas públicas por los desafectos al Dictador, se enaltecían los talentos de su sustituto en el ejército, y deprimían á

aquél. Fabio desprecia las ofensas que le son dirigidas, pero anuncia al Senado que vuelve inmediatamente al ejército para castigar á Minucio por falta de cumplimiento á sus órdenes, pues teme más por la salud de la patria con los pueriles triunfos de éste, que con las derrotas ya sufridas; manifiesta el temor de que Aníbal haga caer á Minucio en una de las tantas estratagemas que acostumbraba usar en la guerra, y concluir de un solo golpe con el ejército romano, única defensa de Roma en aquellos momentos. Se le impone, sin embargo, que comparta con Minucio el mando; es decir, que éste tenga igual autoridad que él en el ejército, dividiendo la responsabilidad y la gloria.

El Dictador cree necesario un sacrificio de su parte, é inmola su amor propio ante los intereses de la nación. En breve los hechos pondrían en evidencia que por su talento y su valor, la razón tenía que estar siempre de su parte, recobrando todo el ascendiente que le pertenecía por derecho, porque en aquella situación era el único romano capaz de cerrarle el camino victorioso á Aníbal.

VIII

Llega Fabio al campo donde se encontraba el ejército romano; Minucio lo recibe, si no con altivez, al menos con cierta preponderancia y aire de suficiencia, que no ofendió á Fabio, porque á los grandes únicamente ofende lo que procede del superior ó del igual.

El ejército romano se componía de cuatro legiones. Minucio pretendía mandar en un día de batalla alternativamente con Fabio; pero éste no accede á aquella pretensión y divide el ejército en dos cuerpos; reserva para sí la primera y cuarta legiones, y confía á Minucio la segunda y la tercera.

En posesión de estas fuerzas, Minucio se propone operar libremente, empezando por acampar separado y com-

batir él solo contra Aníbal. Éste seguía los movimientos de Minucio con atención, porque consideraba que un día ú otro caería en alguna necedad y sería destruído.

Aproximóse el ejército cartaginés al romano que mandaba Minucio; aparentó Aníbal irresolución y descuido en tomar las mejores posiciones; cayó en el lazo el general romano y comprometió la batalla con desventaja. Luego que Aníbal ve que las tropas romanas no pueden escapar de un desastre, ocurre en persona con sus reservas, encierra á Minucio en un círculo de hierro y destruye cuanto se encuentra á su paso. En breve, el general romano y sus capitanes no se baten ya por la victoria, sino por la vida; la derrota se pronuncia; la caballería númida persigue á los dispersos y galopa victoriosa por la llanura.

Á la distancia, en las alturas montañosas, se encontraba Fabio con sus legiones prontas, porque esperaba la derrota del presuntuoso Minucio.

Advertido del desastre por los dispersos, mueve sus soldados, diciéndoles: — «Corramos al socorro de Minucio; acordémonos que es un patriota de corazón; reparemos su falta.» — Casi á la carrera llega Fabio al lugar del combate, y salva á Minucio y á los restos de su ejército. Aníbal, sorprendido, hace pie firme el tiempo necesario para reconcentrar sus tropas victoriosas, y á su vez se bate en retirada, replegándose á su campo y diciendo á sus capitanes: — «¿No os decía yo que aquella nube que aparecía sobre la montaña (aludiendo á Fabio), concluiría por caer sobre nosotros como una tempestad?»

Fabio, á su vez, no va más allá de la colina en que salvó á Minucio; se da por satisfecho con recoger los dispersos, reconcentrarse, formar sus líneas nuevamente y regresar silencioso á su campo. Ningún reproche respecto á Minucio salió de sus labios; pero éste comprendió la lección severa, y dirigiéndose á sus soldados, les dice: — «No cometer falta alguna en las grandes empresas, es algo superior á la humanidad; pero sacar de esas faltas lecciones para el porvenir, es propio de un hombre honesto; reconozco que no debo tener la ambición de mandar, pues tengo nece-

sidad de que se me dirija; el Dictador es el único que debe mandar en adelante; seré el primero en obedecer, como cumpliré ya con el deber de manifestarle en vuestra presencia mi reconocimiento y mi sumisión á sus órdenes.» Desde aquel día la autoridad del Dictador Fabio no fué discutida y se impuso al ejército.

Sin embargo, habiendo tenido lugar en Roma el nombramiento de Cónsules, la dirección de la guerra no pertenecía ya á Fabio, y por eso éste se retiró.

IX

Los Cónsules Varrón y Pablo Emilio ocupan su puesto en el ejército; el primero, patriota fogoso, sin preparación para el mando, cree que con una marcha sobre el cartaginés, Aníbal sería destruído y terminada la campaña. En vano el segundo intenta moderar su ardor, guiado por los consejos recibidos en Roma del mismo Fabio; nada detiene al Cónsul Varrón: marcha en busca de Aníbal. Éste lo espera en la ribera de un río.

Aníbal toma sus medidas con toda prudencia, notando que los romanos son dobles en número que los cartagineses; pero él solo valía un ejército.

La batalla se compromete; pero Aníbal ha elegido sus posiciones con suma habilidad; hasta el viento está de su parte,—detalle que aprovecha Aníbal. Una espesa nube de polvo se levanta y da de frente al ejército romano, haciendo difícil sus operaciones. Aníbal entonces envuelve al enemigo, lo bate y lo destruye.

Cuando cesó el viento, pudieron ver los Cónsules cuál era la extensión de su desastre: todo el ejército romano en fuga y sus generales envueltos en la derrota. Él Cónsul Pablo Emilio prefirió la muerte en medio de sus soldados, antes que sobrevivir á la derrota. Aquella victoria, llamada de *Canas*, fué la más importante que obtuvo Aníbal en Italia; se hizo dueño de las principales ciu-

dades y pueblos, incluso *Capua*, la segunda Roma, conquistando la Grecia mayor.

Pero Aníbal no supo aprovechar todas las ventajas que le proporcionaba esta victoria, como le enrostró el cartaginés Barca, con mal reprimida cólera, cuando le ofreció levantar su tienda sobre las murallas de Roma. Pasado el primer momento de estupor y de abatimiento después de la derrota, el pueblo romano recobró de nuevo su peculiar energía al oir la palabra tranquila de Fabio, que llenaba de seguridades á los romanos reunidos en la plaza pública. Ahora Roma todo lo esperaba de Fabio, que era el único jefe que en situación tan difícil se sentía con fuerzas capaces de salvar á la República.

X

Mientras tanto el ejército cartaginés, favorecido por la victoria, acumulaba riquezas y apuraba los placeres á que se cree con derecho todo conquistador, seguro ya de su dominación. Eso mismo perjudicó su moral y su brío, pues cuando Fabio volvió á abrir la campaña con el objeto de recuperar las plazas perdidas que se encontraban en posesión de Aníbal, el ejército cartaginés no combatió con el vigor de sus campañas anteriores. Aníbal mismo desesperó del triunfo completo cuando llegó al convencimiento de que no podía ser auxiliado.

Las campañas de Escipión en España y después en África, le deciden á abandonar la Italia y marchar velozmente en auxilio de Cartago: había entrado en Italia el año 218 antes de la Era Cristiana, y salió en 203.

Su regreso, lleno de dificultades en medio de territorios hostiles ó enemigos, es otro acto lleno de sublimidad y de grandeza, casi superior á las fuerzas humanas.

Aníbal, él solo, era el digno adversario de la más grande potencia de Occidente, de Roma, centro de civilización cuya fuerza estribaba no sólo en su posición geográfica,

sino también en la sabiduría de sus políticos, en la habilidad de sus generales y en el valor de sus soldados.

La tenacidad romana y el aislamiento en que se encontraba el ejército cartaginés, triunfaron al fin del genio de Aníbal, concluyendo de esa manera aquella lucha, admiración de los siglos, y que Creighton consagró en este pensamiento: «*Fué el duelo de un gran hombre con un gran pueblo*».

Publicado en «La Nación» en 1887.

Juan Cuestas (hijo).

ÍNDICE

(TOMO III)

Págs.

UNA HEROÍNA MENDOCINA DE LA ÉPOCA DEL GENERAL DON JOSÉ DE SAN MARTÍN.—Referencia histórica, formada de un manuscrito perteneciente á un veterano de las guerras de la Independencia americana, en la Argentina, Chile y Perú.—De 1812 á 1825 3

RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PARAGUAY (TRASMITIDOS POR UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ORIENTAL). Pasaje del río Paraná (16 de Abril de 1866) 227

25 DE AGOSTO DE 1825 243

UN SUEÑO DE NOCHE BUENA.—Dictadura de quince días 257

UNIDAD DE ITALIA.—La conquista de las Dos Sicilias por Garibaldi (1860) 271

LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA (1776-1810) 303

SU SANTIDAD LEÓN XIII FILÓSOFO Y LIBERAL.—La encíclica sobre los obreros.—El capital y el trabajo.—El triunfo de la democracia 313

PONTIFICADO POLÍTICO DE S. S. LEÓN XIII 326

25 DE AGOSTO DE 1900 349

RENDICIÓN DE MONTEVIDEO, en 1865, á la revolución denominada Cruzada Libertadora 367

ANÍBAL.—Sus campañas al través de los Alpes 395

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.